



AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ

ERASMO DE ROTTERDAM

Maqueta de portada: Sergio Ramírez
Diseño interior y cubierta: RAG

© Tomás Fanego Pérez, 2011

© Ediciones Akal, S. A., 2011

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3321-9

Depósito legal: M-34.203-2011

Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

Erasmus de Rotterdam

Elogio de la Estupidez

Edición de Tomás Fanego Pérez



akal

A Óscar, por tantas
tardes juntos,
ἐν αἷς τὰς φυλακὰς
εἶχομεν,
ὥσπερ εἰς φυλακὴν
τινα βληθέντες

Introducción¹

Erasmus de Rotterdam: esbozo biográfico

El primer aspecto que llama la atención del lector que se acerca a la vida de Erasmo es su continuo mudar de residencia. El mayor lapso de tiempo que permaneció asentado en un lugar lo forman los años de infancia que pasó en Rotterdam-Gouda, hasta su ingreso en la escuela de Deventer. Posteriormente, los viajes —nacionales o, mayormente, internacionales— se sucedieron sin cesar. La razón de este frenético traslado de un sitio a otro, más sorprendente si tenemos en cuenta que hasta la invención del ferrocarril los larguísimos viajes continentales se hacían a lomos de caballo o en carro —en contadas ocasiones en barco, por río—, tiene una doble cara: por un lado, la necesidad imperiosa de ir buscan-

¹ Ante la amable propuesta de Ediciones Akal de hacer una reedición en un formato diferente del libro publicado en 2004, este que presentamos ahora reproduce, básicamente, el mismo texto de entonces con las modificaciones que se nos han sugerido en lo referente a una reducción tanto en la extensión de la introducción como en el «peso» de las notas y en los índices, todo ello con vistas a hacer una edición más manejable, dirigida a un público más general (o menos especialista) que el que aspiraba a satisfacer la precedente. De manera que algunos capítulos de la introducción se han visto abreviados, otros se han suprimido por completo y lo mismo cabe decir de las notas a pie de página. De paso, hemos aprovechado la ocasión para limpiar el texto de erratas y hemos tenido en cuenta, en su justa medida, alguna reseña crítica aparecida desde entonces.

do patronos que pudieran costear la vida de un hombre dedicado a la vida intelectual y espiritual, poco o nada productiva económicamente; y, por otra parte y en relación con lo anterior, el propio talante sumamente inquieto, curioso e independiente de Erasmo. En definitiva, este marcado «nomadismo» es la principal característica de la existencia del roterodamense².

Como sucede con tantos otros personajes célebres, los datos relativos a los primeros momentos de la vida de nuestro humanista son poco claros³. Debió de nacer el 28 de octubre de algún año comprendido entre 1466 y 1469 en Rotterdam⁴. Era hijo ilegítimo de Geert, un sacerdote que había sido habilidoso copista de manuscritos en Italia, y de Margarita, hija a su vez de un médico, ambos pertenecientes a una modesta clase media holandesa. Sabemos, además, que tenía un hermano mayor de nombre Pieter.

Respecto a su tan conocido nombre —en realidad, fruto de una duplicación—, es simple latinización y helenización del suyo propio: *Geert Geertsz*, es decir, 'Gerardo hijo de Gerardo', en holandés vale más o menos lo que *Desiderius* en latín (que aparece en sus textos sólo desde 1496) y *Erasmus* (ἐρᾶσμους) en griego, esto es,

² Como nota curiosa al respecto, cabe recordar que sus enemigos, tan numerosos en los últimos años de su vida, haciendo un cruel juego de palabras con su nombre latino *Erasmus*, le llamaban *errans mus*, esto es, 'rata vagabunda'.

³ Sin embargo, exceptuado este periodo, el resto de su vida lo conocemos al detalle gracias a la abundantísima producción epistolar que, aún vivo, dejó publicada. Para la biografía son generales y muy recomendables, entre otros, los trabajos de L.-E. Halkin, *Erasmus entre nosotros*, trad. de L. Medrano, Madrid, 1995; J. Huizinga, *Erasmus*, trad. de C. Horányi, Barcelona, 1987, 2 vols.; y C. Augustijn, *Erasmus de Rotterdam. Vida y obra*, trad. de O. Pellissa, Barcelona, 1990. Para cuestiones de detalle que requieren una discusión que no podemos recoger aquí, el lector interesado puede consultar el texto y los elencos bibliográficos de dichas obras.

⁴ La fecha de 1469 viene siendo la más aceptada en los últimos años. El mismo Erasmo consideraba aconsejable adelantar la fecha para rebatir la acusación de haber nacido después de que su padre se hubiese ordenado sacerdote, lo que sus enemigos personales le echaban en cara.

‘querido’, ‘deseado’. Esta costumbre de latinizar los nombres era, por lo demás, muy frecuente entre los humanistas, que de esta forma buscaban internacionalizar su denominación vernácula. Por otra parte, el nombre de «Erasmus» bien pudo ser resultado de una simple imposición de los padres, que tuvieron en cuenta el de uno de los santos más populares de la época⁵.

En 1473 o 1474, a la edad de cuatro años, Erasmus es enviado junto con su hermano por primera vez a la escuela de Gouda, una pequeña ciudad rural situada a algo más de 18 kilómetros de Rotterdam. A los nueve años, su padre lo envía a la escuela capitular de Saint-Lébuin en Deventer, adonde se traslada con su madre para permanecer en ella durante cinco años, de 1478 a 1483. Durante este periodo formó parte del coro de la catedral de Utrecht. Los primeros contactos con el mundo académico e intelectual revelan a Erasmus como un niño poco satisfecho con el —por emplear un término moderno— «currículum educativo». Desde los primeros momentos da muestras de poco interés en los programas y llega a sentir desprecio por sus profesores. Nos encontramos ante un claro ejemplo de niño —y seguimos con una terminología actual— «superdotado». La escuela y lo que en ella aprende se le antoja algo escaso y aburrido. Los libros estaban, en su opinión, anticuados, pertenecían al ámbito cultural e ideológico de la Edad Media; se le enseñaba Filosofía escolástica medieval, ésa contra la que en el futuro arremeterá, de una forma u otra, en muchas de sus obras.

A pesar de la visión negativa que un Erasmus ya adulto tiene de esos años de infancia, es en esa época cuando entra en contacto con la literatura greco-latina, tan capital en su vida intelectual, gracias a profesores que ya actúan como humanistas: Alejandro Hegio o Rodolfo Agrícola, a quien en cierta ocasión tuvo la oportunidad de oír con gran impresión para nuestro autor. Erasmus, ávido de conocimientos, saca buen partido de las enseñanzas que

⁵ Cfr. la mención que de este santo hace la Estupidez en el *Elogio de la Estupidez*, cap. 40.

recibe en Deventer y a los catorce años ya es capaz de hablar latín como si de una lengua viva se tratase. Por supuesto, su latín escrito llega a niveles de corrección más que considerables. Sus lecturas de los clásicos —especialmente de Horacio— se incrementan.

A los trece años de edad sufre un revés que marcará, más de lo que él mismo podría imaginar, el resto de su vida. Su madre muere de la peste. Cuando el colegio se ve amenazado por la plaga y es cerrado, Erasmo regresa a casa de su padre, quien también muere víctima de la epidemia. Al quedar huérfanos, Erasmo y su hermano están a merced de tres tutores (entre ellos Pieter Winckel) que, como sucede en tantas otras ocasiones con tantos otros personajes, parecen mirar más por su propio beneficio que por el de sus tutelados. Cuando Erasmo tenía dieciocho años, son ingresados en la escuela de Bois-le-Duc, en la congregación de los Hermanos de la Vida Común. Allí los golpes de los Hermanos, las necesidades y el rigor cotidianos parecían estar preparándolos para la vida que los tutores les habían dispuesto. Pero la peste llegó también a Bois-le-Duc, y Erasmo y Pieter volvieron a Gouda. Es entonces cuando los tutores fuerzan a los dos hermanos a ingresar en un monasterio. A pesar de su carácter resuelto y fuerte, Erasmo, aquejado de unas fiebres, tuvo que consentir en ello y, animado por un compañero de Deventer, ingresó en el monasterio agustino de Steyn, cerca de Gouda.

En 1486 o 1487 entra en el monasterio en el que permanecerá cinco o seis años y en donde, a pesar de las continuas quejas que sobre su vida monástica vierte en sus cartas, pasará una temporada bastante provechosa para su formación humanística. En Steyn encuentra una biblioteca lo suficientemente nutrida de autores antiguos como para saciar el apetito un tanto insaciable de un joven ansioso de estudiar a los clásicos, que le ofrecían un refugio seguro de la escolástica medieval. Se dedica a la lectura intensiva de Cicerón, Quintiliano, Juvenal, Horacio, Virgilio, Ovidio..., en manuscritos o en incunables. Algunos de ellos aún no tienen una edición crítica fiable y es el propio Erasmo el que, ya como un auténtico filólogo, copia textos (por ejemplo, de

Terencio) corrigiéndolos y «limpiándolos» de las impurezas que la tradición había traído consigo. Hace buenos amigos con los que mantiene una correspondencia exclusivamente en latín y compone algunos poemas. Sin embargo, la piedad monástica no tiene mucho que ver con la suya propia y, aunque llega a ser ordenado sacerdote *ad aeternum* el 25 de abril de 1492, no se queda en el convento. La escasez de alimentos, los rigores propios de la vida conventual y, en fin, la falta de la libertad que Erasmo tanto ansiaba unidos a una salud siempre delicada hacen que, con veintiocho años, salga del monasterio con la aprobación de sus superiores, que confiaban en un retorno definitivo que no habría de producirse jamás. Erasmo seguirá llevando durante muchos años el hábito de canónigo regular, pero ese hábito no será más que un vestigio de un pasado que ya no volverá.

A lo largo de la Edad Media desde su creación, las universidades habían sido los centros principales del debate intelectual y, habida cuenta de que había diferentes y aun divergentes corrientes ideológicas (filosóficas y teológicas), en el seno de cada comunidad universitaria surgían otras tantas facciones que apoyaban con vehemencia sus postulados y, consecuentemente, atacaban las posturas contrarias. La universidad parisina era un caso paradigmático. Las escuelas de tomistas y escotistas estaban enfrentadas a los ockhamistas en discusiones bizantinas absolutamente improductivas y el aire que se respiraba no era precisamente el de la libertad de pensamiento que necesitaba, tal vez más que ningún otro, Erasmo.

El propósito principal que había llevado a Erasmo a París era el de conseguir el grado de doctor en teología. Esto, a priori, no debía de resultarle muy difícil. Como sacerdote regular que era, estaba excusado de realizar los preceptivos estudios previos en la facultad de artes (letras). Además, su preparación, unida a su inteligencia rápida, y su verbo fluido no podían sino allanarle el camino conducente al éxito académico. Las expectativas, sin embargo, no se vieron felizmente cumplidas. El lugar de residencia en que pasó esta breve temporada (hasta la primavera de

1496) era el Colegio Montaigu, una institución creada para acoger a estudiantes sin recursos. El llamado «colegio de pulgas» hacía honor a su sobrenombre. La penuria y mala calidad de los alimentos, el frío de las habitaciones y el rigor con que se trataba a los inquilinos hicieron de su estancia un verdadero suplicio. Su salud, siempre quebradiza, se resintió de manera irremediable. Pero no fueron solamente motivos físicos los que retrasaron la carrera académica de nuestro hombre. El ambiente intelectual que presidía la Sorbona era eminentemente escolástico, poco o nada atractivo para Erasmo. En sus cartas describe con insistencia y detalle los rostros ceñudos de los doctores en Teología que impartían lecciones magistrales desde sus cátedras, anclados en un pasado oscuro y alambicado, ni lo suficientemente antiguo ni lo necesariamente moderno que a él le habría gustado.

En definitiva, cansado física y mentalmente, regresa a Holanda tan sólo durante unos meses, el tiempo necesario para recuperar en alguna medida su maltrecha salud. El mismo verano de 1496, aconsejado por sus amigos, decide regresar a París para encontrar un protector más generoso que el obispo de Cambray o, en su defecto, ganarse la vida dando clases de latín, disciplina en la que ya había adquirido cierto renombre. En esta ocasión no se alojará en Montaigu. El número de alumnos iba en aumento y le permitía disponer de una cierta independencia económica que no era sino un simple espejismo. La vida de un instructor de jóvenes adinerados no dejaba de ser un terreno poco firme y seguro, una *fortunae rota* que giraba y giraba sin miramientos con Erasmo. No obstante, pasó una temporada impartiendo clases de latín a los hermanos Northoff, así como a los ingleses Thomas Grey y Robert Fisher. Pero el alumno que había de suponer la mayor dicha para Erasmo —y no exclusivamente por ser un alumno especialmente dotado— fue el inglés William Blount, lord Mountjoy, por quien sentía un profundo y sincero afecto.

En 1498 regresó de nuevo a Holanda, a la casa de Enrique de Bergen. En esta ocasión el obispo se mostró irritado y poco com-

placido con él, lo que le hizo pensar seriamente en buscar otro protector que le sufragase el tan ansiado viaje a Italia. Convence a su amigo Batt, que por entonces era preceptor del hijo de Ana de Borselen, marquesa de Veere, para que intentara hacerse con ella como protectora suya. La empresa no resultó muy difícil y a comienzos de 1499 Erasmo visita el castillo francés de Tournehem, residencia de la marquesa. Tras intentar, junto a Batt, reunir la suma de dinero necesaria para costear su viaje a Italia infructuosamente, el holandés cambia inesperadamente de parecer y decide poner sus ojos en Inglaterra, adonde su joven pupilo William Blount lo había invitado a pasar unos meses, hospedándolo en su casa de Greenwich.

Su primer contacto con Inglaterra —llegó a viajar a Gran Bretaña seis veces a lo largo de su vida, tres de ellas para residir allí durante cierto tiempo— no pudo ser más feliz: amén de los aspectos climáticos, tan importantes para un hombre de salud tan delicada, como huésped de su discípulo, que pertenecía a la alta aristocracia inglesa, fue introducido en el mundo cortesano y probó las mieles de ser tratado como un erudito refinado y admirado por todos. Aparte de estos placeres más mundanos, tuvo la oportunidad de conocer a John Colet y a Thomas More, con el que traba una firme amistad que durará toda su vida⁶, así como al príncipe Enrique, el que más tarde sería Enrique VIII. Su hambre intelectual se ve, en parte, saciada con el trato de estos ilustres hombres con quienes puede intercambiar pareceres y ampliar perspectivas y, de paso, calma esa acuciante necesidad de afecto y amistad que muestra repetidamente a lo largo de su existencia. Siguió unos cursos en el Saint Mary's College de Oxford y, en parte por modestia, en parte por afán de independencia, llegó a rechazar un puesto que le había ofrecido Colet como profesor de textos sagrados en esta universidad. Erasmo se siente incapacitado para tal menester debido a su ignorancia de

⁶ More muere en 1535, tan sólo un año antes que Erasmo.

la lengua griega, cuyo conocimiento consideraba básico para la justa interpretación de las Sagradas Escrituras.

En enero de 1500 regresa a París tras haber sufrido un incidente que lo deja humillado y —lo que es peor— casi arruinado. Al salir de Inglaterra por el puerto de Dover, los funcionarios aduaneros, en virtud de una ley promulgada por Eduardo III, le requisan las 20 libras que había conseguido ahorrar durante su estancia. Esta pérdida no sólo supuso un varapalo económico, sino que fue también un duro golpe contra la delicada estabilidad emocional de Erasmo. Ahora veía truncadas sus esperanzas de libertad económica, por no hablar de sus deseos de ir a Italia: el viaje aún tendría que esperar seis años.

A pesar del revés material y de sus consecuencias psicológicas, Erasmo, de carácter aparentemente decidido, sigue componiendo y publicando sin cesar, y su fama se extiende por toda la Europa cultivada.

En la primavera de 1501 la peste llega a París y con ella Erasmo parte de nuevo hacia Holanda. En el monasterio de Steyn consigue otro permiso de un año a modo de licencia de estudios y sale de su tierra natal. Pasa un corto espacio de tiempo en el castillo de Tournehem junto a su amigo Batt y su protectora. Aprovecha entonces el tiempo para estudiar griego, lengua de la que sólo conocía los rudimentos que había recibido en su infancia en Deventer.

El año de 1502 supone en la vida de nuestro humanista algo parecido a un momento de crisis en el sentido de cambio significativo hacia la madurez personal y literaria⁷. Ese año mueren su amigo Jaime Batt y el que fuera su mecenas, el obispo de Cambray. Para mayor desgracia Ana de Veere se casa de nuevo y deja de sufragar, siquiera escuetamente, la maltrecha economía de Erasmo. Ante el miedo que le provocaba el solo sonido de la palabra «peste» que campaba a sus anchas en Inglaterra y París, de-

⁷ Por entonces cuenta con unos treinta y tres años de edad.

cide marchar a Lovaina. En su universidad recibe de parte de Adriano de Utrecht, deán de Lovaina, la oferta de una cátedra, pero, de nuevo por modestia o para mantener su preciada libertad, él declina el ofrecimiento. Sin embargo, debía ganarse la vida y lo consiguió haciendo lo mejor que sabía hacer: escribiendo, tanto textos de inspiración personal como textos de circunstancias, estos últimos, por cierto, con gran desagrado por su parte. A finales de 1504 regresa a París con el propósito de dedicarse por entero al estudio de la teología, pero este hombre de espíritu inquieto no pudo abstenerse de volver a viajar a Inglaterra en cuanto se le presentó una oportunidad y a mediados de 1505 volvía a encontrarse con sus viejos amigos Blount, More y Colet. En esta ocasión aprovechó su estancia para profundizar en el estudio del griego, ya no como autodidacto forzoso, sino al amparo de los prestigiosos helenistas ingleses que conoció allí: Grocyn, Latimer, Tunstall y Linacre. También sacó partido de su visita trabando una fructífera amistad con cargos eclesiásticos que en seguida pasarían a ser sus protectores. Entre ellos, muy especialmente, el arzobispo de Canterbury, William Warham. El rey Enrique VII le otorga un beneficio eclesiástico y el papa Julio II le concede una dispensa para que pueda aceptarlo sin problemas.

A comienzos del verano de 1506 regresa a París pero sólo con el tiempo justo para preparar su tan ansiado viaje a Italia que comienza en agosto de ese mismo año. En la tierra patria del Renacimiento visita Turín, donde consigue sin mucho esfuerzo el grado de doctor en Teología; Venecia, donde pasa una temporada en casa de Aldo Manuzio, rodeado de filólogos griegos procedentes de Bizancio (como Láscaris y Aldo Musuro) a quienes tomó como maestros para profundizar aún más y definitivamente en su conocimiento de la lengua y literatura griegas; Bolonia, adonde había llegado a tiempo para presenciar la —para él— insólita entrada triunfante del papa Julio II; Padua, donde desempeñó el cargo de preceptor de retórica del hijo natural de Jacobo IV de Escocia; y, finalmente, Roma, estancia que significó un ahondamiento en sus convicciones religiosas y su crítica feroz

hacia esa piedad exterior, supersticiosa e hipócrita, y hacia el lujo inmoral que presidía la corte papal, en clara contradicción con el espíritu cristiano primitivo que preconizaba la humildad, la pobreza y el desprecio de los bienes materiales de este mundo. Por otra parte, el espíritu de Erasmo nunca se sintió especialmente seducido por la grandeza artística o la belleza física y, en ese sentido, Roma no le causó gran impresión.

Es entonces cuando recibe una carta procedente de Inglaterra: William Blount le invita a volver a la isla con motivo del ascenso al trono de Enrique VIII, un rey que prometía ser un monarca fautor de la ciencia y la sabiduría y, por ende, protector de humanistas como Erasmo. Por si esto fuera poco, el arzobispo de Canterbury, William Warham, le promete un beneficio a su llegada. Estas razones le parecen lo suficientemente poderosas como para abandonar definitivamente Italia y en julio de 1509 comienza su viaje hacia Inglaterra, a lomos de caballo hasta llegar a Suiza y, posteriormente, en barco a lo largo del Rin. Cuando llega a Londres, se instala en casa de su amigo Thomas More. Sin embargo, sus necesidades económicas vuelven a apremiarle y, en 1511, se ve obligado a visitar París para vigilar la impresión de algunas de sus obras y solicitar adelantos de la publicación de otras que, empleando un anacronismo muy gráfico, eran auténticos *best sellers*. De regreso a Inglaterra, en 1512, opta por alojarse en el Queen's College de Cambridge. Allí impartirá lecciones de griego y teología. La prebenda que Warham le había prometido se ve cumplida: le ofrece un beneficio como rector de Aldington en Kent, que él cambia por una pensión anual de 20 libras, cantidad, sin embargo, que no le resulta totalmente satisfactoria. Además, su estancia en Cambridge comienza a resultarle fastidiosa. En las cartas escritas en ese periodo se queja de la soledad en que se ve envuelto —agravada por la irrupción de la peste en Inglaterra— y del continuo trabajo que le ata a sus clases, sin dejarle casi tiempo para sus quehaceres literarios. Desde Inglaterra entabla un primer contacto epistolar con Johannes Froben, afamado impresor de Basilea, a quien en 1514 conoce-

rá personalmente y que tendrá los derechos exclusivos de todas las obras de Erasmo, tanto de las ya publicadas como de las que hubiese de publicar en el futuro. Por si esto fuera poco, en la primavera de 1513 estalla la guerra entre Francia e Inglaterra y, aunque finalizaría sólo un año más tarde, la profunda y sincera repugnancia moral que le produce a Erasmo cualquier conflicto bélico funciona como gota que colma el vaso de su estancia entre los anglosajones. Cuando se firma la paz aprovecha la ocasión para regresar al continente llevando consigo las últimas obras que había compuesto y dirigirse primero a Lovaina y más tarde a Basilea.

Comienza entonces una etapa de verdadero esplendor. En Basilea hace amistades que, como ya había sucedido anteriormente, a más de alimentar su tan persistente afán de cariño, le sirven para establecer una red de relaciones profesionales especialmente provechosas. Conoce en persona a Froben y su familia, a los Amerbach, al pintor Holbein el Joven —el autor de sus más célebres retratos así como de grabados para ilustrar la edición del *Elogio*⁸ de 1515— y a Beatus Rhenanus. Aunque no es algo que le entusiasme, consigue que le traten como a un teólogo de renombre y, tras otra breve estancia en Inglaterra con el único propósito de consultar un manuscrito que le interesaba, regresa a Basilea y consigue de Jean le Sauvage, canciller de Brabante, el cargo de consejero del archiduque Carlos (futuro Carlos V), puesto poco menos que honorífico que nunca le satisfizo⁹. Regresa a su Brabante natal y en el verano de 1516 vuelve a viajar a Inglaterra, en esta ocasión para tratar asuntos más delicados que una mera cortesía con sus amigos o sus siempre apremiantes preocupaciones filológicas. Esta vez se trataba de conseguir una dispensa que le librase permanente y definitivamente

⁸ Por motivos de concisión, a partir de este punto nos referiremos al *Elogio de la Estupidez* como al *Elogio* sin más, excepto allí donde pueda surgir ambigüedad.

⁹ Su asignación anual era de 200 florines, pero el dinero sólo lo recibió de forma irregular.

de las obligaciones que había contraído al ordenarse sacerdote en Steyn allá por 1492 y le allanase el camino hacia las prebendas y dignidades que se le ofrecían. Con la ayuda de su amigo Ammonio redactó en Londres un documento que, bajo la forma de una carta con remitente y destinatario ficticios, hizo llegar a la Cancillería Apostólica. En enero de 1517 el papa León X lo exime, a sus cincuenta años, de tener que llevar el hábito de la orden de los agustinos y le permite disfrutar de una vida secular. En abril de ese mismo año recibe, en Londres, de manos de Ammonio la tan ansiada dispensa papal. Sale entonces de Inglaterra adonde ya no regresará más.

Ese mismo año Erasmo organiza el Colegio Trilingüe. Su intención era crear una institución de enseñanza superior en la que los futuros teólogos pudieran formarse en las materias básicas para el estudio de dicha disciplina¹⁰. No cabe ninguna duda de que para Erasmo esta base la constituían las tres lenguas bíblicas: latín, griego y hebreo. El Colegio alcanzó gran notoriedad no sólo en su ámbito geográfico más inmediato, sino que el espíritu que entrañaba alcanzó pronto otros centros universitarios europeos (Oxford, Alcalá de Henares, Salamanca, París)¹¹. Gracias a ese renombre que se gana como filólogo y teólogo, es invitado por el cardenal de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros, a participar en la edición de la *Biblia políglota complutense*. Erasmo rehúsa la invitación con su ya famoso «non placet Hispania»¹². Pero el hecho más significativo en la etapa de ma-

¹⁰ En algunos momentos llegó a contar con más de 300 alumnos matriculados.

¹¹ H. de Vocht, *History of the foundation and the rise of the Collegium Trilingue Lovaniense, 1517-1560*, Lovaina, 1951-1955, 4 vols. Sobre los Colegios Trilingües complutense y salmantino, véase M. Bataillon, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, trad. de A. Alatorre, Madrid, 1995, pp. 343 y 656, n. 4, respectivamente.

¹² Según refiere en una carta dirigida a Thomas More desde Lovaina. La razón exacta de su renuencia a venir a España no está muy clara, pero parece que el ambiente judío-converso existente en la Península por aquel entonces —más palpable que en otras zonas de Europa— no era precisamente del agrado de nuestro

duz de Erasmo no había de llegar de sus actividades académicas. El 15 de octubre de 1517 Lutero fija en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg sus 95 tesis, que constituyen el primer aliento manifiesto de la Reforma protestante. A partir de ese momento la vida del holandés se verá en una continua tensión por mantenerse equidistante entre la Escala de la Iglesia de Roma y la Caribdis de las ideas reformistas procedentes de Alemania. Erasmo, de temperamento conciliador y poco dado a la polémica, se espantaba tanto del ambiente corrupto y degradado al que había llegado la Iglesia católica y que él mismo había podido valorar de primera mano en su viaje a Italia como del aire incendiario y belicoso que respiraban los luteranos. Sus intentos de mantenerse al margen de la disputa no obtuvieron, sin embargo, el éxito que él habría deseado y, como él mismo nos dice, lo único que consiguió con su postura fue ser vapuleado sin miramientos por unos y otros¹³.

Entretanto, sus viajes —y sus achaques— no cesan. En mayo de 1518 viaja a Basilea para atender una reedición de algunas de sus obras. En septiembre sale de la ciudad suiza con rumbo a Lovaina y en el camino contrae la peste. Con la salud gravemente afectada, apenas le quedan fuerzas para salir de casa excepto cuando tiene que cumplir con la práctica de sus obligaciones religiosas y oír misa. La muerte de su protector, el canciller Jean le Sauvage, le produce una profunda inquietud y le hace temer de la animosidad de sus enemigos —algunos de ellos más cercanos a la aversión personal que a la rivalidad intelectual.

hombre; sobre el supuesto antisemitismo de Erasmo véase M. Bataillon, *op. cit.*, pp. 77 s.; también pueden consultarse S. Markish, *Érasme et les juifs*, Lausana, 1979 y G. Kisch, *Erasmus' Stellung zu Juden und Judentum*, Basilea, 1969.

¹³ Aunque, si hemos de ser justos y sinceros, la impresión que puede recibir cualquier lector moderno al echar un vistazo al catálogo de sus obras es bien distinta. Sorprende de un espíritu tan aparentemente pacífico la abundancia de textos apologéticos y responsiones, que, si bien se limitan a contestar y rechazar ataques más o menos directos contra su persona o sus escritos, no dejan de mantener vivo el espíritu polemista con el que nacieron.

En 1519 la corte española del rey Carlos invita a Erasmo como instructor de su hermano el príncipe Fernando. Pero él, una vez más, declina un ofrecimiento que a cualquier otro intelectual de la época le habría resultado irresistible y aun halagüeño. A pesar de que el trabajo habría supuesto una cierta seguridad económica y ésta, a su vez, le habría aportado la estabilidad necesaria para continuar con sus estudios y su creación literaria, sus ambiciones, sin embargo, tienden por otros derroteros. Mientras, en Lovaina, los teólogos universitarios de raigambre escolástica cierran filas contra Erasmo: la «verdadera teología» es aquella que se asienta en el conocimiento exacto de los textos sagrados y la única disciplina que puede acometer con rigor la empresa de desentrañar el significado último de un pasaje bíblico o patrístico para Erasmo es, sin duda alguna, la filología. Para los teólogos lovanienses —y para tantos otros de otros centros universitarios— dar esa importancia a un saber, en todo caso, instrumental daña gravemente el concepto de piedad y espiritualidad cristianas.

A partir de 1521 el enfrentamiento de Erasmo con luteranos por un lado y católicos por el otro no hizo sino exacerbarse aún más. En abril, Lutero se enfrenta al emperador Carlos en la Dieta de Worms. La respuesta de éste no se hizo esperar: los libros de Lutero debían ser quemados en cualquier país incluido dentro de los límites del imperio. La decisión le trajo cierta esperanza a Erasmo. Sin embargo, su postura neutral no satisfacía a ningún bando y estalla la polémica con el español Diego López Zúñiga, que critica su edición del Nuevo Testamento y le acusa de impío, hereje y temerario. La disputa se prolongará durante ocho años. Por otra parte, en Lovaina los ánimos no estaban más calmos. Latomus, Nicolás de Egmond y Vicente Dirks de Haarlem se unen en sus ataques a la postura poco comprometida de Erasmo, quien, por otro lado, se había ganado una buena cantidad de inquina gracias al éxito creciente del que disfrutaba su Colegio Trilingüe.

Sin embargo, no todo era áspero y comprometido en la vida del holandés. Durante unos meses (de mayo a octubre) tuvo la

afortunada ocasión de residir en la casa de su amigo, el canónigo Pieter Wychmans, en la llamada «casa del cisne», en Anderlecht. Las cartas que escribe desde allí nos vuelven a mostrar al Erasmo optimista, vitalista y lleno de humor. Encuentra, por fin, esa vida sencilla —aunque, todo sea dicho, acomodada— y placentera a la que tanto aspiraba. Pertrechado de su biblioteca, con la tranquilidad del lugar y el buen ambiente primaveral, su salud experimenta una notable mejoría. Tal vez por ese motivo, sus movimientos no cesan: viaja a Bruselas, Brujas y Lovaina, desde donde, finalmente y con motivo de una edición de su Nuevo Testamento, partirá hacia Basilea el 28 de octubre, el mismo día de su cumpleaños.

Con esta piedra del viaje a Suiza consiguió matar dos pájaros que se complementaban. Por una parte, se alejó del ambiente cada vez más hostil y enrarecido que se veía forzado a respirar en Lovaina y que lo ahogaba; pero, al mismo tiempo, en Basilea alcanzó una doble independencia: la intelectual —o, al menos, así lo creía él— y la económica. En la ciudad helvética se sentía rodeado de amigos, cultos y de mente abierta, y libre de serviles ataduras a patronos y señores. Para subsistir le bastaba lo que obtenía con la venta de sus obras, que, a estas alturas de su vida, ya habían alcanzado una inmensa notoriedad en toda la Europa cultivada. Así pues, el trabajo continuo de composición literaria, corrección de pruebas y publicación en la imprenta de Froben, que se había convertido en su huésped además de propietario en exclusiva de los derechos de sus obras, lo mantienen ocupado espiritualmente a la vez que le dan de comer. Ya no sufre por su escasez pecuniaria y, sin embargo, sigue sin estar satisfecho del todo. Su espíritu estaba demasiado preocupado —obsesionado, cabría decir— por lo que la gente pensase de él. A pesar de la orgullosa y afectada indiferencia que muestra a veces en sus cartas hacia la opinión que de él tuviesen los demás¹⁴, Erasmo sien-

¹⁴ En este sentido ha de entenderse la anécdota que cuenta Erasmo a propósito de una breve estancia en Amberes. Al asistir a un oficio religioso con su

te siempre la necesidad apremiante de justificarse, de explicar las razones que lo han movido a actuar de tal o cual manera; se siente observado y examinado hasta el detalle por personas poco apegadas. Incluso cuando dice que no se cree obligado a excusarse, no hace sino eso mismo¹⁵.

Durante su estancia en Basilea, que se prolongará hasta 1529, Erasmo se concentra en su trabajo filológico y, contra lo que él esperaba, las polémicas de carácter religioso con luteranos y católicos continúan¹⁶. A pesar del cierto distanciamiento que con su viaje había conseguido del mundo universitario, tan cerrado y anclado en el pasado, el mundo, gracias a la imprenta, resultaba ahora mucho más pequeño que hacía tan sólo setenta años. Los textos de ambas facciones se mueven con gran rapidez en los círculos intelectuales en los que, inevitablemente, se encontraba nuestro hombre. En 1523 el rey Francisco I le invita a establecerse definitivamente en Francia, pero Erasmo rechazó la oferta, en parte por saber muy bien que las promesas de los grandes no siempre iban acompañadas de contrapartidas económicas y en parte ante su creciente debilidad física producida por su ya larga dolencia renal. Sea como fuere, prefiere continuar en Basilea, a pesar del progresivo enrarecimiento que se había ido produciendo casi insensiblemente en la zona. A los continuos ataques dirigidos contra su

amigo Pedro Gilles, el predicador que sermonea lo reconoce entre la feligresía y le dirige algún insulto acompañado de críticas sobre unas supuestas faltas cometidas contra el Espíritu Santo.

¹⁵ Véase, por ejemplo, la *Carta a Martin Dorp*, traducida como apéndice en este mismo volumen. Su producción apologética es considerable y parece dar cuenta de una personalidad —al contrario de lo que pudiera parecer— profundamente insegura de sí misma y totalmente dependiente de los demás. En Erasmo a veces se ve hecho realidad el contenido de la fórmula jurídica latina que dice «excusatio non petita, accusatio manifesta» [«una disculpa que no se pide es una autoinculpación evidente»]. Probablemente, una actitud más indulgente consigo mismo le habría ahorrado muchos y estériles quebraderos de cabeza.

¹⁶ De esta época son las obras de traducción y/o comentario a los padres de la Iglesia griegos y latinos.

persona por parte de Zúñiga, Ulrich von Hutten —que antes había sido amigo suyo—, Ecolampadio y Lutero, tenía que añadir ahora el miedo por su integridad física que le produjo una revuelta popular contra el culto católico en la ciudad del Rin. La Reforma iba ganando plazas en Suiza apresuradamente. Primero, en 1528, fue Berna la que se adscribió a los aires protestantes. Basilea, al borde de un conflicto civil, no resistió mucho y en 1529 se eliminaron las imágenes de los templos, los servicios católicos fueron suprimidos, los conventos cancelados y el Cabildo catedralicio trasladado a Friburgo de Brisgovia. Los graves desórdenes que se dan en la población hacen temer a Erasmo por su vida y en abril de 1529 resuelve, cansado y enfermo de mucosidades, abandonar una ciudad para ponerse a salvo a sí mismo y su querida independencia, una vez más¹⁷.

El destino elegido fue la antedicha ciudad alemana de Friburgo de Brisgovia, que por entonces estaba sometida al gobierno directo de la casa de Austria bajo la persona del archiduque Fernando, hermano del emperador Carlos V y en donde, por ello mismo, el partido católico parecía conservar aún su poder. El caluroso recibimiento que le ofreció la ciudad le hizo ver lo importante que, a pesar de todo, seguía siendo en el mundo de las letras. Es alojado con honores en la casa *Zum Walfisch* ['de la ballena'], construida en principio para el emperador Maximiliano. La estancia que Erasmo pensaba que iba a ser sólo provisional se prolongó durante seis años. Aparte de la bonanza del clima, que siempre merecía ser tenida en cuenta, Erasmo veía en Friburgo un puesto geográficamente conveniente para, si la situación así lo exigía, poder emigrar rápidamente a Francia o a los Países Bajos. Su beneplácito hacia la villa llega a ser tal que,

¹⁷ Ya había hecho lo mismo en Lovaina en 1521. En esta ocasión todo sucede en unas circunstancias curiosamente inversas. En Lovaina eran los católicos los que pretendían servirse de él como arma arrojadiza contra los reformistas; ahora eran los protestantes los que querían apropiarse de sus ideas para atacar a los ortodoxos católicos.

desoyendo las continuas invitaciones de alojamiento provenientes de sus amigos de Roma, Besançon y Holanda, en 1531 decide comprarse una casa¹⁸. Este humanista nómada por antonomasia que nunca tuvo la necesidad de fijar ni su mente ni su cuerpo en un único sitio y que abominaba de todos los tediosos trámites que una acción mercantil de este tipo traía consigo, ahora, en su vejez, más fatigado y enfermo que nunca, sentía que debía olvidarse de sus más íntimas ambiciones y transigir con lo que la naturaleza le reclamaba. O, al menos, eso parecía.

En efecto, en junio de 1535, desaparecidos ya muchos de sus amigos y enemigos¹⁹, regresa a Basilea, a la imprenta de Froben, regentada ahora por su hijo Jerónimo. Descubre que la animadversión religiosa por la que había dejado la ciudad se ha calmado. El exilio voluntario había, pues, finalizado. El motivo principal de su regreso volvía a ser el trabajo: la edición del *Eclesiastés*, una reedición de los *Adagios* así como la edición latina de la obra de Orígenes. El hijo de Johannes Froben le dispensa una cariñosa acogida y lo aloja en su casa, en una habitación construida y amueblada ex profeso para él. Todo se prepara para que el anciano y valetudinario Erasmo no ponga ninguna objeción y trabaje con toda comodidad.

A pesar de que en agosto de ese año aún dudaba sobre si volver a Friburgo o quedarse en Basilea, en octubre decide vender la casa que había comprado tan sólo cuatro años atrás junto con algunos muebles y ordena que el resto de sus enseres le sean trasladados a la ciudad suiza. Podría suponerse que nuestro humanista ya sentía cercano el fin de sus días y por ello prefería

¹⁸ Llamada *Zum Kind Jesu*, algo así como 'casa del niño Jesús'.

¹⁹ Entre unos y otros —sin que se puedan hacer grupos tajantes, habida cuenta de lo complicado y mutable de las relaciones personales de Erasmo con sus allegados— pueden citarse el obispo Warham, William Blount, Gilles, Ecolampadio, Zwinglio, Fisher, More... Ante el aumento de la sensación de soledad, Erasmo se vuelve desconfiado y receloso, incluso con los pocos amigos que le quedaban.

asentarse definitivamente. Todo lo contrario. Si hay algo que verdaderamente llama la atención en Erasmo es esa obsesión por cambiar de sitio y de ambiente, empujado por la necesidad económica —cosa nada rara en él— o tal vez por impulsos más íntimos, escondidos en su natural inquieto e irrefrenable. Tal es así que incluso después de haber retocado su testamento en febrero de 1536²⁰, con la salud ya totalmente quebrada, en marzo tenía todavía la ilusión de ir a Borgoña, en parte por la bondad de su clima —y del vino que tanto apreciaba—, en parte por exigencias pecuniarias, o aun a su querido Brabante. Sin embargo, ese último viaje nunca se llegó a producir. Rodeado de algunos de sus ya escasos amigos, muere en la madrugada del 12 de julio de 1536. Sus últimas palabras fueron una invocación a Dios, mezcla del latín que había sido su verdadera y casi única vía de expresión y su holandés nativo, que nunca empleó en sus obras²¹.

Producción literaria de Erasmo

Habrä advertido el lector que en las páginas precedentes, dedicadas a trazar el mapa —y nunca mejor dicho— vital de Erasmo, apenas si hemos citado los títulos de dos obras. La razón es clara: nos parecía más conveniente y útil dedicar todo un capítulo al trazado de un nuevo mapa, en gran medida ajustable sobre el de la vida de nuestro «holandés errante» y, de esta manera, poder comprender mejor las razones que constituyen la base misma de la obra que aquí nos interesa.

Así pues, para entender adecuadamente el sentido justo y circunstanciado del *Elogio de la Estupidez* se hace necesario ha-

²⁰ El 12 de febrero, para ser exactos. Ya había redactado una primera versión de sus últimas voluntades en 1527.

²¹ *O Iesu, misericordia! Domine, libera me! Domine, fac finem! Domine, miserere mei! Lieve God! Sobre las últimas palabras de Erasmo véase N. van der Blom, «Die letzten Wörter des Erasmus», *Baster Zeitschrift* 65 (1965), pp. 195-214.*

blar, siquiera someramente, del resto de la prolífica creación literaria de Erasmo. El *Elogio* no es una obra aislada, sin lazos con otros escritos del propio autor. Antes bien, como veremos en el siguiente capítulo, es el resultado de las ideas que nuestro humanista había ido madurando a lo largo de su vida (lo escribió a la edad de cuarenta años), fruto de sus precursores clásicos y medievales, pero también de su propia historia personal, de sus vivencias y, en definitiva, de su genio peculiar.

Lo más llamativo de la nómina de obras erasmianas es, precisamente, su número, su sobreabundancia, ese desbordamiento causado por su forma de escribir un tanto improvisada y desparrramada, que, sin embargo, no comportaba un estilo descuidado o incorrecto²². Rara vez necesitaba corregir lo que había escrito²³; si acaso lo revisaba, era sólo para hacer ampliaciones o modificaciones sustanciales, nunca de poca monta. El resultado fue una inmensa obra que de 1540 a 1542, sólo cuatro años después de su muerte, su amigo el impresor suizo Johannes Froben se encargó de ordenar y publicar como recopilación de todos sus escritos bajo el título de *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami, quaecumque ipse auctor pro suis agnouit, nouem tomis distincta*, que aún hoy sigue siendo la edición base de las obras completas de Erasmo por ser la más antigua y la más cercana a la vida y deseos del autor.

La distribución de los escritos de Erasmo se estableció siguiendo el criterio del contenido, pauta que ya había decidido el propio autor. Quedaron, pues, divididos en nueve *ordines* o grupos temáticos, cada uno de los cuales, a su vez, se subdividía en distintos tomos. En la medida en que este reparto y clasificac-

²² El mismo lo reconoce de forma explícita cuando, en carta a Cristóbal Longolio (carta n.º 402), afirma *effundo uerius quam scribo omnia*, esto es, 'todo lo que escribo más que escribirlo lo derramo'.

²³ Por supuesto, nos referimos a sus obras manuscritas. Muy otro es el caso de los textos impresos que él tanto cuidaba por enmendar y retocar, en un incansable afán de perfeccionismo ante la incuria o la mala vista de los tipógrafos.

ción responden a la expresa voluntad de nuestro hombre, nos parece interesante recogerla aquí:

- I. Escritos sobre cuestiones literarias y educativas.
- II. Literatura paremiológica.
- III. Correspondencia.
- IV. Escritos sobre cuestiones morales y de circunstancias.
- V. Escritos relacionados con la doctrina religiosa.
- VI. Edición, con traducción latina y notas, del texto griego del *Nuevo Testamento*.
- VII. Paráfrasis.
- VIII. Textos de patristica.
- IX. Textos apoloéticos.

Como puede observarse, esta clasificación —que es respetable en la medida en que se ajusta a la voluntad del propio Erasmo— podría reducirse a otra más estrecha y ajustada, atendiendo a los grandes temas generales que se encuentran en sus obras. Desde esta perspectiva, la división sería tripartita: un primer grupo de obras que podríamos llamar didácticas, otro conjunto dedicado a la reflexión religiosa y teológica —con diferencia, el más amplio—, y un tercer apartado con escritos de inspiración y enfoque claramente filológicos²⁴. Tal vez deberíamos ser más precisos y apuntar que el espíritu de la filología lo inunda todo en Erasmo, desde sus obritas más claramente devotas hasta los textos de un carácter más técnico, como son las traducciones y comentarios a autores greco-latinos, antiguos o contemporáneos a él²⁵. Por

²⁴ Aunque también sería posible formar otro grupo con la copiosa epistolografía, las cartas de Erasmo, en rigor, no se ajustan a ninguna clase temática porque unas u otras contienen en sí algo de cada uno de esos tres grandes bloques conceptuales. Constituirían, por así decirlo, un conjunto intertemático.

²⁵ No las hemos incluido en la clasificación precedente por encontrarse dispersas en los distintos *ordines*, pero su abundancia es también muy significativa. Erasmo tradujo del griego al latín y anotó-editó a los autores griegos y latinos antiguos —o en algún caso contemporáneos— siguientes: Aristóteles, Arnobio,

otro lado, a la vista de los títulos de todas las obras, sería perfectamente lógico concluir que el verdadero motor que impulsó a Erasmo a escribir desde el primer momento fue la inspiración religiosa. En realidad, todos los estudiosos que se han dedicado a penetrar en el significado de la obra erasmiana convienen en afirmar que lo característico en su creación literaria es, desde el punto de vista del contenido, la fusión perfecta entre la filología (y, para la época, entiéndase este término no sólo como un saber técnico e instrumental, sino como una denominación amplia del espíritu que busca en la Antigüedad greco-latina modelos atemporales útiles y vigentes para comprender mejor al ser humano como tal) y el sistema filosófico-religioso del cristianismo.

En efecto, Erasmo es el representante más destacado del llamado «humanismo cristiano» primitivo²⁶, más presente en el Renacimiento europeo septentrional que en las zonas del sur de Europa (como Italia), en donde había una tendencia más acusada a estudiar a los autores paganos en sí mismos, sin pretender extraer de ellos enseñanzas que pudieran relacionarse con el cristianismo y emplearse, en parte, como apoyo doctrinal de éste²⁷. En el fondo, Erasmo estaba convencido de que la teología estaba por encima de la filología y, consecuentemente, ésta debía estar sometida a aquélla y actuar a modo de servidora suya.

Ausonio, pseudo-Catón (Dionisio), Cicerón, Curcio Rufo, Demóstenes, Esopo, Eurípides, Flavio Josefo, Galeno, *Historiae Augustae scriptores*, Horacio, Isócrates, Jenofonte, Libanio, Livio, Luciano, Thomas More, Ovidio, Periandro, Persio, Plauto, Plinio el Viejo, Plutarco, Claudio Ptolomeo, Séneca, Publilio Sirio, Terencio y Lorenzo Valla.

²⁶ Cfr. L.-E. Halkin, *Érasme et l'humanisme chrétien*, París, 1969.

²⁷ Véase D. Ynduráin, *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, 1994, pp. 207-209 y 426 s. A pesar de ser un país meridional, en España, por ejemplo, bien es cierto que de forma tardía, el erasmismo tuvo una influencia notable; véase M. Bataillon, *op. cit.*, *passim*; del mismo autor, *Erasmo y el erasmismo* [1997], trad. de C. Pujol, Barcelona, 2000, pp. 179-359; A. Coroleu, «Humanismo en España», en J. Kraye (ed.), *Introducción al humanismo renacentista*, trad. de L. Cabré, Madrid, 1998, pp. 295-330.

Precisamente fue este interés por desentrañar el sentido de los pasajes bíblicos más controvertidos acudiendo a los textos originales (griegos y hebreos), este afán de explicar la palabra sagrada para que todos pudieran entenderla y ponerla en práctica²⁸, junto con la crítica de la situación corrupta y degradada a la que había llegado el clero en su época, lo que produjo la identificación de Erasmo con la Reforma protestante. Ya hemos visto, sin embargo, que esa adhesión no fue nunca efectiva²⁹.

No todas las obras escritas por Erasmo alcanzaron entre sus contemporáneos la misma notoriedad. En realidad, puede decirse que las más famosas y controvertidas ya en su época son las mismas que han pasado a la posteridad y que un lector de cultura media reconoce hoy día como erasmianas. ¿Cuáles son éstas? La respuesta es sencilla y rápida: el *Manual del soldado cristiano*³⁰, los *Adagios*, su edición del Nuevo Testamento (conocida, tal vez, en menor medida, pero igualmente fundamental), los *Coloquios* y, por supuesto y sobre todas ellas, el *Elogio de la Estupidez*³¹.

²⁸ Recuérdese que la primera traducción de la Biblia a una lengua vernácula fue la de Lutero al alemán (en 1534).

²⁹ Si bien, a decir verdad, la postura ideológica de Erasmo, aun contra su voluntad, le vino de perlas al incipiente protestantismo alemán. Esa es la idea que, ya bien avanzado el siglo XIX, recogen las célebres palabras del arzobispo inglés R. C. Trench a propósito de las relaciones entre Erasmo y la Reforma: «Erasmus laid the egg of the Reformation and Luther hatched it», es decir, «Erasmo puso el huevo de la Reforma y Lutero lo incubó». Sobre las relaciones entre Erasmo y Lutero y la influencia de aquél en éste véase C. Augustijn, *Erasmus en de Reformatie*, Ámsterdam, 1962; J. Boisset, *Erasme et Luther*, París, 1962; J. C. Olin *et al.*, *Luther, Erasmus and the Reformation*, Nueva York, 1969; G. Chantraine, *Erasme et Luther. Libre et serf arbitre*, París, 1981.

³⁰ En el título latino *Enchiridion militis christiani* suele traducirse *militis* por 'del caballero', como pervivencia del sentido que *miles* adquirió en la Edad Media, pero enseguida veremos que, en vista del destinatario del libro, es mejor mantener su significado latino original.

³¹ Aunque a alguien pueda antojársele algo arbitrario, dejamos a un lado toda su obra filológica menos conocida —y menos trascendente—, así como sus escritos de patristica, sus textos apologeticos —tan numerosos como repetitivos e insustanciales— y su correspondencia.

De estas cinco obras, la que aquí nos interesa viene a ocupar desde el punto de vista cronológico, por así decirlo, la posición de bisagra. En efecto, si nos atenemos a las fechas de edición (entiéndase, la *editio princeps* de cada una), el *Elogio* se halla justo en el centro³². Pero la idea básica en el pensamiento religioso de Erasmo, esa vuelta al cristianismo primitivo o a la «filosofía de Cristo» ya había cuajado y sido expuesta en el *Manual del soldado cristiano*³³.

Esta obra, que en primera instancia había nacido del intento de Erasmo por hacer apreciar la religión cristiana a un soldado tosco y anticlerical que frecuentaba el castillo de Tournehem y conocía a Jaime Batt, amigo del roterodamense, le vino de perlas a Erasmo para exponer todo su parecer respecto a la corrupción del clero de la época y, de paso, atacar la piedad frívola y supersticiosa que el pueblo demostraba con los asuntos divinos. De hecho, el propio título no podía ser más explícito en cuanto a la intención del escrito. En *Enchiridion militis christiani* la primera palabra encerraba una polisemia muy significativa e interesante: *enchiridion* es palabra griega transcrita al alfabeto latino a partir del original ἐγχειρίδιον, que, aún en la antigua Grecia, etimológicamente significaba a la vez 'manual' y 'puñal corto', 'daga'. De

³² El *Manual* se publica en Amberes en 1503; la primera edición de los *Adagios* (la *Adagiorum Collectanea*) aparece en París en 1500; el Nuevo Testamento (*Nouum Instrumentum*) en Basilea en 1516; y, de nuevo en Basilea, en 1518 una primera versión muy reducida de los *Coloquios* (*Familiarium colloquiorum formulae*). El *Elogio de la Estupidez* se edita por primera vez en 1511, en la imprenta parisina de Gilles de Gourmont. Téngase en cuenta, además, que de los *Adagios*, y de los *Coloquios* (y en cierta medida también del Nuevo Testamento, reeditado en 1519 ya bajo el título de *Nouum Testamentum*) se fueron haciendo, a lo largo de la vida de su autor, sucesivas reediciones de tipo sumativo, fácilmente comprensibles dado el carácter acumulativo y, en consecuencia, abierto de sus textos. Del *Elogio*, en los veinticinco años que median entre su primera publicación y la muerte de Erasmo, llegaron a hacerse nada menos que 42 ediciones del texto original latino.

³³ De hecho, en la *Carta a Martin Dorp* el propio Erasmo señala a su amigo: «Y en la *Moría* expresé las mismas ideas que en el *Enquiridión*, pero a guisa de broma».

manera que, bajo una resonancia marcial, adecuada al destinatario del libro, se escondía toda la idiosincrasia religiosa y teológica de Erasmo; tras la apariencia didáctica de un manual que recuerda al cristiano las normas morales que deben presidir su vida así como los remedios aplicables para enmendar sus defectos y pecados, surgía el deseo íntimo de aconsejar a los creyentes el retorno a las fuentes genuinas del cristianismo, esto es, al estudio pormenorizado y cabal de los evangelios —de ahí la importancia de la aplicación del método filológico— y a su puesta en práctica sin los intermediarios que habían llegado de manos de una doble influencia: la judaica y la pagana. Preconiza una religiosidad más sincera por cuanto más íntima y privada frente al fastuoso y falso aparato de la piedad más externa y social, más hipócrita y teatral, todo aquello que, precisamente, él podía ver en primera fila: las rivalidades entre las distintas órdenes monásticas, la belicosidad de los papas, las envidias, las miserias carnales de algunos religiosos, la avaricia y la soberbia del clero, su incapacidad de predicar con el ejemplo..., en definitiva, la banalización y mercantilización del mensaje de Cristo. Esta crítica que abarca no sólo el ámbito religioso, sino uno social más amplio³⁴, es la misma que aparece insistentemente en el *Elogio* y en los *Coloquios*.

Efectivamente, en lo que se refiere a éstos, lo que en un primer momento no pasaba de ser una mera recopilación de frases hechas

³⁴ A pesar del gran peso que tienen en el *Elogio* la invectiva contra el estamento religioso y la crítica-disertación teológica —en especial en los capítulos 53-54 y 63-66—, no nos parece adecuado considerar la obra un «panfleto religioso», como a veces se ha dicho (ésta es la expresión empleada por L. Halkin en *Erasmo entre nosotros*, cit., p. 117), en primer lugar por no ser un texto primordialmente libeleco y en segundo lugar por no circunscribirse en exclusiva al tema religioso. Tampoco nos parece aceptable resaltar únicamente los valores filosóficos de la obra (la crítica de la filosofía escolástica y su concepción del cristianismo), como puede leerse en la fatigosa introducción de A. H. Levi a la versión inglesa *The Praise of Folly*, trad. de Betty Radice, Londres-Nueva York, 1993. El mensaje global del *Elogio* es bastante más amplio de lo que la crítica ha tenido a bien considerar.

latinas pensadas para la enseñanza elemental del latín de forma amena y provechosa, con el paso del tiempo y la necesidad imperiosa que Erasmo tenía de verter en el papel todo lo que se le pasaba por la cabeza, terminó por convertirse en un inmenso mosaico de animados diálogos (*colloquia*) de inspiración lucianesca y carácter claramente moralista que de forma satírica pretendían criticar y aconsejar o corregir a un mismo tiempo. En esta obra, que pasa casi inadvertidamente del género didáctico al satírico, Erasmo no se contenta con sólo señalar y mofarse, sino que su espíritu sigue siendo, con todo derecho, instructivo³⁵. Si bien el tema presente en las 42 conversaciones que componen la obra es básicamente el mismo, esa crítica de la religiosidad superficial y hueca y la defensa de una piedad profunda aparecen puestas en boca de personajes diferentes según su edad, ocupación y extracción social.

Por otra parte, los *Adagios*, a más de un inmenso alarde de erudición —y paciencia, si se nos permite apostillar—, pretendían mostrar la utilidad y la actualidad de la sabiduría antigua greco-latina³⁶ bajo la apariencia de una enciclopedia filosófico-existencial y, en cierta medida, también científica compuesta de miles de pequeñas «píldoras» morales que, o bien se limitaban a explicar determinados comportamientos humanos universales y atemporales a partir de casos paralelos de la Antigüedad, o se atrevían incluso a criticar ese proceder en los posibles lectores y amonestarlos convenientemente. Como veremos en su debido momento, los *Adagios* son material de gran peso en la elaboración del *Elogio*³⁷.

³⁵ Es lo que se conoce como *σπουδογέλοιοιον*, es decir, tratar un tema serio y profundo de forma graciosa y amena. Él mismo lo defiende y aplica en el *Elogio de la Estupidez*, como explica en la carta a Martin Dorp; véase el texto de dicha carta en el apéndice incluido en este volumen.

³⁶ No nos atrevemos a llamarla «sabiduría popular», como tradicionalmente se viene denominando el contenido de los refranes, puesto que en una mayoría de casos los proverbios recogen los pensamientos propios de autores antiguos de gran prestigio.

³⁷ En especial el que responde al célebre título de *Sileni Alcibiadis*. Por otro lado, el cap. 23 del *Elogio* representa el germen del adagio *Dulce bellum inexpertis*.

En definitiva, el *Elogio de la Estupidez*, sin duda la obra más célebre y reconocida de Erasmo de Rotterdam, no fue un simple divertimento, un pasatiempo para matar primero aquellas horas que tuvo que pasar montado a caballo, y luego las que se vio obligado a aguantar en cama enfermo de los riñones, como su propio autor nos dice con un tono algo afectado. Más bien, está plenamente enraizada en el programa intelectual y moral del holandés; nada en ella es totalmente gratuito o improvisado; todo está medido y calculado para ridiculizar aquello que era inaceptable a los ojos de su autor y, a un tiempo, proponer posibles soluciones a esos defectos. Más que risas el *Elogio* produce –había de producir– una media sonrisa. No es pura bufonada. Es, como Erasmo nos dice empleando el símil lucreciano –tan empleado por tantos autores posteriores–, la miel necesaria para engañar el sentido del gusto y poder tomar la medicina amarga pero beneficiosa para nuestra salud.

La *stultitiae laus*. Modelos, significado, estructura

Antes de pasar revista a los modelos, antiguos y medievales, sobre los que está construido el *Elogio*, merece la pena hacer dos pequeñas aclaraciones de orden lingüístico, que, por más triviales que parezcan, tienen una importancia fundamental para entender el sentido global de la obra. Nos estamos refiriendo al título y su traducción en las diferentes lenguas vernáculas.

Por un lado, el título con que aparece por primera vez impreso el texto en París en 1511 es *ΜΩΡΙΑΣ ΕΥΚΩΜΙΟΝ, ID EST, STULTITIAE (sic) LAUS*. Como puede observarse, ese título no es sino una ecuación expresada en dos lenguas distintas: el primer miembro en griego se traduce inmediatamente al latín. Ahora bien, tanto si el epígrafe griego ya estaba presente en la mente de Erasmo antes de componer el texto como si es secundario y posterior a la decisión de dedicárselo a su amigo Thomas More, lo cierto es que la sinonimia entre los términos determinantes de

los dos sintagmas, no es total. El *μωρίας ἐγκώμιον* (o *moriae encomium*, como suele aparecer, y que no es sino mera transcripción latina) presenta el sustantivo griego *μωρία*, que equivale al castellano 'idiotez'³⁸, como remedo perfecto del latino *stultitia*. La realidad, sin embargo, es algo diferente.

En efecto, la voz latina *stultitia* no es 'locura', sino 'necedad', 'idiotez', 'tontería', 'estupidez'..., es decir, la palabra griega tiene una semántica más amplia (hiperónimo) que la latina. La «locura» griega abarcaría no sólo la patología psiquiátrica por la que hoy entendemos dicho vocablo, sino que también incluiría el estado de insensatez más o menos severa que sufren todos cuantos, como veremos, critica Erasmo a lo largo de su obra. Eso es, precisamente, lo que viene a decir la palabra latina: los *stulti* son los necios, idiotas o, sencillamente, tontos, que andan errados en su manejo y parecer. El latín dispone de otros medios léxicos para expresar los distintos tipos de locura mayor (*insania*, *uecordia*, *amentia*, *dementia*). Erasmo, por supuesto, era consciente de ello y por eso en ocasiones emplea *insania* (e *insanus*) o *dementia* y *uecors* allí donde busca mostrar el lado más extremado y patológico de esta «estupidez»³⁹.

Además, si repasamos la traducción que del título se ha hecho a las diferentes lenguas modernas, veremos que el concepto que más aparece es el que nosotros proponemos: en italiano aparece *Follia*, en alemán *Torheit* o *Dummheit*, en holandés *Zotheid*, en inglés *Folly*, etcétera⁴⁰.

Por otra parte, el título, tanto en griego como en latín, en tan sólo dos palabras presenta la clave de lo que el lector se va a encontrar. El primer elemento del sintagma *Stultitiae laus* es, a un mismo tiempo,

³⁸ El diccionario griego-inglés de *Liddle-Scott-Jones* lo traduce, *sub uoce*, por *folly*.

³⁹ A este respecto, vale la pena traer a colación el texto de Horacio, *Sátiras*, 2, 3, 305 s.: «stultum me fateor –liceat concedere ueris– / atque etiam insanum» [«reconozco que soy tonto –permítaseme rendirme a la evidencia– e incluso loco»].

⁴⁰ Tan sólo en francés encontramos *Éloge de la Folie*, en donde *folie* sí significa claramente 'locura'.

lo que la gramática escolar define como «genitivo subjetivo» y «genitivo objetivo», es decir, la Estupidez es la elogiadora y la elogiada a la vez. Estamos, pues, ante un autoelogio en toda regla, lo cual viene a determinar inevitablemente la forma literaria del texto al tiempo que constituye el cimiento sobre el que se sostiene el elemento característico presente en casi toda la obra: la ironía. Que la estupidez sea objeto de elogio no es llamativo; pero que este elogio parta de la propia Estupidez (personificada) es chocante y condiciona la aparición de un texto retórico (en el sentido estricto de la palabra). Si el elogiador hubiese sido otra persona, podría haberse servido del género ensayístico, podría haber compuesto un poema de tono encomiástico o, incluso, podría haber empleado la forma dramática y desarrollar su panegírico de la idea de la estupidez mediante unos personajes (alegóricos o no) que sirviesen a sus propósitos. Sin embargo, basta que la propia Estupidez hable de sí misma en primera persona para que ese autoelogio tenga la forma de un discurso perfectamente estructurado de acuerdo con las normas de la oratoria clásica. Y es esta autoalabanza la que crea una situación paradójica ya desde el principio. Si la Estupidez canta sus propias glorias, todo lo que diga, como procedente de la responsable de que haya tantos necios y tontos sueltos por el mundo, habrá que considerarlo con reservas, puesto que cada cosa que exponga estará errada y, en todo caso, habrá que entenderla al revés, esto es, para captar bien el mensaje de sus palabras será preciso aplicar el sutil filtro de la ironía.

Modelos antiguos

Para encontrar los antecedentes con los que contaba Erasmo para construir su *Elogio de la Estupidez* no hace falta buscar muy lejos del propio *Elogio*. En las líneas introductorias que forman la carta-dedicatoria a Thomas More tenemos todo un alarde de erudición literaria con la que Erasmo nos cuenta pormenorizadamente todas las obras que, según él, le precedieron en el género del elogio satírico. Sin embargo, como vamos a ver, la nómina no es todo lo exacta que pudiera parecer y hay que precisar algunos puntos.

En efecto, de las 15 obras incluidas en esa relación de supuestos precedentes literarios sólo dos pueden considerarse auténticos ejemplos del subgénero del encomio paradójico y, a la vez, sólo una de ellas es una muestra de la parodia de declamaciones retóricas. Se trata, en concreto, de las dos obras lucianescas el *Muscae encomium* y el *De parasito*, de las que la primera es una auténtica parodia retórica mientras que la segunda es una sátira en forma dialogada. Por lo tanto, de la docena sobrada de obras referidas por Erasmo, vemos que, en rigor, sólo una se ajusta con mayor o menor exactitud al género del *Elogio*. En realidad, aunque no se citen aquí, los dos precedentes más claros son el *Fálaris* del propio Luciano y el pasaje de la comedia aristofánica *Phuto*, vv. 507-610⁴¹.

El *Fálaris* es un texto que contiene una *declamatio*, esto es, un ejercicio retórico entendido como entrenamiento que puede partir de un tema a priori difícil (o imposible) de tratar por su propio contenido ideológico. En este caso, Luciano se ejercita con la apología del tirano siciliano Fálaris⁴², cuya crueldad era célebre. El punto que une la obrita de Luciano y el *Elogio de la Estupidez* es el hecho de que ambos están escritos en primera persona: tanto la defensa de aquél como la loa de ésta tienen como objeto a los mismos oradores. Se trata, pues, de una autodefensa y un autoelogio, respectivamente.

La otra obra antigua que presenta una influencia más patente en el *Elogio* es el paso de la comedia de Aristófanes *Phuto* (o *La riqueza*), vv. 507-610, que presenta a la Pobreza personificada (*Penia*) defendiendo el valor de ser pobre y elogiando sus supuestas virtudes y superioridad frente a la opulencia en un animado diálogo dramático con el viejo Crémilo. De nuevo el autoelogio, pero en este caso con una semejanza mayor respecto a la obra erasmiana, puesto que el personaje que habla es también alegórico.

⁴¹ Sin embargo, hay referencias de pasada a estos textos en el *Elogio*, caps. 3, 7 y 49.

⁴² Tirano siciliano de Agrigento, muerto ca. 554 a.C. Se decía de él que asaba a sus víctimas dentro de un toro de bronce.

Pero, tengan una mayor o menor cercanía conceptual y formal respecto al *Elogio*, tanto estas dos últimas obras como las dos que cita Erasmo en su *Carta a Thomas More* pertenecen, todas ellas, al género de lo que en la Antigüedad se conocía como *paradoxon encomium*, es decir, un elogio dirigido a algo o a alguien de quien el sentido común no esperaría que fuese objeto de alabanza. Es, por así decirlo, un elogio inesperado, que sorprende porque se sale de lo normal. Al igual que en el *Muscae encomium*, en el *De parasito*, en el *Fálaris* o en el parlamento de la Pobreza en el *Pluto* de Aristófanes, la humorada —que en el caso del *Elogio de la Estupidez* no es ni el fin último buscado por el autor ni el aspecto más importante del texto— resulta de la combinación de lo inesperado que es un elogio sobre algo poco encomiable y el carácter satírico y mordaz del contenido de la obra en general. Ya hemos dicho que el género literario al que pertenecen es el «elogio paradójico», pero cabría ser más precisos y decir que en realidad son un subgénero del elogio, entendiendo éste como una de las dos posibilidades temáticas que presentaba el género oratorio llamado epidíctico o demostrativo⁴³.

Respecto a las otras obras antiguas que pudieron ejercer cierta influencia —en el tono más que en la forma compositiva— so-

⁴³ Estas dos manifestaciones opuestas serían la *laudatio* (elogio) y la *uituperatio* (censura, crítica), que, curiosamente, en el caso del *Elogio* se complementan recíprocamente, puesto que el argumento principal empleado para el encomio de la idiotez —su universalidad— se construye a expensas de criticar a todo el mundo: podría decirse que en esta *laudatio* específica hay inserta una *uituperatio*. Sin pretender hacer aquí siquiera una breve exposición de los distintos géneros y subgéneros de la oratoria antigua greco-latina (acuñados por Aristóteles, *Retórica*, 1358a37-1358b8), baste decir que los *tria genera dicendi* o formas del discurso retórico son el demostrativo (*genus demonstratiuum*, γένος ἐπιδεικτικόν), el forense o judicial (*genus iudiciale*, γένος δικανικόν) y el deliberativo (*genus deliberatiuum*, γένος συμβουλευτικόν). En los discursos del primer tipo, como son el *Elogio* y los demás textos citados, el oyente-lector no tiene posibilidad de tomar una decisión al respecto de lo que en ellos se dice; su actitud es forzosamente más pasiva, pero, como contrapartida, son discursos con un carácter más didáctico que los otros dos.

bre el *Elogio*, Erasmo cita algunos textos latinos antiguos, que, no obstante, no llegan a poderse considerar verdaderos cimientos de la obra de Erasmo⁴⁴. Como mucho, alguna de ellas la precede en el tratamiento fuertemente satírico del asunto⁴⁵. En los demás casos, sólo comparte con ellas su aire ligero y desenfadado, por lo que resulta del todo evidente que, al mencionarlas, Erasmo pretendía cubrirse las espaldas de la mala conciencia que tenía de su propia creación, apoyando su obra en unas *autoritates* lo suficientemente prestigiosas como para tratar de descargar en ellas el peso que ya sospechaba se le iba a venir encima.

Modelos medievales

Si bien los modelos antiguos son, al menos a primera vista, varios y variados, el conjunto de los precedentes medievales del *Elogio de la Estupidez* se ve reducido, primordialmente, a uno. Uno solo, además, innominado: *La nave de los necios*⁴⁶. Resulta curioso observar cómo Erasmo, que tenía un apego tan grande y sincero hacia la Antigüedad, no cita, deliberadamente, la obra que forzosamente más le tuvo que influir tanto por su cercanía temporal como por las similitudes de su contenido⁴⁷. Puede que

⁴⁴ Son el *Mosquito* y el *Almodrote* de Virgilio (ambos incluidos en la *Appendix Vergiliana*), la *Nuez* de Ovidio, la *Apoteosis* del emperador Claudio (que en el original latino responde al sonoro título de *Apocolocyntosis* o 'calabacización'), obra de Séneca, y *El asno de oro* de Apuleyo.

⁴⁵ Nos referimos a la *Apoteosis* de Claudio.

⁴⁶ Se trata de una obra escrita originalmente en alemán en 1492 por el humanista estrasburgués Sebastián Brant (1457-1521) con el título de *Das Narrenschiff*, publicada en Basilea en 1494 y traducida en hexámetros con grandes libertades (omisiones, ampliaciones...) al latín —por cierto, con una sintaxis en ocasiones imposible— por Jacobo Locher en 1497 (*Stultifera navis*). Una buena traducción castellana, hecha a partir del original alemán y acompañada de los grabados originales, es la de A. Regales Serna, *La nave de los necios*, Madrid, 1998.

⁴⁷ *La nave de los necios* no es aún obra plenamente renacentista o, al menos, no tan renacentista como lo es el *Elogio*. Sobre los puntos en común y las divergencias existentes frente al hecho de la locura entre la Edad Media y el

esta *damnatio memoriae* voluntaria no tenga nada que ver con un deseo por parte de Erasmo de evitar todo lo que tuviera un tufo a Edad Media o, dicho en positivo, por concentrar la atención del lector sólo en las fuentes antiguas –paganas y cristianas– que con tanta profusión emplea a lo largo del texto. Pero parece más admisible que Erasmo, conociendo bien la obra de Brant, sencillamente se negase a reconocer su deuda con el alemán por un simple desliz de orgullo. Sea la razón que fuere, es innegable que el *Elogio* presenta una serie de similitudes con *La nave de los necios*. Las diferencias, que existen, son, a nuestros ojos, menos significativas que las semejanzas⁴⁸. Examinemos algunas de ellas.

Para empezar, ambas obras –ya lo hemos dicho– pertenecen al género de la sátira, más en concreto a la sátira social. Y –sabemos– a la sátira están estrechamente vinculados un valor o intención moralizantes. Tanto el *Elogio* como *La nave de los necios* pueden incluirse en la literatura didáctica-gnómica con la puntualización de que ambas tratan de enseñar lo que es correcto a

Renacimiento véase B. Swain, *Fools and Folly in the Middle Ages and the Renaissance*, Nueva York, 1932; baste decir aquí que en el Medioevo los locos eran tenidos por pecadores que contravenían el orden convencional de las cosas por haber perdido la conciencia, mientras que en el Renacimiento la locura se ve bajo el prisma deformador de la ironía como medio para juzgar moralmente el mundo y sus defectos. Frente al pesimismo medieval se levanta el optimismo humanista que juega con un cierto grado de empatía.

⁴⁸ Unas y otras pueden seguirse en los estudios de G. Baschnagel, *Narrenschiff und Lob der Torheit. Zusammenhänge und Beziehungen*, Fráncfort, 1979; E. Stüder, «Über Sebastian Brants *Narrenschiff* und das Erasmische *Lob der Torheit*», en H. Huber (ed.), *Der Narr: Beiträge zu einem interdisziplinären Gespräch*, Friburgo, 1991 (= *Studia ethnographica Friburgensia* 17), pp. 13-27; y, tangencialmente, R. Gruenter, «Thomas Murners satirischer Wortschatz», *Euphorion* 53 (1959), pp. 24 ss. Digamos, no obstante, que estos artículos ponen un excesivo énfasis en las diferencias existentes, postura que se nos antoja menos relevante que la contraria, habida cuenta de que, como salta a la vista, son obras de distintos autores, con distintos planteamientos y distintos enfoques. La diferencia más patente es el carácter fuertemente irónico del *Elogio*, que en *La nave* deja paso a un tono más transparente y «neutro»; la crítica social es más plana y directa.

contrariis, es decir, presentando los comportamientos que no se deben seguir⁴⁹. De igual modo ambas responden a la necesidad que sienten sus autores de criticar la sociedad en la que viven, el momento especialmente sombrío que les ha tocado observar y soportar. Ésta es la idea que recogen las palabras de Jacobo Locher, traductor de *La nave de los necios* al latín⁵⁰:

Cum uero nostra tempestate tam pene innumeri sint fatui et stulti homines... opere precium fuit ut denuo uates aliquis eruditus et uaffer resurgeret qui manifestaria stultorum delicta uitamque spurcissimam taxaret.

[Pero, puesto que en nuestra época hay un número casi infinito de hombres necios y estúpidos, ha valido la pena que surgiera de nuevo algún poeta culto y perspicaz capaz de censurar los errores evidentes de los tontos y su tan escandalosa vida.]

Vemos, pues, que la intención de los autores es la misma. Pero, además de este paralelismo en la finalidad última de ambas obras, también comparten el carácter retórico —en su sentido

⁴⁹ Desde este punto de vista pueden considerarse como «espejos de príncipes» en negativo. En el caso de *La nave de los necios*, el propio Brant dice lo siguiente (f. IX v): «In speculo ueluti faciem quis rite tuetur / effigiem uultus conspicit atque sui, / sic modo de nostro capiat manifesta libello / signa quibus uitam conspiciatque suam» [«Igual que alguien mira con cuidado su cara en un espejo y contempla la imagen de su rostro, que, del mismo modo, observe en nuestra obrita su retrato visible en el que también pueda contemplar su vida»]. Téngase en cuenta que en la edición original el texto iba acompañado de xilografías que ilustraban cada uno de los capítulos con una imagen representativa de su contenido. Además, el tópico del espejo empleado a propósito de la estupidez humana representa, simbólicamente, la autocomplacencia como señal inequívoca de necedad. El gustarse a sí mismo y, por ende, mirarse continuamente en un espejo es característico de imbéciles que no ven más allá de sus narices: en *La nave de los necios* hay varios capítulos ilustrados con grabados en los que aparece un/a necio/a contemplándose con fruición en un espejo: caps. 4, 60 y 92.

⁵⁰ f. VIII r.

clásico— del texto⁵¹. Como ya hemos visto y aún veremos con mayor detalle más abajo, el *Elogio* es un discurso pronunciado por un personaje alegórico que dirige sus palabras a un auditorio indefinido, impreciso, porque sus miembros son la humanidad misma, la totalidad del género humano. La Estupidez nos va presentando todos los distintos tipos de idiotez que hay repartidos por el mundo y lo hace como ama y señora de todos ellos. Todos la obedecen y bailan al ritmo que ella les dicta. Erasmo es quien habla desde detrás de la máscara y el disfraz de la Estupidez. En *La nave de los necios* ocurre algo similar: el autor expone ante un público potencialmente ilimitado las distintas clases de necedad existentes. También en este caso Brant se sirve de un expediente teatral. El narrador de *La nave* es, él mismo, un necio. Al igual que la Estupidez aparece ataviada con los ropajes típicos de doctores universitarios, el gobernalle que va presentando las diversas razas de idiotas que puede observar en el mundo es, también, un tonto-sabio, que vale tanto como decir un tonto que se cree sabio o un sabio que no se da cuenta de su profunda sandez⁵². Éstas son sus palabras introductorias⁵³:

Inter precipuos pars est mihi redditā stultos
prima, rego docili faltaque uela manu.
En ego possideo multos quos raro libellos
perlego, tum lectos negligo nec sapio.

[Entre los necios más destacados se me ha confiado el papel principal y gobierno velas propicias con mano resuelta. Aquí estoy yo, propietario de muchos libritos que rara vez termino de leer y entonces, ya leídos, los abandono por no entenderlos.]

⁵¹ Ambos pertenecen al género demostrativo.

⁵² Cfr. el término griego *μωροσύνη* empleado en el cap. 5 del *Elogio*.

⁵³ f. X v. Resolvemos, sin indicación alguna, las abreviaturas y los nexos. Modernizamos la puntuación de acuerdo con los usos actuales.

Es decir, a pesar de verse rodeado de libros, o no los termina de leer o, si lo hace, no le aprovecha nada porque les da de lado y sigue siendo un necio.

Por otra parte, ni en el *Elogio* ni en *La nave* aparece una sola persona citada por su nombre explícito⁵⁴, exceptuados los propios autores, Erasmo y Sebastián Brant, respectivamente, que se consideran a sí mismos unos necios.

En definitiva, estos puntos comunes —y aun otros que puedan hallarse— en la forma y el contenido de ambas obras no responden a la casualidad. El *Elogio de la Estupidez* porta un marchamo de autor inconfundible: su ironía, unas veces sutil y otras —las más— mucho más palpable, esa *copia dicendi* tan característica de Erasmo⁵⁵, su amplísima erudición tocante tanto al mundo pagano como al cristiano, su desbordante imaginación, su interés didáctico, etc., no hacen sino recordarnos que estamos ante una creación erasmiana, plenamente renacentista y humanística.

Y una de las lacras que, como acabamos de ver, Erasmo, en mayor medida que Brant, señala y critica con insistencia, es precisamente uno de los ejes centrales que sirven de claves para entender el mensaje último del *Elogio*. Estamos hablando de la adulación como forma distinguida en que se manifiesta la hipocresía. Pero sería poco justo decir, sin más, que Erasmo trata la hipocresía sólo como un defecto y, por ello mismo, algo reprochable. En realidad, intenta presentar el mundo —o, al menos, parte de él— en términos de la dualidad existente entre lo exterior y lo interior, que es lo mismo que decir entre lo aparente y lo auténtico. Por lo tanto, el tema de la hipocresía del mundo está visto también desde una perspectiva didáctica-moralista —una vez más— *a contrariis*: el lado positivo del engaño consiste en que para que haya un elemento falseado tiene que existir

⁵⁴ Erasmo ya nos lo advierte en la *Carta a Thomas More* y vuelve a subrayarlo en la *Carta a Martin Dorp*.

⁵⁵ La *copia dicendi* equivaldría, en términos actuales, a la abundancia en la expresión. Ya hemos visto que la escritura de Erasmo fluye rápida y caudalosamente. Véase *supra* n. 31.

también su correlato genuino, auténtico y sincero⁵⁶. Es en este último en el que insiste Erasmo sirviéndose del difícil y escurridizo instrumento que es la ironía. Esta idea, sin embargo, no es privativa del *Elogio*. Nos parece interesante ver cómo el roterodamense la retoma y desarrolla en una importante sección incluida en una obra mayor, concebida con posterioridad a la publicación del *Elogio*.

Los Sileni Alcibiadis. Ideario de Erasmo

Con el título de los *Silenos de Alcibiades* aparece publicado uno de los proverbios recogidos en los *Adagiorum Chiliades*, 3, 3, 1, que en su primera edición (1508) no pasa de unas pocas líneas en las que nuestro autor comenta el elogio que Alcibiades hace de Sócrates en el *Banquete* de Platón⁵⁷, comparándole con las figuritas de los silenos⁵⁸. Sin embargo, esas escasas líneas se convirtieron, en la edición de 1515 —cuatro años después de la *editio princeps* del *Elogio*— en las varias páginas de un enjundioso ensayo, crítica cáustica del poder temporal y sus diversas manifestaciones en el mundo. Su censura alcanza tanto al poder laico de príncipes y reyes como al religioso de abades, obispos y papas. Al mismo tiempo, Erasmo expone las ideas fundamentales de su idiosincrasia teológica, su «filosofía de Cristo», que para Erasmo era el sileno por excelencia.

Tomando como premisa ideológica la idea —por lo demás muy trillada— de que las cosas nunca son lo que parecen y que hay que buscar en su interior para encontrar la verdad, Erasmo construye su crítica social, política y religiosa del mundo en el

⁵⁶ Mensaje que, como suele suceder con las grandes obras literarias (o artísticas en general), no es único. La polivalencia interpretativa del texto y su tan comentada complejidad son buenas pruebas de que el tema que toca es universal y atemporal.

⁵⁷ El pasaje concreto es *Banquete*, 215a4-216c3.

⁵⁸ Los silenos eran unas figuritas huecas de barro cocido que se vendían en los mercadillos de las *póleis* griegas. Su exterior representaba la figura grotesca del sátiro Sileno, pero en su interior escondían finas estatuillas de dioses. Sobre el personaje y su descripción física véase, al final de este volumen, el glosario-índice onomástico, *sub uoce* SILENO.

que vive mediante el contraste de términos. La paradoja que se da entre lo que todo el mundo espera a priori de determinadas personas y lo que en realidad estas personas hacen y son es buen recurso literario para conseguir disimular o amortiguar una inectiva que, de otro modo, podría resultar menos tolerable.

Sin lugar a dudas, el *Elogio* fue el germen del contenido ideológico de los *Silenos*. Sin embargo, la figura que impregna y da trabazón a aquél, la ironía, no aparece en éstos. La sátira mordaz del primero no se encuentra en este proverbio, hipertrofiado para la exposición del mundo interior —tan florido— del autor. En los *Silenos*, Erasmo deja a un lado los rodeos —la ironía, en su esencia, no es más que una forma de llegar al mismo sitio siguiendo el sentido opuesto— y se concentra en exponer de la forma más clara y sistemática que puede los defectos que ve a su alrededor para entonces pasar a criticarlos e intentar corregirlos. En el *Elogio*, por el contrario, aunque la meta es la misma, el camino recorrido es más alambicado, más intrincado, menos patente. El lector poco avisado no podrá entender el mensaje último que Erasmo pretender transmitirle y se perderá si antes no ha tenido en cuenta el mapa de la ironía, que le indica la ruta exacta.

Ahora bien, ni siquiera contando con este planteamiento irónico resulta sencillo desentrañar el contenido general de la obra, el, por así decirlo, «plan del autor». Efectivamente, la ironía embrolla —siquiera sea un poco— las cosas; funciona como una sordina que suaviza las estridencias que produciría la contemplación rigurosa de una realidad desagradable y hostil⁵⁹; el lector tendría, pues, un solo escollo que soslayar para llegar al buen puerto del entendimiento cumplido. En cambio, en el caso concreto del *Elogio* encontramos una doble dificultad. Tropezamos con la misma barrera por duplicado. Erasmo, no contento con su artificio retórico y en paralelo a la *copia dicendi* de que hace gala, pone al lector en el brete de vencer el obstáculo doble que supone emplear la

⁵⁹ Aunque la intención primera de la ironía es despistar un momento la atención del receptor del mensaje, lo cierto es que el resultado es justo el contrario: la crítica se efectúa de una forma retorcida y burlona y es por ello mismo más hiriente.

ironía en dos planos simultáneos, es decir, hacer que dentro de un primer contenido irónico se inserte otra nueva ironía⁶⁰, de tal manera que el lector —algunos lectores, al menos— se pierde en la maraña de significados reales y significados aparentes que atraviesan el texto⁶¹. Pero ¿en qué consiste esta ironía superpuesta?

Sabemos que la ironía consiste en decir lo contrario de lo que se quiere dar a entender, esto es, hay un significado superficial o aparente que sólo cobra sentido y se vuelve profundo cuando se aplica la clave irónica. De manera que, por ejemplo, si alguien dijese irónicamente que la moral de las esposas de nuestro tiempo es intachable, lo que en realidad vendría a decir es que las esposas de hoy día no guardan el debido decoro en su proceder conyugal. Si, por el contrario, se dijese en tono irónico de una mujer que es una inmoral, lo verdaderamente declarado sería su comportamiento escrupuloso y correcto. La diferencia entre ambos casos estriba en que en el primero la ironía se emplea para criticar y tratar de corregir la realidad, mientras que el segundo no pasa de ser una pequeña broma que pretende reforzar un comportamiento tenido por correcto —con todo lo convencional que el concepto de corrección pueda ser—. Sin embargo, las cosas se tornan herméticas cuando el que habla irónicamente es, por su parte, un individuo anómalo o inesperado. Tal es el caso de la Estupidez. Si la Estupidez cumple con el decoro poético —y ella misma nos asegura que es así⁶²— hemos de suponer que todo lo que diga han de ser

⁶⁰ Es lo que C. H. Miller llama *involved irony*, 'ironía encerrada en sí misma' o 'ironía dentro de la ironía'. Véase su edición del *Elogio* en *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami*, IV, 3, Ámsterdam-Oxford, 1979, p. 17.

⁶¹ Esta parece ser la razón principal, según él mismo advierte, del fastidio que el *Elogio* le produce a José Antonio Marina: véanse sus palabras en la introducción a Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura o encomio de la estulticia*, trad. de P. Voltes, Madrid, 1999, pp. 30-37.

⁶² Cfr. sus palabras iniciales en el cap. 3 del *Elogio*: «Ni esto me importan esos sabios que califican como algo tonto de remate e impertinente el que alguien se alabe a sí mismo. Sea todo lo tonto que quieran, de acuerdo, con tal de que reconozcan que es lo decoroso».

forzosamente necesidades y majaderías propias de su condición. Por lo tanto, habida cuenta de que está errada, cuando ironiza lo hace equivocadamente y, consecuentemente, todo lo que diga en clave irónica habrá que entenderlo como si la ironía no existiese: si, por ejemplo, critica a los profesores, la crítica es auténtica y éstos deberían darse por aludidos y, en su caso, ofendidos. Y aquí es donde entra en juego el segundo plano irónico. Esta segunda ironía consiste en descubrir que la Estupidez no es tan tonta como alguno —algún tonto— podría y desearía creer, por lo cual todo lo que dice se ha de tomar en su primer y estricto sentido⁶³. Por lo tanto, hay dos niveles de ironía: un primer nivel desarrollado entre los elementos del texto y otro más que trasciende y se cristaliza entre el texto y el lector. Es, precisamente, esta complicación la que a veces se ha alegado como fuente principal de una cierta incoherencia interna característica del *Elogio*⁶⁴.

Estructura compositiva

Stultorum infinitus est numerus, dice el Eclesiastés 1, 15⁶⁵. Sin duda ésta debe de ser la idea que le rondaba a Erasmo en la cabeza

⁶³ Que es lo que, por supuesto, ocurrió con los individuos que pertenecían a cualquiera de los grupos que Erasmo ataca. El argumento que Erasmo emplea en su propia defensa (véase en especial la *Carta a Martin Dorp*) consiste en recalcar una y otra vez que lo que hizo fue un simple divertimento, cuya escasa seriedad tendría su exponente más claro en el hecho de hacer hablar al personaje alegórico de la Estupidez, al que no conviene prestar ninguna atención. Nótese lo endeble de un análisis que cree a los lectores tan mentecatos como para no ser capaces de entender que bajo la máscara de la Estupidez es Erasmo mismo quien habla. Por lo cual, mal que le pese al autor, todo lo que ella dice es serio, meditado y tiene un propósito muy claro.

⁶⁴ Véase esta crítica argumentada en A. E. Douglas, «Erasmus as a Satirist», en T. A. Dorey (ed.), *Erasmus*, Londres, 1970, pp. 31-54, especialmente p. 46. Este mismo autor critica el *Elogio* calificándolo de «far too long (joke)» (p. 49), pero considerar esta obra simplemente como una broma demasiado larga nos parece una crítica en exceso reduccionista.

⁶⁵ La máxima aparece citada en el cap. 63 del *Elogio*.

cuando se le ocurrió componer este retrato crítico-satírico de su sociedad contemporánea. Como ya había hecho Brant, el panorama de necesidades, defectos y miserias que el holandés presenta y combate es amplísimo. Para expresarlo de una forma coloquial, se podría decir que no deja títere con cabeza. Toda esta retahíla de profesiones, estados y condiciones humanas está escrita originalmente sin solución de continuidad⁶⁶, una forma expositiva poco didáctica —algo extraño en Erasmo— que probablemente pretende reflejar el supuesto carácter improvisado de la obra y, de paso, crear una sensación de sofoco ante el imparable aluvión de necios y sandios que le echa al lector encima. Sin embargo, es evidente que el *Elogio* cuenta con una estructura bien marcada que puede analizarse desde dos puntos de vista complementarios: el que se fija en el puro contenido literario y el que parte del examen retórico del texto.

En primer término, pues, y atendiendo a los contenidos mismos, la obra puede descomponerse en unidades temáticas que, empleando un término pictórico, podríamos llamar «escenas» o «cuadros»⁶⁷. Cada uno de ellos muestra, como si de un teatro de marionetas se tratase, una circunstancia social o vital representada por unos personajes que la Estupidez, suma creadora y verdadera diosa suya, describe con la ternura y el orgullo con los que se hablaría de unos hijos.

⁶⁶ La división en capítulos y la creación de un epígrafe latino para cada uno de ellos no es del propio Erasmo, sino que las introdujo A. G. de Meusnier de Querlon (1765) con el doble propósito de hacer más holgada la lectura y servir de resumen sobre el contenido de cada sección a la vez que para facilitar las citas que del texto pudieran hacerse. En su edición de 1898, I.-B. Kan adoptó y adaptó dicha división. Tal es la que presentamos nosotros en este volumen.

⁶⁷ No sin razón el *Elogio* ha podido inspirar, desde su aparición, algunos cuadros de pintores flamencos como *La cura de la locura* de Jeroen Anthonizoon van Aeken *el Bosco*, *Extirpación de la piedra de la locura* de Pieter Huys, una variante del anterior titulado *Quitando la piedra de la locura* de Pieter Brueghel *el Viejo*, *El cirujano* de Jan Sanders van Hemessen, incluso, según parece, *El banquero y su mujer* de Quentin Metsys, etc. Véase al respecto N. McAlister, «The Cure of Folly, painting by Hieronymus Bosch», *Canadian Medical Association Journal* 110 (1974), 1380, 1383 y R. H. Marijnissen, «Bosch and Bruegel on human folly», en *Folie et déraison à la Renaissance*, Bruselas, 1976.

Dejando a un lado los doce primeros capítulos —de clara inspiración lucianesca—, que sirven de introducción en la que la Estupidez se presenta a sí misma, su linaje, sus acompañantes y justifica el autoelogio partiendo de las enormes bondades que dispensa al género humano, en total pueden contarse hasta cuarenta diferentes escenas que presentan la siguiente distribución temática⁶⁸.

Las primeras 29 escenas están dedicadas a exponer los estados y condiciones humanos en que la estupidez campea a sus anchas; tales son los caps. 13 y 14 sobre la niñez/juventud y la vejez; cap. 15, sobre los dioses; cap. 16, sobre la naturaleza humana; cap. 17, sobre las mujeres; cap. 18, los banquetes; cap. 19, la amistad; cap. 20, el matrimonio; cap. 21, la sociedad humana en general; el 22, la egolatría; cap. 23, la guerra; caps. 24 y 25, la falsa sabiduría; cap. 26, el populacho ignorante; cap. 27, los valores mundanos; cap. 28, las artes; cap. 29, la prudencia como deudora de la estupidez humana; cap. 30, de nuevo la supuesta sabiduría; cap. 31, los placeres de la vida; caps. 32 y 33, las ciencias; cap. 34, la gozosa irracionalidad de los animales; caps. 35, 36 y 37, la inmensa felicidad de los necios; cap. 38, distinción entre los dos tipos de locura; cap. 39, estupidez característica de los maridos, cazadores, arquitectos y jugadores; caps. 40 y 41, la superstición religiosa; cap. 42, la nobleza; caps. 43 y 44, la egolatría y la adulación; cap. 45, las apariencias; cap. 46, alcance universal de la

⁶⁸ Otra división posible y repetida con cierta frecuencia en los estudios dedicados a esta obra establece cuatro partes: los caps. 1-28 de contenido cercano a las sátiras de Luciano; los caps. 29-38 que establecen y discuten el contraste entre apariencia y realidad; en los caps. 39-61 se hace un repaso de todos los aspectos y grupos humanos en los que impera la estupidez (que constituyen el clímax de la sátira); y los caps. 62-68 como conclusión de la obra, en los que el artificio de la ironía desaparece, se relaja el tono y detrás de la máscara el lector descubre al propio Erasmo reflexionando (en serio) sobre la dualidad necesidad/sabiduría y la dificultad de delimitar con precisión dónde termina una y empieza la otra. Sobre la(s) posible(s) estructura(s) y la complejidad del empleo de la ironía en el *Elogio*, véase el interesante libro de Z. Pavlovskis, *The Praise of Folly: structure and irony*, Leiden, 1983.

idiotéz; cap. 47, carácter cordial de la estupidez; cap. 48, ensalada de necios varios. Un segundo lugar lo ocupan las escenas dedicadas al retrato social y psicológico de las profesiones en que la estupidez es más conspicua; son, por así decirlo, majaderos profesionales: cap. 49 dedicado a los gramáticos, cap. 50 los poetas, cap. 51 los jurisconsultos, cap. 52 los filósofos, cap. 53 los teólogos, cap. 54 los religiosos y monjes, caps. 55 y 56 los reyes y la nobleza, caps. 57 y 60 los obispos, cap. 58 los cardenales, cap. 59 los papas y cap. 61 la Fortuna que favorece a todos los necios.

Tras el vasto panorama que la protagonista absoluta del *Elogio* despliega ante los ojos del auditorio, se produce un momento de inflexión (cap. 62) en que se abandonan la ironía y la sátira, y la Estupidez —y aquí más claramente que nunca es Erasmo quien habla—, como dejando a un lado al auditorio ante el que parlamenta y ensimismada, trata de persuadir al lector de que tal vez esa sandez omnipresente no sea tal vez tan negativa si se sabe entender y administrar. Es aquí donde entran a saco las *auctoritates* —paganas y, fundamentalmente, cristianas— que corroboran la argumentación. Los últimos capítulos (63-67) están dedicados a ver la estupidez desde su lado más positivo y optimista: incluso el éxtasis místico no es sino una forma de locura que aliena al hombre para unirlo a Dios. Sin embargo, en un golpe final (cap. 68), cuando ya nadie lo espera, la Estupidez vuelve a tomar la palabra con su tono sarcástico habitual para recordarnos que nada de lo que ha dicho tiene ningún sentido⁶⁹.

Pero además, como ya vimos en su momento, estamos también ante una obra retórica⁷⁰ capaz de estructurarse, de acuerdo con la partición oratoria clásica, en las diferentes fases o momentos presentes en todo discurso. Desde esta perspectiva la estructura del *Elogio* podría resumirse en el siguiente esquema:

⁶⁹ El supuesto optimismo humanístico de la obra se ve así empañado por un final que, de alguna forma, retoma el comienzo burlesco del *Elogio* y deja en el lector una sensación mezcla de confusión y desabrimiento.

⁷⁰ Perteneciente al género demostrativo.

- I. EXORDIVM o introducción (caps. 1-4): comienza por una *anteoccupatio* («Diga lo que diga de mí el común de los mortales...») y pasa a desarrollar el recurso clásico de la *captatio beneuolentiae* («esos sabios que califican como algo tonto de remate e impertinente el que alguien se alabe a sí mismo»; «¿qué cosa cuadra más que la propia *Moría* sea pregonera de sus glorias y *trompeta de sí misma*?»; «De mi boca vais a escuchar un discurso improvisado»; «Cosa que no querría que pensaraís que he inventado para ostentación de mi talento»; «siempre me ha encantado decir *lo primero que me viniera a la boca*»).
- II. ARGUMENTATIO o argumentación basada en la *probatio* o exposición de las pruebas que confirman la tesis del discurso —en este caso los motivos que hacen creíble y aceptable elogiar la estupidez— (caps. 5-67). En esta sección puede hacerse una triple subdivisión:
 - II.1. *argumentatio a persona* (caps. 5-9): se enumeran, respectivamente, el linaje de la Estupidez, su patria y el cortejo que la acompaña (su origen es divino, superior incluso al de los dioses convencionales; nace en el término equivalente del Paraíso pagano; su cortejo está formado por poderosas «señoras»).
 - II.2. *argumentatio a re* (caps. 10-48): mediante una serie de *exempla* se detallan todos los bienes que dispensa y la amplitud de los poderes que la caracterizan.
 - II.3. *confirmatio* (caps. 49-67): en dos momentos diferenciados:
 - II.3.1. *confirmatio 1* (caps. 49-61): las ocupaciones más identificables por su inherente estupidez.
 - II.3.2. *confirmatio 2* (caps. 62-67): digresión de carácter deliberativo, que desarrolla la idea de la bondad de una cierta clase de locura apoyándose en testimonios paganos y cristianos.
- III. PERORATIO o epílogo (cap. 68): con una *recapitulatio* parcial del motivo inicial de una mujer disertando ante un auditorio, y un final teatral.

Influencia en la literatura española

Dejando a un lado el extraordinario influjo que ha tenido el *Elogio* en la literatura de ficción y filosófico-religiosa europea desde el justo momento de su publicación, y puesto que hemos de ceñirnos a un ámbito más concreto y cercano a nuestros intereses, señalaremos a continuación algunos de los deudores de esta obra en lo que al mundo de las letras españolas se refiere. Y, puesto que contamos con la ayuda inestimable de los dos extensos y detallados estudios de Vilanova y Bataillon, que versan sobre la influencia de Erasmo en general en la literatura española y, más en concreto, de la ejercida por el *Elogio* en nuestros autores, nos limitaremos a resumir aquí sus conclusiones, ejemplificándolas convenientemente⁷¹.

Las dos obras clásicas de la literatura española que muestran una influencia más palmaria del *Elogio* son la anónima *Lazarillo de Tormes* (1554) y la cervantina *Don Quijote de la Mancha* (1605 y 1615)⁷². En lo que se refiere a la primera, los puntos en común son varios. Para empezar, la crítica dirigida contra la hipocresía (avaricia, soberbia, gula) y la secularización del clero presente en tantos capítulos del *Elogio* queda recogida en el *Lazarillo* en los tratados II «El clérigo de Maqueda», IV «El fraile de la Merced» y V «El buldero»⁷³. Muy especialmente hay un claro paralelo entre la gula y la avaricia del cura de Maqueda y la glotonería de los curas y frailes del cap. 54. Otro tanto puede decirse del episodio del fraile mercedario, «gran enemigo del coro..., perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitar»⁷⁴, cuyo espíritu parece evocar las palabras de

⁷¹ Ambos libros son, en realidad, sendas recopilaciones de artículos y ponencias relacionadas con el tema a cargo de A. Vilanova, *Erasmo y Cervantes*, Barcelona, 1989, y M. Bataillon, *Erasmo y el erasmismo* [1977], trad. de C. Pujol, Barcelona, 2000.

⁷² Sobre las similitudes y diferencias entre el *Elogio* y el poema moral *Triunfos de Locura* (1521) de Hernán López de Yanguas véase Bataillon, *Erasmo y el erasmismo*, cit., pp. 329-332.

⁷³ Vendedor de bulas.

⁷⁴ Citamos por la edición de F. Rico, *Lazarillo de Tormes*, Madrid, 152000, pp. 110 s.

la Estupidez (cap. 54), referidas a los monjes: «una buena parte de ellos se encuentra muy lejos de la religión... no hay nadie que esté más presente en todas partes»; o cuando Lázaro dice de ese fraile que es al «que las mujercillas que digo me encaminaron»⁷⁵, semejante a las que en el *Elogio* andan a todas horas entre los hábitos de los frailes mendicantes para desahogar en ellos sus cuitas. Del tratado dedicado al mercader de bulas, aparte de la crítica general claramente erasmiana acerca de la mercantilización y corrupción de los valores religiosos, se observan detalles similares como cuando se dice que el buldero «hacíase entre ellos (los clérigos) un Sancto Tomás y hablaba dos horas en latín —a lo menos que lo parecía, aunque no lo era»⁷⁶, que retoma el espíritu de la crítica lanzada en el *Elogio* contra los religiosos que, aun sin saber apenas latín, se meten a componer prolijos discursos incomprensibles y llenos de fantasías improcedentes con el único objeto de alardear de una erudición que no poseen y asombrar —y amedrentar— al auditorio ignorante. Otro punto compartido es la crítica erasmiana de las miserias del matrimonio —sobre todo cuando la mujer ya está suficientemente versada en las tareas conyugales antes de casarse—, acompañadas del conocimiento de un marido que, no obstante, prefiere vivir tranquilamente mirando para otro lado (cap. 20), cuyo eco en el *Lazarillo* es la última parte de la novela, la que trata del casamiento de Lázaro con una mujer de dudosa reputación, a la que, sin embargo, quiere como si no fuese posible tener la más mínima suspicacia al respecto⁷⁷. Pero no sólo hay coincidencias en el contenido. También en lo puramente formal hay similitudes entre ambas obras. La más evidente es el empleo en el *Lazarillo* de la forma autobiográfica en primera persona que responde al autoelogio que pregona la Estupidez. La ironía, por otra parte, está presente en ambos casos al ser los

⁷⁵ Véase Rico, cit. p. 114.

⁷⁶ Véase Rico, cit. pp. 130-135.

⁷⁷ Sobre la relación de dependencia del *Lazarillo* con respecto al *Elogio* véase F. Lázaro Carreter, «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», *Ábaco* 1 (1969), pp. 45-134.

dos protagonistas *stulti* declarados que, además, se sienten satisfechos de semejante condición⁷⁸.

En relación con el *Quijote*, la obra literaria española que presenta una mayor influencia por parte del *Elogio*⁷⁹, un primer aspecto de tipo formal que comparte con él es el de la autonomía de sus protagonistas. En efecto, en la segunda parte del *Quijote* (1615) los personajes del caballero y del escudero han cobrado una sorprendente independencia literaria reflejada en la conciencia de la fama que han alcanzado ambos (parte II, cap. 3): «Pensativo quedó además don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro... que también dicen que soy yo (Sancho) uno de los principales presonajes (*sic*) della». Esa imagen de sí misma como entidad independiente la tiene también la Estupidez, como fácilmente puede deducirse de sus primeras palabras (cap. 1): «Diga lo que diga de mí el común de los mortales —y no se me escapa la mala fama que la estupidez tiene incluso entre los más estúpidos— ...». En segundo lugar, ambas obras presentan un tratamiento irónico del contenido. De la ironía en el *Elogio* no vamos a hablar más⁸⁰. En el *Quijote* la ironía y el humor —que van dados de la mano indisolublemente— son el recurso principal que emplea Cervantes para crear en el lector una sensación de incertidumbre ante las ideas del texto, un continuo vacilar entre las bromas y las veras⁸¹, lo sublime y lo ridículo, sin que pueda saberse con seguridad, en determinados momentos, si lo que se dice ha de tomarse en sentido propio o, irónicamente, hay que entender justo lo contrario. Un tercer punto general de coincidencia es, evidente-

⁷⁸ Que Cervantes leyera esta obra de Erasmo —cosa posible y aun probable— no implica que la tuviera en cuenta como modelo último y absoluto de su novela hasta el punto de proponerse «desarrollar en forma novelesca la sátira erasmista» (en palabras de Vilanova, *op. cit.*, p. 19).

⁷⁹ Véase lo dicho en el apartado «Los *Sileni Alcibiadis*. Ideario de Erasmo» (p. 43).

⁸⁰ Es el tópico del σπουδογέλοιον.

⁸¹ Especialmente en la primera parte, en la que Cervantes caracteriza la locura del hidalgo mediante pequeños episodios humorísticos centrados en los distintos yerros que va cometiendo el manchego.

mente, la distinción que hace Erasmo entre la *stultitia* o simple necedad y la *insania* patológica —en este caso sí ‘locura’— que tiene algunos efectos semejantes a los de su pariente la estupidez (cap. 38). Nos referimos, en concreto, al pasaje en que se relata la historia del ciudadano argivo «tan sumamente loco que se pasaba los días enteros él solo sentado en el teatro, riéndose, aplaudiendo, divirtiéndose, porque creía que allí se estaban representando asombrosas tragedias, cuando no se representaba nada en absoluto, aunque en los demás quehaceres de la vida se comportaba perfectamente», es decir, describe el típico caso de loco «entreverado» con momentos de buen seso, cuya manía surgía, en este caso, sólo en lo tocante al teatro, siendo absolutamente normal en los demás aspectos de la vida. Lo mismo puede decirse de don Quijote, quien desvaría sólo en lo que toca al mundo de la caballería andante, siendo totalmente cabal y juicioso en otros asuntos. Es más, esa particular locura transitoria suya está basada en la alucinación de los sentidos, en el engaño que sufre el loco de parte de su propia mente, que le hace ver lo que no hay. Ese desvarío es lo que Erasmo llama *mentis error* (cap. 38): «Porque, ¿qué es estar loco sino tener la mente extraviada?». Los ejemplos que ofrece Erasmo para confirmar la existencia de este delirio tienen su parangón más o menos exacto en el *Quijote*⁸². Por ejemplo, si en el *Elogio* aparece un individuo pitañoso que confunde un asno con un mulo (cap. 38), don Quijote quiere ver en su descarnado jamelgo todo un corcel equiparable a Bucéfalo o Babieca (parte I, cap. 1). Algo más abajo, Erasmo presenta el caso de uno que, al escuchar los roznidos de un burro, cree estar escuchando una orquesta espléndida: don Quijote, durante la cena que le sirven en la venta, interpreta el silbo machacón de un castrador de cerdos como deliciosa música con que amenizan su refrigerio (parte I, cap. 2). Aquel que en el *Elogio* se cree descendiente directo del rey lidio Creso, aun siendo un simple gañán (cap. 38), tiene su

⁸² Para otras semejanzas entre ambas obras (en el prólogo del *Quijote*, el personaje de Sancho Panza como «necio discreto», el platonismo del *Quijote*, etc.) véase Vilanova, cit., pp. 64-114.

paralelo en el propio hidalgo manchego, que se veía ya rodeado de laureles gracias al valor de su brazo (parte I, cap. 1). Cuando la Estupidez habla del pescado podrido que a uno le sabe a ambrosía aunque otro no pueda aguantar su hedor (cap. 45), don Quijote, aún en la venta, confunde un pedazo de bacalao mondo y lirondo con truchas y el pan negro con pan candeal (*ibid.*). Por fin, el error del que, casado con mujer fea, está convencido de que es una beldad comparable a la mismísima Venus (*Elogio*, cap. 45), se refleja en el *Quijote* (parte I, cap. 16) en el episodio de la Maritornes, quien, por muy áspera que fuera su piel y muy repugnante su aliento, a don Quijote «le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura». Como podemos observar, casi todos los sentidos corporales —y cabría añadir el sentido social— aparecen aquí claramente perturbados. Una coincidencia más entre *Elogio* y el *Quijote*: el trastorno inherente de la Estupidez y todos sus discípulos así como la manía ocasional del hidalgo no son el meollo o tema literario en sí; la humorada del tratamiento no pasa de ser el simple expediente con que Erasmo y Cervantes, ambicionando algo superior y trascendente, ponen en tela de juicio el sistema social y moral de sus respectivas épocas. De ahí que tanto uno como otro terminen defendiendo esa locura amable que no hace mal a nadie y, por el contrario, puede ayudar a cambiar el mundo —sus mundos—, la locura del verdadero cristianismo en el caso del holandés y la locura del idealismo en el caso del complutense⁸³.

En definitiva, ya sea influyendo en Cervantes, Shakespeare o Rabelais⁸⁴, o por su valor intrínseco e inmanente, el carácter de clásico que posee el *Elogio*, esto es, su intemporalidad, sigue te-

⁸³ Véase a este respecto W. Kaiser, *Praisers of Folly: Erasmus, Rabelais, Shakespeare*, Londres, 1964. Sobre la huella del *Elogio* en la obra de tres autores concretos puede consultarse H. Schmitt, *Die Satire des Erasmus von Rotterdam und ihre Ausstrahlung auf François Rabelais, Alfonso de Valdés und Cristóbal de Villalón*, Gelnhausen, 1965.

⁸⁴ Por lo que a veces se la considera la verdadera *editio princeps*. La edición de 1515 contaba, además, con ampliaciones respecto a la de 1511, especialmente en la sección dedicada a la crítica teológica y la disertación sobre la locura de Cristo.

niendo absoluta vigencia todavía en nuestros días. El fenómeno de la superstición —religiosa y laica— no sólo no ha desaparecido, sino que podría decirse que en cierta medida incluso ha aumentado respecto a los tiempos que vivió Erasmo. De igual forma, la crítica dirigida contra jugadores, maridos y mujeres, reyes, nobleza, pueblo, jerarquías eclesiásticas, creyentes y beatos, maestros, pedantes, vanidosos, majaderos, patrioterros, belicosos, científicos, teólogos, filósofos..., en suma, contra cualquiera de los personajes que representan su papel en el *magnum theatrum uitae humanae*, esa invectiva lúcida y mordaz podría trasladarse directamente tal cual a nuestro tiempo y encajaría sobre nuestro mundo como una plantilla transparente. Pocas y pequeñas serían las diferencias y éstas sólo en la forma, en lo superficial. Ciertamente, tanto si se lo propuso como si no, Erasmo consiguió con esta creación suya lo que Tucídides llamó κτήμα ἐς αἰεί, ‘una conquista para siempre’.

Ediciones y traducciones. Nuestra traducción

De la obra que respondía al título de *Μωρίας ἐγκώμιον*, *id est, Stulticiae laus*, con mucho la más conocida y trascendental de Erasmo, llegaron a hacerse hasta treinta y seis ediciones sólo en vida del autor —o lo que es lo mismo entre 1511, año de la *editio princeps* parisina, y 1536—. Ha de tenerse en cuenta, por supuesto, que el concepto de edición que se tenía en el siglo XVI no es exactamente el mismo que manejamos hoy día, pero no por ello resulta menos sorprendente que en tan sólo veinticinco años este librito, producto brillante de una indisposición física —que no mental—, cosechara semejante éxito y se convirtiera en todo un clásico universal, que vale decir obra intemporal, vigente en todo momento y circunstancia. Por otro lado, aunque no sea un valor fundamental en una obra literaria, es digno de tenerse en cuenta el negocio económico que supuso su publicación, no sólo para el propio Erasmo sino, especialmente, para sus editores. La edición basilien-

se de Froben en 1515, la primera que contó con los comentarios marginales de Gerardus Listrius⁸⁵, que, por su utilidad, han sido desde entonces la base de todos los comentarios ulteriores, y la primera ilustrada con los grabados de Hans Holbein *el Joven*, tuvo una tirada de 1.800 unidades, de las que se vendieron casi todas en un tiempo récord⁸⁶. Todo un triunfo editorial para la época, mayor aún si tenemos en cuenta que el libro estaba escrito en latín, plagado de textos griegos y cargado de una erudición y una finura conceptual difíciles de salvar incluso para los lectores más capacitados.

Tan sonado éxito se tradujo en la proliferación inmediata de versiones vernáculas. La primera de ellas la compuso ya en 1512 el humanista checo Řehoř Hrubýz Jelení –*Gregorius Gelenius* para el mundo culto de entonces—⁸⁷. La segunda, de 1517, fue la francesa a cargo de George Halewin⁸⁸. En 1534 se publicó la traducción alemana de Sebastian Franck. Luego vinieron la italiana de Antonio Pellegrini (1539), la inglesa de Thomas Chaloner (1549) y las holandesas de 1560 en Embden y de 1582 en Amberes. En España no hay traducción como tal en el siglo XVI pero puede hablarse de la imitación de algunos de los pasajes del *Elogio* en la ya citada obra *Triunfos de Locura* de Hernán López de Yanguas (1521).

De las ediciones más recientes del *Elogio* ya sea como obra independiente o como parte integrante de los *opera omnia* de Erasmo hay que citar, forzosamente, las de I. B. Kan, *ΜΟΡΙΑΣ ΕΥΚΩΜΙΟΝ: Stultitiae laus. Desiderii Erasmi Roterodami declamatio*, Hagae-Com, 1898, que reproduce casi al pie de la letra la

⁸⁵ Según L. Halkin, *Erasmo entre nosotros*, cit., p. 136, n. 18, quien toma el dato del *Opus epistolarum*, Allen (ed.), carta n.º 328 (t. 2, p. 64, ll. 47 s.).

⁸⁶ Esta primera traducción, sin embargo, no fue puesta en tipos de imprenta nada menos que hasta el año 1864.

⁸⁷ Impresa por primera vez en el año 1520.

⁸⁸ Existe una reproducción fotomecánica cuidada por G. Holms en Hildesheim, 1962.

contenida en la de J. Clericus, *Desiderii Erasmi Roterodami opera omnia*, 10 tomos en 11 vols., Leyden, 1703-1706 (sigla L.B.)⁸⁹; y la de C. H. Miller incluida en *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami*, IV, 3, Ámsterdam-Oxford, 1979, ediciones ambas prologadas y profusamente anotadas. Es precisamente esta última en la que nos hemos basado para hacer nuestra traducción. La seguimos en todo momento y sólo nos desviamos de ella en dos minúsculos puntos: la referencia al proverbio griego ὅτι κεν ἐπ' ἀκαίριμον γλῶτταν ἔλθῃ (cap. 4), cuyo comienzo Miller edita como ὅτι κεν; tampoco seguimos la disposición continua del texto original erasmiano, que Miller respeta, sino que adoptamos la división en capítulos para una mayor claridad y comodidad del lector.

Las traducciones al castellano del *Elogio de la Locura* o *Elogio de la Estulticia* —que de ambas formas suele rezar el título— se han multiplicado en el último siglo. Por citar sólo algunas en orden cronológico, tenemos la de J. A. Luengo publicada en Valencia en 1916, la de J. Puyol en Madrid de 1917, que ha sido reeditada en varias ocasiones, la de A. Rodríguez de 1936, la de P. Voltes de 1954, varias veces reeditada, la bilingüe de O. Nortes de 1976, las de P. Rodríguez de 1984 y L. Blanco de 1998 y, muy recientemente, la de M. Ciordia de 2007. Señalemos, de paso y, parafraseando a nuestro Erasmo, *ut neminem omnino perstringamus nominatim*, que algunas parecen estar elaboradas más sobre versiones inglesas o francesas que sobre el original latino (y griego). ¿Cómo si no explicar la persistente presencia en algunas de ellas de la diosa «Até» —como oxítono— en vez del correcto —al menos en castellano— «Ate»? ¿Y qué decir de un menguado Titón que aparece en lugar del genuino Titono? Podría pensarse en un simple (y pertinaz) fallo en la transcripción de nombres griegos. Pero bien conocida de todos es la querencia de algunos filólogos de aprovechar la trilla de otros —sobre todo cuando éstos escriben

⁸⁹ Junto a la edición de Miller nos ha sido de gran utilidad examinar el ejemplar conservado en la BNE, edición basiliense de 1551 (a cargo de Jerónimo Froben).

en lenguas más cómodas como son el francés o inglés—. No vamos a hacer aquí una reseña crítica de dichas traducciones, pero hay que indicar algunos errores que parecen —queremos creer— surgidos de malas traducciones indirectas del *Elogio*. Así, por ejemplo, cuando aparece un *anilem fabellam* (cap. 45) traducido como ‘historieta asnal’ en vez del correcto ‘cuento de viejas’, o cuando se vierte *generosum... merum* (cap. 46) como ‘vino generoso’ en lugar de ‘vino maduro, añejo’, o *dama* (cap. 29) traducido directamente como ‘dama’, cuando lo correcto es ‘esclavo’. O, ya en sintaxis, cuando se traslada el *quod uereantur ne quis... existat* por ‘puesto que temen que no salga alguien...’ en vez de ‘puesto que temen que salga alguien’. También pueden hallarse ejemplos de esta traducción adulterada en la *Carta a Martin Dorp*, el más flagrante de ellos en el paso en que se habla —en el original latino— de los *medici* que prescriben a los niños ajeno y untan el borde de la copa con miel para engañar el paladar infantil: alguna traducción ofrece ‘los expertos en Lucrecio’, donde ‘expertos’ recoge, sin duda alguna, el término *doctors* de cualquier versión inglesa, interpretado erróneamente siguiendo el significado de ‘expertos, eruditos’, posible aunque incorrecto en este contexto⁹⁰.

Pero pasemos ya a hablar de nuestra versión del *Elogio de la Estupidez*. Son pocos los lectores que, aunque legos en la teoría y práctica de la traducción, desconozcan a estas alturas todos los problemas que comporta la labor de traducir: tantas y tan semejantes son las líneas que los traductores dedican en sus introducciones a excusarse al respecto y a tratar de justificar por qué han preferido tal o cual sistema traslaticio o en qué punto medio entre la más servil literalidad y la más desenfrenada recreación literaria ha de situarse su trabajo. Partiendo de esta premisa, digamos únicamente, por tanto, que hemos intentado respetar el contenido atendiendo a todos los matices posibles que el texto ofrece y, a un mismo tiempo, reflejar la forma en lo que a registros y tonos se

⁹⁰ También resulta peregrina la traducción de *allegoriam* (en la misma *Carta a Martin Dorp*), que en algún sitio aparece trasladada como ‘aspecto alegre’ (!).

refiere: ligereza expresiva o densidad conceptual y retórica, según lo exija el original latino en cada caso. Es por esto que en algunos momentos nuestra versión parecerá excesivamente coloquial y en otros demasiado formal o recargada. Pídanse cuentas al autor del original. Nosotros no estamos dispuestos a enmendarle la plana a Erasmo trivializando y adaptando su texto a la medida del lector moderno para que no se sienta abrumado ante su humor punzante o su desbordante erudición.

Acabaremos esta introducción con algunas palabras en relación con este último aspecto. El *Elogio* es una obra difícil de leer. Difícil por la codificación irónica en que está escrito casi todo él y —tal vez en mayor medida— difícil también por la vastedad del mundo referencial que encierra y que el lector ha de tener presente para comprender provechosamente el texto. En ese sentido escribió Gerardus Listrius a Jean Desmarais las siguientes palabras que introducen y justifican sus notas al *Elogio*:

[...] uerum sunt in eo permulta, quae non nisi ab eruditis et attentis possint intellegi: partim ob graecitatem passim admixtam partim ob argutiam in iocando, quam non facile sentiat, nisi qui naris sit emunctissimae. Nihil enim ingeniosius quam erudite iocari.

[... pero en él (libro) hay muchísimas cosas que sólo los eruditos y observadores pueden entender, unas por las expresiones griegas que aparecen por todos lados y otras por una sutileza en su humor que sólo quien tenga un olfato finísimo puede comprender con facilidad. Ciertamente es que nada hay más ocurrente que las bromas hechas con erudición.]

Y poco después añade: *magis placebit si magis fuerit intellecta*, 'agradará más si se entiende mejor'.

Ese ha sido el propósito principal que hemos tenido en cuenta a la hora de redactar las notas que acompañan al texto: que

sean útiles para que cualquiera, aun sin conocimientos especiales previos, pueda enfrentarse al *Elogio* con relativa comodidad y consiga disfrutar de toda su riqueza conceptual y expresiva sin perderse en la hojarasca de la erudición erasmiana. Y estas notas, como suele suceder, son de dos tipos básicos: las que glosan o explican palabras o expresiones que requieren una aclaración (los antropónimos, topónimos, cuestiones de *realia* y la transcripción en griego de los numerosos helenismos⁹¹) y las de carácter digresivo (más escasas).

Para acabar, déjenos el amable lector abusar algo más de su paciencia y acepte un consejo. Si en otros libros con abundantes anotaciones se sugieren dos lecturas, una previa más rápida sin prestar demasiada atención a las notas seguida de otra más reposada y detenida en los comentarios, en nuestro caso nos atrevemos a proponerle la operación inversa: lea primero la obra con pausa, fijando su atención en todas y cada una de las explicaciones que le ofrecemos, y entonces, cuando ya haya dominado todos los elementos del riquísimo mundo conceptual erasmiano, láncese a una lectura más ligera y, por ello mismo, más ajustada al espíritu genuino del texto.

Y nada más. Todo queda ya a merced de quienquiera que tenga en sus manos este librito. Como dijo Apuleyo, *lector, intende: laetaberis*, 'presta atención, lector: te divertirás'.

⁹¹ Respecto a estos últimos, hemos preferido reproducirlos en su alfabeto griego original en vez de presentarlos transliterados al latino por dos motivos. En primer lugar, no creemos incomodar con ello al lector ignorante de la lengua griega, que siempre puede pasarlos por alto —aunque una mínima curiosidad debería llevarle a indagar sobre la correcta lectura de sus grafías—, y, por otra parte, al mantener el griego, siquiera a pie de página, respetamos la voluntad y el espíritu de Erasmo en la composición de esta obra.

Bibliografía

La bibliografía en torno a Erasmo es considerable, sin ninguna duda mucho mayor que la de cualquier otro humanista. Los títulos ofrecidos a continuación responden sólo a aquellas obras que, ya sea sobre Erasmo o sobre aspectos relacionados con el *Elogio*, se han manejado directamente en la redacción de este volumen. Quienes deseen profundizar más en los estudios erasmianos pueden encontrar referencias más numerosas, tanto generales como específicas, en los repertorios bibliográficos siguientes: J. C. Margolin, *Douze années de bibliographie érasmienne (1950-1961)*, París, 1963; del mismo autor, *Quatorze années de bibliographie érasmienne (1936-1949)*, París, 1969; *Neuf années de bibliographie érasmienne (1962-1970)*, París, 1972; y, más recientemente, *Cinq années de bibliographie érasmienne (1971-1975)*, París, 1997. También son de utilidad las actas de los diferentes congresos que se han venido celebrando en torno a la figura y obra de Erasmo: *Colloquium Erasmianum*, R. Crahay (ed.), Mons, 1968; *Actes du Congrès Érasme (Rotterdam, 27-29 octobre 1969)*, Amsterdam-Londres, 1971; *Colloquia Erasmiana Turonensia*, J.-C. Margolin (ed.), París-Toronto, 1972, 2. vols.; *Actes du Colloque international Érasme (Tours, 1986)*, J. Chomarat, A. Godin, J.-C. Margolin (eds.), Ginebra, 1990; *Colloque érasmien de Liège*, J. P. Massaut (ed.), París, 1987.

- ANÓNIMO, *Lazarillo de Tormes*, F. Rico (ed.), Madrid, Cátedra, 152000.
- AUGUSTIJN, C., *Erasmus en de Reformatie*, Amsterdam, 1962.
- , *Erasmus de Rotterdam. Vida y obra*, trad. de O. Pellissa, Barcelona, Crítica, 1990.
- BASCHNAGEL, G., *Narrenschiff und Lob der Torheit. Zusammenhänge und Beziehungen*, Fráncfort, Peterlang Verlag, 1979.
- BAITAILLON, M., *Erasmus y el erasmismo*, trad. de C. Pujol, Barcelona, Crítica, 2000 (=1977).
- , *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, trad. de A. Alatorre, Madrid-México DF, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- BEJCZY, I., *Erasmus and the Middle Ages. The historical Consciousness of a Christian Humanist*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2001.
- BENNER, M. y TENGSTROM, E., *On the Interpretation of Learned Neo-Latin. An Explorative Study based on some Texts from Sweden (1611-1716)*, Gotemburgo, 1977.
- BLOM, VAN DER N., «Die letzten Wörter des Erasmus», *Basler Zeitschrift* 65 (1965), pp. 195-214.
- BOISSET, J., *Érasme et Luther*, París, Presses Universitaires de France, 1962.
- BRANT, S., *La nave de los necios*, A. Regales Serna (ed.), Madrid, Akal, 1998; y en edición de bolsillo, 2011.
- BURKE, P., *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*, trad. de M. Chocano, Barcelona, Crítica, 2000.
- BYWATERS, I., «The Latinization of the Modern Surname», *Journal of Philology* 33 (1914), pp. 76-94.
- CHANTRAINE, G., *Érasme et Luther. Libre et serf arbitre*, París, Lethielleux, 1981.
- CLARK, V. S., *Studies in the Latin of the Middle Ages and the Renaissance*, Lancaster, The New Era Printing Company, 1900, pp. 82-109.
- COLIN, G. y HOVEN, R., (eds.), *Bibliotheca Erasmiiana Bruxelensis*, Bruselas, Bibliothèque royale Albert Ier, 1993.

- COROLEU, A., «Humanismo en España», en J. Kraye (ed.), *Introducción al humanismo renacentista*, trad. de L. Cabré, Madrid, Cambridge University Press, 1998, pp. 295-330.
- DOUGLAS, A. E., «Erasmus as a Satirist», en T. A. Dorey (ed.), *Erasmus*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1970, pp. 31-54.
- ERASMO DE ROTTERDAM, *Elogio de la locura o encomio de la estulticia*, trad. de P. Voltes, Madrid, Espasa Calpe, ¹²1999.
- GAMBARO, A., *Il Ciceroniano di Erasmo di Rotterdam*, Brescia, La Suola Editrice, 1965.
- GAZEAU, A., *Los bufones*, trad. de C. Navarro, Valencia, 1992.
- GONZÁLEZ-HABA, M., *El mito de la Edad Dorada y su huella*, Madrid, 1989.
- GRUENTER, R., «Thomas Murners satirischer Wortschatz», *Euphroion* 53 (1959), pp. 24 ss.
- HALKIN, L.-E., *Érasme et l'humanisme chrétien*, París, Éditions Universitaires, 1969.
- , *Erasmo entre nosotros*, trad. de L. Medrano, Madrid, 1995.
- HANKS, P. y HODGES, F., *A Dictionary of Surnames*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1988.
- HERDING, O., «Querela pacis. Stil und Komposition», *Actes Congrès Erasme-Rotterdam 1969*, Ámsterdam, 1971, pp. 69-87.
- HUIZINGA, J., *Erasmo*, trad. de C. Horányi, Barcelona, Salvat, 1987, 2 vols.
- IJSEWIJN, J. y SACRÉ, D., *Companion to Neo-Latin studies. Part II: Literary, linguistic, philological and editorial questions*, Lovaina, Leuven University Press, ²1998, pp. 377-419.
- JOLY, M., «Aspectos del refrán en Mateo Alemán y Cervantes», *Nueva Revista de Filología Hispánica* 20 (1971), pp. 95-106.
- , «Le discours métaparémique dans *Don Quixote*», en F. Suard y C. Buridant (eds.), *Richesse du proverb*, Lille, Universidad de Lille, 1984, vol. II, pp. 245-260.
- KAISER, W., *Praisers of Folly: Erasmus, Rabelais, Shakespeare*, Londres, Gollancz, 1964.
- KISCH, G., *Erasmus' Stellung zu Juden und Judentum*, Tubinga, Mohr, 1969.

- KLEIN, R., «Le thème du fou et l'ironie humaniste», en *La forme et l'intelligible*, Paris, Gallimard, 1979, pp. 433-450.
- KUBUSCH, K., *Aurea saecula: Mythos und Geschichte. Untersuchung eines Motius in der antiken Literatur bis Ovid*, Fráncfort del Meno-Berna-Nueva York, P. Lang, 1986.
- LÁZARO CARRETER, F., *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, Gredos, 1967.
- , «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», *Ábaco* 1 (1969), pp. 45-134.
- MARIJNISSEN, R. H., «Bosch and Bruegel on human folly», en *Folie et déraison à la Renaissance*, Bruselas, Colloquium, Université Libre de Bruxelles, 1976.
- MARKISH, S., *Érasme et les juifs*, Lausana, 1979.
- MCALISTER, N., «The Cure of Folly», painting by Hieronymus Bosch», *Canadian Medical Association Journal* 110 (1974), 1380, 1383.
- MILLER, H. K., «The Paradoxical Encomium», *Modern Philology* 53 (1956), pp. 145-178.
- NAVAS MORMENEO, A., *Lenguaje de locura y tradición bufonesca en la España de los siglos XVI y XVII*, tesis doctoral, Barcelona, 1986.
- NORDEN, E., *La prosa d'arte antica. Dal VI secolo a.C. all'età della Rinascenza*, trad. italiana de B. Heinemann, Roma, Salerno, 1986, 2 tt.
- OLIN, J. C. et al., *Luther, Erasmus and the Reformation*, Nueva York, Fordham University Press, 1969.
- PAVLOVSKIS, Z., *The Praise of Folly: structure and irony*, Leiden, Brill, 1983.
- PEASE, A. S., «Things Without Honor», *Classical Philology* 21 (1926), pp. 27-42.
- PINET, N., *Érasme à Fribourg (1529-1532)*, memoria inédita de la Universidad de Lieja, Lieja, 1969.
- PIROTTON, N., *Érasme à Fribourg (1532-1535)*, Lieja, 1973.
- POST, R. R., «Nochmals Erasmus' Geburtsjahr», *Theologische Zeitschrift* 22 (1966), pp. 319-333.

- RÜEGG, W., *Cicero und der Humanismus. Formale Untersuchungen über Petrarca und Erasmus*, Zürich, 1946.
- RUMMEL, E., *Erasmus as a Translator of the Classics*, Toronto, University of Toronto Press, 1985.
- STUDER, E., «Über Sebastian Brants *Narrenschiff* und das Erasmische *Lob der Torheit*», en H. Huber (ed.), *Der Narr: Beiträge zu einem interdisziplinären Gespräch*, Friburgo, 1991 (= *Studia ethnographica Friburgensia* 17), pp. 13-27.
- SWAIN, B., *Fools and Folly in the Middle Ages and the Renaissance*, Nueva York, Columbia University Press, 1932.
- THOMSON, D. F. S., «The Latinity of Erasmus», en T. A. Dorey (ed.), *Erasmus*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1970, pp. 115-137.
- TOMARKEN, A. H., *Smile of Truth*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1990.
- TRAPMAN, J., «*Solet* instead of *Solebat* in Erasmus and Other Neo-Latin Authors», *HL* 44 (1995), pp. 197-201.
- VANDER HAEGHEN, F., *Bibliotheca Erasmi. Répertoire des oeuvres d'Érasme*, Nieuwkoop, B. de Graaf, 1972 (reimpresión de la primera edición de Gand, 1893).
- VILANOVA, A., *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989.
- VOCHT, DE H., *History of the foundation and the rise of the Collegium Trilingue Lovaniense, 1517-1560*, Lovaina, Librairie Universitaire, 1951-1955, 4 tt.
- YNDURÁIN, D., *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, Cátedra, 1994.

Cuadro cronológico

- 1467?-1469?** Nace Erasmo en la noche del 27 o 28 de octubre en Rotterdam, como hijo ilegítimo. Sus padres eran Geert, un sacerdote de Gouda, y Margarita, hija de un médico, que ya habían tenido otro hijo, Pieter. El nombre primitivo de Erasmo era, como acostumbraba a ser por esos lugares en esa época, *Geert* 'Gerardo' (como el padre) más el patronímico *Geertsz* 'hijo de Gerardo'. Más tarde él mismo se autoimpuso el nombre duplicado de *Desiderius Erasmus*, el primero de ellos traducción latina del nombre holandés (*Geert* es 'deseado') y el segundo, transcripción latina de la traducción griega (ἐρωςμός 'querido').
- 1476** Con nueve años Erasmo da inicio a su vida académica en la escuela de Gouda. Su maestro es Peter Winckel.
- 1477-1478** Ingresa en la escuela capitular de Utrecht, donde entra a formar parte del coro.
- 1478-1483** Su madre lo lleva a la escuela de los Hermanos de la Vida Común, en Deventer, donde comienza su estudio de los clásicos con la lectura de Terencio, Virgilio y Horacio. Allí conoce al humanista Rodolfo Agrícola.
- 1483** Con dieciséis años regresa a Gouda. Muere su madre.

- 1484** Fallece su padre. A los diecisiete años y en manos de unos tutores de dudosa honestidad es enviado a la escuela de Bois-le-Duc, regentada por unos frailes que pretenden inculcar en sus alumnos un espíritu religioso por la fuerza. Cae enfermo debido a la peste y vuelve a Gouda.
- 1487** Erasmo visita el convento de los canónigos regulares de san Agustín en Steyn, en donde se reencontra con un camarada de Deventer que le convence de las virtudes de la vida monástica. Erasmo ingresa como novicio.
- 1488** Toma los votos y vive, ya como monje, en Steyn.
- 1489-1491** En el monasterio tiene la oportunidad de consultar los textos clásicos de primera mano y con diligencia. Allí lee con entusiasmo las *Elegantiae* de Lorenzo Valla, que tanto han de influir en su formación filológica. Comienza a componer su *Antibarbarorum liber* contra la filosofía escolástica, que tanto despreciará toda su vida. Escribe, asimismo, en latín el elogio fúnebre de Berta de Heyen, benefactora suya. La vida monacal le fatiga cuerpo y espíritu.
- 1492** El veinticinco de abril es ordenado sacerdote a los veinticinco años.
- 1493** Enrique de Bergen, obispo de Cambrai, le ofrece un puesto como secretario y consigue que los superiores de Erasmo le concedan las dispensas necesarias para ello, aún llevando el hábito de monje.
- 1494** Viaje a Bruselas y Malinas. Erasmo finaliza su *Antibarbarorum liber* y continúa con sus estudios. Es el año de la fundación en Venecia de la imprenta de Aldo Manuzio, tan trascendental para el desarrollo del humanismo italiano.
- 1495** El obispo de Cambrai prescinde de los servicios de Erasmo y le permite marchar a París, donde conti-

- núa sus estudios en el Colegio Montaigu, una institución para la formación de estudiantes sin recursos (llamada «colegio de pulgas»), en unas condiciones deplorables. Conoce a Jacques Lefèvre d'Étaples.
- 1496** Compone poemas en latín empleando para ello la métrica clásica (p. e., la estrofa sáfica en una poesía dedicada a san Miguel). Abandona París en un estado lamentable y se dirige a Holanda, en donde ya es recibido como humanista. Tras el verano regresa a París e imparte clases de latín al joven William Blount. Parte de sus enseñanzas las utiliza para escribir manuales de conversación latina, que luego empleará como base de obras del tipo *De copia uerborum* y los *Colloquia*.
- 1498** Regresa, una vez más, a Holanda, a casa de Enrique de Bergen. En Steyn se le recrimina la supuesta liviandad de su vida parisina. Consigue nuevos alumnos y su fama de buen conocedor del latín crece.
- 1499** Deseos de viajar a Italia para ampliar su educación y aplacar su sed de conocimientos. Sin embargo, ese mismo verano viaja por primera vez a Inglaterra, invitado por su pupilo lord Mountjoy a su casa de Greenwich. La acogida en la isla es estupenda. Cursa algunos estudios en el colegio oxoniense de Santa María. Allí conoce a John Colet y a Thomas More, con quien traba una amistad que durará toda su vida. Conoce también al príncipe Enrique, futuro Enrique VIII, cuando éste tenía tan sólo ocho años.
- 1500** En enero vuelve de Inglaterra a París. En la aduana de Dover le confiscan sus ganancias. Sale la primera edición de la *Adagiorum Collectanea* (los 800 primeros proverbios) en la imprenta parisina de Jean Philipp.
- 1501** La peste que se declara en París le hace salir y regresar a Steyn donde se le concede otro año más

para estudiar fuera del monasterio. Hace una visita a la marquesa de Veere, en cuyo castillo de Tournehem estudia de forma intensiva lengua griega junto a Batt. Más tarde conoce al teólogo Jean Vitrier, cuyas ideas influirán en el *Enchiridion militis christiani*.

1502 Muere Enrique de Bergen. Aparecen sus primeras traducciones del griego mientras reside en Lovaina.

1503 Se publica en Amberes el *Enchiridion*.

1504 Compone y pronuncia el *Panegrico de Felipe el Hermoso* ante la corte de Bruselas. Descubre un manuscrito de Lorenzo Valla en el que el italiano defiende la necesidad de cotejar el texto griego para corregir algunos pasajes de la Vulgata. Erasmo aprovechará este descubrimiento para su *Nouum Instrumentum*.

1505 Edición parisina de las *Adnotationes* de Valla y reedición de los *Adagios* en la imprenta de J. Philipp. Hacia mediados de año nuevo viaje a Inglaterra, donde volverá a encontrarse con lord Mountjoy, Colet y More. Conoce a los helenistas Grocyn, Latimer, Linacre y Tunstall.

1506 Consigue una dispensa papal de sus votos y acepta un beneficio eclesiástico. A comienzos del verano llega a París, donde se reeditan los *Adagios* y se publican traducciones de Eurípides y Luciano, la última en colaboración con Thomas More. En agosto parte hacia Italia y en el camino compone su *Carmen de senectute*. En Turín consigue el doctorado en Teología y en Bolonia presencia la entrada triunfal del papa Julio II en la ciudad.

1507 Viaje a Venecia y estancia en casa del humanista-impresor Aldo Manuzio, centro cultural de primer orden en Europa. La antigua *Adagiorum Collectanea* se convierte, con una ampliación sustancial

- de hasta 3.260 proverbios, en los *Adagiorum Chiliades*. Erasmo estudia griego con Láscaris y Marco Musuro.
- 1508** Se edita la nueva versión de los *Adagios*. Publica ediciones, traducciones y comentarios de Plauto, Terencio, Séneca, Platón, Plutarco, etc. Comienza a estudiar hebreo y arameo, lenguas con las que nunca se sintió cómodo. Su notoriedad aumenta cada vez más. Acepta el cargo de preceptor de Alejandro Estuardo, hijo natural de Jacobo IV de Escocia, en Padua.
- 1509** Abandona Italia para dirigirse a Inglaterra invitado por lord Mountjoy. Si hemos de creer sus palabras, en el transcurso de su viaje a caballo a través de los Alpes pergeña lo que después será la *Stultitiae laus*. Llega a Londres y se instala en casa de Thomas More, en cuyo hogar redacta y concluye en pocos días esa obra, dedicada a su amigo y anfitrión. La mordacidad de esta obrita le dará una impresionante fama y tendrá gran repercusión en toda la Europa ilustrada.
- 1511** Breve viaje a París, donde aparece la *editio princeps* de la *Stultitiae laus* en la imprenta de Gilles de Gourmont. Sin embargo, la primera edición fechada será la de Estrasburgo, en agosto de ese mismo año. Reedición de los *Adagios* y edición del *De ratione studii*. Ese mismo mes vuelve a Inglaterra para establecerse en Cambridge.
- 1512** Enseña griego y teología en Cambridge. Obtiene del arzobispo Warham un beneficio eclesiástico en Addington que él cambia por una pensión anual. Prepara su edición del Nuevo Testamento (*Nouum Instrumentum*), basada en los textos griegos. En París se edita *De duplici copia uerborum ac rerum*.

1513

Aún en Inglaterra, entabla contacto epistolar con el impresor Johannes Froben, de Basilea. Inglaterra y Francia están en guerra y la peste es devastadora. Compone un panfleto de carácter pacifista contra el papa Julio II (*Julius exclusus*).

1514

Erasmus escribe desde Londres al abad de Saint Bertin sobre los males de la guerra. A mediados de año se firma la paz entre Francia e Inglaterra y, con ello, puede regresar al continente llevando consigo numerosos escritos que aumentarán los *Adagios*. Se dirige a Lovaina y más tarde a Basilea, donde conoce personalmente a Froben, que imprime traducciones suyas de Plutarco, Séneca y otros.

1515

Viaja brevemente a Inglaterra para estudiar un manuscrito del Nuevo Testamento. Vuelta a Basilea. El canciller de Brabante, Jean le Sauvage, hace que se nombre a Erasmo consejero del archiduque Carlos (el futuro Carlos V). Publica parte de sus *Cartas*. En Basilea, Froben edita la *Stultitiae laus* acompañada de ilustraciones de Hans Holbein.

1516

Publica su *Nouum Instrumentum* en edición bilingüe greco-latina con un éxito inmediato y la *Institutio Principis Christiani*, dedicada al ya rey Carlos I de España.

1517

Con cincuenta años Erasmo consigue del papa León X la dispensa de llevar el hábito monacal. Viaja a Inglaterra por última vez en su vida. A comienzos de verano parte con el rey Carlos hacia España, pero finalmente decide quedarse en Lovaina, donde organiza el Colegio Trilingüe. Conoce a Juan Luis Vives en Brujas.

1518

Viaje a Basilea para reeditar el *Nouum Instrumentum*, el *Enchiridion* y la *Institutio*. Regresa enfermo a Lovaina. Publica su *Encomium matrimonii* y el *De recta latini graecique sermonis pronuntiatione*.

- 1519** Primera edición reducida de los *Colloquia*. Lutero escribe una carta a Erasmo para atraerle a sus ideas, pero éste le responde con una misiva neutral y poco comprometedora. Pide protección al papa ante el acoso que sufre en Lovaina.
- 1520** Lovaina presiona a Erasmo para que se oponga claramente a Lutero. En Aquisgrán asiste a la coronación del emperador Carlos V.
- 1521** Se publica el *Antibarbarorum Liber*, que había escrito veintisiete años atrás. Pasa cinco meses en Anderlecht, en casa del canónigo Wichman. En octubre marcha a Basilea para corregir las pruebas de la tercera edición del *Nouum Instrumentum*. Ya no regresará más a los Países Bajos, su tierra natal.
- 1522** Publica una edición aumentada de los *Colloquia*. Publica y comenta los textos de casi todos los Padres de la Iglesia y la *Paráfrasis del Evangelio según san Mateo*. Se publica *De conscribendis epistolis*, tratado sobre la redacción de cartas que alcanzó un enorme renombre y se llegó a reimprimir más de cien veces.
- 1523** El rey Francisco I de Francia invita a Erasmo a establecerse en su país, pero la invitación es rechazada. Holbein realiza tres retratos de nuestro autor. Ulrich von Hutten ataca a Erasmo en su *Expostulatio ab Vlrico cum Erasmo Roterodamo*, que es contestada por el roterodamense en la *Spongia aduersus adspersiones Hutteni*, dirigida a Zwinglio. Enrique VIII de Inglaterra y el papa Adriano VI exhortan a Erasmo a escribir contra Lutero.
- 1524** Lutero escribe a Erasmo pidiéndole que siga manteniéndose neutral. Se publica el *De libero arbitrio diatribe*. Aparece el *Modus orandi Deum*.
- 1525** Con la salud muy debilitada, obtiene una dispensa que le libra de la abstinencia en Cuaresma. Se

- publica en Basilea *Lingua* sobre los abusos de la libertad de expresión que había conducido al cristianismo al estado que padecía en su tiempo.
- 1526** Lutero responde al *De libero arbitrio* de Erasmo con su *De seruo arbitrio*, que, a su vez, merece la respuesta de éste en el *Hyperaspistes. Diatribe aduersus seruum arbitrium Lutheri*. Enrique VIII de Inglaterra desea divorciarse de Catalina de Aragón y Erasmo publica la *Institutio christiani matrimonii*, dedicada a Catalina. Nueva reedición, muy aumentada, de los *Colloquia*. Se publica *De ciuilitate morum puerilium*.
- 1527** Aparece la segunda parte del *Hyperaspistes*.
- 1528** Se publican el diálogo *Ciceronianus siue de optimo genere dicendi*, la *Apologia aduersus monachos quosdam Hispanos* y el *De pueris statim ac liberaliter instituendis*.
- 1529** La Reforma protestante ha llegado a Basilea y con ello Erasmo se ve más presionado y amenazado que nunca. Se traslada a Friburgo, ciudad aún católica.
- 1530** La ciudad lo acoge con entusiasmo. Edición greco-latina de san Juan Crisóstomo. Revisión de los *Colloquia* y nueva edición de los *Adagios*. Se publica *Vtilissima consultatio de bello turcis inferendo*.
- 1531** Erasmo compra una casa en Friburgo mientras en Lovaina se prohíbe que los estudiantes lean sus obras. Holbein realiza una serie de retratos del humanista ya anciano.
- 1534** Publica un tratado de predicación, el *Ecclesiastes*, y la *Praeparatio ad mortem*.
- 1535** Regresa a Basilea para trabajar en la imprenta de Jerónimo Froben, hijo del fallecido Johannes. Vende la casa de Friburgo y se instala en Basilea definitivamente. Está gravemente enfermo. El

1536

papa Pablo III le ofrece el capelo cardenalicio, pero él lo rechaza.

Escribe el *De puritate tabernaculi siue Ecclesiae Christianae*, un comentario sobre el Salmo XIV, que dedica a Alberto, un aduanero renano que lo había hospedado en 1518 durante uno de sus viajes. El 12 de febrero dicta testamento. Desearía volver a su Brabante natal para morir allí, pero fallece en Basilea en la noche del 11 al 12 de julio, rodeado de algunos amigos.

ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ

*Erasmus de Rotterdam saluda a su querido Thomas More*¹:

Hace unos días, cuando estaba de camino de Italia a Inglaterra, para no desperdiciar todo el tiempo que tuve que pasar montado a caballo en charlas *incultas*² y superficiales, preferí ir reflexionando a ratos algo sobre nuestros intereses comunes y disfrutar del recuerdo de los amigos que aquí había dejado tan sumamente ilustrados como amables. Entre ellos, More querido, tú ocupabas el primer puesto. Ciertamente solía disfrutar de tu recuerdo estando separados igual que me había acostumbrado a hacer con tu trato cuando estábamos juntos, y que me muera si jamás en mi vida me ha pasado algo más dulce. Así que, como consideré que de todos modos tenía que hacer algo y el momento parecía poco adecuado para una meditación seria, me pareció bien divertirme con el *Encomio de la Estupidez*³.

¿Qué Palas te metió eso en la cabeza?⁴ —dirás—. En primer lugar, me lo sugirió tu apellido de «More», que tiene que ver con la palabra «Moría» tanto como tú mismo te apartas de su sentido; puede que el que más se aparta, en opinión de todos⁵. Además, suponía que aprobarías muy especialmente esta broma obra de mi inventiva, porque sueles deleitarte mucho con este tipo de donaires, o sea, ni incultos —si no me equivoco— ni repetidamente sosos, y comportarte por entero como un Demócrito en la vida diaria de los mortales⁶. Aunque lo cierto es que tú, del mismo modo que gracias a esa singular agudeza de tu inteligencia sueles estar en desacuerdo con el común de la gente, igualmente, por la increíble dulzura y sencillez de tu carácter puedes

y te gozas en comportarte con todos como un amigo para lo bueno y para lo malo. Por tanto, no sólo has de recibir de grado este discursito como *recuerdo*⁷ de tu compañero, sino que también has de tomarlo bajo tu tutela, como dedicado a ti y ya más tuyo que mío.

Claro está, no faltarán acaso criticones que chismorrean, unos diciendo que son bobadas demasiado frívolas para lo que es decoroso en un teólogo, y otros que son demasiado sarcásticas para lo que conviene a la moderación cristiana, y pregonarán que estamos volviendo a la Comedia Antigua o a un tal Luciano⁸ y que vamos pillándolo todo a mordiscos. Pero aquéllos a quienes hiera la ligereza y lo burlesco del asunto, me gustaría que piensen que este modelo no me pertenece, sino que uno idéntico ya lo trataron antaño grandes autores⁹, cuando hace ya tantos siglos que Homero bromeó con su *Lucha entre las ranas y los ratones*¹⁰; Marón, con el *Mosquito* y el *Almodrote*¹¹; Ovidio, con la *Nuez*¹²; cuando Polícrates y su crítico Isócrates elogiaron a Busíride¹³, Glaucón, la injusticia¹⁴; Favorino, a Tersites y las fiebres cuartanas¹⁵; Sinesio, la calvicie¹⁶; Luciano, la mosca y a los gorriones¹⁷; cuando Séneca bromeó con la *apoteosis*¹⁸ de Claudio, Plutarco, con el diálogo entre Grilo y Ulises¹⁹; Luciano y Apuleyo, con el *Asno*, y no sé quién, con el testamento del cochinito Gruñón Corocotta²⁰, del que incluso san Jerónimo hace mención²¹. De modo que, si les parece, hagan éstos la comedia de que he pasado el tiempo jugando a las damas por distracción o, si lo prefieren, cabalgando en un palo largo²². Porque, a ver, ¿no es una injusticia no permitir ninguna broma en absoluto a la erudición, cuando autorizamos las propias a toda condición de vida, sobre todo si las bobadas conducen a cosas serias y se tratan las chanzas de forma que un lector que no sea obtuso del todo saque de ellas algo más de provecho que de los temas sinistros y pomposos de algunos? Como, por ejemplo, cuando uno alaba la retórica o la filosofía en un discurso largo tiempo recosido, otro detalla los elogios de algún príncipe, otro incita a hacer la guerra contra los turcos, otro predice el porvenir y otro

idea novedosas disputillas sobre la lana de cabra²³. Porque, así como no hay nada más tonto que tratar las cosas serias de forma bobalicona, tampoco hay nada más divertido que tratar las bobadas de modo que no parezca que has hecho otra cosa sino tontear. Por supuesto, a otros corresponderá juzgarme; aunque, si mi egolatría no me engaña manifiestamente, he hecho un elogio de la Estupidez, pero de una forma no estúpida del todo.

Y para responder ahora acerca del sofisma sobre mi mordacidad, siempre le fue permitida al entendimiento la libertad de bromear con donaire sobre la vida corriente de los hombres, con tal de que el atrevimiento no fuese a dar en saña. Por eso más me sorprende en estos tiempos la delicadeza de unos oídos que ya no pueden soportar casi nada más que los títulos que les corresponden. Más aún, puede que veas algunos religiosos tan descarriados que toleran incluso las más graves blasfemias contra Cristo antes de que la más ligera chanza salpique a un papa o a un monarca, sobre todo si tiene que ver *con el pan*²⁴, es decir, con su sustento. Pero quien critica la vida de los hombres de tal modo que no zahiera a ninguno nombrándolo, pregunto, ¿acaso parece que satiriza o más bien que enseña y amonesta? Por otro lado, dime, ¿con cuántas palabras no me critico yo mismo? Además, quien no pasa por alto ningún tipo de persona no parece que esté disgustado con ninguna en concreto y sí con todos los vicios. Conque, si alguien se pone a gritar que se le ha hecho daño, ése, sin ninguna duda, revelará o su mala conciencia o su miedo. Con mucha más libertad y sarcasmo jugueteó en este género literario san Jerónimo, a veces sin siquiera escatimar nombres. Nosotros, exceptuado el hecho de que no los tocamos en absoluto, hemos afinado la pluma de forma que un lector sensato pueda entender con facilidad que hemos buscado más agrandar que satirizar. Porque tampoco hemos revuelto en ningún pasaje aquella oculta cloaca de los vicios, siguiendo el ejemplo de Juvenal²⁵, y nos hemos afanado en señalar más lo risible que lo indecente. Pero, si hay alguien a quien ni siquiera estas razones pueden calmar, que al menos recuerde eso de que buena

cosa es ser recriminado por la Estupidez. Y como la hemos hecho hablar, ha habido que atender al decoro del personaje²⁶.

Pero ¿a qué te cuento yo esto a ti, un abogado tan incomparable que eres capaz de defender de la mejor forma posible incluso las causas menos favorables? Adiós, elocuentísimo More, y defiende con ardor tu Moría²⁷.

En el campo, el día quinto de las idus de junio de 1508²⁸.

ΜΟΙΙΑΣ ΕΓΚΩΜΙΟΝ,
ESTO ES,
ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ.
EJERCICIO RETÓRICO DE
DESIDERIO ERASMO DE ROTTERDAM

[I. LA ESTUPIDEZ CON SU SOLA PRESENCIA
HA DISIPADO LAS CUITAS DEL AUDITORIO]

(Habla la Estupidez)

Diga lo que diga de mí el común de los mortales —y no se me escapa la mala fama que la estupidez tiene incluso entre los más estúpidos— sin embargo, que yo aquí presente, yo —digo— soy la única que con mi duende alegre a dioses y humanos, lo demuestra con creces la prueba siguiente: en cuanto he salido a hablar ante esta concurridísima reunión, tan de repente los rostros de todos se han iluminado con un inesperado e insólito regocijo, tan de pronto habéis desfruncido el ceño, de tal modo habéis aplaudido con risa alegre y cordial que, ciertamente, me parece que todos los que veo a un lado y a otro estáis, igual que los dioses de Homero, borrachos de néctar no sin algo de nepente²⁹, cuando hasta hace un momento permanecíais en vuestros asientos tristes y preocupados, igual que si acabaseis de volver de la gruta de Trofonio³⁰.

Además, igual que suele acontecer que tan pronto como el sol enseña su bello y dorado semblante, o, cuando tras un áspero invierno la primavera sopla con suaves favonios³¹, al punto

torna a todas las cosas un nuevo aspecto, un nuevo color e incluso cierta juventud, así a vosotros enseguida se os ha puesto otra cara al contemplarme. Así que, lo que los, por lo demás, grandes rétores a duras penas pueden conseguir con largos y muy meditados discursos, a saber, echar fuera las fastidiosas cui-tas del espíritu, eso yo lo he conseguido con sólo dejarme ver.

[II. ARGUMENTO DE LA DECLAMACIÓN]

Pero la razón de que hoy me haya presentado con este aspecto inusual³² ahora mismo la vais a oír, siempre que no os resulte pesado prestar vuestros oídos a la que habla; por supuesto no los que tenéis por costumbre dirigir a los predicadores de las Escrituras, sino a los charlatanes del mercado, a los pillos y bufones, y los que en otro tiempo aquel famoso Midas de nuestra cuadrilla le mostró a Pan³³.

Y es que me ha dado por hacer un poco de sofista ante vosotros, pero no de esos que hoy día inculcan en los niños tonterías obsesivas y les transmiten la porfía en la discusión típicamente mujeril, sino que voy a imitar a los ilustres clásicos, quienes, para evitar la infame denominación de «sabios», prefirieron ser llamados «sofistas»³⁴. Su afán era celebrar en panegíricos las glorias de dioses y héroes. Consecuentemente, vais a escuchar un elogio, pero no de Hércules ni de Solón, sino de mí misma, es decir, de la Estupidez.

[III. POR QUÉ SE ALABA A SÍ MISMA]

Ahora bien, ni esto³⁵ me importan esos sabios que califican como algo tonto de remate e impertinente el que alguien se alabe a sí mismo. Sea todo lo tonto que quieran, de acuerdo, con tal de que reconozcan que es lo decoroso. Porque, ¿qué cosa cuadra más que la propia Moría sea pregonera de sus glorias y *trompeta de sí misma*³⁶? ¿Quién va a describirme mejor que yo misma? A no ser

que, quizás, alguien me conozca mejor de lo que yo me conozco. Por otra parte, no creo yo que esto sea poco más modesto que lo que va haciendo ese tropel de aristócratas y sabios, que por una cierta perversión de su pudor, tienen por costumbre ganarse a un retórico lisonjero o a un poeta palabrero —y, además, pagándole un sueldo— del que poder escuchar sus propias alabanzas, o sea, puras falsedades, y, sin embargo, éste, todo azorado³⁷, levanta entre tanto las plumas a guisa de pavo real y eriza la cresta cuando el desvergonzado adulator pone a un «don Nadie» a la altura de los dioses; cuando lo presenta como modelo absoluto de todas las virtudes, aun sabiendo que dista de serlo más que *un doble diapasón*³⁸; cuando viste a la corneja con unas plumas que no le van; cuando *pinta de blanco al africano*³⁹; cuando, en fin, *hace un elefante de una mosca*⁴⁰. Para acabar, hago mío aquel viejo dicho popular que dice que «bien hace en alabarse a sí mismo el que no tiene quien le alabe».

Con todo, no sé si asombrarme más de la ingratitud o de la desidia de los mortales, entre los que, aunque todos me cultivan con afán y gustosamente reconocen mis bondades, no hay nadie, sin embargo, que después de tantos siglos haya celebrado en un discurso de agradecimiento las glorias de la Estupidez, cuando no han faltado quienes han arropado de elogios primorosos y meditados con gran derroche de aceite⁴¹ y sueño a Busírides, Falárides⁴², las fiebres cuartanas, las moscas, la calvicie y calamidades de ese tipo.

De mi boca vais a escuchar un discurso improvisado, sin duda, pero por eso mismo más sincero.

[IV. POR QUÉ IMPROVISA UNAS PALABRAS]

Cosa que no querría que pensarais que he inventado para ostentación de mi talento, como hace el común de los oradores. Porque ellos, como sabéis, cuando pronuncian un discurso elaborado durante treinta años enteros —a veces hasta obra de otro—, juran, sin embargo, que lo han escrito en tres días como por pasatiempo o incluso que lo han dictado.

Además, a mí siempre me ha encantado decir *lo primero que me viniera a la boca*⁴³. Pero que nadie espere de mí que, siguiendo la costumbre de esos rétores del montón, pase a describirme a mí misma, y mucho menos a hacer divisiones⁴⁴. Porque ambas cosas son propias de alguien de mal agüero: tanto encerrar en unos límites a la que tiene un genio tan visiblemente amplio, como desmembrar algo a lo que toda clase de seres están de acuerdo en rendir culto. Por otra parte, ¿para qué representarme como una sombra o un fantasma, cuando con vuestros propios ojos podéis contemplarme en persona estando ante vuestra presencia? Realmente soy, como veis, la verdadera dispensadora *de bienes*⁴⁵, a la que los latinos llaman Estupidez y los griegos *Moría*.

[V. LA ESTUPIDEZ SE PRESENTA A SÍ MISMA DE INMEDIATO]

Aunque, ¿qué necesidad había de decir siquiera esto? Como si de mi gesto y mi frente —como se dice— no quedase lo bastante claro quién soy, o como si, en caso de que alguien mantuviera que soy Minerva⁴⁶ o la Sabiduría, no pudiera rebatírsele al punto con una sola mirada —incluso sin que medie plática alguna— que es espejo muy sincero del alma. En mí no hay lugar para afeites, ni finjo con el rostro una cosa y escondo otra en el corazón. Y soy, en todos los sentidos, absolutamente auténtica, hasta el punto de que no pueden enmascararme ni los que reclaman para sí el disfraz y el título de la sabiduría y se pasean *como monas vestidas de púrpura y asnos con piel de león*⁴⁷. Por muy convincente que sea la comedia, sin embargo, las orejas que les asoman por todas partes delatan a Midas. Por Hércules que también es una desagradecida esa clase de hombres que, aunque son los que más militan en nuestro partido, sin embargo, cuando están en público les avergüenza tanto mi nombre que indiscriminadamente se lo lanzan a otros como gran insulto. Conque, siendo éstos *los más estúpidos*⁴⁸, aunque pretendan pasar por unos sabios y unos Tales, ¿no tendremos toda la razón en llamarlos *monosabios*⁴⁹?

[VI. IMITACIÓN DE LOS RÉTORES]

Me ha parecido bien imitar también en el siguiente aspecto a los rétores de nuestra época, que directamente se creen unos dioses, si se muestran con dos lenguas —como las sanguijuelas—, y consideran hazaña ilustre el insertar en discursos latinos algunas palabritas griegas como si fuese un mosaico, aunque no sea ése el lugar más adecuado para ellas. En consecuencia, si les faltan palabras extranjeras, arrancan de unos pergaminos podridos cuatro o cinco términos antiguos con los que arrojar oscuridad sobre el lector, como es evidente, para que quienes las entienden estén cada vez más satisfechos de sí mismos, y quienes no, se asombren tanto más cuanto menos comprenden. Efectivamente, entre las clases de mis placeres se cuenta también uno no desprovisto de finura: admirar más lo que es más de fuera. Y si hay alguno que no se contenta con esto, que se ría y aplauda y *mueva las orejas*⁵⁰ siguiendo el ejemplo del asno, para que los demás crean que se está enterando. *Y eso es lo que es*⁵¹. Ahora vuelvo a mi tema inicial.

[VII. LINAJE, PATRIA Y NODRIZAS DE LA ESTUPIDEZ]

Así que ya conocéis mi nombre, señores..., ¿qué adjetivo puedo añadir?, ¿cuál sino el de «tontísimos»? Porque, ¿con qué otro sobrenombre más honroso puede dirigirse a sus devotos la diosa Estupidez?

Pero, como no son muchos los que conocen por igual el linaje del que desciendo, intentaré explicarlo ahora mismo con el favor de las Musas⁵². Mi padre no fue ni el Caos, ni el Orco, ni Saturno, ni Jápeto⁵³, ni ningún otro de esa familia de dioses anticuados y rancios, sino Plutón⁵⁴, el único y verdadero *padre de hombres y dioses*⁵⁵, mal que les pese a Hesíodo y a Homero, e incluso al mismísimo Júpiter. El único con cuyo gesto, lo mismo ahora que antes, se agita todo lo sagrado y lo profano en el cielo y en la tierra. Por decisión suya se rigen guerras, paces, imperios, consejos, juicios,

comicios, matrimonios, pactos, tratados, leyes, artes, bromas, veras... —ya me estoy quedando sin aire—, en resumen: todos los asuntos públicos y privados de los mortales. Sin su apoyo todo ese tropel de divinidades que hay en los poemas —y seré más osada en mis palabras— incluso los propios dioses mayores⁵⁶ o no existirían en absoluto o sin duda no comerían caliente en su casa. A cualquiera con el que se haya enojado, ni la ayuda de Palas⁵⁷ le sería suficiente. En cambio, a quien le sea propicio, podría mandar a paseo hasta al supremo Júpiter con su rayo y todo. *Me jacto de ser de este padre*⁵⁸. Y, por cierto, no me engendró él de su cerebro, como hizo Júpiter con la sombría y hosca Palas, sino de la ninfa Juventud⁵⁹, con mucho la más bella a la par que la más divertida de todas. Y tampoco lo hizo tras unirse a ella en un matrimonio desventurado, como nació aquel obrero cojo⁶⁰, sino —lo que es bastante más dulce— *unido en el amor*⁶¹, como dice nuestro Homero. Pero, no os equivoquéis, no me engendró aquel Pluto de Aristófanes, ya decrepito y cegato, sino uno aún sano y embriagado de juventud, y no sólo de juventud, sino mucho más aún del néctar que en cierta ocasión había bebido más abundante y más puro en uno de esos banquetes de los dioses.

[VIII. ÍDEM]

Pero si también os interesa el lugar en que nací, puesto que hoy día piensan que lo que más atañe a tu nobleza es en qué lugar has dado los primeros vagidos, no fui yo parida no en la errabunda Delos⁶², ni en el ondeante mar⁶³, ni *en profundas cavernas*⁶⁴, sino en las mismísimas Islas Afortunadas⁶⁵, donde todo crece *sin sembrarse ni ararse*⁶⁶, en las que no hay ni fatigas, ni vejez, ni enfermedad alguna, ni se ven en los campos asfódelos, malvas, cebollas, altramuces o habas o cualquier otro tipo de fruslerías, sino que por todas partes acarician la vista y el olfato el moli, la panacea, el nepente, la mejorana, la ambrosía, el loto, la rosa, la violeta, el jacinto, como réplica del jardín de Adonis⁶⁷.

Y nacida en medio de estos deleites, de ninguna manera comencé la vida entre lágrimas, sino que enseguida le sonreí dulcemente a mi madre. Así que no le envidio al *supremo Cronida*⁶⁸ la cabra que lo alimentó⁶⁹, puesto que a mí me han sustentado con sus pechos dos bellísimas ninfas, la Embriaguez, hija de Baco, y la Ignorancia, hija de Pan. A ellas las veis también aquí en el cortejo de mis otras acompañantes y criadas. Por Hércules que si queréis saber sus nombres, no los vais a oír de mi boca más que en griego.

[IX. COMPARSA DE LA ESTUPIDEZ]

Evidentemente, ésta que veis con el ceño fruncido⁷⁰ es la *Egolatría*. Esta que veis como con una sonrisa en los ojos y aplaudiendo con las manos se llama *Adulación*. Esta medio dormida y como amodorrada se llama *Olvido*. Esta que se apoya en ambos codos y está con las manos cruzadas se denomina *Vagancia*. Esta, coronada de una sarta de rosas y cubierta de afeites por todas partes, *Placer*. Ésta con los ojos extraviados y oscilantes de aquí para allá recibe el nombre de *Demencia*. Ésta con el cutis brillante y el cuerpo perfectamente torneado lleva por nombre *Molicie*. Veis también dos dioses, mezclados con las doncellas, de los que a uno le llaman *Festejo* y al otro, *Sueño Profundo*⁷¹. Pues bien, con la ayuda leal de este séquito someto a mi mando toda clase de cosas, mandando incluso a los que mandan.

[X. A LA ESTUPIDEZ SE LE DEBEN TODA LA VIDA Y TODAS SUS BONDADES]

Habéis escuchado mi genealogía, mi formación y mis comparsas. Ahora, para que no le parezca a nadie que me arrego sin razón el nombre de diosa, escuchad con las orejas tías cuántos beneficios proporciono a dioses y a humanos a la vez y qué amplitud alcanza mi divinidad. Pues, si alguien escribió con cono-

cimiento de causa que lo que en definitiva caracteriza a un dios es ayudar a los mortales⁷², y si merecidamente se admitió en el senado de los dioses a quienes ofrecieron a los mortales el vino o el trigo o alguna utilidad de este tipo, ¿por qué no voy a ser llamada y tenida por *alfa*⁷³ de todos los dioses con todo derecho yo, que solita se lo ofrezco todo a todos?

[XI. ÍDEM]

Para empezar, ¿qué puede haber más dulce o valioso que la vida misma? Y ¿a quién conviene atribuir su origen, sino a mí? Porque ni la lanza de Palas *la de poderoso padre*⁷⁴, ni la égida de Júpiter *que reúne las nubes*⁷⁵ engendra o propaga la especie humana. En verdad, hasta el mismísimo padre de los dioses y rey de los hombres, que con un gesto hace temblar el Olimpo entero, tiene que bajar su famoso triple rayo y deponer esa expresión titánica, con la que, cuando le place, espanta a todos los hombres, y, como hacen los actores, ponerse la careta de pobrecito, si en algún momento quiere hacer lo que hace sin parar, o sea, *hacer niños*⁷⁶.

Por otra parte, los estoicos se creen casi unos dioses. Pero traedme uno que sea tres, cuatro o, si os parece bien, seiscientas veces estoico⁷⁷; también éste tendrá que renunciar, si no a su barba, signo de sabiduría —aunque la comparten con los machos cabríos—, sí a su altanería; tendrá que desfruncir el ceño, rechazar los dogmas diamantinos y tontear y delirar un poquito. En suma, a mí, a mí digo, deberá acudir el sabio si quiere ser padre. Y ¿por qué no puedo yo hablaros con más franqueza, según es mi costumbre? Pregunto: ¿acaso son la cabeza, la cara, el pecho, acaso la mano o la oreja, que se consideran partes decentes, las que engendran a los dioses o a los hombres? No creo. Antes bien, la difusora de la especie humana es esa parte tan boba y tan ridícula que no puede ni nombrarse sin risa. Éste es aquel manantial sagrado del que todas las cosas toman la vida, con más seguridad que aquel número cuatro de Pitágoras⁷⁸.

Vamos a ver, ¿qué hombre —pregunto yo— querría ofrecer su cabeza al yugo del matrimonio, si, como acostumbran hacer esos sabios, meditase antes consigo mismo los inconvenientes de semejante vida, o qué mujer estaría dispuesta a aceptar a un varón, si conociese o pensase en las peligrosas fatigas del parto y el agobio de la educación de los hijos? Por tanto, si debéis la vida a los matrimonios y el matrimonio a mi doncella la *Demencia*⁷⁹, es evidente que entendéis cuánto me debéis a mí. Por otro lado, ¿qué mujer que haya experimentado esto una sola vez, querría repetirlo otra, de no asistirle la ayuda del *Olvido*⁸⁰? Ni la propia Venus, diga lo que diga Lucrecio⁸¹, podría jamás negar que sin la participación de mi poder divino sus facultades quedarían mutiladas e inútiles. De este modo, de ese juego mío embriagado y ridículo provienen tanto los ceñudos filósofos —a quienes ahora han sucedido los que el vulgo llama monjes— como los reyes vestidos de púrpura y los piadosos sacerdotes y los pontífices tres veces santísimos y, en fin, todo ese tropel de dioses de que hablan los poetas, tan apretujado que esa turba a duras penas la puede albergar ya el mismísimo Olimpo, por muy amplio que sea.

[XII. ÍDEM]

Pero, desde luego, poca cosa sería que a mí se debiesen el germen y la fuente de la vida, si no demostrase que cualquier cosa buena que hay en todo tipo de vida se debe también por completo a mi largueza. ¿Qué sería esta vida —¿acaso sería correcto llamarla vida?— si se le quitase el placer? Habéis aplaudido. Ya sabía yo que ninguno de vosotros estaba tan cuerdo, o más bien tan loco..., no, mejor tan cuerdo como para ser de esta opinión. Sin embargo, ni los estoicos esos desprecian el placer, aunque lo disimulan cuidadosamente y en público lo injurian con mil denuestos, evidentemente, para que, espantados los demás, puedan ellos disfrutar de él más a sus anchas. Pero que me digan, por Júpiter, ¿qué aspecto de la vida no es triste,

aburrido, feo, desaborido y molesto, si no le añades el placer, que es la sazón de la Estupidez? Por muy calificado testigo de este asunto que sea el nunca bien ponderado Sófocles —de quien se conserva aquel bellissimo elogio mío⁸²— sin embargo, venga, expongamos todo el asunto punto por punto.

[XIII. PARENTESCO DE LA ESTUPIDEZ CON LA NIÑEZ
Y LA VEJEZ]

En primer lugar, ¿quién no sabe que la primera edad del hombre es con mucho la más alegre y grata de todas? ¿Qué es lo que hay en los niños, que besamos, abrazamos y cuidamos tanto que hasta sus enemigos salen en su defensa, sino el hechizo de la Estupidez, que la prudente naturaleza con dedicación les aplicó a los recién nacidos para que, como por contraprestación del placer, sean capaces de suavizar las fatigas de sus educadores y ganarse el favor de sus preceptores? A continuación, la adolescencia que le sucede, ¿qué agradable es para todos, con qué sinceridad la defienden todos, con qué afán tratan de alargarla, con qué cortesía le tienden una mano en su auxilio! Pero ¿de dónde, os pregunto, procede ese encanto de la juventud?, ¿de dónde sino de mí? Con mi favor la juventud es la menos sensata y, por eso mismo, la que menos rezonga. Miento, si no es verdad que en cuanto se han hecho mayores y gracias a la experiencia y al estudio han empezado a tener cierta sensatez propia de la edad madura, enseguida se marchita el esplendor de su belleza, languidece su alegría, se enfría su donosura, se debilita su energía. Y cuanto más se aleja de mí, tanto menos y menos va viviendo, hasta que llega *la molesta Vejez*⁸³, odiosa no ya sólo para otros, sino incluso para sí misma. Vejez que ciertamente no soportaría ningún mortal, si yo, compadeciéndome de tantas fatigas, no le ayudase con mi diestra y, del mismo modo que los dioses que aparecen en los poemas suelen socorrer con algún tipo de metamorfosis a los que se mueren, no devolviese yo también a la in-

fancia, en la medida de lo posible, a los que están a punto de morir. De aquí que la gente, no sin razón, acostumbre a llamarlos *nuevos-niños*⁸⁴. Más aún, si hay alguien interesado por el medio de transformación, ni eso querría yo ocultar: los conduzco hasta la fuente de mi *Olvido*⁸⁵, pues nace en las Islas Afortunadas (si bien por el infierno discurre sólo como un arroyuelo), para que, en cuanto hayan bebido allí largos tragos del agua del olvido, vayan aniniándose, una vez diluidas poco a poco sus cuirtas espirituales. Pero —dirán— éstos se ponen a disparatar y a desbarrar. Muy bien, que así sea: pero en eso precisamente consiste el infantilizarse. ¿Es que ser niño es otra cosa que disparatar y desbarrar? ¿Acaso no es eso lo que más embelesa de esa edad, que no demuestre ninguna sensatez? Porque, ¿quién no odiaría como monstruosidad y maldeciría a un niño dotado de una sabiduría propia de la edad adulta? Lo confirma también el dicho que corre en boca del pueblo «Odio al chiquillo de prematura sabiduría». ¿Quién podría soportar mantener la relación y trato con un viejo que a tan gran experiencia de la vida hubiese unido un vigor mental y una agudeza de juicio parejos? Por tanto, el viejo que desvaría lo hace gracias a mí, y, sin embargo, ese desvarío mío le libera, entretanto, de las desdichadas ansiedades que atormentan al sabio; por unos momentos no resulta un compañero de bebida antipático; no se percata del hastío de la vida, que una edad más vigorosa apenas puede aguantar. A veces, como el viejo que aparece en Plauto, se vuelve a aquellas tres letras⁸⁶ el que sería el más infeliz si fuera sensato. Pero, entretanto, gracias a mi favor es feliz y grato para los amigos y no es desabrido ni siquiera en los momentos de jarana, cuando incluso —según Homero— de la boca de Néstor fluyen palabras más dulces que la miel, siendo las de Aquiles amargas, y también según él los viejos que se sientan juntos en las murallas dejan oír una voz *dulce como los lirios*⁸⁷. Según este criterio, aventajan incluso a la niñez, placentera sin duda, pero sin habla y desprovista del principal deleite de la vida como lo es la cháchara. Añadid a esto el que los viejos disfrutan una barbaridad también con los

niños y, por su parte, los niños se divierten con los viejos, *pues Dios continuamente reúne cada cosa con su semejante*⁸⁸. Porque, ¿qué hay que no coincida entre ambos, excepto que éstos están más arrugados y cuentan más cumpleaños en su haber? Por lo demás, la blancura del pelo, la boca desdentada, el menor tamaño corporal, el gusto por la leche, el balbuceo, el parloteo, las bobadas, el olvido, la irreflexión y, en pocas palabras, todo lo demás concuerda. Y cuanto más se aproximan a la vejez tanto más cerca vuelven a estar de parecerse a unos niños, hasta que, al modo de éstos, se van de la vida sin sentir hastío de ella ni darse cuenta de que se mueren.

[XIV. LA ESTUPIDEZ O ALARGA LA JUVENTUD
O RETRASA LA VEJEZ]

Que vaya ahora quien lo desee y compare este favor mío con las metamorfosis que hacen los demás dioses. Y no me apetece recordar qué hacen cuando están furiosos, sino que a quienes son más propicios los suelen transformar en árbol, en ave, en cigarra o incluso en serpiente, como si el mismo morir no fuese eso, pasar a ser otra cosa. Yo, en cambio, hago regresar a la misma persona a la parte mejor y más feliz de su vida; que si, en definitiva, los mortales se abstuviesen de todo trato con la sabiduría y pasasen toda su existencia en mi compañía, no habría siquiera una pizca de vejez y gozarían felices de una eterna juventud. ¿Es que no veis que esos hombres sombríos dedicados a sus estudios de filosofía o a serios y difíciles asuntos por lo general ya han envejecido antes de ser del todo jóvenes? Es evidente que por las preocupaciones y la continua y excesiva meditación que, sin darse cuenta, les chupa el espíritu y el jugo vital. Cuando, por el contrario, mis bufones están rellenos y relucientes y con la piel bien mimada, en definitiva, como se dice, *unos cerdos de Acarnania*⁸⁹, sin que vayan a sentir jamás ninguna molestia propia de la vejez, a no ser que, como suele pasar, se contaminen con la compañía de sabios. Hasta ese extremo no soporta

la vida de los humanos que se sea dichoso en todos los aspectos. Apoya esto el testimonio no despreciable del conocido proverbio en que van diciendo que la Estupidez es la única cosa capaz de retrasar el curso de la juventud —por otra parte fugacísima— y mantener alejada la penosa vejez. Como no sin motivos ha quedado reiteradamente dicho sobre los de Brabante⁹⁰ en los dichos del pueblo, que, mientras a las demás personas la edad suele aportarles prudencia, a éstos, cuanto más cerca están de la vejez, tanto más y más tontos se vuelven. Y eso que no hay otro pueblo que se divierta más con lo cotidiano de la vida o que menos sienta la tristeza de la vejez que éste. Y por cierto que de éstos son vecinos tanto por la geografía como por el modo de vivir mis holandeses. Pues, ¿por qué no voy a llamar míos a los que me honran con tanto afán que por ello han merecido un mote de la gente, del que sienten tan poca vergüenza que incluso es de lo que más se jactan?⁹¹ Vayan, pues, los muy estúpidos mortales y busquen a las Medeias, Circes, Venus, Auroras y no sé qué fuente con que poder recobrar la juventud, aunque eso sólo yo puedo y acostumbro a concederlo⁹². A mí me pertenece aquel elixir prodigioso con el que la hija de Memnón alargó la juventud de su abuelo Titono⁹³. Yo soy aquella Venus, por cuya merced Faón volvió a la juventud con tal brío que fue amado por Safo sobremanera⁹⁴. Mías son las hierbas, si es que las hay, míos los conjuros, mía aquella fuente que no sólo rescata la juventud perdida, sino que, lo que es más deseable, la conserva para siempre. Y si todos comulgáis con este parecer, que no hay nada mejor que la juventud y nada más detestable que la vejez, creo que veis cuánto me debéis a mí, por atesorar tan gran bien y apartar tan gran mal.

[XV. A LA ESTUPIDEZ SE ENTREGAN SOBRE TODO LOS DIOS]

Pero ¿por qué seguir hablando de los mortales? Repasad todo el cielo y cualquiera que lo desee podrá maldecir mi nombre, si encuentra a alguno de entre los dioses que no resulte arisco y despreciable de no estar validado por mi divinidad. Y, en efecto, ¿por qué

Baco siempre es un jovencito con largos cabellos? Precisamente porque, insensato y borracho, dedicado toda su vida a banquetes, danzas, cantos y juergas, no trata siquiera un poquito con Palas. Es más, está tan lejos de solicitar que se le tenga por sabio que se goza en ser honrado con burlas y bromas, y tampoco se ofende con la expresión que le concede el apelativo de necio, a saber, *Más estúpido que Mórico*⁹⁵. Además, le cambiaron el nombre por el de Mórico porque la desvergüenza de los campesinos había cogido por costumbre embadurnar con mosto e higos nuevos su estatua sedente colocada a las puertas de su templo. Por otra parte, ¿de las cosas que le echa en cara la antigua comedia hay algo que no suene a insulto?⁹⁶. ¡Oh, qué dios tan soso —dicen— y digno de nacer de una inglé! Pero ¿quién no preferiría ser este necio y soso, siempre de fiesta, siempre joven, siempre pródigo en diversión y placer para todos, a ser aquel Júpiter *taimado*⁹⁷, temible para todos, o Pan, que con sus jaleos lo corrompe todo de decrepitud, o Vulcano cubierto de pavesas y siempre sucio por los trabajos de su taller, o incluso la propia Palas, terrorífica por su Gorgona y su lanza y *de mirada siempre hiriente*⁹⁸. ¿Por qué es siempre niño Cupido? ¿Por qué, sino porque es un bromista y no hace ni piensa *nada recto*⁹⁹? ¿Por qué la dorada Venus siempre tiene en flor su belleza? Evidentemente porque tiene parentesco conmigo, de lo que viene que presente en su rostro el color que tiene también mi padre, y por ese motivo en Homero es la *dorada Afrodita*¹⁰⁰. Además, está todo el rato sonriendo, si es que creemos al menos en algo a los poetas o a sus émulos los escultores¹⁰¹. ¿Qué divinidad honraron jamás los romanos con mayor piedad que la de Flora, creadora de todos los placeres?¹⁰². Por otra parte, si alguien analiza en Homero y los demás poetas también la vida de los dioses severos con especial cuidado, lo encontrará todo repleto de estupidez. ¿Qué interesa repasar las hazañas de los demás, cuando tan bien conocéis los amores y escarceos del mismísimo Júpiter fulminador, cuando la puritana Diana, olvidándose de su sexo, no hace otra cosa que irse de caza, mientras se muere por Endimión?¹⁰³. Prefiero que escuchen sus proezas de boca de Momo, del que en otro tiempo solían escucharlas con frecuencia. Pero, en-

fadándose hace poco con él, lo han arrojado a la Tierra junto con Ate, porque era un impertinente que con su sabiduría molestaba la dicha de los dioses¹⁰⁴. Y no hay ningún mortal que se digne dar hospedaje al desterrado. Muy lejos está de tener un lugar en los palacios de los príncipes, en donde, sin embargo, ocupa un puesto preferente mi *Adulación*¹⁰⁵, a la que no le va mejor con Momo que al lobo con el cordero. Y así, los dioses, tras quitarlo de en medio, ya pueden tontear con mucha mayor licencia y dulzura, como dice Homero, *haciendo lo que les viene en gana*¹⁰⁶ porque no tienen a nadie que los critique. ¿Qué bromas no brinda aquel Príapo hecho de higuera? ¿Qué diversión no ofrece Mercurio con sus timos y juegos de manos?¹⁰⁷ Incluso el propio Vulcano acostumbraba a hacer el *payaso*¹⁰⁸ en los banquetes de los dioses y alegrar la ronda de bebedores unas veces con su cojera, otras con sus ocurrencias y otras con sus ridículos dichos. Y también Sileno, aquel viejo verde habituado a bailar la *córdax* junto a Polifemo que le acompaña *al son de la cítara*, mientras las ninfas ejecutan la *gimnopodia*¹⁰⁹. Los sátiros semicaprinos se dedican a representar atelanas¹¹⁰, con alguna cancioncilla insustancial a todos hace reír Pan, a quien prefieren escuchar antes que a las propias musas, sobre todo cuando ya han empezado a estar embriagados del néctar. Así que, ¿para qué voy a recordar yo ahora lo que hacen los dioses bien bebidos tras un convite? Por Hércules que son cosas tan estúpidas que ni yo misma puedo a veces contener la risa. Pero en este punto mejor será acordarse de Harpócrates¹¹¹, no sea que también nos escuche algún dios coriceo¹¹² al contar lo que ni Momo siquiera contó impunemente antes que nosotros.

[XVI. EN NINGUNA PARTE FALTA LA SALSA DE LA ESTUPIDEZ]

Pero ya es hora de que, siguiendo el ejemplo de Homero, dejemos a los del cielo y volvamos a la Tierra, aunque no veamos allí nada alegre o feliz a no ser gracias a mí. Para empezar, ya veis con qué gran providencia la Naturaleza, madre y artífice

del género humano, ha cuidado de que en ningún sitio faltara la salsa de la Estupidez. En efecto, como, según la definición de los estoicos, la sabiduría no es sino ser guiado por la razón y la estupidez, por el contrario, dejarse llevar por el arbitrio de las pasiones, ¿cuánto más de pasión que de razón nos ha inculcado Júpiter, para que la vida de los hombres no fuese triste y sombría del todo? ¿Como comparar media onza con una libra¹¹³! Además, relegó la razón a un estrecho rincón de la cabeza, y dejó todo lo que quedaba del cuerpo para los desórdenes. A continuación enfrentó a éste a, por así decirlo, dos tiranos violentísimos: la ira, que ocupa la fortaleza del pecho e incluso el corazón, verdadera fuente de la vida, y la concupiscencia, que extiende su amplísimo poder absoluto hasta la parte más baja del pubis. La vida corriente de los hombres demuestra bastante bien cuánto puede la razón contra estas dos fuerzas gemelas, cuando lo único que le está permitido a aquélla es dar gritos incluso hasta quedar afónica y dictar normas de honestidad. En cambio, éstos¹¹⁴ mandan a la porra¹¹⁵ a su soberano y alborotan aún con mayor encono, hasta que, ya cansado también él, se rinde por su propia voluntad y se entrega.

[XVII. LAS MUJERES GUSTAN A LOS HOMBRES POR
SU ESTUPIDEZ]

Por lo demás, puesto que, nacido como lo es el hombre para gobernar las cosas, había que rociar un poquitín más de razón para cuidar también de él según su condición de varón, me llamó a consejo como en los demás asuntos¹¹⁶ y al punto le di un aviso digno de mí: a saber, que se le emparejase una mujer, animal, sin duda, estúpido y necio, pero divertido y agradable, que en la convivencia del hogar sazonara y endulzara con su estupidez la tristeza propia del carácter varonil. Pues, cuando Platón parece dudar de en qué especie incluir a la mujer, si en la de los animales racionales o en la de las bestias, no pretendió otra cosa que manifestar la co-

nocida estupidez de este sexo¹¹⁷. Y si por casualidad alguna mujer ha querido pasar por sabia, no hace sino ser doblemente tonta, igual que si alguien llevase a un buey a la palestra, mal que le pese y se oponga Minerva, como se suele decir. Porque dobla su defecto quienquiera que en contra de la naturaleza se pone el afeite de la virtud y trata de desviar su modo de ser natural a otro distinto. Del mismo modo que, de acuerdo con el proverbio griego, «una mona siempre es una mona, aunque se vista de púrpura»¹¹⁸, así una mujer siempre es una mujer, es decir, estúpida, se haya puesto el disfraz que se haya puesto. Pero tampoco creo que el género femenino sea tan tonto como para enfadarse conmigo por ser yo, la Estupidez y, además, una mujer, la que les cuelga la necesidad. Y, ciertamente, si meditan el asunto de la manera correcta, deben reconocerle a la Estupidez el ser más afortunadas que los hombres en muchos aspectos. En primer lugar, el encanto de la hermosura, que con razón anteponen ellas a todas las cosas, con cuya ayuda ejercen la tiranía incluso sobre los propios tiranos. Por otra parte, ¿de dónde le viene al hombre lo horrible de su aspecto, su piel áspera y la boscosidad de la barba, en definitiva, cierta apariencia senil, sino del defecto de la prudencia, cuando las mujeres tienen siempre las mejillas tersas, la voz siempre fina y el cutis suavecito, como remedando una eterna juventud? Luego, ¿qué otra cosa desean en esta vida más que complacer a los hombres lo máximo posible? ¿Es que no tienen ese fin tanto cuidado, tanto cosmético, tanto baño, tanto peinado, tanta crema, tanto perfume, tanta técnica para arreglar, pintar y disfrazar el rostro, los ojos y el cutis? Así que, ¿acaso hay otro nombre que las recomiende a los hombres mejor que el de la estupidez? ¿Qué hay, pues, que no les permitan ellos a las mujeres? ¿Y con qué recompensa sino la del placer? No embelesan por otra cosa que por su estupidez. No podrá negar que esto es verdad cualquiera que medite en su interior qué necedades llega a decir un hombre cuando está con una mujer y qué bobadas hace, siempre que decide disfrutar del placer de una fémina. Por consiguiente, ya tenéis el primer y principal deleite de la vida que es la fuente de la que mana.

[XVIII. EL MEJOR ADEREZO DE LOS BANQUETES
ES LA ESTUPIDEZ]

Pero hay algunos —y en primer término los viejos, más bebedores que mujeriegos— que sitúan el mayor de los placeres en beber en una mesa. Desde luego, allá otros si les parece espléndido algún banquete en el que no haya presencia de mujeres. Lo que sí es seguro es que sin la salsa de la Estupidez no hay ninguno en absoluto que sea agradable. Hasta tal punto que, si falta quien provoque la risa sea con una necedad auténtica o fingida, harían llamar a algún *payaso*¹¹⁹ aunque sea a sueldo o invitarían a algún gorrón ridículo, que con sus dichas risibles, o sea, majaderías haga desaparecer el silencio y la tristeza del convite. Porque, ¿a qué conduciría cargar el vientre con tantas confituras, tantos manjares y golosinas, si no se alimentasen por igual los ojos, los oídos y el ánimo entero con risas, bromas y donaires? Pues yo soy la incomparable artífice de este tipo de exquisiteces. Por lo demás, esas cosas ya tradicionales en los banquetes de sacar a suertes al rey con las tabas, jugar a los dados, los brindis mutuos¹²⁰, rivalizar en las rondas¹²¹, cantar coronados de mirto, bailar y hacer pantomimas no las inventaron los siete sabios de Grecia¹²², sino yo para la salvación del género humano. De algún modo, la naturaleza de todo este tipo de cosas consiste en que cuanto mayor estupidez tengan, tanto más ofrecen a la vida de los mortales, que, si fuera triste, ni siquiera merecería llamarse vida. Y, sin embargo, por fuerza llega a ser triste, a no ser que con este tipo de deleites uno haga desaparecer su pariente, el tedio.

[XIX. TAMBIÉN ES TRABAZÓN DE LA AMISTAD]

Pero tal vez habrá quienes desprecien también este género de placer y se contenten con el cariño y el trato de los amigos, mientras van diciendo que la amistad es lo único que hay que antepo-

ner a todo lo demás, e incluso que es tan necesaria que no lo son más ni el aire, ni el fuego, ni el agua. Además, que es tan alegre que quien la quitase de en medio, quitaría el sol, y que, en fin, es tan honesta —si es que esto tiene algo que ver con el asunto— que ni los propios filósofos temen incluirla entre los bienes fundamentales. ¿Y qué pasa si demuestro que yo soy la popa y proa también de este beneficio tan importante? Sin embargo, no lo voy a demostrar con los «cocodrilites», ni con los «sorites cornudos»¹²³ u otras sutilezas de este tipo propias de los dialécticos, sino que, con una Minerva ramplona¹²⁴ —como dicen— voy a ir señalándolo poco menos que con el dedo. A ver, el condescender, el dejarse llevar, el cegarse, deslumbrarse con los defectos de los amigos el amar y admirarse por algunos defectos incluso manifiestos como si fueran virtudes, ¿acaso no parece cercano a la estupidez? ¿Qué pasa cuando uno besa el lunar que tiene su amante y a otro lo embelesa la verruga de su cordera, cuando el padre llama algo extraviado a su hijo bizco? ¿Qué es esto —digo— sino pura necesidad? Griten una y mil veces que es una necesidad, y, sin embargo, esta necesidad es la única que une y mantiene unidos a los amigos. Estoy hablando de los mortales, entre los que no hay nadie que nazca sin defectos: el mejor es el que se ve agobiado por los más pequeños, cuando, mientras, entre esos sabios endiosados o no llega a fraguar la amistad en absoluto o media una lúgubre y desagradable, y ésta sólo con poquísimos —pues me da apuro decir que con ninguno— porque la mayoría de los hombres desvaría —antes bien, no hay ninguno que no delire de múltiples formas— y el vínculo afectivo no se traba más que entre semejantes. Y si alguna vez se da una simpatía recíproca entre esos puritanos, de seguro que no es nada estable ni tampoco muy duradera, cosa normal entre gente huraña y con más ojos de lo necesario, como quienes con los defectos de sus amigos tienen una vista tan aguda como el águila o la serpiente de Épidauro¹²⁵. En cambio, ¡qué ojos tan legañosos tienen ellos con sus propias imperfecciones, y qué poco ven la talega que cuelga a sus espaldas!¹²⁶ Por lo tanto, como la naturaleza humana es tal que no se encuentra ningún

talento que no esté sujeto a grandes defectos —y añádase tan gran diferencia de edades e intereses, tantos percances, tantos errores y tantos incidentes propios de la vida de los mortales—, ¿de qué modo puede durar siquiera una hora entre estos Argos¹²⁷ la alegría de la amistad, si no se le suma lo que los griegos admirablemente llaman *euétheian*, que podríamos traducir por ‘estupidez’ o ‘buenas maneras’¹²⁸? ¿Y qué? ¿Acaso no quedó totalmente cegado el mismísimo Cupido, causa y origen de todo vínculo de amistad, a quien, de la misma forma que *lo no bello le parece bello*¹²⁹, hace que también entre vosotros a cada uno le parezca bonito lo propio, que el viejo quiera a la vieja igual que el chico a su chica? Estas cosas suceden y son objeto de risa en todas partes, y, sin embargo, estas ridiculeces son las que aglutinan y unen una humanidad alegre.

[XX. ES MEDIADORA DEL MATRIMONIO]

Más aún, lo que queda dicho de la amistad hay que considerarlo con mucho mayor motivo en el caso del matrimonio, que en verdad no es nada más que la unión indivisible de la vida. Dios mío, ¡qué divorcios o cosas aún peores que los divorcios ocurrirían por todas partes, si el trato doméstico del hombre y la mujer no se apoyase y alimentase con la adulación, la broma, la amabilidad, el engaño y el disimulo, que por lo general forman mi cortejo! Ay, ¡qué pocos matrimonios se formarían si el novio investigase con previsión en qué juegos ya se había entretenido esa, en apariencia, delicada y pudorosa doncellita mucho antes de la boda! ¿Y cuántos menos permanecerían unidos, si la mayor parte de lo que hacen las mujeres no quedase oculto gracias al desinterés y estupidez del marido? Y estas cosas se le atribuyen con razón a la Estupidez, y en verdad es ella la que posibilita que la esposa sea agradable para su marido y el marido lo sea para su esposa, que la casa esté tranquila y que perviva la concordia. Es objeto de burla el muy cornudo, curruca¹³⁰ y... —¿qué no se le

llama?— cuando apura a besitos las lágrimas de la adúltera. Pero cuánto más feliz es equivocarse de ese modo que consumirse con la preocupación de los celos y tomárselo todo a la tremenda.

[XXI. ES UNIÓN DE TODA SOCIEDAD HUMANA]

En resumen, no hay ninguna sociedad ni relación vital que sin mí pueda ser agradable o sólida, hasta el punto de que ni el pueblo soportaría más tiempo al príncipe, ni el amo al criado, ni la sirvienta a su señora, ni el maestro al alumno, ni el amigo al amigo, ni la mujer al marido, ni el arrendador al arrendatario, ni los camaradas ni los comensales entre sí, si no se engañasen mutuamente unas veces, otras se adulasen, otras condescendiesen entre sí prudentemente y otras se embadurnasen con una cierta miel de la necesidad. Ya sé que estas cosas os parecen inmensas, pero las vais a oír aún mayores.

[XXII. QUÉ PAPEL DESEMPEÑA EL AMOR PROPIO COMO
HERMANO GENUINO DE LA ESTUPIDEZ]

Pregunto: ¿acaso podrá querer a nadie quien se odie a sí mismo? ¿Acaso podrá estar de acuerdo con otra persona quien no está en paz consigo? ¿Podrá quizá proporcionar placer a alguien quien resulte pesado y molesto para sí mismo? Eso —creo yo— no lo diría nadie a menos que sea más necio que la propia Estupidez. Con todo, si se prescinde de mí, no habrá nadie capaz de soportar a otro hasta el punto de sentir cada uno hedor de sí mismo, de asquearle sus propias cosas y de encontrarse a sí mismo detestable. Toda vez que la naturaleza, más madrastra que madre en no pocos aspectos, ha implantado en la condición de los mortales —sobre todo de los poco sensatos— el vicio de disgustarse cada uno de lo propio y admirar lo ajeno, por lo que sucede que todas las cualidades, toda la distinción y la belleza de la vida se estropean y desaparecen. Pues,

¿para qué va a servir la belleza, principal don de los dioses inmortales, si la emponzoña la lacra de la podredumbre, y la juventud, si la corroe la descomposición de la tristeza propia de la vejez? En definitiva, ¿qué papel vas a hacer en todos los cometidos de la vida ya sea para tus adentros o ante otros con decoro¹³¹ (pues no sólo es principio del arte sino de toda acción que lo que se hace sea decoroso), si no te ayuda con su diestra esta *Egolatría* que con razón hace las veces de mi hermana legítima¹³²? Tal es el brío con que representa mi papel en todas partes. En cambio, ¿qué hay igual de tonto que estar satisfecho y asombrarte de ti mismo? Y, por el contrario, ¿qué cosa podrá ser bonita, encantadora y conveniente, si la haces sin complacerte a ti mismo? Quita esta salsa de la vida y al punto se helará el orador con su actuación¹³³, a nadie gustará el músico con su ritmo, se abucheará al histrión con sus aspavientos, será objeto de risa el poeta junto con sus musas, andará mugriento el pintor con su arte, se morirá de hambre el médico con sus drogas. Para acabar, parecerás un Tersites en vez de Nireo, un Néstor en vez de Faón, un cerdo en lugar de Minerva¹³⁴, mudo en vez de elocuente, hombre tosco en vez de educado. Hasta tal punto es necesario que cada cual se halague a sí mismo y con un cierto punto de adulación se acepte antes de poder ser aceptado por otros. En definitiva, como la parte fundamental de la felicidad consiste en querer ser lo que eres, no es de extrañar que mi querida *Egolatría* contribuya todo en uno a todo estas cosas, a que nadie reniegue de su figura, de sus condiciones naturales, de su estirpe, de su lugar, costumbres o patria, de suerte que ni un irlandés desea cambiarse por un italiano, ni un tracio por un ateniense, ni un escita por los de las Islas Afortunadas¹³⁵. ¡Oh, esmero sin par el de la naturaleza, cómo en tan gran diversidad de cosas las ha hecho todas iguales! Donde ha sido menos generosa en sus dones, allí suele agregar un poco más de Autosatisfacción. Aunque en esto acabo de decir una bobada, siendo como es ella misma el don supremo, por no decir, de paso, que no se emprende ninguna hazaña ilustre si no es bajo mi aliento, ni se han inventado artes ilustres ningunas si no es bajo mi obra.

[XXIII. LA ESTUPIDEZ ES LA CAUSA DE LOS ASUNTOS
DE GUERRA]

¿Acaso no es la guerra semilla y fuente de todas las hazañas celebradas? Además, ¿qué hay más tonto que entablar por no se sabe qué razones una lucha tal que de ella siempre sacan ambas partes más desventajas que beneficios?¹³⁶ Porque, de los que sucumben, como de los megarenses, *ni una palabra*¹³⁷. Después, cuando ya se han formado de ambos lados las filas armadas y con ronca música retumban las trompas, ¿qué utilidad —pregunto yo— tienen los sabios esos, que, agotados por el estudio, a duras penas sacan aliento de su sangre endeble y fría? Los que hacen falta son los gordos y cebados, que tengan mucha audacia y muy poco seso. A no ser que alguien prefiera como soldado a Demóstenes¹³⁸, quien, siguiendo el consejo de Arquíloco¹³⁹, nada más ver a los enemigos, arrojó el escudo y huyó, soldado tan cobarde como sabio orador. Pero la reflexión —dicen— es de la mayor importancia en las guerras. Desde luego, reconozco que lo es en un general, y ésta es una reflexión de índole militar, no filosófica. Por lo demás, son los gorriones, rufianes, ladrones, matrones, aldeanos, estúpidos, morosos y la hez de semejante ralea quienes realizan algo tan ilustre, no los filósofos lumbreras.

[XXIV. INCONVENIENTES DE LA SABIDURÍA]

De lo inútiles que pueden llegar a ser éstos para la rutina de la vida, puede servir de prueba el mismo Sócrates, juzgado, aunque de forma muy poco sabia, por el oráculo de Apolo como el único sabio, quien, tras intentar debatir en público no sé qué, tuvo que retirarse en medio de las mayores risotadas por parte de todos. Sin embargo, no está del todo loco cuando no acepta el apelativo de «sabio» y se lo atribuye sólo a un dios y cuando cree que el sabio ha de guardarse de ejercer la política, aunque habría hecho mejor en aconsejar que se abstenga de la sabiduría quien desee figurar en

el conjunto de los hombres. En segundo lugar, ¿qué le empujó a beber la cicuta, una vez acusado, más que su sabiduría? Pues mientras se dedicaba a filosofar sobre las nubes y las ideas, mientras medía las patas de una pulga e investigaba el sonido que hacen los mosquitos¹⁴⁰, no aprendió lo que concierne a la vida ordinaria. Pero al maestro cuya cabeza peligra le asiste su discípulo Platón, ilustre abogado —como es evidente— que, aturdido por el alboroto de la chusma, apenas pudo articular la mitad de la primera frase. Y ¿qué decir de Teofrasto? Una vez que había avanzado para hablar en una asamblea, enmudeció de repente, igual que si hubiese visto al lobo¹⁴¹. Isócrates, que habría sido capaz de animar a los soldados en tiempos de guerra, jamás se atrevió ni a abrir la boca por la timidez de su carácter. Marco Tulio Cicerón, padre de la elocuencia romana, tenía por costumbre comenzar sus discursos con un temblor poco decoroso, igual que si fuera un niño que zollipa, y eso Fabio Quintiliano lo interpreta como signo de un orador sensato y que comprende lo arriesgado de su argumentación¹⁴². Pero, al decir esto, ¿acaso no está reconociendo a las claras que la sabiduría es un estorbo para tratar bien un asunto? ¿Qué harán, cuando la cuestión se despacha con las armas, esos que se desmayan de miedo, cuando hay que combatir con unas escuetas palabras? Y tras esto todavía se alaba, ¡dioses misericordiosos!, aquella famosa frase de Platón que dice que los Estados serán felices, si gobiernan los filósofos o filosofan los que gobiernan¹⁴³. Ahora bien, si uno consulta a los historiadores, encontrará —y no es de extrañar— que no hubo para el Estado ningún príncipe más pestífero que si alguna vez el poder cayó en algún filosofastro o entregado a las letras. De que esto es así creo que son prueba suficiente los dos Catones¹⁴⁴, de quienes uno molestó la tranquilidad del Estado con sus locas delaciones y el otro, por defenderla con excesiva sabiduría, arruinó por completo la libertad del pueblo romano. Añádanse los Brutos, Casios, Gracos e incluso al propio Cicerón, que no fue menos pernicioso para el Estado romano que Demóstenes para el ateniense. Más aún, Marco Aurelio Antonino, aunque concedamos que fue un buen emperador,

podría yo rebatir eso mismo, pues resultó pesado y antipático para los ciudadanos por ese mismo motivo: ser tan filósofo. Pero aun admitiendo que fue bueno, sin embargo, fue más pernicioso para el Estado por haber dejado semejante hijo¹⁴⁵ que por haber sido provechoso con su gobierno, puesto que, este tipo de hombres que se han entregado a la filosofía suele ser el más desgraciado en los demás aspectos y muy especialmente en lo que se refiere a la procreación de los hijos, debido —creo yo— a que la naturaleza se guarda de que esta calamidad de la sabiduría no se extienda más entre los mortales. Y así, es sabido que a Cicerón el hijo le salió un degenerado¹⁴⁶ y el famoso sabio Sócrates tuvo unos hijos —como muy bien escribió alguien— más parecidos a su madre que a su padre, o sea, unos estúpidos¹⁴⁷.

[XXV. ÍDEM]

Pero, en cualquier caso, sería tolerable que sólo fuesen *unos asnos tocando la lira*¹⁴⁸ para las funciones públicas, si no fueran igual de torpes para todas las demás tareas de la vida. Lleva a un sabio a un banquete: lo incomodará con un triste silencio o con preguntitas cargantes. Sácalo a danzar: dirás que es un camello el que baila. Arrástralo a un espectáculo público: con su solo semblante fastidiará la diversión de la gente y se verá forzado a salir del teatro como el sabio Catón, puesto que no puede abandonar su arrogancia. ¿Que mete baza en una charla?... ya apareció el típico lobo del cuento. Si hay que comprar algo o hacer un trato, en resumidas cuentas, si hay que hacer alguna de las cosas sin las cuales no se puede pasar esta vida de todos los días, dirías que el sabio ese es un tronco, no un hombre. Tan poco útil puede llegar a ser en ninguna ocasión ni para sí mismo, ni para su patria, ni para los suyos, porque no tiene experiencia en las cosas corrientes y se aleja largo y ancho del sentir corriente y de las costumbres del pueblo. Y de esto precisamente se desprende también, por fuerza, la animadversión, como es lógico, por tan gran disparidad de vida e ideas. Pues, ¿qué cosa se realiza

entre los mortales que no esté preñada de estupidez, y que parte de unos estúpidos y va para otros estúpidos? No obstante, si hay alguien que quiere contrariar él solo a todo el mundo, yo le aconsejaría que, imitando a Timón¹⁴⁹, emigre a algún desierto y allí se deleite con su sabiduría a solas.

[XXVI. EL PODER DE LAS SANDECES EN EL PUEBLO]

Pero, para volver a mi tema, ¿qué fuerza ha reunido en una sociedad a aquellos hombres hechos de piedra, alcornoque y salvajes sino la adulación?¹⁵⁰ Porque no es otra cosa lo que significa la famosa cítara de Anfión y Orfeo¹⁵¹. ¿Qué es lo que hizo volver a la concordia ciudadana a la plebe romana, cuando ya estaba proyectando medidas extremas? ¿Acaso un discurso filosófico? De ninguna manera. Antes bien fue una fábula ridícula e infantil inventada sobre el vientre y las demás partes del cuerpo¹⁵². La misma eficacia tuvo una fábula semejante de Temístocles sobre la zorra y el erizo. ¿Qué discurso de sabio habría tenido tanto poder como lo tuvo aquella invención de Sertorio sobre una cierva o la ridícula patraña de aquel famoso laconio sobre los dos perros y la de arrancar los pelos de la cola de un caballo?¹⁵³. Por no hablar de Minos y de Numa, que reinaron ambos sobre la estúpida muchedumbre con historietas inventadas¹⁵⁴. Con este tipo de sandeces se impresiona esa bestia enorme y poderosa que es el pueblo.

[XXVII. LA VIDA DEL HOMBRE NO ES NADA MÁS QUE CIERTO JUEGO DE LA ESTUPIDEZ]

Por el contrario, ¿qué Estado adoptó jamás las leyes de Platón o Aristóteles o los preceptos de Sócrates? Por otro lado, ¿qué fue lo que convenció a los Decios para que por propia voluntad se ofrecieran en sacrificio a los dioses manes¹⁵⁵? ¿Qué arrastró al abismo a Quinto Curcio¹⁵⁶ sino la vanagloria, la más dulce sirena,

pero sorprende cuán condenada por esos sabios? Porque, ¿qué hay más tonto —dicen ellos— que un candidato halague con súplicas al pueblo, que compre su apoyo con dádivas, que persiga los aplausos de tantos idiotas, que se deleite con sus aclamaciones, que se haga llevar en una procesión triunfal como un estandarte para que lo contemple la gente y se levante en el foro en forma de estatua de bronce? A esto añádele la obtención de nombres y sobrenombres¹⁵⁷ y los honores divinos tributados a ese hombrecillo, añade que en ceremonias oficiales se incluya entre los dioses incluso a los más criminales tiranos. Estas cosas son estúpidas por demás y para reírse de ellas no bastaría un solo Demócrito. ¿Quién lo niega? Sin embargo, de este manantial nacieron las hazañas de aguerridos héroes, hazañas que son elevadas hasta el cielo en los escritos de hombres elocuentes. Esta Estupidez parió los Estados, gracias a ella se mantienen los imperios, las magistraturas, la religión, los consejos y tribunales, y la vida humana no es otra cosa que una especie de broma de la Estupidez.

[XXVIII. LAS ARTES SE DEBEN A LA VANA SED DE GLORIA]

Por otra parte, para pasar a hablar de las artes, ¿qué es lo que ha estimulado al ingenio de los mortales a idear y dejar para la posteridad tantas disciplinas ilustres —en su opinión— sino la sed de gloria? Con tantas noches en vela y tantos sudores pensaron unos hombres tontos de remate que podrían ganar no sé qué fama, que es vana a más no poder. Pero, a su vez, es a la Estupidez a quien debéis tantos destacados beneficios de la vida y —con mucho lo más dulce— el que os regocijéis con la locura ajena.

[XXIX. RECLAMA PARA SÍ LA GLORIA DE LA PRUDENCIA]

Conque, una vez que he reclamado para mí la gloria del valor y del talento, ¿qué tal si hago lo mismo con la de la pruden-

cia? Claro que alguien podría decir que eso es mezclar fuego con agua en la misma actividad: no hay inconveniente. Pero creo que también en esto tendré éxito, con sólo que vosotros me apoyéis con vuestros oídos y vuestra atención, como habéis hecho hasta ahora. En primer lugar, si la prudencia se basa en el manejo de las cosas, ¿a quién cabe aplicar mejor el honor de ese apelativo, al sabio, que en parte por pudor y en parte por pusilanimidad no emprende nada, o al necio, al que no espanta de empresa alguna ni la modestia, de la que carece, ni el riesgo, que no se para a calcular? El sabio se refugia en los libros de los antiguos y de ellos aprende puras sutilezas verbales. El idiota va acumulando —si no me equivoco— la verdadera prudencia a base de enfrentarse cara a cara con los peligros. Cosa que Homero, aunque ciego, parece haber visto, cuando dice *el necio conoce los hechos*¹⁵⁸. En efecto, hay dos obstáculos principales para conseguir experiencia de las cosas: la modestia, que nubla la mente, y el miedo, que ante la evidencia de un peligro disuade de emprender acciones. Sin embargo, la Estupidez libera de ambos fantásticamente. Pocos son los mortales que comprenden cuántas ventajas más conlleva el no sentir vergüenza jamás y atreverse a todo. Pero si prefieren entender por prudencia la que se basa en el juicio de las cosas, escuchad, os lo ruego, lo lejos que están de ella quienes se van jactando de este apelativo. Para empezar, está claro que todas las cosas humanas, como los silenos de Alcibíades¹⁵⁹, tienen dos caras demasiado dispares entre sí, hasta el punto de que lo que a primera vista —como dicen— es muerte, si miras más adentro, es vida; por el contrario, lo que es vida, resulta ser muerte; lo que es bello, deforme; lo opulento, paupérrimo; lo infame, glorioso; lo culto, ignorante; lo vigoroso, débil; lo linajudo, canallesco; lo alegre, triste; lo venturoso, desafortunado; lo amigable, hostil; lo saludable, nocivo; en resumen: de golpe lo encontrarás todo del revés, si abres el sileno. Si a alguien le parece que esto está dicho tal vez de forma demasiado filosófica, venga, lo haré a las claras con una Minerva —como suele decirse— más ramplona. ¿Quién no reconoce que un rey es

alguien rico y poderoso? Y, sin embargo, no ha sido formado con ninguno de los bienes espirituales y no tiene bastante con nada: entonces evidentemente es el más pobre. Además, tiene un espíritu entregado a un gran número de vicios: entonces está vergonzosamente esclavizado. Del mismo modo se podría discutir también de las demás cosas, pero valga haber puesto eso como ejemplo. Pero ¿a qué viene esto?, dirá alguno. Escuchad adónde queremos ir a parar. Si alguien intentara arrancarles las máscaras a los actores cuando están en escena representando una farsa y mostrar a los espectadores los verdaderos y genuinos rostros, ¿no estropearía toda la función y se merecería que todos lo echaran a pedradas del teatro como a un loco? Aparecerá de repente un nuevo aspecto de las cosas, de modo que quien un momento antes era una mujer, ahora es un hombre; quien era joven, pasa a ser viejo; quien un poco antes era un rey, de golpe es un esclavo¹⁶⁰; quien era un dios, de pronto aparece como un hombrecillo. Ahora bien, suprimir esta ilusión es desbaratar toda la obra. Son esa misma ficción y ese afeitte lo que entretiene los ojos de los espectadores. Por otro lado, ¿qué otra cosa es toda la vida de los mortales más que una especie de representación en la que unos aparecen en escena cubiertos con las máscaras de otros y cada cual representa su papel hasta que el director los saca de ella?¹⁶¹ Y éste, sin embargo, a menudo manda salir al mismo con un atuendo opuesto, de manera que quien poco ha había interpretado a un rey vestido de púrpura, ahora hace de esclavillo harapiento. Desde luego todo queda oculto, pero esta farsa no se representa de otro modo. Si aquí se me apareciera de repente algún sabio caído del cielo y se pusiera a vociferar que éste al que todos admiran como dios y señor no es siquiera del género humano, porque como las bestias se deja llevar por las pasiones, sino que es el más vil esclavo, porque sirve de grado a tan numerosos y repugnantes amos; si, en cambio, a otro, que llora la muerte de su padre, le mandase reír, porque por fin ha empezado aquél a vivir, ya que esta vida no es otra cosa que una especie de muerte; más aún, si a otro que se jacta de su estirpe le

llamase plebeyo y bastardo, porque se halla lejos de la virtud que es la única fuente de nobleza; y hablase de todos los demás del mismo modo, pregunto yo, ¿qué otra cosa conseguiría sino parecer a todos un loco furioso? Así como no hay nada más estúpido que la sabiduría a destiempo, nada hay más imprudente que una prudencia descarriada, toda vez que actúa de forma descarriada el que no se ajusta al estado actual de las cosas y no quiere enterarse de lo que pasa en la calle ni recuerda siquiera aquella norma de los banquetes de *o bebe, o vete*¹⁶², y pretende que el teatro ya no sea teatro. Por el contrario, de verdadero prudente es, siendo mortal, no querer saber nada más allá de lo que te ha correspondido, y o bien condescender de buena gana con todo el conjunto de los seres humanos o equivocarse de su mano. Pero eso precisamente —dirán— es característico de la Estupidez. Yo, por cierto, no me atrevería a negarlo, con tal de que ellos por su parte reconozcan que en esto consiste representar la farsa de la vida.

[XXX. LA ESTUPIDEZ ES UNA GUÍA HACIA LA SABIDURÍA]

Lo que resta, ¡oh dioses inmortales!, ¿lo digo o me lo callo? Pero ¿por qué me lo voy a callar, si es más verdadero que la verdad? Aunque en asunto de tanta importancia tal vez convendría hacer venir del Helicón a las musas¹⁶³, a las que suelen invocar los poetas casi siempre por simples bobadas. Acudid, pues, en mi ayuda un momento¹⁶⁴, hijas de Júpiter, mientras trato de demostrar que nadie puede llegar a esa famosa sabiduría y fortaleza de la felicidad —como los mismos sabios la llaman— sin la Estupidez como guía. Para empezar, es de reconocer que todas las pasiones tienen que ver con la estupidez, puesto que distinguen al sabio del necio por la siguiente señal, que al primero lo gobierna la razón y al segundo las pasiones. Y es por eso por lo que los estoicos apartan del sabio todas las inquietudes como enfermedades.

Sin embargo, esas pasiones no sólo hacen la función de orientadoras para quienes van corriendo al puerto de la sabiduría, sino que incluso en todo ejercicio de la virtud suelen ayudar a modo de unas espuelas y acicates, como exhortando a obrar bien. Aunque en este punto protesta con fuerza el requetestoico Séneca, que priva por completo al sabio de toda pasión. Pero al hacerlo, no deja ya ni siquiera un ser humano, sino que más bien *fabrica*¹⁶⁵ una especie de nuevo dios, que ni ha existido jamás en ninguna parte ni existirá: es más, para decirlo más a las claras, erige una estatua marmórea de un hombre, impávida y ajena por completo a todo sentimiento humano. En consecuencia, si les place, pueden ellos disfrutar de su sabio y amarlo sin competidor alguno y vivir con él en la república de Platón o, si lo prefieren, en la región de las ideas o en los jardines de Tántalo¹⁶⁶. ¿Quién no huiría horrorizado, como de un monstruo o de una aparición, de una persona de tal calaña, que se ha vuelto sordo para todas las sensaciones de la naturaleza, que no se entrega a las pasiones ni se deja conmover por el amor o la misericordia más que si fuera un duro pedernal o una roca del monte Marpeso¹⁶⁷, a quien nada se le escapa ni comete error alguno, sino que, como un Linceo¹⁶⁸, no hay nada que no vea con claridad, nada que no sopesé al milímetro, nada que desconozca; quien sólo está satisfecho de sí mismo, él es el único rico, el único sensato, el único rey, el único libre, en una palabra, el único en todo —pero sólo a su parecer—; quien no pierde el tiempo con ningún amigo, sin ser él amigo de nadie; quien no vacila en mandar a paseo incluso a los mismísimos dioses; quien condena y se burla de todo cuanto sucede en la vida como si se tratase de una locura? Pues un animal de esta ralea es el sabio perfecto.

Pregunto: si la cuestión se liquidara con votos, ¿qué Estado querría para sí a un gobernador de esta clase y qué ejército desearía semejante general? Más aún, ¿qué mujer iba a desear y soportar este tipo de marido, qué anfitrión a un invitado de tal jaez, qué criado a un amo con ese comportamiento? Pero ¿quién no preferiría aunque fuera a uno solo cualquiera sacado del mon-

tón de hombres rematadamente tontos, que en su estupidez pueda gobernar y obedecer a los estúpidos, que complazca a sus semejantes, a cuantos más mejor, que sea amable con su esposa, alegre con los amigos, que sea un comensal agradable, un conversador apacible y, en fin, que nada de lo humano le resulte ajeno?¹⁶⁹. Pero hace ya tiempo que me está aburriendo el sabio éste, así que será mejor que mi exposición se enfoque a mis restantes bondades.

[XXXI. ES LA RAZÓN DE QUE LA VIDA SEA TOLERABLE]

Veamos. Si alguien mirase a su alrededor como desde una elevada atalaya —igual que los poetas pregonan que hace Júpiter—, ¡cuántas calamidades constriñen la vida humana, cuán desdichado y sucio es su nacimiento, qué trabajosa la crianza, a cuántos ultrajes está expuesta la infancia, a cuántos sudores la juventud, cuán molesta es la vejez, qué dura la inexorabilidad de la muerte, cuántos ejércitos de enfermedades nos arrasan, cuántos infortunios nos apremian, cuántos sinsabores nos atacan, cómo no hay nada en parte alguna que no esté bañado de hiel! Por no recordar los males que los hombres se infieren unos a otros, del tipo de la pobreza, la cárcel, la infamia, la vergüenza, los tormentos, las conspiraciones, la traición, los insultos, pleitos, estafas..., pero está claro que ya estoy intentando *contar la arena*¹⁷⁰. Además, de momento no me está permitido explicar por qué motivo los hombres han merecido estas cosas o cuál fue el dios que, encolerizado, los obligó a nacer para estas miserias. Sin embargo, quien las medite para sus adentros, ¿acaso no aprobará el ejemplo de las vírgenes de Mileto, aunque sea digno de compasión?¹⁷¹. Pero ¿quiénes sobre todo fueron los que llamaron a su hado por el aburrimiento que les causaba vivir? ¿Acaso no estaban rayando con la sabiduría? Entre ellos, por no hablar de los Diógenes, Jenócrates, Catones, Casios y Brutos, aquel famoso Quirón, aunque podía ser inmortal, prefirió la

muerte voluntariamente¹⁷². Ya veis —creo yo— qué pasaría si en todas partes los hombres tuviesen seso: evidentemente serían necesarios una nueva arcilla y un nuevo Prometeo alfarero¹⁷³. Yo, sin embargo, en parte por ignorancia y en parte por irreflexión, a veces por olvido de las cosas malas, otras por la esperanza de cosas buenas, y otras derramando algo de miel con los placeres, auxilio en momentos de tal adversidad que a nadie le apetece abandonar la vida ni siquiera cuando, acabado el hilo de las parcas¹⁷⁴, hace ya tiempo que es la propia vida la que los abandona a ellos, y cuanto menos motivo hay para que sigan viviendo, tanto más les apetece vivir. ¡Tan lejos están de verse afectados por ningún aburrimiento de vivir! Evidentemente, es a mí a quien debéis el ver por todas partes a viejos con una vejez como la de Néstor —en los que ni siquiera subsiste ya el aspecto de persona—, balbucientes, chochos, desdentados, canosos, calvos o, por describirlos mejor con palabras de Aristófanes, *sucios, chepudos, miserables, calvos, arrugados, desdentados y castrados*¹⁷⁵, que se regocijan con la vida y *se comportan como unos chiquillos*¹⁷⁶ hasta el punto de que uno se tiñe las canas, otro disimula su calvicie con un postizo, otro usa los dientes tomados quizá de un cerdo, y este otro en su desdicha se muere por alguna muchacha e incluso supera a cualquier jovencito en las tonterías propias de los enamorados. Porque, cuando ya están con un pie en la tumba y son puras momias, es tan frecuente que tomen por esposa a alguna tierna jovencita —sin dote y para ser disfrutada por otros— que casi es objeto incluso de elogio. Pero aún mucho más gracioso es, si alguien repara en ello, que unas viejas, muertas ya por el largo paso de los años y tan cadavéricas que podría parecer que han vuelto de los infiernos, sin embargo, tengan siempre en la boca aquello de *qué bella es la luz*¹⁷⁷, que aún estén en celo y —como suelen decir los griegos— *como las cabras*¹⁷⁸ y conquisten a algún Faón comprado con una gran compensación¹⁷⁹, que a diario se embadurnen la cara con afeites, que vayan a todos sitios con un espejo, que se depilen la espesura del pubis, enseñen sus tetas lacias y ajadas y con tem-

blorosos aullidos traten de excitar una pasión abatida, que vayan por ahí bebiendo, se metan en los corros de muchachas y escriban cartitas de amor. Todos se ríen de estas cosas como lo que son: tontas de remate, pero esas viejas se sienten satisfechas consigo y entretanto pasan el tiempo en los más elevados deleites y viven cubiertas por entero de miel, felices, como es evidente, gracias a mi favor. Además, a quienes esto les parece risible, me gustaría que meditasen para sus adentros si consideran mejor pasar una vida por entero dulce como la miel gracias a este tipo de necedad o —como dicen— buscar una viga para ahorcarse. Por otra parte, el que la gente crea que estas cosas van unidas a la deshonra no atañe a mis estúpidos, que o no se dan cuenta de este mal o, si lo comprenden, lo desdennan sin problemas. Si les cayera una piedra en la cabeza, eso sí que sería realmente malo. En cambio, la vergüenza, la deshonra, el oprobio y la maledicencia hacen tanto daño cuanto uno es consciente de ellas. Si falta su conciencia, no son siquiera males. ¿Qué daño te hace que todo el mundo te abuchee si tú te aplaudes a ti mismo? Pues tan sólo la Estupidez hace que esto sea posible.

[XXXII. LAS CIENCIAS, INVENTADAS PARA LA RUINA
DEL GÉNERO HUMANO, RESPALDADAS POR LA ESTUPIDEZ
SON DE GRAN VALOR]

Pero me parece estar oyendo protestar a los filósofos: «Pues en eso precisamente —dicen ellos— está la desgracia: en dejarse dominar por la Estupidez, en engañarse, mentirse, y vivir en la ignorancia». Antes bien, en eso consiste ser un hombre. Además, no veo por qué han de llamarlo desgracia, cuando así habéis nacido, así habéis sido criados, educados y tal es la suerte que todos comparten. No hay ninguna desgracia en ser conforme a la propia especie, a no ser que alguien, tal vez, crea que hay que compadecer al ser humano por no poder volar junto a las aves, ni caminar a cuatro patas con el resto del género animal, ni estar armado de cuernos como los toros. Pero

por la misma regla de tres ese alguien calificará de desdichado incluso al caballo más hermoso, porque ni ha aprendido gramática ni se alimenta de tortas, o de desgraciado a un toro, por ser inservible para la gimnasia. Por consiguiente, del mismo modo que un caballo ignorante de gramática no es desgraciado, tampoco un hombre estúpido es desdichado, porque esto concuerda con su naturaleza. Pero vuelven al ataque los «fabrica-palabras»¹⁸⁰: «El conocimiento de las ciencias —dicen— es don privativo del hombre, quien con su apoyo compensa lo que la naturaleza le ha quitado». Como si tuviese algún atisbo de verdad que la naturaleza, que con tanto cuidado veló por mosquitos e incluso hierbas y florecillas, sólo se hubiese quedado dormida en el caso del hombre, de tal manera que le fuesen necesarias las ciencias, que el famoso Thoth¹⁸¹, genio enemigo del género humano, inventó para su ruina total, tan inútiles para alcanzar la felicidad que incluso le suponen un estorbo a aquello mismo para lo que se dice que precisamente fueron descubiertas, como aquel prudentísimo rey que aparece citado en Platón demuestra con elegancia a propósito de la invención de las letras. Como consecuencia, las ciencias entraron a saco junto con los demás desastres de la vida humana de la mano de los mismos que son el origen de todas las infamias, o sea, los demonios, que recibieron este nombre también inventado como si se los llamase *daemonas*¹⁸², es decir, «los que saben», supuesto que aquella sencilla gente de la Edad Dorada¹⁸³, desprovista de toda ciencia, vivía tan sólo con el instinto natural como guía. ¿Para qué, pues, era necesaria la gramática, si todos tenían el mismo idioma y el lenguaje no buscaba más que el entendimiento recíproco? ¿Qué utilidad podía tener la dialéctica donde no había ningún conflicto de opiniones enfrentadas entre sí? ¿Qué lugar había para la retórica, si nadie intentaba importunar a otro? ¿Para qué acudir a la jurisprudencia, si no había malas costumbres, de las que, sin lugar a dudas, han nacido las buenas leyes? Además, eran demasiado religiosos como para escrutar con impía curiosidad los secretos de la naturaleza, las dimensiones de los astros, sus movimientos, sus efectos y las causas ocultas de las cosas, creyendo que no era lícito que el hombre mortal tratase de

saber más allá de lo que le permitiese su condición. Y ni siquiera se les ocurría la locura de investigar qué había fuera del cielo. Pero, a medida que iba desapareciendo poco a poco la pureza de la Edad Dorada, primeramente los malos genios —como he dicho— inventaron las artes, aunque pocas y, por cierto, pocos quienes se encargaban de ellas. Después la superstición de los caldeos y la ociosa frivolidad griega añadieron mil más, meras torturas para la inteligencia, hasta el punto de que incluso la gramática sola basta más que de sobra para el suplicio sempiterno de una vida.

[XXXIII. ÍDEM]

Sin embargo, entre estas mismas ciencias las más valoradas son las que más cerca están del sentido común, es decir, de la estupidez. Los teólogos se mueren de hambre, los físicos, de frío, los astrólogos¹⁸⁴ son objeto de risa y los dialécticos de desprecio. Tan sólo *el hombre que es médico vale tanto como muchos hombres*¹⁸⁵. Y en esta misma clase cuanto más ignorante, más temerario y más irreflexivo es uno tanta más estima tiene incluso entre esos príncipes enjoyados. Sin embargo, la medicina, sobre todo tal como ahora la ejercen los más, no es nada más que un elemento de la adulación, no menos, por cierto, que lo es la retórica. Tras éstos, el siguiente puesto lo ocupan los leguleyos —y no sé si no será el primero— de cuya profesión —por no decir yo mi propia opinión— suelen reírse con unanimidad los filósofos como asnal. Y, con todo, es la decisión de estos asnos la que regula tanto las actividades mayores como las menores. A ellos les crecen los latifundios, mientras que el teólogo, tras sacudir las cestas que albergan la divinidad entera¹⁸⁶, roe altramuces y libra una constante batalla contra chinches y piojos. Por lo tanto, así como son más felices las artes que tienen mayor afinidad con la Estupidez, del mismo modo son, con mucho, los más felices los que han podido abstenerse por completo del trato con todas las ciencias y seguir como guía sólo a la naturaleza, que está intacta, a no ser que tal vez

queramos saltarnos los límites de la condición mortal. La naturaleza odia los afeites y lo que no ha sido maltratado por artificio alguno se desarrolla con mucha mayor exuberancia.

[XXXIV. EL MÁS DICHOSO ES EL GÉNERO DE LOS ANIMALES,
A LOS QUE EL ARTE NO HA ENSUCIADO]

Vamos a ver: ¿es que no veis que de cada especie de los demás animales los que viven más felizmente son los que están más lejos de las ciencias y no les guía más magisterio que el de la naturaleza? ¿Hay algo más dichoso y admirable que las abejas? Y, sin embargo, ni siquiera tienen todos los sentidos corporales. ¿Hay algo parecido que la arquitectura pueda encontrar a la hora de construir edificios? ¿Qué filósofo fundó jamás semejante Estado?¹⁸⁷. En cambio, el caballo, como es afín a los sentimientos humanos y se ha trasladado a convivir con los hombres, participa también de sus calamidades. Como que no es raro que hasta reviente en las carreras por darle vergüenza la derrota y sea herido en las batallas por anhelar la victoria y muerda el polvo a la vez que su jinete. Por no recordar, de paso, el bocado con puntas, las espuelas con espinas, la prisión del establo, los látigos, fustas, bridas, el jinete y, en suma, toda esa tragedia de la servidumbre a la que se entrega espontáneamente, mientras, imitando a hombres valerosos, se emplea con todo ahínco en vengarse del enemigo. ¡Cuánto más deseable es la vida de las moscas y de las avcillas, que viven al día y sólo según su instinto natural, con tal de que se lo permitan las trampas del hombre! Si alguna vez son encerradas en una jaula y se acostumbran a reproducir el lenguaje humano, es sorprendente lo mucho que pierden de aquel esplendor natural suyo. Hasta tal extremo en todos los aspectos es más radiante lo que ha creado la naturaleza que lo que el arte ha falseado. Por consiguiente, nunca podría alabar yo lo bastante aquel gallo que fue Pitágoras¹⁸⁸, quien, siéndolo todo en uno solo: filósofo, hombre, mujer, rey, particular, pez, caballo, rana —creo que incluso esponja—, dictami-

nó, sin embargo, que no había ningún animal más desventurado que el ser humano, porque todos los demás se contentaban con los términos de su naturaleza y el ser humano era el único que trataba de salirse de los límites de su condición.

[XXXV. LOS ESTÚPIDOS, TONTOS, IDIOTAS Y PAYASOS SON
MUCHO MÁS DICHOSOS QUE LOS SABIOS]

De nuevo, entre los hombres antepone él, por muchas razones, los ignorantes a los doctos y famosos, y el ilustre Grilo aquel no fue poco más sabio que *el astuto Ulises*¹⁸⁹, porque prefirió estar gruñendo en una pocilga a lanzarse de la mano de éste a tantas aciagas aventuras. No me parece que disienta de estas ideas Homero, padre de las naderías¹⁹⁰, quien no sólo llama a menudo a todos los mortales *desgraciados y desventurados*¹⁹¹, sino que también califica con frecuencia a su famoso Ulises, paradigma de sabiduría, de *infeliz*¹⁹² y en ningún pasaje lo hace con Paris, Áyax ni Aquiles¹⁹³. ¿Y por qué motivo va a ser eso sino porque aquel taimado y mañoso no hacía nada sin el consejo de Palas y se pasaba de sabio al alejarse al máximo de las pautas de la naturaleza? Por consiguiente, del mismo modo que entre los mortales los que más lejos están de ser felices son quienes se afanan en ser sabios —y, como era de esperar, por eso mismo son doblemente tontos, porque, aunque hayan nacido hombres, sin embargo, olvidándose de su condición, fingen llevar la vida de los dioses inmortales y, a ejemplo de los gigantes¹⁹⁴, le hacen la guerra a la naturaleza con los inventos de las ciencias— de igual forma los que parecen menos desgraciados son quienes más se acercan al natural necio de las bestias y no proyectan nada que vaya más allá de lo que el ser humano es. Bien, comprobemos si podemos demostrar también esto pero no con los entimemas¹⁹⁵ propios de los estoicos, sino con algún ejemplo vulgar. Y, por los dioses inmortales, ¿hay algo más feliz que ese tipo de hombres, a los que la gente llama payasos, estúpidos, necios y simples, calificativos —al menos en mi opinión— bellísimos? Voy a decir una cosa a primera

vista tal vez tonta y absurda, y, sin embargo, la única absolutamente verdadera. De entrada, carecen del miedo a la muerte, mal no pequeño, por Júpiter. Carecen de remordimiento de conciencia; no los espantan las historias de muertos; no los asustan los fantasmas ni los espíritus; no los atormenta el miedo de los males inminentes ni los desazona la esperanza de los bienes por venir. En suma, no les afligen los miles de cuitas a las que está sujeta la vida; no sienten vergüenza, ni temor, ni ambición, ni ojeriza, ni amor. Por último, si se acercan más aún a la insensatez propia de los animales irracionales, ni siquiera son capaces de pecar, según dicen los teólogos. En este punto me gustaría que me explicaras de una vez, sabio estúpido, cuántas preocupaciones de todo tipo torturan tu ánimo noche y día, y que reunieras en un montón todas las contrariedades de tu vida, y así entenderás por fin de cuántos males he apartado a mis necios del alma. Añádele a esto que ellos no sólo disfrutan, juegan, canturrean y ríen, sino que dondequiera que se dirijan les llevan también a todos los demás el placer, la broma, el juego, y la risa, como si la clemencia de los dioses los hubiera mandado precisamente para alborozar la tristeza de la vida humana. De lo que se desprende que, mientras los afectos de unas personas para con otras son variados, a éstos todos los reconocen como suyos, los buscan, los complacen, acogen, abrazan y ayudan, si les pasa algo, y les consienten decir o hacer lo que sea sin que haya castigo. Y hasta tal punto no hay nadie que desee hacerles daño, que incluso los animales fieros se contienen de lastimarlos, como por un cierto saber instintivo de su inocencia. En efecto, son verdaderamente sacrosantos para los dioses —sobre todo para mí— y por ello todos les rinden este honor mercedamente.

[XXXVI. ÍDEM]

¿Qué me decís del que hagan las delicias incluso de los más altos reyes hasta tal punto que algunos no pueden ni comer, ni andar, ni aguantar ni una triste hora sin su compañía¹⁹⁶? Y no es

pequeña la distancia con que prefieren estos simplones a esos lúgubres sabios suyos, a los que, con todo, algunos suelen mantener por prestigio. El porqué de esta preferencia no creo que sea un misterio ni debe parecer extraño, puesto que los sabios esos no suelen ofrecer a los príncipes nada que no sea triste y, creídos de su saber, no temen arañar a veces sus tiernos oídos con verdades mordaces. Los bufones, en cambio, proporcionan lo único que los príncipes buscan por doquier de todos los modos: bromas, risas, carcajadas y deleites. Ahora oíd también este don nada despreciable de los necios, que consiste en ser los únicos claros y sinceros. ¿Y hay algo que haya sido más elogiado que la verdad? Pues aunque el proverbio de Alcibíades que aparece en Platón les otorga la verdad al vino y a la infancia¹⁹⁷, sin embargo, toda esa alabanza se me debe a mí exclusivamente, según el testimonio de Eurípides, de quien se conserva aquel célebre dicho sobre mí *Pues el necio dice necedades*¹⁹⁸. Tenga lo que tenga el simple en el pecho, también lo refleja en el rostro y lo exterioriza al hablar. Por el contrario, los sabios tienen aquellas famosas dos lenguas, como el mismo Eurípides recuerda: con una dicen la verdad y con la otra lo que consideren conveniente según el momento¹⁹⁹. Es propio de ellos volver blanco lo negro, soplar lo frío y lo caliente por igual con la misma boca, así como guardar una cosa en el pecho y fingir otra cuando hablan. Además, a pesar de tan gran felicidad, sin embargo, los príncipes me parecen desgraciadísimos por no tener a nadie de quien oír la verdad y verse obligados a tener aduladores en vez de amigos. Pero —alguien dirá— los oídos de los príncipes aborrecen la verdad, y por esa misma razón evitan a esos sabios, porque temen que pueda haber alguno más que resuelto, que ose decir más verdades que lindezas. Así están las cosas: la verdad resulta odiosa a los reyes, y, sin embargo, eso mismo les viene de perlas a mis queridos simplones, el que no sólo se escuchan con gusto las verdades, sino incluso insultos manifiestos, hasta el punto de que una misma cosa, que si saliera de la boca de un sabio supondría la pena capital, dicha por un bufón, engendra un increíble placer. En efecto, la verdad tiene un cierto poder

natural de agradar, con tal de que no conlleve nada que pueda ofender. Pero, desde luego, eso los dioses sólo se lo han concedido a los necios. Más o menos es por este mismo motivo por el que las mujeres suelen divertirse encarecidamente con este tipo de hombres, en tanto en cuanto por naturaleza son más propensas al placer y a las frivolidades. Por consiguiente, cualquier cosa semejante que hicieran, aunque a veces sea sumamente seria, ellas, no obstante, la interpretan como broma y juego. ¡Cómo es de hábil este sexo, sobre todo para encubrir sus fechorías!

[XXXVII. IDEM]

Así que, volviendo a la felicidad de los simples, tras haber pasado la vida con gran alegría, sin ningún temor ni percepción de muerte se van derechos a los Campos Elíseos²⁰⁰, para también allí deleitar con sus donaires a las almas piadosas y ociosas. Pasemos ahora a comparar a cualquiera por sabio que sea con la suerte de este idiota. Imagina que le pones enfrente a un modelo de sabiduría, a un hombre que haya gastado toda su infancia y adolescencia en el aprendizaje cabal de las ciencias y haya perdido la parte más dulce de la vida en continuos insomnios, preocupaciones y sudores, y que ni siquiera en todo lo que le restaba de vida haya probado ni un poquitín de placer, siempre frugal, pobre, triste, sombrío, injusto y duro consigo mismo, severo y odioso para los otros, consumido por la palidez, la delgadez, la enfermedad, las legañas, por una vejez y unas canas adquiridas mucho antes de tiempo, que antes de tiempo se va de la vida. Aunque, ¿qué importa cuándo ha de morir semejante tipo que nunca ha vivido? Ahí tenéis el excelso retrato de un sabio.

[XXXVIII. LA LOCURA ES ALGO DESEABLE]

Pero hete aquí que de nuevo me salen al paso con su croar *las ranas de la Estoa*²⁰¹. «No hay nada —dicen— más desgraciado que

la locura. Pero una estupidez manifiesta o está rayando con la locura o, mejor dicho, es la locura misma. Porque, ¿qué es estar loco sino tener la mente extraviada?» Pero son ellos los que andan totalmente extraviados. Venga, desvanecemos también este silogismo, con ayuda de las musas. Si duda razonan sutilmente, pero igual que Sócrates, según aparece en Platón, imparte sus enseñanzas sacando de una sola Venus partida, dos, y de un solo Cupido dividido, otros dos²⁰², de la misma manera convenía que también esos dialécticos distinguiesen una locura de la otra, si es que querían pasar ellos mismos por cuerdos. Pues tampoco toda locura es perjudicial. De lo contrario, no habría dicho Horacio: «¿acaso está jugando conmigo una amable locura?»²⁰³, ni Platón habría colocado el arrebató de poetas, vates y amantes entre las principales delicias de la vida²⁰⁴, ni aquella sacerdotisa hubiese calificado de loca la empresa de Eneas²⁰⁵. Pero hay dos clases de locura: una que es la que las furias vengadoras mandan desde los infiernos, siempre que, lanzando unas serpientes, meten en los pechos de los mortales el ardor de la guerra o una insaciable sed de oro, o un amor indecente y abominable, o el parricidio, el incesto, el sacrilegio o alguna otra calamidad de este tipo, o bien cuando con furias y refulgentes espectros persiguen un espíritu culpable y reconcomido. Muy diferente a ésta es la otra clase, que, evidentemente, brota de mí y es la que más deseo merece por encima de todo. Acontece siempre que un cierto alegre extravío mental, a la vez que libera el espíritu de cuitas angustiosas, lo deja empapado de múltiples placeres. Pues bien, este extravío mental es el que, como un gran regalo de los dioses, desea Cicerón en sus cartas a Ático, es evidente que para poder verse libre de la conciencia de tan grandes desastres. Tampoco andaba desencaminado aquel ciudadano de Argos, que estaba tan sumamente loco que se pasaba los días enteros él solo sentado en el teatro, riéndose, aplaudiendo, divirtiéndose, porque creía que allí se estaban representando asombrosas tragedias, cuando no se representaba nada en absoluto, aunque en los demás quehaceres de la vida se comportaba perfectamente «agradable para los amigos, complaciente con

su mujer, capaz de perdonar a los esclavos y de no enloquecer porque se le haya descorchado una botella». Cuando el esfuerzo de sus parientes le había aliviado con medicamentos su enfermedad y ya había vuelto del todo a sus cabales, se quejó a sus amigos hablándoles de esta manera: «Por Pólux que me habéis matado, amigos, y no salvado, al arrancarme así el placer y quitarme por la fuerza un gratísimo trastorno»²⁰⁶. Y con toda razón. En efecto, eran ellos quienes desvariaban y más necesitaban del eléboro²⁰⁷, por creer que había que echar con pócimas, como si de una enfermedad se tratase, una locura tan feliz y divertida. Sin embargo, desde luego aún no he afirmado que cualquier trastorno de los sentidos o de la mente deba calificarse de locura, pues tampoco parecerán inmediatamente locos si a uno que tiene legañas una mula le parece un burro o si otro admira un poema tosco como si fuese magistral. Pero si alguien yerra no sólo en sus sentidos sino también en sus juicios fuera de lo común y de una forma constante, a ése sí que se le considerará próximo a la locura, igual que si alguien que escuchase rebuznar a un asno, creyese estar oyendo una maravillosa orquesta o si un pobretón, de la más baja extracción, se creyese el rey Creso de Lidia²⁰⁸. Pero esta clase de locura sí, como casi siempre sucede, tiende al placer, no reporta poco gusto tanto a quienes están en sus manos como a quienes le prestan atención y que, sin embargo, no están locos de la misma forma. Porque esta clase de locura está mucho más extendida de lo que el común de la gente llega a entender. Y es que, por su parte, un loco se ríe de otro loco y se proporcionan a turnos un placer recíproco. Y no será raro que veáis que el que más loco está se ría con más fuerza del que lo está menos.

[XXXIX. SEMEJANTE LOCURA ES LA QUE DOMINA A MARIDOS,
CAZADORES, ARQUITECTOS Y JUGADORES]

Pero, a juicio de la Estupidez, cuanto más insensato, tanto más feliz es cada uno, con tal de que aguante en esta clase de

locura que me caracteriza y que está tan extendida que no sé si de todo el conjunto de los mortales se podría encontrar a alguien que esté en su juicio a todas horas y no esté en poder de algún tipo de demencia. Por otro lado, la única diferencia estriba en que a quien, cuando ve una calabaza, cree estar viendo a su mujer, le cuelgan el título de loco, porque a muy pocos les resulta usual, y, en cambio, cuando uno jura que su mujer —que comparte con muchos— vale más que Penélope²⁰⁹ y se felicita de modo mayúsculo, feliz en su engaño, a éste nadie le llama loco, porque ven que eso les sucede a los maridos en todas partes.

A esta categoría pertenecen también esos que lo desprecian todo ante la caza mayor y van diciendo que obtienen un placer espiritual increíble siempre que oyen ese sonido desagradable del cuerno y el ladrido de los perros. Creo que incluso cuando huelen los excrementos de los perros, les parece que se trata de cinamomo²¹⁰. Además, ¡qué delicia cuando hay que descuartizar una fiera! A la plebe se le deja despedazar toros y carneros, pero a un animal salvaje sólo le está permitido desmembrarlo a alguien linajudo. Éste, con la cabeza descubierta y de hinojos, va cortando escrupulosamente con gestos medidos los miembros justos y en el orden exacto. Mientras, la muchedumbre, que guarda silencio formando un corro, se pasma como ante algo insólito, aunque haya visto este espectáculo más de mil veces. Además, quien haya tenido la suerte de probar un poco de la bestia encuentra que no es poca nobleza la que se le pega. Y así, aunque éstos con su continuo perseguir y comer fieras no consigan más que degenerar hasta ser ellos mismos poco menos que fieras, sin embargo, entretanto piensan que se están dando una vida de reyes.

Muy parecido a éstos es el tipo de personas que arden en insaciables deseos de edificar y unas veces cambian lo redondo por lo cuadrado y otras lo cuadrado por lo redondo. Y no existe para ellos ningún límite ni medida, hasta que, reducidos a una indigencia crítica, no les queda ni dónde vivir ni qué comer. ¿Y qué más da? Entretanto han pasado algunos años con sumo placer. Muy cerca de ellos me parece que están los que mediante artes

extrañas y secretas se esfuerzan en cambiar las formas de las cosas y van por tierra y mar a la caza de cierta quintaesencia. Hasta tal punto les amamanta su dulce esperanza que nunca sienten pereza ni de las fatigas ni de los gastos y con admirable ingenio siempre inventan algo con lo que poder engañarse de nuevo y crear una simulación que les resulte grata, hasta que, después de haberlo gastado todo, ya no hay nada que echar al hornillo. Pero no dejan de soñar dulces sueños, mientras animan a los demás a esa misma felicidad en la medida de sus posibilidades. Y cuando ya se ven abandonados por completo de toda esperanza, les queda, sin embargo, una máxima que supone muy gran consuelo: «En las cosas importantes, el haberlas querido ya es bastante»²¹¹. Y entonces le echan la culpa a la brevedad de la vida por no ser suficiente para tan gran empresa. Igualmente, tengo mis dudas sobre si hay que admitir a los jugadores de dados en nuestra cofradía. Sin embargo, es un espectáculo absolutamente estúpido y ridículo cuando vemos a algunos tan enganchados que en cuanto oyen el ruido de los dados, al punto les salta y se les sale el corazón. Después, cuando la continua esperanza de ganar les hace echar a pique todas sus posesiones, estrellando su nave contra el escollo del juego, bastante más temible que el cabo Malea²¹², y apenas han salido a flote desnudos, engañan a quien sea mejor que a su vencedor, naturalmente para que no les tengan por hombres poco serios. ¿Y qué decir cuando ya viejos y medio ciegos, se dedican a jugar con anteojos y, por último, cuando la merecida gota ya les ha entumecido los nudillos, contratan a sueldo a un representante que eche los dados en el cubilete en su lugar? Una delicia, sin duda, de no ser que este juego, por lo general, suele acabar en frenesí y entonces pasa a ser asunto de las furias, no mío.

[XL. LOS SUPERSTICIOSOS]

Sin duda alguna pertenece por entero a nuestro gremio el otro tipo de hombres que se complace en escuchar y contar

falsos milagros y prodigios, y nunca tiene bastante de semejantes patrañas, cuando salen a colación cosas extraordinarias sobre fantasmas, duendes, espectros, seres infernales y otros mil portentos de este jaez, que, cuanto más lejos están de la verdad con tanto mayor placer son escuchados y cosquillean los oídos con una pica-zón más agradable. Y esto no sólo les viene de perlas para aliviar el tedio de las horas, sino que también toca a su lucro, especialmente el de sacerdotes y predicadores. De nuevo, junto a ellos están quienes tienen la sin duda estúpida pero agradable convicción de que si llegan a ver alguna talla o pintura de san Cristóbal cual Polifemo²¹³, ya no se van a morir ese día, o que quien salude a una imagen de santa Bárbara con las palabras establecidas, va a regresar ileso del combate, o que si alguien visita a san Erasmo unos días concretos, con unas velitas y unas jaculatorias concretas, se hará rico en poco tiempo. Por otro lado, han encontrado en san Jorge a otro Hércules, igual que se han inventado otro san Hipólito. Al caballo de éste, escrupulosamente adornado con jaeces y botones, no lo llegan a adorar por los pelos y a menudo se ganan su favor con alguna ofrendilla inesperada; y se tiene por digno de reyes jurar por su casco de bronce. ¿Y qué decir de esos que se miman con toda dulzura con imaginarios perdones de sus pecados y miden como con clepsidra²¹⁴ los tiempos del Purgatorio, contando los siglos, años, meses, días y horas, como con una tabla matemática, sin ningún margen de error? O de los que confiados en algunos signos y conjuros mágicos, que algún pío farsante inventó por el bien de su alma o para su propio lucro, no dejan de prometerse todo: riquezas, honores, placeres, empachos, una salud eternamente boyante, una vida larga, una vejez vigorosa y, por fin, un asiento junto a Cristo entre los santos, que no querrían, sin embargo, que les tocasse sino lo más tarde posible, o sea, cuando, aunque sea contra su voluntad y se agarren a ellos con los dientes, los placeres de esta vida les hayan abandonado y pasen a sustituirlos los go-ces celestiales. Supón, por ejemplo, un negociante, un soldado o un juez que, con gastar tan sólo una monedita de entre todas

sus rapiñas, cree que ha purificado de una sola vez toda la hidra de Lerna²¹⁵ que es su vida y considera que quedan perdonados como por un contrato tantos perjurios, tantas pasiones, tantas borracheras, tantas peleas, asesinatos, estafas, perfidias y traiciones, y perdonados de forma que ya le está permitido volver de nuevo a una ronda más de crímenes. Pero ¿hay algo más necio —antes bien más feliz— que quienes recitando todos los días los famosos siete versículos de los sagrados Salmos, se prometen más que la suprema felicidad? Y se cree que estos versículos mágicos se los mostró a san Bernardo un demonio, sin duda bromista, pero más frívolo que astuto, como que el pobre se vio pillado en su propia trampa²¹⁶. Y estas cosas tan estúpidas que hasta yo misma siento casi vergüenza, no obstante reciben la aprobación, y no sólo por parte del pueblo, sino incluso por los que profesan la religión. ¿Y qué? ¿Acaso no tiene que ver más o menos con eso mismo el que cada región reivindique a algún santo particular suyo, y que a cada uno de ellos le pertenezca una cosa específica y les tributen alguna ceremonia especial, de suerte que éste auxilia en el dolor de muelas, aquél asiste propicio a las parturientas, otro devuelve las cosas robadas, este otro resplandece favorable en los naufragios, el de más allá cuida del rebaño, y así sucesivamente, pues hacer la lista completa de todos sería larguísimo? Los hay que, uno a uno, tienen virtudes para más cosas, sobre todo la Virgen Madre de Dios, a quien el común de la gente atribuye casi más poderes que a su Hijo.

[XLI. ÍDEM]

Pero a estos santos, ¿qué es lo que les piden los hombres sino lo que toca a la Estupidez? Vamos a ver, entre tantos exvotos que veis llenar todas las paredes de algunos templos e incluso cubrir la bóveda, ¿habéis visto jamás el de uno que haya escapado a la necedad o de uno que se haya vuelto siquiera un pelo más sabio? Uno salió ileso a nado; otro, aun traspasado por el enemigo,

vivió; otro escapó de la batalla con más fortuna que valor, mientras los demás luchaban; otro, subido ya a la cruz, con el favor de algún santo amigo de los ladrones bajó de ella para seguir «aligerando» la carga de los que se han enriquecido de mala manera; el de más allá logró huir tras romper sus grilletes; otro se recuperó de la fiebre ante la indignación del médico; para otro el beber un veneno, tras soltársele el vientre, le supuso más remedio que muerte y ello con no poco descontento de su mujer, que perdió el esfuerzo y el dinero; otro, a pesar de habérsele volcado el carro, llevó los caballos ilesos a casa; uno más consiguió vivir tras derrumbársele encima un edificio; otro escapó de un marido que le había pillado: ninguno da las gracias por haberse librado de la estupidez. Tan placentera cosa es no tener ninguna sensatez que los mortales suplican verse libres de todo antes que de la Necedad. Pero ¿a qué me meto yo en este piélago de supercherías?

Aunque tuviese yo cien lenguas y cien bocas,
y una voz de hierro, no podría explicar todos los tipos de necios,
ni exponer todos los nombres de la estupidez²¹⁷.

Hasta tal extremo la vida entera de todos los cristianos reboza por todas partes de este tipo de delirios, que, no obstante, los sacerdotes los admiten y fomentan de buena gana, sabiendo cuánto suele incrementar esto sus ganguillas. Si en medio de estos asuntos surgiese algún sabio odioso y dijese por lo bajo, como es cierto, «no morirás mal, si has vivido bien; redimirás tus pecados si a la limosna le añades el odio a las malas acciones así como lágrimas, desvelos, súplicas, ayunos y cambias por completo tu estilo de vida: tal santo será tu protector, si emulas su vida», si el sabio ese —decía yo— refunfuñara estas y otras cosas por el estilo, mira de qué inmensa felicidad a qué confusión habría hecho volver de golpe las almas de los mortales. A esta cofradía pertenecen los que establecen en vida las honras fúnebres que desean en su velatorio tan celosamente que incluso

disponen con pelos y señales cuántos hachones, cuántas túnicas negras, cuántos cantores y cuántas plañideras quieren que haya, como si fuera posible que les llegase alguna percepción de este espectáculo o que los muertos sintiesen vergüenza si su cadáver no es pomposamente enterrado, con idéntico afán con que, elegidos como ediles, se afanarían en organizar unos juegos públicos o un banquete.

[XLII. LOS LOCOS QUE SE HALACAN CON TÍTULOS NOBILIARIOS]

Aunque lo cierto es que tengo prisa, sin embargo, no puedo pasar en silencio a esos que, aunque no se diferencien en nada del más humilde remendón, asombra ver cómo se alaban con algún vano título nobiliario. Uno remonta su linaje a Eneas, otro a Bruto, el de más allá a Arturo²¹⁸. Van mostrando por todas partes retratos esculpidos y pintados de sus antepasados, enumeran los bisabuelos y tatarabuelos y rememoran sus apellidos, aun sin diferenciarse ellos mucho de una estatua muda y estando casi peor que los propios retratos de que alardean. Y, sin embargo, con este amor propio tan dulce pasan una vida completamente dichosa. Tampoco faltan otros igual de necios que admiran a esta clase de bestias igual que a dioses.

Pero ¿qué hago yo hablando de uno u otro tipo? Como si este amor propio no hiciera en todas partes felicísimos a muchos, por ejemplo, cuando éste, aunque más feo que un mono, se ve ni más ni menos que como un Nireo; otro, tan pronto como ha trazado tres líneas con el compás, ya se considera un Euclides²¹⁹; este otro, que es un *asno tocando la lira*²²⁰ y «tiene peor voz que el marido de la gallina cuando la picotea», sin embargo, se cree otro Hermógenes²²¹.

Pero hay una clase de locura, con mucho la más placentera, que hace a algunos gloriarse de cualquier don que tenga uno de sus conocidos igual que si fuese suyo propio. Como era aquel rico

doblemente dichoso que aparece en Séneca²²², que, cuando se disponía a contar alguna historieta, tenía a mano unos criados para apuntarle las palabras, dispuesto a no vacilar en bajar incluso a un combate de boxeo, un hombre, por lo demás, tan flojo que apenas vivía con la confianza puesta en los muchos esclavos notablemente robustos que tenía en casa. ¿Y para qué sacar a colación a los que cultivan las artes, cuando el amor propio es tan característico de todos ellos que antes se encontraría al que renunciase a la finquita del padre que a su ingenio? Pero es característico, sobre todo, de los actores, cantantes, oradores y poetas, entre quienes cuanto más ignorante es uno, tanto más arrogantemente se gusta, tanto más se jacta y engríe. Y encuentran la horma de su zapato. Más aún: cuanto más tonto es algo, más admiradores se gana, igual que las peores cosas siempre agradan a la mayoría, porque —como hemos dicho— la mayor parte de los seres humanos está dominada por la Estupidez. Como consecuencia, si quien es más torpe se encuentra a sí mismo mucho más agradable y es admirado por más personas, ¿por qué habría de preferir éste la verdadera sabiduría, que en primer lugar va a costarle mucho, luego le va a volver más pedante y retraído, y por último va a gustar a mucha menos gente?

[XLIII. LA EGOLATRÍA ES INHERENTE A LOS INDIVIDUOS,
A LOS PUEBLOS Y CASI A LAS CIUDADES]

Por otro lado, veo que la naturaleza, igual que ha hecho con cada uno de los mortales, ha dotado a cada nación y casi a cada ciudad de una cierta egolatría colectiva y de aquí viene que los británicos reclamen para sí como peculiaridad suya, además de otras cosas, la belleza, la música y la buena mesa; los escoceses se jactan de su nobleza y de su entronque con reyes así como de sutilezas dialécticas²²³; los franceses se atribuyen las buenas maneras; los parisinos se arrojan como algo propio la gloria de la ciencia teológica con el rechazo de casi todas las demás; los ita-

lianos se reservan las bellas letras y la elocuencia; y todos se lisonjean a gusto con la excusa de ser los únicos mortales que no son bárbaros. Y en este género de felicidad ciertamente son los romanos los que ocupan el primer lugar y siguen soñando a placer con la antigua Roma; los venecianos son felices con la fama de su nobleza; los griegos, como creadores de las ciencias que son, se enorgullecen de la vieja nombradía de sus alabados héroes; los turcos y toda esa maraña de auténticos bárbaros llegan a adjudicarse la gloria de la religión, mientras se ríen de los cristianos igual que de unos supersticiosos. Pero aún con mucha mayor complacencia esperan todavía con perseverancia los judíos a su Mesías y a su Moisés y aún hoy se agarran con los dientes a ellos; los españoles no ceden a nadie la gloria militar; y los alemanes se envanecen de su prestancia física y de sus conocimientos mágicos.

[XLIV. VENTAJAS DEL AMOR PROPIO Y DE SU HERMANA LA ADULACIÓN]

Y, por no seguir exponiendo cada caso particular, ya veis —creo yo— cuánto placer proporciona por doquier a todos y cada uno de los mortales la Egotetría, que es casi igual que su hermana la Adulación. En efecto, la Egotetría no consiste sino en que alguien se halague a sí mismo: si eso mismo se lo hicieras a otro, sería *adulación*²²⁴. Pero hoy día la lisonja es una cosa infame, aunque entre los que se fijan más en las palabras que designan las cosas que en las cosas en sí. Creen ellos que la lealtad se lleva mal con la adulación. Que esto es de otro modo muy distinto se lo podría hacer ver el ejemplo de los animales. Porque, ¿qué hay más zalamero que un perro? Y, en cambio, ¿hay algo más leal? ¿Qué hay más cariñoso que una ardilla? ¿Y quién es más amigo del hombre que ella? A no ser que pueda parecer que los fieros leones, los crueles tigres y los irascibles leopardos se aproximan más a la vida de los seres humanos. Sin embargo, hay una cierta

adulación, absolutamente perniciosa, que algunos malvados y burlones emplean para llevar a la ruina a los desventurados. Esta mía, en cambio, procede de un talante bondadoso y cándido y está mucho más cerca de la virtud que la que se le opone, la aspereza y el mal humor, como dice Horacio, descortés y molesto²²⁵. Es ella la que levanta los ánimos especialmente abatidos, la que consuela a los tristes, estimula a los débiles, despabila a los emboados, alivia a los enfermos, amansa a los iracundos, concilia y mantiene conciliados los afectos. La que atrae a los niños para que emprendan el estudio de las letras, la que alegra a los viejos, amonesta y orienta a los príncipes bajo la apariencia del elogio sin llegar a ofender. En resumen, logra que cada cual se guste y se quiera más a sí mismo, que ciertamente es el elemento principal de la felicidad. ¿Hay algo más cortés que el mutuo rascarse de dos mulas? Por no decir, de paso, que es una parte grande de la tan celebrada elocuencia, mayor en la medicina y máxima en la poesía, y, en fin, que es miel y sazón de toda convivencia humana.

[XLV. LA FELICIDAD DEPENDE DE LA OPINIÓN DE LA GENTE]

«Pero es que equivocarse —dicen— es una desgracia.» Pues mucha mayor desgracia es no equivocarse. En efecto, desatinan en demasía quienes piensan que la felicidad del hombre radica en las cosas mismas: depende del punto de vista que se tenga. Porque es tan grande la oscuridad y la variedad de las cosas humanas que no hay nada que se pueda saber con claridad, como bien dijeron mis acólitos de la Academia²²⁶, los menos presuntuosos entre los filósofos. O si hay algo que puede llegar a saberse, no es raro que también suponga un impedimento para una vida alegre. En definitiva, el espíritu humano está moldeado de tal manera que las apariencias lo engatusan mucho más que las verdades. Si alguien busca una prueba manifiesta y evidente de tal cosa, que asista a un sermón en un templo, en donde si lo que

se cuenta es algo serio, todos dormitan, bostezan y se asquean; en cambio, si el vociferador —me he colado, quería decir el predicador— como suelen hacer, da comienzo a un cuento de viejas, todos se despabilan, se yerguen y escuchan boquiabiertos. Del mismo modo, si hay algún santo especialmente legendario y literario —imagínese, por ejemplo, a un san Jorge, san Cristóbal o santa Bárbara— veréis que se le venera con mucha mayor devoción que a san Pedro, san Pablo o incluso al mismísimo Cristo. Pero no es éste lugar para estas cosas. Además, ¡cuánto menos cuesta acceder a esta felicidad, cuando a veces se precisa un gran esfuerzo para hacerse con las cosas en sí, aunque sean absolutamente triviales como la gramática! En cambio, es facilísimo formarse una opinión que, sin embargo, conduce por igual, o más aún, a la felicidad. Veamos: si alguien se alimenta de salazones podridas, de las que otro no podría aguantar ni siquiera el olor, y en cambio a él le saben a ambrosía, pregunto yo, ¿en qué afecta eso a su felicidad? Por el contrario, si el esturión a uno le produce náuseas, ¿qué aportará al bienestar de su vida? Si alguien tiene una mujer manifestamente fea, que, sin embargo, a su marido le parece que podría rivalizar hasta con la misma Venus, ¿acaso no será lo mismo que si fuese realmente hermosa? Si alguien admira y se pasma ante una tabla pintarrajeada de minio y amarillo, convencido de que se trata de una pintura de Apeles o Zeuxis²²⁷, ¿no será acaso más feliz incluso que quien haya comprado una obra de estos artistas a un gran precio y que tal vez sienta menos placer con su contemplación? Sé yo de un tocayo mío que le regaló a su novia recién casada algunas gemas falsas, convenciéndola, como bromista locuaz que era, de que no sólo eran verdaderas y auténticas, sino que incluso tenían un valor único e incalculable. Pregunto yo, ¿qué le importaba a la joven, si con esos cristales alimentaba ojos y espíritu con el mismo placer y se guardaba para sus adentros la broma como si fuese un extraordinario tesoro? El marido, a un mismo tiempo, evitaba el gasto y se divertía con el engaño de su mujer y, no obstante, no la tenía menos asegurada que si le hubiese hecho

regalos muy caros. ¿Acaso creéis que hay alguna diferencia entre quienes en la famosa caverna de Platón se admiran de las sombras y apariencias de cosas diversas, sin echar nada en falta ni estar menos satisfechos, y el sabio ese que, tras salir de la caverna, contempla las cosas reales?²²⁸ Porque si el tal Micilo lucianesco hubiese podido soñar eternamente su famoso sueño dorado de ser rico, no tenía motivo alguno para desear otra felicidad²²⁹. Por tanto, o no hay ninguna diferencia o, si la hay, todavía sale ganando la condición de los imbéciles. En primer lugar, porque su felicidad les cuesta muy poco, a saber, tan sólo un pequeño convencimiento, y luego porque gozan de ella en común con la mayoría de la gente.

[XLVI. PARA TODOS LOS MORTALES ESTÁN DISPUESTOS
LOS BENEFICIOS DE LA ESTUPIDEZ]

Por otra parte, no hay ninguna cosa buena que se pueda poseer sin compartirla. Porque, ¿quién ignora lo grande que es la escasez de sabios, si es que puede encontrarse alguno? Sin embargo, después de tantos siglos, los griegos llegan a contar siete en total, y por Hércules que, si uno los examina con más esmero, que me muera si puede encontrar medio sabio o incluso un tercio de sabio. En consecuencia, contándose entre los muchos méritos de Baco la cualidad principal que tiene de quitar las cuitas del espíritu sólo durante un breve rato, porque tan pronto como has dormido el vinillo, vuelven corriendo —como suele decirse— en blancas cuadrigas las penas del alma²³⁰, ¿cuánto más generoso y duradero es el favor que otorgo yo, que con algo así como una borrachera constante colmo el alma de placeres, alegrías y éxtasis sin ningún problema? Y no permito que ningún mortal en absoluto quede privado de mi generosidad, cuando las gracias de los demás dioses llegan a unos u otros según el caso. No nace en cualquier sitio el vino maduro y suave, capaz de ahuyentar las penas y fecundo en esperanzas. A pocos

les ha tocado en suerte la gracia de la belleza, que es regalo de Venus, y a menos la elocuencia, don de Mercurio. No son tantos los que lograron riquezas con la ayuda de Hércules. El mando no se lo concede a cualquiera el Júpiter de Homero. Con gran frecuencia Marte no favorece a ninguna de las dos tropas enfrentadas. Son muchísimos los que se retiran cabizbajos del trípode de Apolo²³¹. A menudo lanza sus rayos el hijo de Saturno²³². De vez en cuando Febo lanza la peste en sus dardos. Neptuno aniquila a más personas de las que salva²³³. Por no recordar, de paso, los Véjoves esos²³⁴, los Plutones, las Ates, Castigos, Fiebres y similares, que no son dioses sino matarifes. Yo soy la famosa Estupidez, la única que con tan solícita generosidad acoyo a todos por igual.

[XLVII. BENEVOLENCIA DE LA ESTUPIDEZ]

Ni me quedo aguardando promesas ni monto en cólera exigiendo una expiación, en caso de que se haya pasado por alto algún detalle en mis ceremonias, ni revuelvo Roma con Santiago si alguien invita a los demás dioses y a mí me deja en casa y no me permite participar en el olor que desprenden las víctimas²³⁵. Porque el mal genio de los demás dioses es tan grande que casi vale más y es más seguro no prestarles atención que rendirles culto, del mismo modo que también hay algunas personas tan bruscas y propensas a hacer daño, que sería preferible tenerlos como unos completos desconocidos que como allegados. Pero se dirá que nadie le ofrece sacrificios a la Estupidez ni le levanta un templo. Y por cierto que, como he dicho, me asombra un poco esta ingratitud, pero con la afabilidad que me caracteriza esto también lo considero un bien, aunque, por otra parte, ni estas cosas siquiera puedo echar de menos. ¿Qué razón hay para que yo exija un poquitín de incienso, una torta, un cabrito o un cerdo, cuando todos los mortales en todas las naciones me rinden el culto que incluso los teólogos más suelen aprobar? A no ser que tal vez le deba

tener envidia a Diana por la sangre humana que se le ofrece en sacrificio. Yo considero que se me rinde culto con el mayor fervor cuando por todas partes —como hacen todos— me llevan en el corazón, me revelan en su comportamiento y me imitan en la vida; culto divino, por cierto, no muy frecuente ni aun entre los cristianos. ¡Cuántos de éstos le ponen a la Virgen Madre de Dios una velita incluso a mediodía, cuando no hace ninguna falta!²³⁶ Y, en cambio, ¡qué pocos son los que se esfuerzan en emularla en castidad, humildad y amor por las cosas del cielo! Ése sí que es un culto de verdad y, con mucho, el más grato a los del cielo. Además, ¿por qué voy a echar yo de menos un templo, cuando todo este mundo es para mí, si no me equivoco, el templo más bello? Y no me faltan devotos, más que donde faltan seres humanos. Ni tampoco soy tan sumamente estúpida como para exigir retratos hechos en piedra y pintados de colorines, que a veces perjudican mi culto, cuando esos tontos y lerdos adoran las representaciones de los dioses como si de los propios dioses se tratara. Alguna vez me ha sucedido lo que suele ocurrirles a quienes se ven suplantados por sus sustitutos en el cargo. Pienso que hay tantas estatuas erigidas en mi honor como mortales existen, que llevan en su cara mi viva imagen, aunque no quieran. De manera que no tengo nada que envidiarles a los demás dioses, porque cada uno de ellos sea venerado en uno u otro rincón del mundo unos días estipulados, como Febo en Rodas, Venus en Chipre, Juno en Argos, Minerva en Atenas, Júpiter en el Olimpo, Neptuno en Tarento, y Príapo en Lámpsaco, con tal de que a mí todo el mundo en su conjunto me ofrezca constantemente sacrificios mucho más valiosos.

[XLVIII. DIVERSAS CLASES Y FORMAS DE ESTUPIDEZ]

Y si a alguien le parece que esto lo digo más como una fanfarronada que ateniéndome a la verdad, pasemos a examinar un poco las vidas mismas de los hombres, para que quede patente no

sólo cuánto me deben sino cuánto me aprecian los más importantes y los más ínfimos por igual. Pero no vamos a repasar la vida de cualquiera, porque eso llevaría mucho tiempo, sino tan sólo la de algunos personajes señalados, a partir de los cuales resultará fácil juzgar a los demás. Porque, ¿a qué viene hacer mención del vulgo y de la plebecilla, que me pertenece a mí por completo sin discusiones? Rebosa por todos lados de tantas formas de estupidez y son tantas las nuevas que inventa día a día, que no bastarían ni mil Demócritos para semejantes risotadas, y, sin embargo, esos mismos Demócritos, por su parte, precisarían de otro Demócrito. Más aún, sería increíble decir los momentos de diversión y placer que estos hombrecillos proporcionan a diario a los dioses. Porque éstos, por supuesto, pasan las horas sobrias y mañaneras en asambleas moviditas y escuchando las súplicas. Pero cuando ya están calados de néctar y no les apetece gestionar nada serio, entonces se sientan juntos en la parte más elevada del cielo y, mirando hacia abajo, contemplan lo que los hombres se dedican a hacer. Y no existe otro espectáculo más dulce para ellos. ¡Dios santo!²³⁷. ¡Qué teatro ese! ¡Qué variedad en el conjunto de los necios! Porque yo misma tengo por costumbre sentarme a veces entre las filas de los dioses de los poetas.

Este se muere por una mujerzuela, y cuanto menos es correspondido en su amor, tanto más apasionado es su amor. Aquél se casa con una dote, no con una esposa. El otro prostituye a su misma mujer. El de más allá, celoso, vigila como un Argos²³⁸. Este otro, enlutado, ¡hay que ver qué cosas más tontas dice y hace, que incluso ha contratado a unos como actores para que representen la pantomima del duelo! Aquél de allí llora ante la tumba de su madrastra. Éste de aquí les regala a las tripas todo lo que consigue arañar de cualquier sitio, para, poco después, pasarlas canutas de hambre. Éste no cree que haya nada más feliz que el sueño y la holganza. Los hay que la arman para ocuparse con todo cuidado de las tareas ajenas y descuidan las suyas. Hay uno que se cree rico gracias a los préstamos y al dinero de otros, para arruinarse inmediatamente después. Otro no cree

que haya nada más dichoso que, viviendo como un pobre, hacer rico a su heredero. Este otro, por un provechito insignificante y, además, inseguro, revolotea por todos los mares confiando a las olas y los vientos una vida que ningún dinero puede reponer. Aquél prefiere buscar riquezas en la guerra a descansar apaciblemente en casa. Los hay que piensan que la forma más cómoda para llegar a enriquecerse es engatusando a viejos sin familia, y no faltan quienes prefieren conseguir lo mismo cortejando viejecitas ricas. Y ambos tipos cuando dan a los dioses que los contemplan un placer extraordinario es cuando se ven burlados hábilmente por los mismos a los que intentan encandilar. La clase más estúpida y mezquina de todas es la de los negociantes, por ser los que tratan el asunto más sórdido de todos y, además, del modo más miserable: aunque vayan por ahí mintiendo, perjurando, robando, defraudando y engañando, sin embargo, se las dan de cabezas de todo el mundo por el hecho de llevar los dedos cubiertos de oro. Y no faltan frailecillos adúladores capaces de admirarlos y llamarlos en público «venerables», evidentemente para ver si les toca a ellos alguna tajada de lo que los otros han adquirido de mala forma. En otras partes puedes ver a ciertos pitagóricos que creen que todo es de todos hasta el extremo de apropiarse con toda tranquilidad de cualquier cosa que hayan encontrado en algún sitio mal guardada, como si les hubiese tocado en herencia. Hay quienes son ricos sólo de deseo y se forjan unos sueños agradables con los que creen que les basta para ser felices. Algunos disfrutan haciéndose pasar por adinerados fuera de casa, y dentro de ella pasan hambre deliberadamente. Éste se apresura a derrochar todo lo que tiene, aquél acapara por las buenas o por las malas. Este candidato va buscando los aplausos del pueblo, el otro se recrea junto al hogar. Una buena parte promueve pleitos de nunca acabar, y luchan a porfía en todas partes para terminar enriqueciendo a un juez aficionado a dilatar las causas y a un abogado desleal. Éste de aquí se afana en la revolución, el de más allá trama algo grande. Hay quien es capaz de peregrinar a Jerusalén, Roma o Santiago, donde no tiene

nada que hacer, dejando abandonados en casa a sus hijos junto a su esposa.

En suma, si, como antaño Menipo²³⁹, contemplase uno desde la Luna el interminable ir y venir de los mortales, creería estar viendo un enjambre de moscas o mosquitos peleando entre sí, luchando, intrigando, robándose, burlándose unos de otros, travesando, naciendo, enfermando y muriendo. Y cuesta trabajo creer los alborotos y tragedias que provoca un animalito tan insignificante y de vida tan efímera. Porque a veces el caos de una pequeña guerra o de una peste se lleva por delante y hace desaparecer de una sola vez a muchos miles.

[XLIX. LOS GRAMÁTICOS]

Pero sería muy tonto por mi parte, y sin duda merecería que Demócrito se riese a mandíbula batiente, si pasase a enumerar todas las formas de estupidez y de locura típicas del populacho. Me ceñiré a los que tienen cierta reputación de sabios entre los mortales y alcanzan, como suele decirse, la famosa rama dorada²⁴⁰. Entre ellos ocupan el primer puesto los gramáticos²⁴¹, clase de hombres que sería, sin duda, la más calamitosa, la más afligida y la más odiosa para los dioses, si yo no suavizara las dificultades de su desdichada profesión con cierto tipo placentero de locura. Porque éstos no están expuestos sólo a las *cinco maldiciones*²⁴², esto es, a los cinco insultos, como refiere el epigrama griego, sino a seiscientas, de tal manera que, aunque siempre anden muertos de hambre y cubiertos de andrajos en esas escuelas suyas —he dicho escuelas, mejor cabría decir «pensatorios»²⁴³ o tahonas y cámaras de tortura— y se vuelvan viejos a fuer de trabajar entre hordas de niños, ensordecidos por sus gritos y consumidos por el mal olor y la suciedad, sin embargo, gracias a mí, se creen los primeros entre los mortales.

Tal es el extremo de su petulancia cuando aterrorizan a la espantada muchedumbre con una expresión y una voz amenazan-

tes, cuando hacen trizas a sus desgraciados alumnos con palos, varas y cinturones, y se ensañan con ellos de todas las formas pensables según les venga en gana, imitando al famoso asno de Cumas²⁴⁴. Entretanto, esa suciedad se les antoja pura elegancia, el hedor les huele a mejorana; se creen que su desgraciadísima servidumbre es un trono, hasta el extremo de no querer cambiar su tiranía por la de Fálaris o Dionisio²⁴⁵. Pero son todavía mucho más felices cuando creen haber encontrado alguna doctrina novedosa, porque, aunque no hagan más que inculcar en los niños puras extravagancias, sin embargo, ¡benditos sean los dioses!, ¿hay algún Palemón o algún Donato que no desprecien comparados con ellos?²⁴⁶ Y no sé con qué tipo de trucos consiguen de manera sorprendente que unas madrecitas estúpidas y unos padres atontados les tengan por lo que ellos mismos se hacen pasar. Añádasele, además, este otro tipo de placer: siempre que uno de ellos pilla en algún pergamino apolillado el nombre de la madre de Anquises o una palabra sin importancia que el común de la gente no conoce —como, por ejemplo, «cuidabueyes», «tergiversador» o «levantabolsos»²⁴⁷— o si alguno logra desenterrar en algún lugar un trozo de piedra añeja con una inscripción mutilada, ¡oh Júpiter!, ¡qué saltos, qué victoria, qué alabanzas, igualito que si hubiesen conquistado el África o tomado Babilonia! ¿Y qué decir cuando van por doquier enseñando sus anodinos versitos y no faltan quienes los admiran, y ya están totalmente convencidos de que el alma de Marón²⁴⁸ se les ha colado en el pecho? Pero nada hace tanta gracia como cuando se alaban y admiran los unos a los otros y se rascan entre sí. Pero si algún otro tiene un traspie en una palabreja y éste de aquí, con más vista, tiene la suerte de pillar el tropezón, ¡por Hércules²⁴⁹!, ¡qué tragedias, qué contiendas, qué injurias y denuestos! Y que se vuelvan contra mí todos los gramáticos si falto a la verdad.

Conozco yo a un «sabelotodo»²⁵⁰, helenista, latinista, matemático, filósofo, médico, y *todo esto a lo grande*²⁵¹, ya en los sesenta, que, olvidándose de todo lo demás, lleva más de veinte años torturándose y mortificándose en el estudio de la gramáti-

ca, y cree que sería totalmente feliz si pudiese vivir el tiempo necesario para establecer con seguridad cómo se han de distinguir las ocho partes de la oración, cosa que hasta este momento nadie de entre los que saben griego o latín ha podido solucionar cabalmente. Como si también fuese un caso de guerra el que alguien tome una conjunción por una palabra con el valor de un adverbio. Y, por si fuera poco, como hay tantas gramáticas como gramáticos —mejor dicho, todavía más, pues mi querido amigo Aldo ha editado él solo más de cinco²⁵²—, este del que hablo no deja pasar ni una sola por muy bárbara o difícil que sea sin examinarla de cubierta a cubierta. Y no hay nadie a quien no mire con recelo, si hay algo que está preparando en este campo, por incompetente que sea, temeroso el pobre de que alguien se le adelante y le arrebatase esta gloria, y se malogren las fatigas de tantos años. ¿Cómo preferís llamar a esto, locura o estupidez? Porque lo cierto es que a mí tanto me da, con tal de que reconozcáis que gracias a mí es posible que el animal por otra parte más desgraciado de todos llegue a una dicha tal que no desee trocar su suerte ni por la de los reyes de Persia.

[L. LOS POETAS]

Menos me deben los poetas, aunque voluntariamente pertenecen a mi banda, pues, como reza el dicho, son una raza libre, cuyo único afán no consiste más que en halagar los oídos de los necios y eso con puras boberías y cuentos dignos de risa. Y, sin embargo, con la esperanza puesta en ellos, es increíble cómo se prometen la inmortalidad y una vida semejante a la de los dioses no sólo para sí mismos sino incluso para otros. De este gremio, más que de otros, son íntimas la *Egología* y la *Adulación*²⁵³, y no hay un solo grupo de seres humanos que me venere ni con mayor sinceridad ni con mayor lealtad.

Por otra parte, los retóricos, aunque ciertamente cometen algunas faltas y están conchabados con los filósofos, sin embar-

go, que también ellos son de nuestro bando lo demuestra, entre muchas otras razones, el que, aparte de otras tonterías, han escrito mucho y con gran precisión sobre el arte de bromear. Y hasta el que escribió el *Arte de hablar* dedicado a Herennio, quienquiera que haya sido, incluye a la propia Estupidez entre los tipos de donosuras²⁵⁴; y Quintiliano, que es con mucho el jefe supremo de este grupo, escribió sobre la risa un capítulo más largo aun que la *Illiada*. Tanta importancia le atribuyen a la necesidad que con frecuencia lo que no puede deshacer ningún tipo de argumentación, la risa, sin embargo, lo desbarata. A no ser que haya alguien que no crea característico de la Estupidez el arte de despertar las carcajadas con dichos ridículos.

De este costal son también quienes pretenden alcanzar una fama imperecedera con la publicación de libros. Todos éstos son los que más me deben, sobre todo los que emborronan papeles con puras sandeces, porque quienes escriben sabiamente para ganarse la aprobación de unos pocos doctos, y no rechazan como jueces ni a Persio ni a Lelio²⁵⁵, me parecen más dignos de lástima que felices por estar torturándose sin pausa: añaden, modifican, quitan, vuelven a poner, rehacen, retocan, lo muestran, trabajan hasta nueve años y jamás están satisfechos con lo que han hecho, todo por un premio huero, a saber, un aplauso, y además de unos pocos, a costa de tantas noches en vela, tanta pérdida de sueño, que es lo más dulce de todo, tantas fatigas y tantos sacrificios.

Súmale ahora la pérdida de salud, la belleza que se arruina, el agotamiento de la vista o incluso la ceguera, la pobreza, la envidia de los otros, la privación de placeres, la vejez anticipada, la muerte prematura y otras cosas por el estilo que pueda haber. El sabio ese cree que males tan terribles merecen la pena con tal de recibir el aplauso de uno o dos legañosos. En cambio, cuánto más feliz es el delirio del escritor que me rinde culto, porque sin ningún desvelo y según le viene en gana escribe inmediatamente lo primero que le viene a la pluma, incluso sus sueños, gastando sólo un mínimo de papel y sabiendo bien que, cuanto más

tontas sean las tonterías que ha escrito, tanto más fuertes serán los aplausos de la mayoría, es decir, de todos los tontos e ignorantes. ¿Qué le importa que tres sabios le desprecien si, no obstante, han leído sus obras? ¿Y qué podrá hacer el parecer de tan pocos sabios frente a tan inmenso tropel de voces en su contra?

Pero mucho más sabios aún son quienes publican obras ajenas como propias y con la copia se adjudican la gloria alumbrada a costa de los grandes esfuerzos de otros, confiados, por supuesto, en la creencia que tienen de que, aunque se los acuse a gritos de plagio, no obstante, durante algún tiempo le sacarán partido. Merece la pena ver lo pagados que están de sí mismos cuando el populacho los alaba y los señala con el dedo diciendo *éste es aquel hombre famoso*²⁵⁶, cuando sus obras están a la vista en las librerías, cuando en la cabecera de todas las páginas se leen los tres nombres²⁵⁷, sobre todo si son extranjeros y tienen una resonancia mágica. Pero, Dios santo, ¿qué son sino nombres? Además, cuán pocos los pueden conocer, si se tiene en cuenta la inmensidad del mundo y aún cuántos menos los van a alabar, dado que incluso los ignorantes tienen gustos diversos. ¿Y qué decir del hecho de que incluso esos nombres a menudo son inventados o bien se toman de obras de autores antiguos? Se da el caso de que uno gusta de llamarse Telémaco, otro Esténelo o Laertes, el de más allá Polícrates, otro más Trasímaco...²⁵⁸, hasta tal punto que ya no importa en absoluto llamarles Camaleón o Calabaza o, siguiendo la costumbre de los filósofos, llamar a los libros según las letras del alfabeto.

Pero lo más gracioso de todo sucede cuando se echan flores los unos a los otros en sus cartas, poemas y encomios, y necios e ignorantes alaban a sus semejantes. En opinión de uno el que despunta es Alceo, para otro es Calímaco; éste para uno es superior a Cicerón, y a su vez, para otro, Cicerón es más sabio que Platón. A veces incluso buscan un adversario para aumentar su renombre a costa de la rivalidad con él. En casos como *éste el pueblo no sabe a qué atenerse*²⁵⁹, hasta que un buen resultado hace que ambos cabecillas salgan victoriosos y triunfantes.

Los sabios se ríen de todo esto como de absolutas tonterías —que es lo que son—. ¿Quién lo niega? Pero, entretanto y gracias a mí, pasan una vida amable y no trocarían sus victorias ni siquiera con las de los Escipiones. Sin embargo, incluso los eruditos que, mientras, se ríen a pulmón suelto y se divierten con la locura de otros, me deben también bastante, cosa que no pueden dejar de reconocer a menos que sean los más desagradecidos de todos.

[LI. LOS JURISCONSULTOS]

Entre los eruditos el primer puesto se lo piden los jurisconsultos, y no hay nadie tan pagado de sí mismo como cuando sin pausa hacen rodar la roca de Sísifo²⁶⁰ y elaboran cientos de leyes con el mismo espíritu, sin que importe lo más mínimo qué asunto tocan, y cuando, a base de amontonar glosas sobre glosas y opiniones sobre opiniones, consiguen que el estudio del derecho parezca el más difícil de todos. Porque todo lo que exija un esfuerzo consideran que también es algo prestigioso. Añádanse a éstos los dialécticos y los sofistas, una ralea de hombres más parlanchina que los bronces de Dodona²⁶¹, hasta el punto de que cualquiera de ellos sería capaz de contender en charlatanería con veinte mujeres escogidas, y más dichosos serían si sólo fuesen parleros y no también camorristas, hasta el extremo de batirse en duelo con porfía por algo como la lana de cabra²⁶² y desatender la verdad en el fragor de la disputa. A éstos, sin embargo, su egolatría los hace felices, y armados con tres silogismos no dudan ni un momento en trabar combate de lo que sea con quien sea. Por lo demás, su testarudez los vuelve invencibles, aunque los enfrentes a Esténtor²⁶³.

[LII. LOS FILÓSOFOS]

Tras éstos vienen los filósofos, dignos de respeto por su barba y su capa, que van por ahí diciendo que son los únicos sabios y

que el resto de los mortales revolotean cuales sombras. Pero, ¡qué dulce es su desvarío cuando construyen infinitos mundos, cuando miden como a pulgadas y con un hilo el sol, la luna, las estrellas y las órbitas; cuando explican las causas de los rayos, los vientos, los eclipses y de todos los demás prodigios, sin tener el menor atisbo de duda, igual que si fuesen secretarios del artífice del mundo y nos hubiesen llegado de un consejo de dioses! De ellos y de sus hipótesis, en tanto, se ríe a lo grande la naturaleza. Porque que no saben nada con certeza lo demuestra con creces el hecho de que mantienen disputas inexplicables incluso sobre uno sólo de estos asuntos. Aunque no sepan nada en absoluto, no obstante, creen saberlo todo, y aunque no se conozcan ni a sí mismos y a veces no vean un hoyo o una piedra ante sus propias narices, bien porque la mayoría están cegatos, bien porque están en las musarañas, sin embargo, se las dan de ver las ideas, los universales, las formas abstractas, los primeros principios, las esencias y las presencias²⁶⁴, cosas todas ellas tan sutiles que no creo que ni siquiera Linceo pudiese percibirlas.

Además, desprecian en particular el populacho ignorante, cuando esparcen la oscuridad en la mente de los menos instruidos con triángulos, cuadrados, círculos y semejantes figuras geométricas, unas dentro de otras, y mezcladas todas a guisa de laberinto, o incluso con letras puestas como en formación y repetidas en distintas líneas. Y no faltan entre éstos quienes incluso predicen el futuro tras consultar los astros y prometen portentos más que mágicos, y todavía tienen la suerte de encontrar personas dispuestas a creer en esto.

[LIII. LOS TEÓLOGOS]

Seguidamente, tal vez sería preferible no hablar de los teólogos y no remover esta Camarina²⁶⁵ ni tocar esta hierba ponzoñosa, como gente increíblemente ceñuda y quisquillosa que es, no vaya a ser que se me echen encima en tropel con mil conclu-

siones y me obliguen a retractarme, y si rehúso hacerlo, se pongan a llamarme a voces hereje. Porque suelen aterrorizar al instante a todo el que no goza de su simpatía. Desde luego, aunque no reconozcan de grado mis favores para con ellos, sin embargo, también ellos me son deudores de no pequeños beneficios, pues están encantados con su egolatría igual que si viviesen en el tercer cielo y desde su atalaya desprecian a todos los demás mortales como si fuesen bestias que se arrastran por el suelo; y casi hasta se compadecen de ellos, mientras ellos quedan protegidos tras sus enormes hileras de definiciones magistrales, conclusiones, corolarios, proposiciones explícitas e implícitas y andan tan bien surtidos de *subterfugios*²⁶⁶ que ni las mismísimas cadenas de Vulcano podrían enredarlos²⁶⁷ de manera que no puedan escurrirse con unos distingos que cortan todos los nudos con la misma facilidad que el hacha de doble filo de Ténedos²⁶⁸, rebozantes de tantos neologismos y palabras portentosas. Y, más aún, mientras explican a su modo los secretos misterios: de qué manera se creó y organizó el mundo; por qué conducto se ha transmitido el pecado original a la posteridad; cómo, en qué medida y por cuánto tiempo se formó Cristo en el vientre de la Virgen; cómo pueden subsistir en la eucaristía los accidentes sin la materia...

Pero esto está ya muy manido. Otras son las cosas que consideran dignas de los teólogos grandes e iluminados —como los llaman—, que son las que, cuando se encuentran de golpe con ellas, los exaltan: «¿Acaso hay algún verdadero instante en la generación divina? ¿Hay varias filiaciones en Cristo? ¿Acaso es posible la premisa que dice “Dios Padre odia al Hijo”? ¿Habría podido Dios hacerse pasar por una mujer, el diablo, un asno, una calabaza o un pedernal? Además, una calabaza, ¿cómo habría podido predicar, hacer milagros y ser crucificada? Y, ¿qué habría consagrado Pedro si lo hubiera consagrado durante el tiempo en que el cuerpo de Cristo estuvo colgando de la cruz? ¿Acaso durante ese mismo tiempo se habría podido decir de Cristo que era un hombre? ¿Acaso sería posible comer y beber tras la resu-

rrECCIÓN de la carne?». ¡Como si ya se estuviesen preparando ahora para la sed y el hambre!

Hay innumerables *ingeniosidades*²⁶⁹, mucho más sutiles aún que éstas, sobre las nociones, las relaciones, las formalidades, las esencias, las presencias, que nadie podría pillar con los ojos, a no ser que sea tan Linceo que pueda ver incluso en medio de profundas tinieblas lo que no existe en ningún sitio. Añádeles ahora las famosas *sentencias*²⁷⁰ aquellas, tan *paradójicas*²⁷¹ que incluso los oráculos de los estoicos, conocidos vulgarmente como *paradójicos*²⁷², a su lado parecen muy groseros y propios de charlatanes de calle, como, por ejemplo, que es un delito menos grave degollar a mil hombres que coserle una sola vez a un pobre el zapato en domingo, y que es mejor dejar que desaparezca el mundo entero con todas sus pertenencias —como se dice— que decir una sola mentirijilla por pequeña que sea.

Pero estas sutilísimas sutilezas las hacen aún más sutiles los numerosísimos sistemas de los escolásticos, de suerte que es más fácil que te veas libre de un laberinto que de los galimatías de realistas, nominalistas, tomistas, albertistas, occamistas, escotistas...²⁷³, y aún no los he dicho todos, sino tan sólo los principales. En todos ellos hay tanta erudición, tanta dificultad que me parece que incluso los apóstoles necesitarían otro Espíritu Santo si se vieran forzados a discutir de estas cosas con esta nueva clase de teólogos.

San Pablo pudo demostrar su fe, pero la definió con poca claridad cuando dice: «La fe es el fundamento de las cosas que se esperan y la razón de las que no son evidentes»²⁷⁴. Igualmente, si bien dio testimonio de caridad como el que más, sin embargo, la define y divide de forma poco dialéctica en la primera *Epístola a los Corintios*, capítulo XIII. Y, sin duda, celebraban la eucaristía con la piedad debida, pero si se les hubiese preguntado por el término *a quo*, el término *ad quem*, sobre la transustanciación, sobre cómo puede estar en sitios diferentes un mismo cuerpo, sobre la diferencia existente entre el cuerpo de Cristo cuando está en el cielo, cuando estuvo en la cruz y cuando está en el sacramento de

la comunión, sobre el momento exacto en que se produce la transustanciación, puesto que las palabras con que se produce se pronuncian de forma sucesiva; preguntados, digo, por todo eso, no creo que hubiesen podido responder con la misma agudeza con la que los escotistas lo definen y explican.

Conocían a la madre de Jesús, pero ¿hay entre ellos quien haya podido demostrar cómo se vio libre del pecado original con el mismo rigor filosófico que nuestros teólogos? Pedro recibió las llaves y las recibió de uno que no se las confiaría a alguien que no lo mereciera, y, sin embargo, no estoy seguro de que lo entendiese y, desde luego, en ningún momento llegó a captar la sutileza de cómo es posible que tenga la llave de la sabiduría aun el que no tiene sabiduría. Ellos bautizaban por todas partes y, sin embargo, en ningún lugar dejaron explicado cuál es la causa formal, cuál la material, la eficiente y la final del bautismo, y en ellos no se hace mención alguna de su carácter deble e indeble. Sin duda adoraban a Dios, pero en espíritu, sin atender más que a las palabras del Evangelio: «El espíritu es Dios y los que lo adoran es preciso que lo hagan en espíritu y en verdad»²⁷⁵. Pero no está claro que les fuese revelado que se debiese aplicar la misma adoración a un garabato trazado con un carbón en la pared como si fuese el mismísimo Cristo, con tal de que aparezca con los dos dedos levantados, el cabello largo y una aureola con tres señales pegada a la nuca²⁷⁶. ¿Quién podría darse cuenta de ello, a no ser que haya gastado treinta y seis años enteritos en el estudio de la física y de la metafísica de Aristóteles y Escoto?

Del mismo modo, los apóstoles enseñan lo que es la gracia, pero en ninguna parte distinguen entre gracia gratuita y gracia gratificante. Animan a hacer buenas obras, pero no separan la obra operante de la obra operada. En todas partes insisten en la caridad y no distinguen entre la infusa y la adquirida ni explican si es un accidente o una sustancia, si es cosa creada o increada. Abominan del pecado, pero, que me muera ahora mismo si fueron capaces de definir científicamente qué es eso que llamamos pecado, a menos, tal vez, que les haya ilustrado el espíritu de los escotistas.

Tampoco se me puede hacer creer que san Pablo, a partir de cuya erudición puede estimarse la de todos los demás apóstoles, hubiera estado dispuesto a condenar las cuestiones, controversias, genealogías y —como él mismo las llama— *logomaquias*²⁷⁷, si hubiese estado versado en tales agudezas, sobre todo teniendo en cuenta que todas las disputas y contiendas de su época fueron rústicas y groseras si se comparan con las sutilezas más que *crisípeas*²⁷⁸ de nuestros maestros.

Aunque fueran personas muy modestas, si por casualidad hay algo escrito por los apóstoles con tosquedad y poco academicismo, los teólogos, faltaría más, no lo condenan, sino que lo interpretan con benevolencia, evidentemente como tributando este honor en parte a la Antigüedad y en parte a la autoridad apostólica. Y, por Hércules, sería poco equitativo exigirles el conocimiento de cosas tan importantes de las que jamás oyeron una sola palabra a su Maestro. Si sucediese lo mismo con Crisóstomo, Basilio o Jerónimo, entonces les parece suficiente escribir al margen: «no se acepta».

Y, por supuesto, también impugnaron ellos a los paganos, a los filósofos y a los judíos, que son por naturaleza muy obstinados, pero más con la experiencia vital y los milagros que con silogismos; y luego a éstos entre quienes nadie es capaz de captar con la mente siquiera una sola de las cuestiones «quodlibetales» de Escoto²⁷⁹. Hoy día, en cambio, ¿qué pagano o hereje no se rendiría de inmediato ante tantas sutilezas menudísimas, a no ser que fuese tan burdo que no pudiera entenderlas o tan desvergonzado que las pitara o estuviera tan ducho en esos mismos engaños que la lucha se diera entre semejantes, igual que si enfrentaras a un mago con otro o si alguien diestro en la espada combatiera con otro igual de diestro? Porque, en este caso, no se haría otra cosa que tejer y retejer la tela de Penélope²⁸⁰. Y, al menos en mi opinión, los cristianos darían muestras de sensatez si, en lugar de estas copiosas cohortes de soldados con las que hace ya tiempo que guerrear con resultado incierto, enviasen contra los turcos y los sarracenos a los vociferadores escotos, a

los tozudísimos occamistas y a los invencibles albertistas junto con toda la banda de sofistas. Podrían contemplar, creo yo, el combate más gracioso de todos y una victoria nunca vista.

Porque, ¿quién hay tan sumamente frío que no le enciendan sus agudezas? ¿Quién hay tan obtuso que no le estimulen sus pinchazos? ¿Quién es tan perspicaz que todo esto no le suma en la oscuridad más profunda? Pero veo que os parece que os estoy diciendo todo esto en broma. Y no me extraña en absoluto, habiendo como hay incluso entre los mismos teólogos algunos con una instrucción superior que se asquean de estas —a su parecer— frívolas sutilezas teológicas. Los hay que reprueban como si fuese un tipo de sacrilegio, y consideran suprema impiedad hablar con una boca tan sucia de asuntos tan misteriosos y más dignos de adoración que de explicación, y discutirlos con sutilezas tan profanas, propias de los paganos, definirlos con tanta arrogancia y ensuciar la majestuosidad de la divina teología con palabras y opiniones tan altaneras e indecorosas.

Pero, mientras tanto, ellos están satisfechísimos de sí mismos, e incluso se aplauden hasta tal punto que, ocupados como están día y noche en estas placenteras bagatelas, no les queda ni un poquito de tiempo que dedicar a leer siquiera una sola vez el Evangelio o las cartas de san Pablo. Y, al tiempo que tontean con estas cosas en sus escuelas, están convencidos de que la Iglesia al completo, que de lo contrario se vendría abajo, se asienta en los pilares de los silogismos igual que, según los poetas, Atlante soporta sobre sus hombros el cielo.

Ya os podéis imaginar qué gran felicidad les da modelar y remodelar a su gusto, como si fuesen de cera, los arcanos de la Escrituras; pretender que sus conclusiones, suscritas ya por algunos escolásticos, parezcan más valiosas que las leyes de Solón²⁸¹ e incluso haya que anteponerlas a los decretos papales; y, ejerciendo de censores del mundo, arrastrar por la fuerza a que se retracte si hay algo en alguna parte que no cuadra al pie de la letra con sus conclusiones explícitas e implícitas, y proclamar, igual que si de un oráculo se tratase, «Esta proposición es escandalosa», «Esta es

poco respetuosa», «Esta tiene un tufillo a herejía», «Esta suena mal», hasta el punto de que ni el bautismo, ni el Evangelio, ni san Pedro o san Pablo, ni san Jerónimo o san Agustín, ni siquiera el mismísimo santo Tomás, que es *el más aristotélico*²⁸² de todos ellos, bastaría para hacer un cristiano, si no contara con el voto de los bachilleres: tal es la finura en sus juicios.

Porque, ¿quién podría darse cuenta de que no es cristiano quien diga que significan lo mismo estas dos expresiones: «Orinal, apestas» y «El orinal apesta», o «La olla hierve» y «Hierve la olla» de no habérselo enseñado esos sabios?²⁸³ ¿Quién habría liberado a la Iglesia de las tinieblas de semejantes errores, que jamás habría leído nadie de no haber sido editados con grandes sellos? Pero ¿es que no se sienten los hombres más felices mientras lo hacen? ¿O cuando describen con tantos pelos y señales las cosas del infierno como si hubiesen pasado muchos años en esa república? ¿O cuando fabrican nuevos mundos a capricho, añadiendo al final uno enorme y bellissimo para que no falte un lugar en el que las almas felices puedan pasear a sus anchas o celebrar un banquete o, incluso, jugar a la pelota?²⁸⁴

Con estas y otras mil tonterías de ese tipo tienen ellos las cabezas tan atiborradas e hinchadas que creo que ni el propio Júpiter tuvo tan preñada la sesera cuando, a punto de parir a Atenea, le suplicaba con lágrimas a Vulcano su hacha. Por eso, no os sorprendáis al verlos en discusiones públicas con la cabeza cuidadosamente cubierta por el birrete. De lo contrario, les estallarían sin más.

Yo misma suelo reírme a veces del hecho de que, cuanto más bárbara y sucia es su forma de hablar, tanto más teólogos les parece que son, y de que cuando balbucean tanto que no les puede entender nadie más que los tartamudos, llaman ingenio a lo que la gente común no es capaz de entender. En efecto, niegan que sea digno de las Sagradas Escrituras verse forzadas a someterse a las leyes de la gramática. Sorprendente majestad la de los teólogos, si tan sólo a ellos les está permitido hablar con incorrecciones, aunque eso también lo tienen en común con muchos simples remendones.

En definitiva, se creen parecidísimos a los dioses cuando, con veneración casi religiosa, se les saluda como *Magister Noster*²⁸⁵, título en el que creen que existe algo semejante a lo que entre los judíos se llama *tetragrammaton*²⁸⁶. Y, por lo tanto, dicen que es una impiedad escribir *Magister Noster* si no es con letras mayúsculas. Y si alguien lo dijese al revés, *Noster Magister*, trastocaría de un solo golpe toda la majestuosidad del prestigio teológico.

[LIV. LOS RELIGIOSOS Y LOS MONJES]

En lo que a felicidad se refiere, no les van a la zaga los que popularmente se llaman religiosos y monjes, denominaciones ambas falsísimas, puesto que, por un lado, una buena parte de ellos se encuentra muy lejos de la religión y, por otro, no hay nadie que esté más presente en todas partes²⁸⁷. No soy capaz de ver qué podría haber más desdichado que ellos si yo no les echara una mano de numerosas maneras. Lo cierto es que, aunque todos abominan de esta clase de hombres hasta el punto de considerar signo de mal agüero encontrarse por casualidad con uno, sin embargo, ellos están encantados consigo mismos. Para empezar, tienen por piedad sublime no haber tocado nada que tenga que ver con la educación hasta el extremo de no saber siquiera leer. Luego, cuando con voz asnal cantan en la iglesia sus queridos salmos, de los que conocen el número en que se disponen, pero sin entenderlos²⁸⁸, creen de veras estar halagando los oídos de los santos.

Incluso entre ellos hay algunos que explotan la suciedad y mendicidad y se colocan delante de las puertas para pedir pan entre berridos, es más, no hay albergues, carruajes y barcos que no molesten con gran perjuicio de los demás mendigos. Y de esta manera, esos hombres tan afables nos venden —como ellos dicen— el ejemplo de los apóstoles con suciedad, ignorancia, ordinariez y descaro. Pero ¿hay algo más gracioso que hacerlo todo siguiendo unas normas, como sirviéndose de unos principios matemáticos

cuya omisión constituiría un sacrilegio?: cuántos nudos tiene que llevar el calzado, de qué color han de ser los cíngulos, de qué diferentes formas han de variar los hábitos, de qué material y qué medidas han de tener los cinturones, qué aspecto y tamaño la cogulla²⁸⁹, cuántos dedos ha de tener la tonsura, cuántas horas hay que dormir... Y esta igualdad en tamaño disparidad de cuerpos y caracteres, ¿es que hay alguien que no vea lo desigual que es? Sin embargo, con estas sandeces no sólo se sienten superiores a los demás, sino que se desprecian unos a otros y unos hombres que han hecho profesión de caridad apostólica hacen una auténtica tragedia por una forma diferente de llevar ceñido el hábito o por tener éste un color algo más oscuro.

Entre estos últimos podrías ver algunos con una religiosidad tan estricta que como ropa de calle no emplean más que el cilicio, dejando la milesia²⁹⁰ para las prendas íntimas; otros, por el contrario, por encima llevan lino y por debajo lana. También se puede ver a otros que se espantan del contacto con el dinero como si de veneno se tratase y, en cambio, no se privan del vino y del trato con mujeres. En resumen, es increíble cómo se afanan todos en no hacer nada adecuado en su forma de vivir. Y no les interesa parecerse a Cristo, sino diferenciarse entre sí.

En consecuencia, una gran parte de su felicidad estriba en sus denominaciones: unos se complacen en llamarse «los del cordón»²⁹¹, y entre éstos están los recoletos, los menores, los mínimos y los bulistas. Por otra parte están los benedictinos, los bernardinios, brigidenses, agustinos, guillermistas, jacobinos..., como si fuese poca cosa llamarse cristianos. Una gran parte de ellos concede tanta importancia a sus ceremonias y tradicioncillas que creen que el cielo por sí solo no es suficiente recompensa para tamaños méritos, sin tener en consideración que en el futuro, Cristo, despreciando todo esto, va a pedirles cuentas de su único precepto, a saber, la caridad.

Uno irá alardeando de vientre, atiborrado de todo tipo de peces. Otro derramará un saco lleno de cien celemines de salmos. Otro más enumerará sus mil ayunos y le echará la culpa de

tener el estómago reventado a haber hecho una sola comida. Otro hará con sus ceremonias un montón tan grande que a duras penas podrían transportarlo siete naves de carga. El de más allá se jactará de no haber tocado el dinero ni una sola vez en sesenta años si no es con dos pares de guantes encima. El de aquí presentará una capucha tan sucia y grasienta que no habrá marinero que se atreva a ponérsela. El de allá recordará que durante más de once lustros ha llevado una vida de esponja, siempre sujeto en el mismo sitio. Éste mostrará su ronquera debida al canto continuo; ése, el embrutecimiento causado por la soledad, y aquél, el balbucir de su lengua debido al voto de silencio.

Pero Cristo, interrumpiendo esta sarta de méritos que de lo contrario no acabaría nunca, les dirá: «¿De dónde ha salido esta nueva raza de judíos? La única ley que reconozco es la mía auténtica, y ésa es la única de la que no oigo decir nada. Ya en otra época, con claridad y sin servirme de la envoltura de las parábolas, prometí el legado de mi Padre no a las caperuzas, ni a las jaculatorias o a los ayunos, sino a las obras de caridad. Tampoco acepto a quienes están encantados con sus propias acciones, esos que desean parecer incluso más santos que yo. Que vivan, si les place, en el cielo de los abraxistas²⁹², o que se hagan construir un nuevo cielo por estos cuyas ridículas tradiciones antepusieron a mis mandamientos. Cuando escuchen todo esto y vean que los marineros y los cocheros son preferidos a ellos, ¿con qué cara creéis que se mirarán unos a otros? Pero, mientras tanto, ellos son felices con la esperanza que yo les otorgo.

Y, por cierto, nadie se atreve a desairarlos, por muy alejados que estén del mundo, sobre todo a los mendicantes²⁹³, porque, gracias a lo que se conoce como confesión, guardan todos los secretos de todo el mundo. Secretos que, sin embargo, consideran sacrílego revelar, menos cuando, en plena borrachera, gustan de deleitarse con historietas ligeras; pero sólo dejan entrever los asuntos dando pistas y guardando en silencio los nombres. Pero si alguien molesta a estos zánganos, entonces se despachan a sus anchas en sus sermones y censuran a su enemigo mediante

unas indirectas tan veladas que no alcanzaría a entenderlas sólo quien no entiende nada. Y no dejan de ladrar hasta que les echas un trozo de algo a la boca.

Venga, dime, ¿qué comediante o charlatán de feria preferirías ver antes que a estos que en sus sermones actúan como retoricastros absolutamente ridículos y que, sin embargo, imitan taimadamente los preceptos que los oradores han dejado sobre el arte de la elocuencia? ¡Dios santo! ¡Cómo gesticulan, con qué habilidad impostan la voz, cómo canturrean, cómo se pavonean, con qué rapidez cambian de expresión y lo llenan todo de gritos! Esta arte oratoria la transmiten de frailecillo a frailecillo como cosa misteriosa y, aunque no me está permitido conocerla, trataré de explicarla basándome en conjeturas.

En primer lugar hacen una invocación, cosa que han tomado prestada de los poetas. A continuación, si van a hablar de la caridad, comienzan a hablar del río Nilo como exordio, o si van a contar algo del misterio de la cruz, toman felices auspicios de Bel, el dragón babilonio; si van a discutir sobre el ayuno, comienzan por los doce signos del zodiaco, si van a hablar de la fe hacen una introducción interminable sobre la cuadratura del círculo.

Yo misma he llegado a oír a un eminente tonto —me he equivocado, quería decir eminente erudito— que, queriendo explicar en un celeberrimo sermón el misterio de la Santísima Trinidad, para aparentar una cultura fuera de lo común y, de paso, complacer los oídos de los teólogos, comenzó de una forma totalmente novedosa, a saber, empezó por las letras, las sílabas y la oración y luego pasó a tratar sobre la concordancia entre nombre y verbo, y del adjetivo y sustantivo, entre el asombro de la mayoría y de algunos que decían entre dientes aquello que dice Horacio: «¿Adónde va a parar tanta presunción?²⁹⁴». Por fin, forzó el tema para mostrar que la figura de la Trinidad queda totalmente explicitada en los rudimentos gramaticales, de suerte que no hay matemático que pudiese dibujarla con más claridad en la arena. Y en este discurso aquel *eminentísimo teólogo*²⁹⁵ había invertido ocho meses de sudores hasta el extremo de que

hoy día está más cegato que un topo, como es lógico por haber acumulado toda la agudeza visual en la cúspide del talento. Pero no se lamenta este hombre de su ceguera y aun piensa que la gloria le ha salido barata.

He tenido la ocasión de oír a otro octogenario, tan teólogo que creerías estar viendo la reencarnación del mismísimo Escoto. Con la intención de explicar el misterio del nombre de Jesús, demostró con asombrosa sutileza que en las propias letras se hallaba lo que podía decirse del asunto. En efecto, el que se decline tan sólo en tres casos²⁹⁶ es prueba manifiesta de que es la representación de la Divina Trinidad. Además, en el hecho de que la primera palabra *Iesus* acabe en *s*, la segunda *Iesum* en *m* y la tercera *Iesu* en *u* se esconde un misterio *inefable*²⁹⁷, a saber, que esas tres letritas indican que Él es lo sumo, lo medio y lo último. Quedaba un misterio aún más recóndito que éstos en virtud de un cálculo matemático. Dividió la palabra «Jesús» en dos partes iguales de modo que quedase en el medio la *s*. Entonces pasó a exponer que entre los hebreos esta letra se conoce como *syn*. Entonces, como *syn* en lengua escocesa —me parece— suena como 'pecado'²⁹⁸, quedaba claro que Jesús era el que quitaría los pecados del mundo.

Con la boca abierta ante tan extraño exordio se admiraron todos —especialmente los teólogos— en tal grado que poco faltó para que les ocurriera lo que en otro tiempo sucediera a Níobe²⁹⁹, mientras, por el contrario, a mí casi me pasa lo que al Príapo de madera de higuera³⁰⁰, que contempló para su desgracia los sortilegios nocturnos de Canidia y Sagana³⁰¹. Y no sin motivo, por cierto. Porque, ¿cuándo concibieron semejante *proemio*³⁰² el famoso Demóstenes en griego o Cicerón en latín? Entre ellos se tenía por defectuosa una introducción que no tuviese que ver con el asunto. ¡Como si no comenzasen de ese mismo modo los porqueros, sin más maestra que la naturaleza! Pero estos sabios creen que su preámbulo —pues ése es el nombre que le dan— será increíblemente retórico cuanto menos tenga que ver con el argumento, de manera que el oyente, maravillado, murmure para sí «¿adónde quiere ir éste ahora?».

En tercer lugar y a modo de exposición, hacen una interpretación sacada del Evangelio, pero con prisa y como de pasada, cuando eso es lo único que debería hacerse. En cuarto lugar, ya con una nueva máscara puesta, plantean alguna cuestión teológica, que a veces *no tiene que ver ni con el cielo ni con la tierra*³⁰³, y todavía creen que esto tiene que ver con la creación artística. En este caso ponen un ceño teológico³⁰⁴ y llenan los oídos de la gente con títulos pomposos como doctores solemnes, doctores sutiles, doctores sutilísimos, doctores seráficos, doctores santos y doctores irrefutables³⁰⁵. Entonces pasan a vomitar sobre el vulgo ignorante silogismos mayores y menores, conclusiones, corolarios, suposiciones insulsísimas y necesidades superescolásticas.

Queda ya la quinta fase, en la que conviene mostrar al artista en pleno apogeo. Para ello meten de golpe una historieta —a mis ojos— tonta e inculta, sacada del *Speculum historiale*³⁰⁶ o de las *Gesta Romanorum*³⁰⁷ y la interpretan alegórica, tropológica y anagógicamente³⁰⁸. Y de esta forma rematan su monstruo como ni el mismo Horacio pudo jamás concebir cuando escribió aquello de «Si a una cabeza humana, etc.»³⁰⁹.

Pero han oído decir a no sé quién que las primeras palabras del discurso habían de ser tranquilas y muy poco estrepitosas. En consecuencia, dan comienzo a su exordio de tal manera que ni ellos mismos pueden oír su propia voz, como si lo importante fuese que nadie entienda lo que dicen. Han oído que a veces es preciso emplear exclamaciones para provocar emociones. Por eso los que por otra parte hablan con comedimiento, alzan la voz de repente gritando como locos, incluso cuando no es necesario. Se juraría que este individuo necesita tomar eléboro, como si no tuviese importancia alguna ponerse a dar gritos. Además, como tienen entendido que es preciso que el lenguaje empleado vaya caldeándose a medida que avanza el discurso, después de haber pronunciado el comienzo de cada parte como conviene, al punto emplean un chorro increíble de voz, aunque el asunto sea de lo más insustancial, y al final terminan de un modo que, se creería, les falta el aliento.

Para terminar, han aprendido que en los retóricos se hace mención de la risa y por eso se afanan ellos mismos en salpicar unos cuantos chistes, *¡oh querida Afrodita!*³¹⁰, tan llenos de donaires y tan oportunos que dirías estar ante *un asno tocando la lira*³¹¹. A veces también son mordaces, pero lo hacen de una forma que, más que herir, hacen cosquillas y nunca son más aduladores que cuando quieren que parezca que *hablan con el corazón en la mano*³¹². En definitiva, toda la ejecución de su discurso³¹³ tiene tal cariz que se juraría que les han instruido los charlatanes de feria, que son muy superiores a ellos.

Sin embargo, se parecen tanto los unos a los otros que no hay quien dude de que o bien los primeros han aprendido su arte retórica de los segundos o al revés. Y, aun así y gracias a mí, encuentran a quienes, cuando les escuchan, creen estar oyendo a verdaderos Demóstenes y Cicerones. Este tipo de personas son principalmente vendedores y mujercillas; a los primeros se esfuerzan en adularlos singularmente, porque suelen repartir algunas migajas del botín adquirido con malas artes, si se les da la coba adecuada. Las mujeres entre otros muchos motivos favorecen a este gremio sobre todo porque suelen desahogar en su pecho las quejas que tengan contra sus maridos.

Supongo que veis cuánto me debe este grupo de hombres por ejercer una especie de tiranía entre los mortales con sus ridículas ceremonias y sus necedades y creerse unos san Pablo y san Antonio³¹⁴.

[LV. LOS REYES Y LA NOBLEZA CORTESANA]

Pero dejo ya en buena hora a estos histriones, tan ingratos escondiendo los beneficios que de mí reciben como deshonestos fingiendo devoción. Hace ya rato que tengo ganas de hablar un poco sobre los reyes y los cortesanos que me rinden culto con la mayor candidez y, como conviene a la gente libre, con franqueza.

Desde luego, si tuviesen aunque fuese media onza de sentido común, ¿habría algo más triste y digno de evitarse que su existencia? Porque no creará que vale la pena hacerse con el poder mediante el perjurio o el parricidio quienquiera que sopesa para sus adentros el inmenso peso que ha de soportar sobre sus hombros quien quiera actuar realmente como un gobernante.

El que tome el timón del Estado debe atender los asuntos públicos y no los privados y que no piense en nada más que en el provecho del pueblo: que no se aparte ni el ancho de un dedo de las leyes, de las que él es autor y ejecutor; que se responsabilice de la honradez de todos sus funcionarios y magistrados; que sea el único expuesto a las miradas de todo el mundo, que con la pureza de sus costumbres pueda, como astro benéfico, proporcionar a los asuntos humanos la mayor prosperidad o, cual cometa mortífero, causar la mayor destrucción. Que los defectos de los demás ni se perciben igual ni tienen tanta repercusión. Que el gobernante se encuentra en una posición tal que si se apartase, por levemente que sea, de lo que es honesto, enseguida se cuele la terrible corrupción de las costumbres en muchísimos individuos. Además, la condición de gobernante conlleva muchas de las cosas que suelen apartar del camino recto, como por ejemplo, los placeres, el libertinaje, la adulación, el lujo...; por ello, hay que esforzarse más y vigilar con mayor ahínco para no apartarse de su obligación en ningún aspecto. En fin, que, dejando aparte intrigas, odios y los restantes peligros y temores, acecha sobre su cabeza el Rey verdadero, que poco después le ha de pedir cuentas incluso de las culpas más insignificantes, y ello con severidad tanto mayor cuanto más importante haya sido el poder que ha ejercido.

Estas cosas —digo yo— y muchas otras por el estilo, si el gobernante las meditase para sí —y las meditaría si tuviese buen juicio—, no podría conciliar el sueño ni tomar bocado a gusto, según me parece. En cambio, actualmente y gracias a mi ayuda, dejan todas estas preocupaciones en manos de los dioses; ellos, por su parte, se dan la gran vida y no permiten que les hable

nadie que no sepa contar donaires, no vaya a ser que les surja alguna inquietud espiritual.

Green haber cumplido digna y cabalmente con el papel de príncipes si van de caza con frecuencia, crían hermosos caballos, venden magistraturas y gobernadurías en su propio beneficio, e imaginan todos los días nuevos sistemas con los que menguar los bienes de los ciudadanos y barrerlos para casa. Pero lo hacen de la manera adecuada, encontrando pretextos, de modo que, por muy injusta que sea la acción, ofrezca, no obstante, cierto viso de equidad. Añaden con esfuerzo alguna adulación para atraerse como sea la simpatía popular.

Hacedme ahora el favor de imaginaros a un hombre —como a veces se ven— ignorante de las leyes, casi enemigo del beneficio público, interesado en su propia molicie, entregado a los placeres, aborrecedor de la cultura, de la libertad y de la verdad, desinteresado por completo del bienestar del Estado y que lo mide todo según le venga en gana y le resulte beneficioso. Luego sumadle un collar de oro, testimonio de la coherencia de todas las virtudes; una corona adornada de piedras preciosas, que le haga tener presente que debe superar a los demás en la heroicidad de sus virtudes; además, el cetro, símbolo de justicia y de absoluta rectitud moral; y, por último, la púrpura, muestra del inmenso amor hacia el pueblo.

Si el soberano confrontase toda esta parafernalia con su propia vida, estoy segura de que se avergonzaría de sus galas y temería que algún crítico mordaz tomase a risa y chirigota toda esta pompa teatral.

[LVI. ÍDEM]

¿Y qué decir de los nobles palaciegos? Aunque no hay nada más obsequioso, servil, simple y despreciable que la mayoría de ellos, sin embargo, pretenden dárseles de los primeros en todo. Con todo, sólo en una cosa son los más modestos: satisfechos

con cubrirse el cuerpo de oro, piedras preciosas, púrpura y todas las restantes muestras de virtud y sabiduría, les ceden a los otros el esfuerzo que supone conseguir esas cosas en sí. Se creen harto felices con tener el permiso para llamar al rey «señor», haber aprendido a dirigirse a él con tres palabras y saber meter en su momento los tratamientos de «serenidad», «majestad» y «excelencia», haber perdido todo pudor y adular con gracia. Porque éstas son las artes que de verdad corresponden a uno que sea noble y cortesano. Por otra parte, si miras más de cerca su forma de vida, ciertamente encontrarás a unos verdaderos feacios y pretendientes de Penélope³¹⁵ —ya sabéis cómo sigue el poema, que Eco³¹⁶ os podrá relatar mejor que yo.

Se duerme hasta mediodía; entonces tienen al lado de la cama a un miserable capellán a sueldo para que les diga misa deprisa y corriendo mientras aún están medio dormidos. Enseguida desayunan y, apenas han terminado, ya están pidiendo la comida. Luego vienen los dados, las damas, los juegos de azar, los bufones, los payasos, las ramera, los juegos y simplezas. De cuando en cuando uno o dos tentempiés. De nuevo la cena, tras ella una ronda de brindis, y ¡por Júpiter que no es una sola! Y de esta manera, sin que la vida les cause el menor aburrimiento, se les pasan las horas, los días, los meses, los años y los siglos³¹⁷. Yo misma a veces me largo asqueada cuando veo a esos *fanfarrones*³¹⁸, mientras entre las damiselas cada cual se cree tanto más cercana a los dioses cuanto más larga es la cola que arrastra, o los aristócratas que se van dando codazos unos a otros para que se los vea situados más cerca de Júpiter, y todo el mundo está más satisfecho de sí mismo cuanto más pesa la cadena que llevan al cuello, ostentando no sólo riqueza, sino también corpulencia.

[LVII. LOS OBISPOS]

Y la conducta de los príncipes hace ya mucho tiempo que vienen emulándola con denuedo los sumos pontífices, cardena-

les y obispos, y casi los aventajan. Además, si uno de ellos reflexiona sobre el sentido de su vestidura de lino, de nívea blanca para simbolizar una vida libre de toda mácula; sobre qué implica la mitra bicornes, cuyas dos puntas están unidas por un solo lazo, representando el conocimiento perfecto del Antiguo y del Nuevo Testamento; y qué dan a entender las manos enfundadas en los guantes, sino la administración sacramental pura y protegida de todo contacto de los asuntos humanos; qué el báculo, insignia de la cuidadosísima atención que ha de tener con el rebaño que se le ha confiado; qué señala la cruz que le precede más que, como es evidente, la victoria sobre todas las pasiones humanas; todas estas cosas, digo, y muchas otras del mismo tipo, si uno de ellos las considera detenidamente, ¿no llevaría una vida triste y llena de inquietud? Pero en la actualidad hacen bien con ser pastores de sí mismos. Por lo demás, confían el cuidado de las ovejas al propio Cristo o lo delegan en los vicarios y en los que ellos llaman «hermanos»³¹⁹. Ni siquiera recuerdan qué quiere decir su propio nombre, el término «obispo»³²⁰, que precisamente implica trabajo, preocupación y cuidado. Cuando se trata de atrapar dinero, entonces sí que hacen de obispos y *no tienen mala vista*³²¹.

[LVIII. LOS CARDENALES]

Del mismo modo, si los cardenales pensasen que son los sucesores de los apóstoles y que éstos les exigen lo mismo que ellos entregaron, y, además, que no son los dueños, sino los administradores de los bienes espirituales, de todos los cuales han de rendir cuentas con precisión un poco más tarde; más aún, si filosofasen un momento sobre su vestimenta y se preguntasen: «¿qué significa la blancura de la capa, sino la más alta y sublime pureza de vida?; ¿qué la púrpura de su interior, sino el ardentísimo amor a Dios?; ¿qué este manto amplio y ondulante que cubre por completo la mula de su Reverencia, aunque bastaría

para envolver incluso a un camello, sino el amor que se extiende por todas partes para ayudar a todos, es decir, para enseñar, animar, consolar, reprender, amonestar, arreglar conflictos, oponerse a los príncipes deshonestos e, incluso, derramar con gusto la sangre por el rebaño de Cristo, y no sólo las riquezas? Por otro lado, ¿de qué les pueden servir las riquezas a quienes hacen las veces de los menesterosos apóstoles?». Si tuviesen en cuenta estas cosas, repito, no ambicionarían tal posición y la dejarían de buen grado o, sin duda, llevarían una vida laboriosa y diligente, como la llevaron los apóstoles originales.

[LIX. LOS SUMOS PONTÍFICES]

A continuación, los sumos pontífices, que hacen las veces de Cristo. Si tratasen de emular su vida, a saber, su pobreza, fatigas, doctrina, su cruz y su desprecio de esta vida, si pensasen en el nombre de «papa», es decir, «padre» y en el tratamiento de «santísimo», ¿habrá algo más desdichado sobre la faz de la tierra? ¿Quién querría gastarse toda su fortuna en comprar ese puesto y una vez adquirido custodiarlo por medio de la espada, el veneno y todo tipo de violencia? ¿Cuántas ventajas les arrebataría si la sabiduría se adueñase de ellos una sola vez! ¿He dicho sabiduría? Incluso un grano de la famosa sal de la que hace mención Cristo³²². ¡Tantas riquezas, tantos honores, tanto poder, tantos triunfos, cargos, dispensas, tributos, indulgencias, caballos y mulas, tantos criados y tantos placeres! Ya veis cuánto mercado, cuánta cosecha y qué gran piélagos de bienes he incluido en unas pocas palabras. En su lugar, la sensatez traería vigiliás, ayunos, lágrimas, oraciones, sermones, estudios, jadeos y otras mil fatigas por el estilo.

Pero no hay que pasar por alto lo que sucedería: tantos escribanos, tantos amanuenses, tantos notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, palafreneros, banqueros, proxenetas y... —por poco se me llega a escapar algo más obsceno, pero temo que resulte demasiado duro para el oído—, en suma, tan

inmensa caterva de gente onerosa para la diócesis romana —me he equivocado, lo que quería decir es «honrosa»— pasaría hambre. Crimen, sin duda, inhumano y abominable, pero aún mucho más aborrecible sería que los mismísimos Príncipes de la Iglesia y verdaderas luminarias del mundo se viesan forzados a retomar el cayado y el zurrón.

Hoy día, en cambio, casi todo lo que implica un esfuerzo se pone en manos de san Pedro y san Pablo, que tienen tiempo libre de sobra. Y, en consecuencia, todo lo que implica esplendor y placer se lo quedan para ellos. Y así, gracias a mí, sucede que no hay casi ningún otro grupo humano que lleve una vida más muelle y menos sobresaltada por pensar que complacen sobremanera a Cristo con hacer de obispos en medio de esa pompa sagrada y casi teatral, con sus ceremonias, sus títulos de «Beatitud», «Reverencia» y «Santidad», y sus bendiciones y anatemas.

Hacer milagros es una antigualla pasada de moda y absolutamente impropia de estos tiempos; instruir al pueblo, fatigoso; interpretar las Sagradas Escrituras, cosa de escolásticos; rezar, una pérdida de tiempo; verter lágrimas, propio de pusilánimes y de mujeres; ser pobre, degradante; sufrir una derrota, vergonzoso y poco digno de quien ni a los reyes más importantes concede apenas el besarle sus santos pies; en última instancia, morir es espantoso y ser crucificado una ignominia.

Como armas quedan tan sólo las dulces bendiciones que recuerda Pablo³²³ —y qué generosos son, por cierto, con ellas— junto con los interdictos, suspensiones, excomuniones reiteradas, anatemas, pinturas vergonzantes y ese rayo terrorífico³²⁴ mediante el que, con un simple gesto, arrojan las almas de los mortales incluso más allá del Tártaro. Con todo, estos padres santísimos en Cristo y vicarios suyos no blanden este rayo contra nadie con mayor crueldad que contra quienes, tentados por el diablo, tratan de menguar y socavar el patrimonio de san Pedro. Y aunque él diga en el Evangelio «Lo hemos dejado todo y te hemos seguido»³²⁵, sin embargo, éstos llaman patrimonio del santo a las tierras, ciudades, tributos, portazgos y señoríos. Mientras andan

peleando por ellos a fuego y espada, encendidos de un fervor por Cristo y no sin un enorme gasto de sangre cristiana, es entonces cuando creen estar defendiendo apostólicamente a la Iglesia, esposa de Cristo, una vez derrotados con valentía los que ellos llaman sus enemigos. ¡Como si hubiese peores enemigos de la Iglesia que esos pontífices impíos que dejan que Cristo caiga en el olvido mediante su silencio, que lo enredan en sus leyes mercenarias³²⁶, lo adulteran con interpretaciones forzadas y lo degüellan con su conducta inmoral!

Por otro lado, como la Iglesia cristiana fue fundada, fortalecida y engrandecida con sangre, hoy día resuelven las cosas con la espada, igual que si hubiese muerto Cristo y no pudiese proteger a los suyos como Él sabe hacer. Y aunque la guerra sea algo tan cruel que es propio de las bestias, no de los seres humanos; tan insensata que incluso los poetas representan a las furias como sus inspiradoras; tan perniciosa que trae consigo de una sola vez la ruina total de las costumbres; tan injusta que los peores maleantes son los que suelen practicarla mejor; y tan impía que no tiene nada que ver con Cristo, a pesar de todo ello, lo dejan todo a un lado para dedicarse sólo a ella. Aquí pueden verse incluso viejos decrepitos mostrando un vigor propio del espíritu juvenil, sin arredrarse ante los gastos ni cansarse por la fatiga y sin que nada pueda desanimarles si tienen que poner patas arriba leyes, religión, paz y todas las cosas humanas³²⁷. Tampoco faltan aduladores cultivados capaces de llamar celo, piedad y valor a esta locura manifiesta, inventando la forma con que poder justificar que uno empuñe el hierro mortífero y hundirlo en las entrañas de su hermano, sin que por ello desaparezca aquella suprema caridad, que, por mandato de Cristo, debe todo cristiano a su prójimo.

[LX. LOS OBISPOS ALEMANES]

Todavía no tengo claro si con estas cosas dieron ejemplo o más bien lo tomaron de ahí ciertos obispos alemanes que con

una mayor sencillez, incluso renunciando al culto, a las bendiciones y ese tipo de ceremonias, llevan una vida de verdaderos sátrapas³²⁸ hasta el punto de creer casi una cobardía y poco digno de un obispo entregar su valiente alma por Dios en otro sitio que no sea el campo de batalla.

Además, la masa de los sacerdotes, considerando sacrílego desmerecer de la santidad de sus prelados, ¡bravo!, ¡con qué marcialidad pelean en defensa de sus diezmos sirviéndose de espadas, lanzas, piedras y todo tipo de armas! ¡Qué agudeza de vista demuestran en sacar de los viejos escritos algo con lo que asustar a las gentes sencillas y convencerlas de que deben pagar algo más que el diezmo! En cambio, mientras tanto, no paran mientes en lo mucho que se lee en todas partes sobre la obligación que por su parte tienen contraída para con el pueblo. Ni siquiera su tonsura les recuerda que los sacerdotes deben estar exentos de todas las pasiones de este mundo y no pensar en nada más que en las cosas del cielo. Pero, como hombres amables que son, dicen haber cumplido cabalmente con su deber con haber masculado de cualquier modo esas jaculatorias tuyas, que, ¡por Hércules!, me pregunto si algún dios oye o entiende, puesto que casi ni ellos mismos las oyen y entienden, aunque las profieran a grito pelado.

Sin embargo, los sacerdotes y los laicos tienen en común esto, que todos están pendientes de la cosecha de sus ingresos y nadie ignora las leyes que hay al respecto. Por lo demás, si hay alguna carga, tienen el buen juicio de echarla sobre hombros ajenos y se la pasan unos a otros como si fuese una pelota. Igual que también los príncipes legos delegan en sus representantes el papel de administrar el reino, y éstos a su vez en los suyos, del mismo modo los sacerdotes, por modestia, dejan todo cuidado de la devoción en manos del pueblo. El pueblo se lo pasa a los que llama «eclesiásticos», como si él no tuviera nada que ver en absoluto con la Iglesia³²⁹ y como si los votos bautismales no tuviesen ningún significado. A su vez, los sacerdotes que se llama seculares, como si se hubiesen iniciado en el mundo y no en

Cristo, descargan este peso sobre los regulares, los regulares sobre los monjes, los monjes menos observantes sobre los más austeros; y todos ellos, a la vez, sobre las órdenes mendicantes y éstas sobre los cartujos, los únicos en los que yace escondida la devoción, y tan escondida está que apenas se la puede ver jamás.

De igual forma, los papas, cuidadosísimos en recolectar dinero, delegan esas fatigas demasiado apostólicas en los obispos, los obispos en los párrocos, los párrocos en sus vicarios y éstos en los frailes mendicantes. Estos últimos, a su vez, se lo pasan a quienes esquilan la lana de las ovejas.

Pero no es mi propósito escudriñar aquí la vida de pontífices y sacerdotes, no vaya a ser que alguien crea que estoy urdiendo una sátira en vez de recitar un elogio, o piense alguien que al alabar a los príncipes deshonestos estoy censurando a los honrados. Al contrario, he tocado estos asuntos brevemente para que quedase claro que no hay ningún mortal que pueda vivir feliz si no está iniciado en mis misterios y no cuenta con mi simpatía.

[LXI. LA FORTUNA FAVORECE A LOS ESTÚPIDOS]

Porque, ¿cómo iba a ser si no, cuando la propia Ramnusia³³⁰, dispensadora de la fortuna entre los hombres, está tan de acuerdo conmigo que ha sido siempre enemiga acérrima de esos sabios y, por el contrario, a los necios los ha colmado de beneficios hasta cuando están dormidos? Conocéis al famoso Timoteo, cuyo nombre viene también de aquí³³¹, y el refrán que dice «La nasa del pescador que duerme coge peces»³³². O aquel otro que dice «La lechuza está volando»³³³. En cambio, a los sabios les corresponde aquello de «nacidos al cuarto mes»³³⁴, «tiene el caballo de Seyo»³³⁵ y «el oro de Tolosa»³³⁶. Pero dejo ya de *refrenar*³³⁷, no sea que parezca que estoy saqueando los apuntes de mi querido Erasmo³³⁸.

Así que volvamos al tema. La Fortuna ama a los poco cuerdos, ama a los que se pasan en su osadía y a los que les parece

bien eso de «todos los dados sean echados»³³⁹. Por el contrario, la Sabiduría los vuelve timoratos y es por eso que por lo general veis asociados a los sabios con la pobreza, el hambre y el olor a humo, viviendo despreciados, desconocidos y mal vistos, mientras a los idiotas les afluye el dinero, tienen en sus manos el timón del Estado, en resumen, prosperan de todas las formas.

En efecto, si uno considera dichoso haber agradado a los príncipes y pasar el tiempo entre esos dioses enojados de mi gremio, ¿hay algo más inútil que la sabiduría o, mejor dicho, algo más reprobado por esta clase de personas? Si se trata de hacerse con riquezas, ¿qué beneficio va a conseguir el comerciante si, con la sabiduría como guía, le molesta el perjurio, si se ruboriza cuando se le pilla en un renuncio, si les da aunque sólo sea un poquito de importancia a esos escrúpulos que le produce robar y especular? Por otro lado, si alguien ambiciona los honores y riquezas de la Iglesia, antes llegará a ellos un pollino o un buey que un sabio³⁴⁰. Si te dejas llevar por los placeres, las muchachas, principales protagonistas de esta comedia, se entregan de todo corazón a los tontos y se espantan y huyen de los sabios igual que de un escorpión. En definitiva, quienquiera que se disponga a vivir con un algo más de alegría y diversión, empieza por dejar fuera a los sabios y prefieren que se le acerque cualquier otro animal.

En resumen, adondequiera que vuelvas los ojos, entre papas, príncipes, jueces, magistrados, amigos, enemigos, de alta o baja estofa, todo se consigue si hay dinero a la vista, y, como el sabio lo desprecia, se han acostumbrado a apartarse con todo cuidado de su camino.

Pero, aunque mis alabanzas no tengan medida ni fin, es preciso, sin embargo, que mi declamación sí lo tenga alguna vez. Así que voy a terminar de hablar, no sin antes demostrar en pocas palabras que hay grandes autores que me han celebrado tanto de palabra como de obra, para que nadie crea que me halago sólo a mí misma como una tonta y los leguleyos no me calumnien diciendo que no presento ningún alegato. Por lo tanto,

lo presentaré siguiendo su propio ejemplo, es decir, *nada que ver con el asunto*³⁴¹.

[LXII. TESTIMONIOS DE LA ANTIGÜEDAD]

En primer lugar, todo el mundo acepta ese conocidísimo dicho de «Dime de qué presumes y te diré de qué careces»³⁴². Y por eso con razón se les enseña a los niños enseguida la máxima «Fingir estupidez oportunamente es la mayor sabiduría». Vosotros mismos podéis suponer el bien tan inmenso que es la estupidez cuando incluso imitar su sola imagen merece tanta estima de los sabios. Pero con mucha mayor franqueza nos manda aquel famoso cerdo de la piara de Epicuro bien cebado y lustroso mezclar «la sandez con el buen seso», aunque no es muy juicioso al añadir «por poco tiempo»³⁴³. En otro lugar dice: «Cosa grata es tontear a su debido momento»³⁴⁴. De nuevo, en otro pasaje, prefiere «parecer bobo y paleta que darse cuenta de ello y rabiar»³⁴⁵.

Ya en Homero Telémaco, a quien el poeta elogia de todas las formas posibles, de vez en cuando recibe el apelativo de «tonto»³⁴⁶, y los dramaturgos suelen llamar de la misma manera a niños y jóvenes como si fuese señal de buena suerte. Porque, ¿de qué otra cosa trata el sagrado poema de la *Iliada* sino de las iras³⁴⁷ de reyes y pueblos estúpidos? Además, ¿hay algún elogio más rotundo que el de Cicerón cuando dice «El mundo está lleno de idiotas»³⁴⁸? ¿Es que hay alguien que no sepa que cuanto más extendido esté un bien tanto mayor es su importancia?

[LXIII. TESTIMONIOS SACADOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS]

Sin embargo, puede que para los cristianos la autoridad de éstos sea de poco peso. Por consiguiente, si os parece bien, apoyemos mi elogio también en el testimonio de las Sagradas Escrituras o, como suelen decir los cultos, fundémonos en ellas. Primero

pidiéndoles permiso a los teólogos para que nos den su aprobación; luego, puesto que estamos acometiendo una difícil empresa y tal vez sea indecoroso volver a llamar a las musas para que emprendan tan largo viaje desde el Helicón —sobre todo tratándose de un asunto que no tiene nada que ver con ellas—, quizá convendría desear que, mientras hago el papel de teóloga y me meto por medio de esta espinosa senda, el alma de Escoto, más espinosa que cualquier puercoespín o erizo, pasase por unos momentos de su querida Sorbona a mi pecho³⁴⁹, y que entonces regrese adonde le dé la gana, aunque sea *a hacer puñetas*³⁵⁰.

¡Ojalá pudiese cambiar la expresión de mi cara y vestir un atuendo teológico! Pero temo que alguien me acuse de hurto, por poseer tan profundo saber teológico, como si hubiese saqueado a hurtadillas los anaqueles de Nuestros Maestros, aunque no debe sorprender tanto que yo haya adquirido alguna cosa tras un trato tan prolongado y tan íntimo con los teólogos, puesto que también el famoso dios Príapo, hecho de madera de higuera, llegó a observar y retener algunas palabras griegas que le escuchaba a su dueño leer; y el gallo de Luciano, tras largo trato con los hombres, aprendió el lenguaje humano con soltura. Pero volvamos ya a nuestro tema, si los auspicios nos acompañan.

Escribió el Eclesiastés en su primer capítulo: «Infinito es el número de los tontos»³⁵¹. Cuando señala que este número es infinito, ¿no os parece que incluye a todos los mortales, exceptuados tan sólo unos pocos que no sé si alguien ha tenido la suerte de ver? Pero con mayor sinceridad lo reconoce Jeremías en el capítulo X, cuando dice: «Todo hombre se ha vuelto estúpido a causa de su sabiduría»³⁵². Sólo le concede la sabiduría a Dios, dejando la idiotez para el conjunto de los seres humanos. Y, de nuevo, un poco antes: «Que el hombre no alardee de su sabiduría»³⁵³. ¿Por qué no quieres que el hombre se ufane de su sabiduría, mi querido Jeremías? «Evidentemente, —dirá él— porque no tiene sabiduría.»

Pero vuelvo al Eclesiastés. Cuando éste exclama «Vanidad de vanidades y todo vanidad»³⁵⁴, ¿qué otra cosa creéis que quiso

decir sino —como ya hemos dicho— que la vida humana no es más que un pasatiempo de la Estupidez? Es evidente que con su voto apoya el elogio de Cicerón, y con toda razón ensalza aquello que hace poco hemos citado: «El mundo está lleno de idiotas». De nuevo aparece aquel sabio del Eclesiástico, que dijo: «El necio cambia como la luna, el sabio permanece firme como el sol»³⁵⁵. ¿Qué otra cosa está sugiriendo sino que el género humano es necio en su totalidad y el nombre de sabio sólo le corresponde a Dios? Porque por la luna se entiende la naturaleza humana y por el sol la fuente de toda luz, que es Dios. Esto lo confirma el hecho de que el propio Cristo niegue en el Evangelio que haya que llamar bueno a nadie más que a Dios³⁵⁶. Por lo tanto, si es tonto quien no es sabio y quienquiera que sea bueno también es sabio —según dicen los estoicos—, es forzoso que la Estupidez abarque a todos los mortales³⁵⁷.

Nuevamente, afirma Salomón en el capítulo XV de los *Proverbios* que «La estupidez es un gozo para el estúpido»³⁵⁸, es decir, confiesa abiertamente que sin ella no hay nada agradable en la vida. A eso mismo se refiere también aquello de «Quien aumenta su conocimiento aumenta su pesar y en el mucho juicio hay mucho sufrimiento»³⁵⁹. ¿Acaso no reconoce abiertamente eso mismo el famoso predicador en el capítulo VII, cuando dice: «El corazón de los sabios es la casa de la tristeza y el de los tontos la casa de la alegría»³⁶⁰? Y por eso no le bastó con aprender la sabiduría de cabo a rabo sin tener también un conocimiento de mi persona. Pero si me concedéis poco crédito, escuchad sus propias palabras que escribió en el capítulo I: «Y entregué mi corazón para conocer la sensatez y la doctrina, los errores y la necesidad»³⁶¹. En este pasaje conviene advertir que el hecho de que coloque a la estupidez en último lugar redundará en su elogio. El *Eclesiastés* dejó escrito —y sabéis que ése es el orden eclesiástico— que el primero en dignidad ha de ocupar el último puesto, recordando incluso los preceptos del Evangelio³⁶².

Pero que la Estupidez es más importante que la Sabiduría también lo atestigua el Eclesiástico, quienquiera que éste fuese,

en el capítulo XLIV³⁶³. Pero, ¡por Hércules!, no voy a decir sus palabras hasta que me ayudéis en mi *introducción*³⁶⁴ con una respuesta adecuada, como hacen en Platón los que polemizan con Sócrates. ¿Qué conviene guardar más, lo escaso y valioso o lo vulgar y barato? ¿Por qué guardáis silencio? Aunque disimuléis, responderá por vosotros el famoso proverbio griego que dice «Dejad el cántaro a la puerta»³⁶⁵. Y, para que nadie lo rechace impiamente, sabed que lo cita Aristóteles, el dios de nuestros maestros. ¿O es que alguno de vosotros es tan tonto como para dejar en la calle el oro y las joyas? No lo creo yo, por Hércules. Los guardáis en los escondrijos más inaccesibles y —no siendo eso suficiente— en los rincones más recónditos de cajas de máxima seguridad, mientras que abandonáis la basura a la vista de todos. Luego, si lo que tiene más valor se esconde y lo más despreciable se deja a la vista, ¿acaso no queda claro que la sabiduría que él prohíbe esconder tiene menos valor que la estupidez que manda ocultar?³⁶⁶ Pero aquí tenéis ya el testimonio de sus palabras: «Mejor es el hombre que esconde su necesidad que el que esconde su sabiduría».

Además, las Sagradas Escrituras atribuyen al estúpido la pureza de espíritu, porque el sabio no considera a nadie igual a él. Así, en efecto, entiendo lo que escribe el Eclesiastés en el capítulo XI: «En cambio, cuando el necio va andando por la calle, como él mismo es un idiota, cree que todos también lo son»³⁶⁷. ¿Acaso no es signo de una pureza sublime el igualar a todos con uno mismo y, aunque no haya nadie que no tenga una gran opinión de sí mismo, compartir con todos los méritos propios? Por eso el rey Salomón tampoco se avergonzó tanto de este apelativo, cuando dice en el capítulo XXX: «Soy el más necio de los hombres»³⁶⁸. También san Pablo, maestro de los gentiles, acepta de grado el calificativo de tonto en su *Carta a los corintios*: «Hablo como un necio, pero lo soy aún más»³⁶⁹, como si fuese una ofensa que le superasen en estupidez.

Pero, entretanto, me salen al paso con sus gritos algunos he-lenistillas que se dedican a sacarles los ojos a las cornejas³⁷⁰ —es

decir, a tantos teólogos de nuestro tiempo— mientras ofuscan a los demás con sus comentarios como si fuesen cortinas de humo. El que ocupa, si no el primero, desde luego sí el segundo puesto en este rebaño es mi querido Erasmo, a quien con frecuencia nombro para honrarle. «¡Oh, qué cita tan verdaderamente tonta y digna de la Estupidez! —dicen ellos—. Lo que el apóstol pensaba es muy distinto a lo que tú imaginas. Con estas palabras no daba a entender que fuese más tonto que los demás, sino que dijo “Son servidores de Cristo, y yo también”; y, como con algo de orgullo a este respecto se habría puesto a la altura del resto, rectificó diciendo “y yo lo soy más”, al darse cuenta de que no sólo era parejo a los otros apóstoles en el ministerio evangélico, sino incluso un tanto superior. Y como quería que su afirmación pareciese sincera y, no obstante, no ofendiese los oídos con su arrogancia, se parapetó tras el pretexto de la idiotez “Hablo como quien es menos sabio”, porque opinaba que es prerrogativa de los tontos ser los únicos que pueden decir la verdad sin molestar.»

Pero les dejo a ellos que debatan qué es lo que san Pablo entendió al escribir esto. Yo sigo a estos grandes, lustrosos y gordos teólogos, apreciadísimos por la gente, con quienes una gran parte de los eruditos prefiere estar equivocada —¡voto a Zeus!— a estar en lo cierto con estos sabios trilingües³⁷¹. Ninguno de ellos estima a esos ridículos helenistas más que a unos simples grajos³⁷² —sobre todo cuando cierto teólogo famoso, cuyo nombre tengo la prudencia de callar para que los grajillos de mi partido no le echen en cara inmediatamente el denuesto griego de «un asno con la lira»³⁷³, al explicar magistral y teologalmente este pasaje, hace un nuevo capítulo a partir de la frase «Hablo como quien es menos sabio; yo lo soy más» y añade un nuevo apartado como sólo podría hacerse con una excepcional dialéctica, ofreciendo una interpretación como la que sigue (y paso a transcribir sus propias palabras tanto en su fondo como en su forma): «“Hablo como quien es menos sabio”, es decir, “Si os parezco un necio al equipararme a los falsos apóstoles, aún os lo pareceré más al ponerme por delante de ellos”». Poco después,

sin embargo, como olvidándose de sí mismo, pasa a una interpretación diferente.

[LXIV. LOS MALOS EXEGETAS DE LAS PALABRAS
DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS]

Pero ¿por qué constreñir mi defensa con un solo ejemplo cuando es derecho comúnmente aceptado de los teólogos estirar el cielo, o sea, las Sagradas Escrituras, como si de una piel se tratase; cuando en los textos de san Pablo se contradicen entre sí algunas palabras de las Escrituras, que, puestas en su contexto, no ofrecen ningún problema —si hemos de creer a san Jerónimo, *el de las cinco lenguas*³⁷⁴—; cuando, estando el apóstol en Atenas, vio por casualidad la inscripción de un altar y la tergiversó como argumento de la fe cristiana y, omitiendo todas las demás palabras que le molestaban, tan sólo seleccionó las dos últimas, a saber, *IGNOTO DEO* «al Dios desconocido» y, además, incluso las alteró algo, puesto que la inscripción en su integridad decía así: A LOS DIOSES DE ASIA, EUROPA Y ÁFRICA, A LOS DIOSES DESCONOCIDOS Y EXTRANJEROS.³⁷⁵ Siguiendo —según creo— su ejemplo, hoy día y por todas partes *los hijos de los teólogos*³⁷⁶ van arrancando de diferentes lados cuatro o cinco palabrejas e incluso, si les hace falta, las adulteran para acomodarlas a lo que les conviene, aunque lo anterior y lo que sigue no tenga absolutamente nada que ver con el caso o, incluso, lo contradiga. Y lo hacen con un descaro tan alegre que a menudo los teólogos son objeto de la envidia de los jurisconsultos.

Porque, ¿hay alguna cosa que no les vaya a salir bien a éstos, ahora que el gran...³⁷⁷ —casi se me escapa su nombre, pero otra vez me da miedo ese refrán griego— ha sacado de las palabras de san Lucas un sentido que se aviene al espíritu cristiano tanto como el agua al fuego? En efecto, cuando le apremiaba la hora del último peligro, que es el momento en el que los vasallos leales suelen acompañar a sus señores y *combatir codo con codo*³⁷⁸

con todos los recursos a su disposición, Cristo, tratando de quitar del corazón de los suyos toda confianza en este tipo de ayudas, les preguntó si en algún momento les había faltado algo, cuando los había enviado tan desabastecidos de provisiones para el viaje que ni siquiera los había pertrechado de calzado con el que defenderse de las espinas y guijarros del camino ni de un zurrón contra el hambre. Al responder ellos que no les había faltado nada, añadió: «Pues ahora —dijo—, el que tenga una bolsa, que la coja, y otro tanto con el zurrón; y el que no la tenga, que venda su manto y compre una espada»³⁷⁹. Habida cuenta de que la doctrina cristiana en su totalidad no insiste en otra cosa que en la mansedumbre, la paciencia y el desprecio de esta vida, ¿hay alguien que no vea claro cuál es el sentido de este pasaje? Precisamente, Cristo pretendía desarmar aún más a sus emisarios, para que no sólo desechasen el calzado y el zurrón, sino que, además, se desprendiesen de su manto, y, desnudos y totalmente desembarazados, se dedicasen a su misión evangelizadora, provistos tan sólo de una espada, pero no la espada de la que se sirven ladrones y parricidas para cometer sus tropelías, sino la espada del espíritu que penetra en lo más profundo del corazón y que de un solo tajo corta todas las pasiones de manera que ya no les interese otra cosa más que la piedad.

Ahora bien, os ruego que veáis hasta qué punto distorsiona estas palabras ese famoso teólogo. Por «espada» entiende la defensa contra la persecución y por la «bolsa» una provisión suficiente de víveres, como si Cristo, tras modificar su parecer en el sentido contrario, estuviese retractándose de sus instrucciones anteriores por parecerle que había enviado a sus predicadores equipados con poca *suntuosidad*³⁸⁰. O como si, olvidándose de que les había dicho que serían bienaventurados cuando sufriesen injurias, afrentas y tormentos³⁸¹, prohibiéndoles que se enfrentasen al mal pues sólo los mansos son dichosos, no los feroces; y olvidándose de que los había invitado a seguir el ejemplo de los pájaros y los lirios³⁸², no quisiera ahora verlos partir sin espada, hasta el extremo de mandarlos comprar una vendiendo su manto y preferir que fue-

sen desnudos antes que desarmados. Además, del mismo modo que él cree que bajo el nombre de espada está contenido todo lo relacionado con el rechazo de la violencia, la bolsa comprende todo lo relacionado con las necesidades vitales.

Y ésta es la manera en que este exegeta del pensamiento divino envía a los apóstoles a predicar al Crucificado pertrechados de lanzas, ballestas, hondas y bombardas. También los carga de arcas, maletas y fardos para que puedan salir de la posada aunque no hayan almorzado. Tampoco ha impresionado a este individuo que la espada que con tanta insistencia había mandado comprar Jesús, al momento ordene entre reproches envainarla³⁸³, y que nunca se haya oído que los apóstoles usasen espadas y escudos contra los ataques de los paganos, como seguramente habrían hecho si Cristo hubiese tenido la intención que éste interpreta.

Hay otro —que no nombro por respeto a su honor— de gran reputación³⁸⁴, que ha tomado las palabras que menciona Habacuc sobre las tiendas, «se sobrecojerán las pieles de la tierra de Madián»³⁸⁵, para referirse a la piel de san Bartolomé desollado.

Yo misma asistí hace poco a una discusión teológica —pues es algo que suelo hacer con frecuencia—. Allí, como había uno que pretendía saber cuál era, en definitiva, el pasaje de las Sagradas Escrituras que mandaba derrotar a los herejes en la hoguera más que convencerlos mediante el debate, un cierto anciano, adusto y, como su propio ceño indicaba, teólogo, respondió con gran irritación que ese precepto lo había propuesto el apóstol san Pablo cuando dijo: «Evita al hereje tras una primera y una segunda amonestación»³⁸⁶. Y como modulaba estas palabras una y otra vez y la mayoría de los allí presentes se preguntaba qué le había sucedido a aquel hombre, por fin terminó dando la explicación de que había que privar al hereje «de su vida»³⁸⁷. Rieron algunos y, sin embargo, había incluso quienes consideraban este comentario totalmente teológico. Por lo demás, entre las protestas de algunos se levantó a hablar un *tenedio*³⁸⁸ —como se suele decir— *abogado*³⁸⁹ y doctor irrefragable: «Escuchad una cosa —dijo—. Está escrito “No tolereis que el malvado viva”. Todo hereje es malvado, lue-

go...». Todos cuantos allí había quedaron pasmados del ingenio de aquel hombre y fueron corriendo con calzado y todo a abrazar su parecer³⁹⁰. Pero a nadie se le ocurrió que este precepto se refería a videntes, hechiceros y magos, a quienes los hebreos llaman en su lengua *mekasēfim*³⁹¹; de lo contrario, habría que castigar con la pena de muerte a fornicadores y borrachos.

[LXV. ÍDEM]

Pero estoy haciendo el tonto en continuar con ejemplos tan numerosos que no podrían caber todos en los volúmenes que escribieron Crisipo y Dídimo³⁹². Solamente pretendía que tuvierais presente que, puesto que se les ha permitido a esos maestros, también es justo perdonarme a mí —que sin duda soy una *teóloga de pacotilla*³⁹³— el que lo cite todo con menor exactitud. Ahora vuelvo a san Pablo: «Soportáis a los necios de buen grado»³⁹⁴, dice hablando de sí mismo, y añade de nuevo «Tomadme como a un mentecato»³⁹⁵, y «No hablo inspirado por Dios, sino como en un estado de estupidez»³⁹⁶. De nuevo dice en otro lugar: «Nosotros somos necios por Cristo»³⁹⁷.

Ya habéis visto qué gran halago para la Estupidez y qué autor lo hace. ¿Y qué decir cuando el mismo Pablo aconseja abiertamente la estupidez como cosa muy necesaria y extraordinariamente beneficiosa?: «Quien de entre vosotros parece sabio, que se vuelva necio para poder ser sabio»³⁹⁸. Y en san Lucas Jesús llama estúpidos a dos discípulos a los que se unió en su camino³⁹⁹. No sé si parecerá extraño que san Pablo le atribuya algo de necedad incluso a Dios, cuando dice: «La necedad de Dios es más sabia que los hombres»⁴⁰⁰. Por otra parte, Orígenes en su comentario⁴⁰¹ se opone a que pueda relacionarse esta estupidez con el concepto que de ella tienen los hombres, que es la del siguiente tipo: «El mensaje de la cruz sin duda es una tontería para los que se descarrían»⁴⁰².

Pero ¿para qué angustiarme a lo tonto en seguir demostrando esto con tantos testimonios, cuando en los Sagrados Salmos el

propio Cristo le dice claramente a su Padre: «Tú conoces mi estupidez»⁴⁰³? Tampoco es fortuito que a Dios le hayan agradado de tal manera los necios. Creo yo que la razón de ello es la siguiente: del mismo modo que los grandes príncipes tienen por sospechosos y antipáticos a quienes son demasiado sensatos —como Julio César a Bruto y Casio, mientras que, sin embargo, no tenía ningún miedo del borrachín de Antonio; o como Nerón a Séneca y Dionisio a Platón⁴⁰⁴— y, en cambio, se deleitan con los espíritus más burdos y simples, igualmente Cristo detesta y condena en todo momento a esos *sabios*⁴⁰⁵ y a quienes se engríen de su buen seso. De ello da testimonio san Pablo con total claridad cuando dice: «Dios ha elegido las cosas tontas del mundo»⁴⁰⁶ y cuando dice que «a Dios le pareció bien salvar al mundo por medio de la necedad»⁴⁰⁷, dado que por medio de la sabiduría no podía repararse. Más aún, el mismo Dios lo deja bastante claro, cuando clama por boca del profeta: «Destruiré la sabiduría de los sabios y condenaré la sensatez de los sensatos»⁴⁰⁸. De nuevo, cuando Cristo le da las gracias por haber ocultado a los sabios el misterio de la salvación y habérselo revelado, en cambio, a los niños pequeños, es decir, a los necios, pues en griego «pequeñuelos» se dice «necios»⁴⁰⁹, a quienes opuso a los *sabios*⁴¹⁰. Con esto tiene que ver que a lo largo de todo el Evangelio ataque a los fariseos, escribas y doctores en leyes y, en cambio, proteja con esmero a la muchedumbre ignorante. Porque, ¿qué otra cosa quiere decir «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!»⁴¹¹ más que «¡Ay de vosotros, sabios!»? En cambio, parece encantadísimo con los niños, las mujeres y los pescadores. Por lo demás, incluso de entre las bestias las que más agradan a Cristo son las que más se apartan de la astucia de la zorra. Y por eso prefirió montar sobre un asno —aunque, si así lo hubiese querido, habría podido hacerlo aun a lomos de un león sin ningún peligro— y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma, no de águila o milano. Además, en las Sagradas Escrituras se menciona continuamente a ciervos, muleros y corderos. Igualmente, a quienes están destinados a la vida eterna los llama «ovejas»⁴¹², y, ciertamente, no hay otro animal más estúpido que

éste, como bien lo prueba el refrán que aparece en Aristóteles «carácter de borrego»⁴¹³, frase que suele decirse como insulto contra necios y torpes porque alude a la estupidez de este animal. Y, sin embargo, Cristo se proclama pastor de este rebaño, e incluso le agradó el nombre de «cordero», cuando Juan el Bautista le anunció diciendo: «Este es el cordero de Dios»⁴¹⁴, denominación que también aparece a menudo en el Apocalipsis⁴¹⁵.

¿Qué nos está diciendo a voces todo esto sino que todos los mortales son unos insensatos, incluso los devotos? El propio Cristo, para venir en ayuda de la estupidez humana, a pesar de ser él la sabiduría del Padre, de algún modo, sin embargo, se volvió tonto, cuando asumió la naturaleza humana y se le vio con aspecto de hombre. De la misma forma que se hizo pecado para poder redimirnos de los pecados⁴¹⁶. Y no quiso hacerlo con otro medio que no fuese la locura de la cruz⁴¹⁷ y unos apóstoles burdos y simples, a quienes recomienda con cuidado ser ignorantes y desaconseja ser sabios, cuando los llama a seguir el ejemplo de los niños, los lirios, el grano de mostaza y los pajaritos⁴¹⁸, cosas todas ellas simples y sin seso, que pasan la vida con sólo su instinto, sin afectación ni preocupación alguna; y, también, cuando les prohíbe que se preocupen por lo que han de decir ante los dirigentes y cuando se opone a que analicen los tiempos y los momentos⁴¹⁹, o sea, que no se ufanen de su buen juicio y dependan por completo de él.

Con esto mismo se relaciona que el Dios aquel que creó el mundo les prohibía probar del árbol de la sabiduría⁴²⁰, como si ésta fuese un veneno para la felicidad. Por otro lado, san Pablo condena abiertamente la ciencia como algo hinchado y perjudicial⁴²¹. Y me parece que san Bernardo sigue este parecer, cuando interpreta la montaña en la que Lucifer había establecido su trono como el monte de la sabiduría⁴²².

Tal vez tampoco parezca adecuado pasar por alto el argumento de que la Estupidez tiene el favor del cielo, porque a ella se le concede el perdón de sus faltas, mientras que al sabio no se le perdona; de ahí viene que los que suplican perdón, aunque hayan pecado conscientemente, alegan, sin embargo, la estupidez como pretexto

con el que defenderse. En efecto, así es como Aarón intercede ante el castigo de su esposa —si mal no recuerdo— en el libro de los Números: «Te lo ruego, mi señor, no nos tengas en cuenta este pecado que hemos cometido de forma insensata»⁴²³. Así también se excusa Saúl de su culpa ante David, cuando dice: «Está claro que he actuado como un necio»⁴²⁴. Por su parte, el propio David apacigua al Señor de esta forma: «Te ruego, Señor, que no tengas en cuenta la maldad de tu siervo, porque he actuado como un idiota»⁴²⁵, como si temiese no conseguir el perdón si no pretextaba estupidez e ignorancia. Pero mucho más convincente es el hecho de que estando Cristo en la cruz, al rogar por sus enemigos con las palabras «Padre, perdónalos», no alegó otra excusa que la de ignorancia: «porque no saben lo que hacen»⁴²⁶. En el mismo sentido escribe san Pablo a Timoteo: «Pero he alcanzado la misericordia divina porque, en mi incredulidad, obré como un ignorante»⁴²⁷. ¿Qué quiere decir «obré como un ignorante» sino obré con estupidez, sin malicia? ¿Qué significa «he alcanzado la misericordia divina» sino que no la habría alcanzado de no haberse amparado en la insensatez? En nuestro favor vienen también las palabras del piadoso Salmista, que no me venían a la cabeza en el momento adecuado: «No te acuerdes de las faltas de mi juventud ni de mis ignorancias»⁴²⁸. Acabáis de oír las dos excusas que alega: la edad de la juventud, cuya compañía frecuento siempre, y las ignorancias, que, además, va en plural para que nos percatemos del inmenso poder de la Estupidez.

[LXVI. PARECE QUE LA RELIGIÓN CRISTIANA GUARDA
ALGÚN PARENTESCO CON LA ESTUPIDEZ]

Y para no seguir enumerando lo que no tiene fin e ir resumiendo, es evidente que la religión cristiana en su conjunto mantiene un cierto parentesco con una parte de la estupidez y no tiene nada que ver con la sabiduría. Si deseáis pruebas de ello, observad en primer lugar que los niños, los viejos, las mujeres y los bobos disfrutan de las cosas relativas al culto religioso mucho más que los demás, y por

eso siempre están pegados a los altares, debido a su solo instinto natural⁴²⁹. Además, ya veis cómo aquellos primeros fundadores de la religión, que abrazaron la sencillez, fueron enemigos acérrimos de las letras. Por último, no hay locos más rematados que éstos a quienes el fervor de la piedad cristiana arrebató por completo y de una vez para siempre: hasta tal extremo derrochan sus pertenencias; hacen caso omiso de las ofensas; aguantan que se les mienta, sin que haya diferencia alguna entre amigos y enemigos; los horroriza el placer; se nutren de ayunos, vigiliás, lágrimas, fatigas e insultos; la vida los hastía y únicamente desean la muerte; resumiendo, parece que se han vuelto definitivamente insensibles a todo sentido común, como si su espíritu viviese en otro sitio y no en su cuerpo⁴³⁰. ¿Y qué es todo esto sino estar loco? Por ello no debe sorprendernos que los apóstoles pareciesen embriagados de vino dulce⁴³¹ o que Festo juzgase a san Pablo como un loco⁴³².

Pero ahora que ya me he puesto *la piel de león*⁴³³, venga, dejadme que os demuestre también que esa felicidad de los cristianos que con tanto denuedo buscan no es más que un cierto tipo de locura y necedad —y que mis palabras no ofendan a nadie, juzgad más bien su sentido—. Para empezar, los cristianos convienen totalmente con los platónicos en que el espíritu está oculto y ligado por los lazos corporales y que la propia pesadez del cuerpo le impide contemplar y gozar de las cosas como son en realidad⁴³⁴. En consecuencia, Platón define la filosofía como una meditación sobre la muerte, porque aparta la mente de las cosas visibles y corpóreas, que es lo mismo que hace la muerte⁴³⁵. De este modo, mientras el espíritu hace buen uso de los órganos del cuerpo, se dice que está en sus cabales, pero una vez que se han roto esos lazos y trata de procurarse la libertad, y, por así decirlo, planea huir de esta cárcel del cuerpo, entonces lo llaman locura. Y si casualmente ello sucede por enfermedad o defecto orgánico, definitivamente todos están de acuerdo en que se trata de locura. Y, no obstante, podemos ver a este tipo de personas predecir el futuro, tener un conocimiento de lenguas y de literatura que hasta entonces jamás habían aprendido y tener una apariencia decididamente

divina⁴³⁶. No cabe duda de que esto sucede porque la mente, al estar algo más libre de la influencia del cuerpo, empieza a poner en práctica sus capacidades naturales. Ese creo yo que es el mismo motivo por el que los que están agonizando ante una muerte inminente suelen experimentar algo parecido, cuando dicen cosas prodigiosas como si estuviesen en trance. Una vez más, si eso sucede debido al fervor de la fe, puede que no se trate de la misma clase de locura, pero sí es tan parecida que la mayor parte de la gente la considera pura demencia, sobre todo habida cuenta de que son sólo unos pocos los hombrecillos que difieren en todos los aspectos de su vida del resto de los mortales.

Y así suele ocurrirles —creo yo— lo mismo que les sucede a los que aparecen en el mito platónico, que, encadenados en el interior de una caverna, se pasman ante las sombras de las cosas, o a aquel otro fugado que, una vez vuelto a la cueva, asegura haber visto las cosas reales y que quienes no creen más que en unas míseras sombras están totalmente equivocados. En efecto, este sabio los compadece y lamenta esa locura que los mantiene sumidos en tan grave error. Ellos, por su parte, se ríen de él como de quien desvaría y lo apartan de su lado.

De la misma manera, el común de la gente admira muy especialmente las cosas más corpóreas y casi cree que son las únicas que existen. Por el contrario, los devotos, cuanto más ligado está algo a lo corporal, tanto más lo desprecian, y se entregan en cuerpo y alma a la contemplación de lo invisible. Porque los primeros les dan el papel protagonista a las riquezas, el siguiente a las satisfacciones corporales y el último lugar se lo dejan al espíritu, que, de cualquier forma, la mayoría no cree ni que exista puesto que la vista no puede apreciarlo. Los otros, al revés, en primer lugar dirigen todos sus esfuerzos hacia Dios, el ser más sencillo de todos, y después hacia el espíritu, que es lo que más se le acerca. Descuidan las atenciones corporales, desprecian y evitan por completo el dinero como basura y, si se ven obligados a tratar semejantes asuntos, lo hacen a regañadientes y con asco, lo tienen como si no lo tuviesen y lo poseen como si no lo poseyesen.

Más aún, entre ellos se encuentran grados muy diversos en cada aspecto concreto. Para empezar, aunque los sentidos estén todos relacionados con el cuerpo, sin embargo, algunos de ellos son más groseros, como el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto, y otros son menos físicos, como la memoria, la inteligencia y la voluntad. Por lo tanto, el espíritu tiene más vigor allí donde se concentra su esfuerzo. Los devotos, como toda la energía de su espíritu se dirige a lo que está más alejado de los sentidos más carnales, en éstos se sienten como embotados y pasmados. Por el contrario, el populacho está muy dotado para éstos y muy poco para los otros. Eso explica lo que hemos oído que les sucedió a algunos santos, que en lugar de vino bebieron aceite⁴³⁷.

De nuevo, entre las pasiones espirituales algunas guardan una mayor relación con los aspectos carnales del cuerpo, como la libido, el apetito de comida y de sueño, la ira, la soberbia y la envidia. Con éstas mantienen los devotos una guerra irreconciliable; el populacho, en cambio, no concibe la vida sin ellas. Luego están algunos sentimientos intermedios y casi naturales, como el amor hacia el padre, el cariño hacia los hijos, los parientes, los amigos... A éstos la gente les da una cierta importancia. Sin embargo, los píos se desviven por arrancárselos también del corazón, a menos que, en alguna medida, los sublimen a la parte más elevada del espíritu, de modo que ya no quieran a su progenitor como tal —¿acaso ha engendrado él algo más que el cuerpo? Y, al fin y al cabo, eso también se lo deben a Dios padre—, sino como a un hombre de bien, en el que brilla una imagen de aquella Mente Suprema, que llaman el único bien supremo y fuera del cual no creen que haya nada digno de ser amado o deseado. Con este mismo criterio regulan el resto de los deberes de la vida, de suerte que si hay alguna cosa visible, si bien no merece un desprecio absoluto, a pesar de todo la aprecian mucho menos que lo que no puede verse.

Por otro lado, dicen que incluso en los sacramentos y en las prácticas religiosas se encuentran aspectos corporales y espirituales. Igual que en el ayuno no les importa mucho que alguien sólo se abstenga de comer carne y de cenar —que es lo que el común de los

mortales considera un ayuno absoluto—, a no ser que al mismo tiempo reprima también algo sus pasiones y se entregue menos de lo usual a arrebatos de ira y soberbia, al tiempo que su espíritu, aliviado ya de su carga corporal, se puede dedicar a saborear y disfrutar de los bienes celestiales; de forma semejante en lo que a la comunión se refiere, aunque, según dicen, no hay que desdeñar lo que se hace en liturgia, sin embargo, eso mismo es de por sí poco provechoso o incluso perjudicial, a menos que se le añada el elemento espiritual, o sea, eso que se representa con signos visibles. Y lo que se representa es la muerte de Cristo, que los mortales deben reflejar domeñando, apagando y —por así decirlo— enterrando las pasiones corporales, para renacer a una nueva vida y poder llegar a ser, en total comunión unos con otros, uno sólo con Él. Así es, por tanto, como actúa y piensa ese hombre piadoso.

El común de la gente, al contrario, cree que el sacrificio de la misa sólo consiste en estar lo más cerca posible del altar, escuchar el estruendo de las voces y contemplar otras menudencias rituales de este tipo. No sólo en estos puntos, que he propuesto como mero ejemplo, sino en todo lo concerniente a la vida, el devoto evita todo lo relacionado con el cuerpo y se abandona a lo que es eterno, invisible y espiritual. En consecuencia, como la discrepancia que hay entre unos y otros en todas las cosas es absoluta, sucede que se tachan de locos mutuamente. Aunque —por lo menos en mi opinión— este apelativo les cuadra mejor a los devotos que a la gente común.

[LXVII. LA MEJOR RECOMPENSA PARA LOS HOMBRES
ES UNA CIERTA LOCURA]

Pero todo esto quedará más claro si, como he prometido, demuestro en pocas palabras que ese premio supremo no es más que una cierta locura. En primer término, pues, tened presente que Platón ya soñó algo semejante cuando escribió que el desvarío de los amantes era el más dichoso de todos⁴³⁸. En efecto, quien

ama apasionadamente ya no vive en sí, sino en el objeto de su amor, y cuanto más se aleja de sí mismo y se acerca a ese objeto, tanto más va creciendo su gozo. Y cuando el espíritu trama separarse del cuerpo y no hace un uso correcto de sus órganos, a eso, con toda razón y sin lugar a dudas, se le podría llamar desvarío. ¿Qué sentido tienen si no las expresiones populares «No está en sus cabales» y «Vuelve en ti» o «Ha vuelto en sí»? Por otra parte, cuanto más perfecto es el amor, mayor y más feliz es el desvarío. Por lo tanto, ¿cómo podrá ser esa vida en el cielo a la que las almas pías aspiran con tanto entusiasmo?

Seguramente el espíritu absorberá al cuerpo por ser dominante y más fuerte. Y lo hará más fácilmente en parte porque ya está, por así decirlo, en sus dominios y en parte porque ya previamente ha purificado y debilitado al cuerpo en esta vida con vistas a esta clase de transformación. Después, el espíritu será prodigiosamente absorbido por la Mente Suprema, que evidentemente es más poderosa que sus infinitas partes. De esta forma, cuando el hombre ya esté totalmente fuera de sí y sea feliz por el simple motivo de estar fuera de sí, experimentará algo inefable procedente del supremo bien que atrae hacia sí todas las cosas.

Ahora bien, aunque esta dicha sólo resulte perfecta cuando al espíritu, una vez recuperado su primitivo cuerpo, se le recompense con la inmortalidad, sin embargo, sucede que, como la vida de los devotos no es más que una contemplación y como un atisbo de la otra vida, a veces incluso llegan a sentir el gustillo y el calor de ese premio. Esto, aunque sólo es una minúscula gotita en comparación con la fuente de la felicidad eterna, aun así, supera con creces todos los placeres corporales juntos, por más que se concentren en un solo lugar todos los deleites de todos los mortales. Tan superior es lo espiritual a lo corporal y lo invisible a lo visible.

Esto es, precisamente, lo que promete el profeta: «El ojo no ha visto, ni ha oído el oído, ni ha penetrado en el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman»⁴³⁹. Y ésta es la parte de la necesidad que no desaparece por el cambio de vida, sino que se perfecciona con él. Quienes tienen la suerte de sentir esto —y son

muy pocos los que la tienen— experimentan algo muy parecido a la locura; dicen cosas poco coherentes y sin seguir las convenciones humanas, sino que producen sonidos sin sentido y entonces, de repente, cambian por completo la expresión de la cara. Unas veces están alegres, otras por los suelos, ora lloran, ora ríen, ora suspiran; en resumen, lo cierto es que están completamente fuera de sí. Luego, cuando ya han vuelto en sí, dicen que no saben dónde han estado, si en su cuerpo o fuera de él⁴⁴⁰; si estaban despiertos o dormidos; no recuerdan qué es lo que han oído, visto, dicho y hecho, igual que si hubiesen estado entre brumas o en un sueño. Tan sólo saben que han sido felicísimos durante semejante delirio. Y, por tanto, lamentan haber recobrado el seso y no hay nada que deseen más que desvariar eternamente con esta clase de locura. Y ésta es sólo una pequeña degustación de la dicha que les espera.

[LXVIII. EPÍLOGO]

Pero ya hace tiempo que, olvidándome de quién soy, *me estoy pasando de la raya*⁴⁴¹. No obstante, si alguien cree que he dicho algo con exceso de pedantería o locuacidad, tened en cuenta que lo ha dicho la Estupidez que, además, es una mujer. Pero recordad, de paso, aquel dicho griego de «A menudo incluso un loco dice algo acertado»⁴⁴², a menos que penséis que este refrán no es de aplicación en el caso de las mujeres.

Veo que estáis esperando una conclusión. Pues estáis tontos de remate si creéis que aún recuerdo lo que he dicho, después de todo el batiburrillo de palabras que acabo de soltar. Reza un dicho antiguo: «Detesto al convidado que tiene buena memoria»⁴⁴³. Este otro es nuevo: «Detesto al oyente que tiene buena memoria»⁴⁴⁴. Así que, ¡que os vaya bien! ¡Aplaudid, vivid y bebed⁴⁴⁵, distinguidos discípulos de la Estupidez!

*Fin*⁴⁴⁶.

APÉNDICE
CARTA DE ERASMO DE ROTTERDAM
A MARTIN DORP

*Erasmus de Rotterdam saluda al eminente teólogo Martin Dorp*⁴⁴⁷.

No he recibido tu carta, pero un amigo que vive en Amberes me enseñó —y no tengo idea de cómo se hizo con ella— una copia. Lamentas que la publicación de la *Moria* haya sido poco afortunada, dispensas una buena acogida a mi restauración del texto de san Jerónimo y te opones a que saque una edición del Nuevo Testamento. Tan lejos estás de ofenderme con esta carta tuya, mi querido Dorp, que, al contrario, ahora me eres mucho más querido —aunque querido siempre lo has sido—. ¡Tales son la franqueza de tu consejo, la amistad de tus observaciones y el tono afectuoso de tu crítica! La caridad cristiana tiene el don de conservar su dulzura natural incluso cuando es más severa. Recibo a diario muchas cartas de hombres doctos, que me aclaman como la gloria de Alemania, como el sol y la luna, y con semejantes títulos pomposos lo que hacen es más abrumarme que halagarme. Y que me muera si ninguna de ellas me ha producido tanto goce como la carta de censura de mi amigo Dorp. Como bien dice san Pablo, la caridad nunca se equivoca. Si alaba, desea hacer el bien; si reprende, su intención es la misma⁴⁴⁸. ¡Ojalá dispusiera de tiempo libre para responder a tu carta como un amigo como tú se merece! Deseo fervientemente que todo lo que hago merezca tu aprobación, porque tengo en tanta estima tu ingenio casi divino, tu excepcional saber y tu extraordinario criterio, que preferiría tener a mi favor un solo voto de Dorp que mil de cualesquier otros.

Por lo demás, aunque todavía estoy mareado tras haber cruzado el canal y cansado de andar a lomos de un caballo, y aun-

que además tengo mucho trabajo en ordenar mis cosas de equipaje, pensé, sin embargo, que sería mejor mandar una respuesta de la forma que fuese que dejar a un amigo con la opinión que tú tienes —tanto si te la has formado por tu cuenta como si te la han metido en la cabeza otros, que te han forzado a escribirla para poder ocultarse bajo el disfraz de un nombre ajeno.

Pues bien, en primer lugar y para ser honesto, casi me arrepiento de haber publicado la *Moría*. Este librito me ha otorgado algo de notoriedad, o renombre, si lo prefieres. Pero no suelo mezclar fama y odio. Además, por Dios, ¿qué es todo eso que popularmente se conoce con el nombre de fama sino un término absolutamente vacío, reliquia del paganismo? Y no son pocas las expresiones de este tipo que han quedado entre los cristianos, que llaman inmortalidad al renombre que uno deja para la posteridad y virtud al estudio de cualquier clase de artes.

Mi único propósito al publicar todos mis libros ha sido siempre hacer algo útil con mi trabajo y, si no podía lograr eso, al menos no hacer daño. En consecuencia, aunque sepamos de incluso grandes hombres que abusan de sus conocimientos para servir a sus pasiones, uno cantando sus estúpidos amores, otro empleando la adulación para ganarse un favor, un tercero respondiendo con su pluma cuando se ve provocado por insultos, un cuarto soplando su propia trompeta e intentando superar a un Trasón o un Pirgopolinices al cantar sus propias loas⁴⁴⁹; yo, sin embargo, por escaso que sea mi talento personal y por muy insuficiente que sea mi educación, por lo menos siempre he tenido como objetivo hacer el bien, si me era posible, o, al menos, no herir a nadie. Homero desahogó su repulsión hacia Tersites trazando un cruel retrato suyo en la *Ilíada*⁴⁵⁰. ¿A cuántos criticó por sus nombres Platón en sus diálogos? ¿A quién perdonó Aristóteles, cuando ni siquiera tuvo piedad con Platón y Sócrates?⁴⁵¹. Demóstenes pudo desfogar su ira sobre Esquines, Cicerón sobre Pisón, Vatinius, Salustio y Antonio. ¿De cuántos se mofa y censura Séneca citando sus nombres?⁴⁵².

Pero si te fijas en ejemplos más recientes, Petrarca se sirvió de su pluma como arma contra un médico, Lorenzo contra Poggio y

Poliziano contra Scala⁴⁵³. ¿Puedes decirme el nombre de una sola persona con la suficiente contención como para dejar de escribir de forma áspera contra alguien? Incluso san Jerónimo, hombre tan serio y piadoso, a veces no puede evitar sulfurarse contra Vigilancio, ultrajar sin medida a Joviniano y atacar bruscamente a Rufino⁴⁵⁴. Los doctos siempre han tenido el hábito de confiar al papel sus alegrías y tristezas, como a un leal compañero en cuyo regazo poder vaciar todos los resquemores del corazón. De hecho, se encuentran personas cuyo único propósito, cuando comienzan a escribir un libro, es encontrar una salida a sus emociones y, de esta forma, transmitir las a la posteridad.

Pero en mi caso, en todos los numerosos volúmenes que he publicado hasta la fecha, tras haber elogiado a tantísimos con toda sinceridad, ¿puedes decirme de alguien cuya reputación haya yo dañado o mancillado en lo más mínimo? ¿Qué país, grupo de personas o individuo he criticado jamás por su nombre? Y, sin embargo, qué poco sabes, querido Dorp, con qué frecuencia he estado a punto de hacerlo bajo la provocación de insultos que nadie estaría dispuesto a tolerar. Sin embargo, siempre he controlado mi resentimiento y he pensado más en cómo me juzgaría la posteridad que en lo que la maldad de mis detractores merecía. Si los demás hubieran conocido los hechos reales tal como yo los conocí, nadie me habría juzgado como sarcástico, sino como ponderado, comedido y templado.

Pero pensaba para mis adentros de esta manera: ¿qué les importan a los demás mis sentimientos personales?, ¿cómo van a enterarse de estos asuntos míos quienes vivan en países lejanos o en tiempos aún por venir? Habré hecho lo que era correcto en mi opinión, no en la suya. Además, no tengo ningún enemigo tan acérrimo que no desee hacer mi amigo, en tanto me sea posible. ¿Por qué habría de cerrarle el camino a esta posibilidad? ¿Por qué escribir contra un enemigo lo que alguna vez en vano podría lamentar haber escrito contra un amigo? ¿Por qué debería tiznar mi pluma a un personaje cuya dignidad no podría devolverle jamás, aun cuando lo mereciese? Prefiero equivocarse-

me alabando incluso a los que no lo merecen que recriminando a los que sí lo merecen. Porque, si elogias a alguien infundadamente, pasa por honestidad, pero si pintas con sus verdaderos colores a alguien con una conducta que no pide más que crítica, esto se atribuye a tu propio juicio malsano y no a sus acciones.

Eso por no hablar de cómo a veces puede estallar una guerra seria como resultado de injurias que llevan a represalias, y cómo se propaga a menudo un peligrosísimo incendio merced a los insultos de una y otra parte. Y, de la misma forma que es poco cristiano pagar una injuria con otra, es igualmente propio de un corazón poco noble desahogar el resentimiento intercambiando ultrajes de la forma en que lo hacen las mujeres.

Con este tipo de razonamientos me convencí de que debía mantener mis escritos libres de malevolencia y crueldad, sin la tacha de nombrar a los que obran mal. Mi intención en la *Moría* fue exactamente la misma que en mis demás obras, aunque por distinto camino. En el *Enquiridión* simplemente tracé las pautas de la vida cristiana. En mi librito *La educación del príncipe* ofrezco unos consejos claros sobre cómo instruir a un príncipe. En mi *Panegrico* hice exactamente lo mismo, sólo que bajo el velo de la loa, como había hecho de forma explícita en el anterior. Y en la *Moría* expresé las mismas ideas que en el *Enquiridión*, pero a guisa de broma. Quise aconsejar, no reprender; hacer el bien, no ofender; y preocuparme por las costumbres de los hombres, no estorbarlas. El filósofo Platón, por muy serio que sea, aprueba las prolongadas ruedas de bebedores de los banquetes, porque cree que hay ciertas faltas que la diversión que da el vino puede alejar y la austeridad no podría corregir⁴⁵⁵. Y Horacio piensa que una advertencia en broma hace tanto bien como una en serio⁴⁵⁶. ¿Qué le impide —dice— al que se ríe decir la verdad? Esto también lo captaron los famosos sabios de la Antigüedad, que eligieron ofrecer los consejos más saludables para la vida bajo la forma de fábulas entretenidas y aparentemente infantiles, porque la verdad, algo estricta de por sí, cuando se la presenta acompañada del placer, penetra con mayor faci-

lidad en las mentes de los mortales. Sin duda ésta es la famosa miel que los médicos que aparecen en Lucrecio untan en el borde de la copa de ajeno que recetan a los niños⁴⁵⁷. Y el gremio de los bufones que los príncipes de antaño metieron en sus cortes tampoco tenía otra finalidad que la de exponer y corregir algunas faltas menores con una libertad que no ofendía a nadie.

Tal vez parezca inadecuado incluir a Cristo en esta lista, pero si es cierto que los asuntos divinos pueden compararse en todo con los humanos, ¿acaso no tienen sus parábolas alguna afinidad con las fábulas de los antiguos? La verdad del Evangelio se cuela con mayor agrado en la mente y se agarra allí con mayor firmeza si se la presenta con esta clase de donaires que si se la mostrara desnuda, algo que san Agustín confirma con creces en su obra *Sobre la doctrina cristiana*.

Yo podía ver cómo gente normal y corriente era corrompida por opiniones del tipo más disparatado en todos los aspectos de la vida y mi deseo de dar con un remedio era mayor que mi esperanza de encontrarlo. Entonces me parecía haber encontrado un medio con el que poder introducirme de alguna forma en estas almas enclenques y curarlas dándoles también placer. A menudo había observado los buenos resultados que en muchos casos había tenido este tipo de consejo alegre y divertido. Si me respondes que el personaje que adopté es demasiado frívolo como para representar una discusión sobre temas serios, estoy dispuesto a admitir que quizá esté equivocado. No protesto contra el cargo de torpeza, sino contra el de mordacidad, aunque bien me podría defender también de éste, con tan sólo citar el ejemplo de los muchos hombres serios que enumeré en el breve prólogo de la obra⁴⁵⁸.

¿Qué otra cosa podía hacer? Acababa de volver de Italia y era huésped en la casa de mi amigo More, y un ataque de riñón me tuvo confinado bajo techo durante varios días⁴⁵⁹. Mis libros aún no habían llegado y, aunque lo hubiesen hecho, mi enfermedad me impedía entregarme con diligencia a estudios serios. Sin nada que hacer, empecé a distraerme con un elogio de la estupi-

dez y, por supuesto, sin intención de publicarlo, sino simplemente como distracción del dolor que me aquejaba.

Una vez comenzado, dejé que algunos amigos íntimos le echaran un vistazo a lo que había hecho, con el fin de aumentar mi diversión compartiéndola con más personas. Quedaron encantados y me instaron a continuar. Les hice caso y pasé una semana, más o menos, con este trabajo: sin duda se me antojaba un tiempo desproporcionado para el peso del tema.

Entonces, los amigos que me habían empujado a escribirlo se comprometieron a llevar el libro a Francia y allí se imprimió, aunque a partir de una copia no sólo llena de faltas sino incluso mutilada. Prueba de su popularidad —o de su falta de ella— es el hecho de que en unos pocos meses se reimprimió siete veces y en diferentes lugares. Yo mismo estaba sorprendido de que pudiera gustarle a alguien. Si a esto lo llamas torpeza, mi querido Dorp, entonces tienes a un acusado que admite su culpa o, desde luego, que no protesta. Hice el tonto de semejante modo en un momento de inactividad y haciendo caso a unos amigos, y es la primera vez en mi vida que hago algo así. Pero ¿quién es sensato todo el tiempo? Tú mismo reconoces que todas mis otras obras han tenido la clase suficiente como para ganar una cálida acogida de parte de hombres piadosos y doctos en todas partes. ¿Quiénes son esos estrictos críticos de los que hablas —mejor dicho, esos arcopagitas⁴⁶⁰— incapaces de perdonarle a un hombre siquiera una sola caída en la insensatez? ¿Qué hosquedad tan increíble para que un solo librito de chirigota los haya ofendido tanto que inmediatamente despojen de su favor a un escritor que se lo ha ganado después de tantas noches en vela! ¿Cuántas bobadas tomadas de otros podría yo mostrar mucho más tontas que ésta en muchos aspectos, incluso de ilustres teólogos que inventan discusiones estériles y entonces combaten entre sí por estas vanas bagatelitas como si estuviesen luchando por sus hogares y altares⁴⁶¹!

Más aún, representan estas farsas ridículas, que son mucho más tontas que las atelanas⁴⁶², sin máscaras: ciertamente actué con

más modestia yo, que como quería hacer el papel de tonto, me puse la careta de la Estupidez y, exactamente igual que en Platón, Sócrates canta las alabanzas del amor con el rostro cubierto, también yo he representado esta comedia por medio de un personaje⁴⁶³.

Me dices en tu carta que incluso la gente a la que no le gusta el tema admira mi talento, mi saber y elocuencia, pero que esos mismos se sienten ofendidos por el excesivo descaro de mi sarcasmo. Pues esos críticos me regalan cumplidos aún superiores a los que podría querer. Por otra parte, no me preocupa nada este elogio, máxime viniendo de aquellos en quienes yo no encuentro ni talento, ni saber, ni elocuencia. Si estuvieran mejor dotados a este respecto, créeme, querido Dorp, no se molestarían tanto con unas bromas que tienen como objeto hacer el bien más que alardear de ingenio o conocimientos. En nombre de las musas, te ruego que me digas qué ojos, qué oídos y qué paladar tienen esas personas, que se sienten ofendidas por la acidez que hay en este librito.

En primer lugar, ¿qué acritud puede haber donde no se ataca ni un solo nombre en particular excepto el mío propio?⁴⁶⁴ ¿Por qué no recuerdan lo que tantas veces repite san Jerónimo, que donde se da una discusión de carácter general sobre los defectos no se hace daño a nadie en concreto?⁴⁶⁵ Pero si hay alguien que se siente ofendido, no tiene nada de qué quejarse al que lo ha escrito: que se pida cuentas a sí mismo por sus faltas, si le place, puesto que es él quien se traiciona al ver un ataque personal en palabras que se dirigieron a todos y no a una persona en concreto, a menos que alguien quiera hacerlas suyas de buen grado. ¿Es que no ves que en toda la obra he tenido tanto cuidado en no mencionar ningún nombre de persona que ni siquiera he tenido la intención de criticar ninguna nación con demasiada fiereza? Porque en el pasaje en el que paso revista a las formas de amor propio particulares de cada país, la gloria militar se la asigno a los españoles, la cultura y la elocuencia, a los italianos, las buenas formas y la buena cocina, a los ingleses, etc., cosas todas ellas que cualquiera puede reconocer en sí mismo sin desagrado o

que incluso puede oír con una sonrisa. Por si fuera poco, cuando voy pasando por todos los tipos de hombres, de acuerdo con el plan que me propuse para el tema, y me dedico a anotar los defectos peculiares de cada uno, ¿dejo caer en algún momento alguna palabra venenosa o desagradable al oído? ¿En qué momento destapo la ciénaga de los vicios? ¿Cuándo revuelvo la famosa secreta Camarina de la vida humana?⁴⁶⁶

¿Quién hay que no sepa cuánto podría decirse contra pontífices malvados, contra obispos y sacerdotes corruptos y contra príncipes viciosos, en suma, contra cualquier grupo de personas, si, siguiendo el ejemplo de Juvenal, no me hubiese dado vergüenza poner por escrito lo que muchos no se avergüenzan de hacer? Me he limitado a registrar más lo que hay de cómico y absurdo en el hombre que lo desagradable; pero lo he hecho de tal manera que, de paso, a menudo amonesto sobre asuntos de la mayor importancia que es muy importante que la gente tenga presentes.

Ya sé que no tienes tiempo para rebajarte a fruslerías como ésta, pero si alguna vez tienes un rato libre, intenta fijarte con mayor atención en esas bromas ridículas de la Estupidez. Estoy seguro de que las encontrarás mucho más acordes con las opiniones de los evangelistas y de los apóstoles de lo que puedan serlo las disquisiciones de determinadas personas, por muy brillantes y muy dignas de los grandes maestros que las consideren. Tú mismo también admites en tu carta que la mayor parte de lo que allí se cuenta es verdad, pero no crees que haya vía libre para «arañar un oído delicado con una verdad sarcástica»⁴⁶⁷. Si piensas que en ningún caso se debería hablar con franqueza y que la verdad no debería decirse jamás excepto cuando no causa ofensa alguna, ¿por qué recetan los médicos drogas amargas y cuentan la *hierápicra*⁴⁶⁸ entre sus remedios más valiosos? Si los que sanan los males del cuerpo se sirven de estos métodos, ¿cuánto más convendrá que hagamos lo mismo al curar las dolencias del alma?

«Reprende —dice san Pablo— reprueba y exhorta a tiempo y a destiempo»⁴⁶⁹. ¿El apóstol quiere que las faltas sean atacadas de

todas las formas posibles y tú pretendes que no se roce ninguna llaga, ni aun cuando se hace con tal delicadeza que nadie en absoluto podría resultar herido, a menos que se proponga herirse a sí mismo intencionadamente?

Pues bien, si existe alguna forma de corregir las faltas de los hombres sin ofender a nadie, la manera con mucho más sencilla —si no me equivoco— es no hacer público ni un solo nombre. Luego está abstenerse de recordar cosas que también resulten repulsivas al oído de los hombres de bien, porque igual que algunos de los incidentes de una tragedia son demasiados espeluznantes como para ser mostrados a los ojos del público y basta con narrarlos, entre las costumbres de los seres humanos se dan algunas cosas especialmente obscenas como para poder ser relacionadas con un mínimo de compostura. Y, por último, cuando las mismas cosas que se ponen en boca de un personaje cómico se dicen a modo de broma y juego, para que la gracia de lo que se dice haga desaparecer toda ofensa. ¿Es que no conocemos el valor que a veces tiene una broma oportuna y a tiempo incluso entre adustos tiranos?

Dime, ¿qué súplicas o qué serio razonamiento crees que habrían podido calmar la cólera del gran rey Pirro tan fácilmente como lo hizo la broma que le gastó el soldado? «Al contrario, si no se nos hubiese acabado la botella —dijo él—, habríamos dicho cosas mucho peores de ti». El rey se rió y lo perdonó⁴⁷⁰. Y no si motivo los dos oradores más excelsos, Cicerón y Quintiliano, establecen con todo cuidado unas normas en torno a la risa⁴⁷¹. La gracia y el encanto en el hablar tienen tal poder que podemos disfrutar de una indirecta bien hecha incluso si va dirigida contra nosotros mismos, como cuenta la historia a propósito de Julio César⁴⁷².

Pues bien, si admites que lo que he escrito es verdad, y más ameno que obsceno, ¿qué mejor medio podía inventarse para curar los males comunes de la humanidad? En primer lugar, es el placer lo que capta la atención del lector y la mantiene cuando ya está en su poder. En otros aspectos no hay dos lectores que busquen la misma cosa, pero el placer engatusa a todos por

igual, a no ser que alguien sea demasiado estúpido como para ser sensible a los goces de la palabra escrita. Y, por otra parte, esos que pueden ofenderse con un libro en el que no se menciona ningún nombre me parece que reaccionan de manera muy parecida a esas mujerzuelas que se molestan cuando se dice algo contra una mujer de vida ligera como si se tratase de un insulto personal para todas ellas y, por el contrario, si se dice una sola palabra elogiosa sobre las mujeres virtuosas, están tan encantadas consigo mismas como si una lisonja dirigida a tal o cual se aplicase a todas. Manténganse alejados de este tipo de estupidez los hombres, pero mucho más lejos aún los hombres doctos, y los teólogos los más alejados de todos.

Si se me inculpa de algo de lo que soy inocente, no me siento ofendido, antes bien me felicito por haber escapado a los males de los que a tantos veo caer como víctimas. Pero si se me mete el dedo en la llaga y me veo a mí mismo reflejado en un espejo, tampoco en este caso hay razón alguna por la que deba sentirme ofendido. Si soy sensato, ocultaré mis sentimientos y no me delataré. Si soy honesto, andaré con cuidado y me aseguraré de que en adelante no se me haga a título personal un reproche que he visto apuntado sin nombre y apellidos. ¿Por qué por lo menos no le permitimos a mi librito lo que incluso el populacho ignorante les consiente a las comedias populares? ¿Cuántos denuestos y con qué desparpajo se van lanzando por ahí contra monarcas, sacerdotes, monjes, esposas, maridos...! Y ¿contra quién no? Y, sin embargo, como no se ataca a nadie por su nombre, todo el mundo ríe y o bien admite con franqueza cualquier debilidad propia o bien la oculta inteligentemente. Hasta los tiranos más violentos soportan a sus bufones y payasos, aunque éstos a menudo los hagan blanco de insultos palmarios. El emperador Vespasiano no tomó represalias cuando alguien le criticó por tener su cara la expresión de estar evacuando⁴⁷³. Entonces, ¿quiénes son estas personas de oídos tan delicados que no pueden aguantar oír a la propia Estupidez bromeando sobre la vida común de los seres humanos sin llegar al reproche personal? Jamás se habría hecho salir de escena en medio de abucheos

a la Comedia Antigua si se hubiese abstenido de hacer públicos los nombres de personajes famosos.

Pero lo cierto es que tú, mi inestimable Dorp, casi me escribes como si mi librito de la *Moría* hubiese puesto a todo el cuerpo de teólogos en mi contra. «¿Por qué motivo tuviste que atacar a los teólogos con tal acritud?» —me preguntas, y lamentas el destino que me espera. «Hace tiempo todo el mundo estaba entusiasmado con leer tus obras y ansiaban conocerte en persona. Ahora, la *Moría*, como Davo⁴⁷⁴, lo ha trastocado todo.»

Ya sé que en lo que escribes no hay ningún atisbo de calumnia y por mi parte no voy a actuar con mala fe contigo. ¿De verdad piensas que el gremio de teólogos al completo se siente molesto si se dice algo contra teólogos estúpidos o malos que no merecen tal nombre? Pues si es ésa la regla que está en boga, nadie diría una palabra contra criminales sin hacer de todo el género humano su enemigo. ¿Ha tenido jamás algún rey el atrevimiento de no reconocer que ha habido algunos malos reyes, indignos de su posición? ¿O ha habido algún obispo tan arrogante como para no admitir esto mismo de su propio gremio? ¿Acaso son los teólogos el único grupo que no tiene entre sus numerosas filas a nadie que sea estúpido, ignorante o cascarrabias y sólo nos enseña a Pablos, Basilio o Jerónimos?

Al contrario, cuanto más elevada es una profesión, menos gente que la desempeñe puede responder a este calificativo. Encontrarás más capitanes buenos que príncipes buenos, más médicos buenos que obispos buenos. Pero eso no es un reproche a una clase, sino más bien un cumplido para los pocos que se han portado con gran nobleza en la más noble de las clases. Dime, por favor, ¿por qué motivo se sienten más ofendidos los teólogos —si los hay ofendidos— que los reyes, los nobles o los magistrados, y más que los obispos, los cardenales y los sumos pontífices, o, en fin, más que los comerciantes, los maridos, las esposas, los abogados y los poetas —pues la Estupidez no hace excepciones con ningún tipo de mortal—, a menos que sean lo bastante idiotas como para aplicarse a sí mismos cualquier crítica general sobre las malas personas?

San Jerónimo dedicó un libro a Julia Eustoquio⁴⁷⁵ y en él retrata la figura de las malas vírgenes con tanta autenticidad que ni un segundo Apeles⁴⁷⁶ podría presentarla ante nuestros ojos con semejante realismo. ¿Acaso se sintió Julia ofendida? ¿Se enfadó con Jerónimo por censurar el gremio de las vírgenes? Ni siquiera un ápice. Pero ¿por qué no? Pues porque una virgen en sus cabales jamás creería que la crítica hacia sus malas hermanas iba dirigida contra ella. Más bien se alegraba de que las buenas fueran amonestadas para no dejarse corromper y de que se hiciera lo propio con las malas para que dejaran de ser así.

Escribió *Sobre la vida de los clérigos* dedicada a Nepociano y *Sobre la vida de los monjes* dedicada a Rústico⁴⁷⁷. Pinta con sorprendentes colores y censura con mucha gracia los vicios de ambos grupos. Ninguno de los dos a quienes se dirigió se sintió ofendido, porque sabían que nada de lo dicho se les imputaba a ellos. ¿Por qué William Mountjoy⁴⁷⁸ —que no es precisamente el más bajo de la nobleza cortesana— no rompe nuestra amistad dadas las numerosas bromas de la Estupidez sobre los cortesanos? Evidentemente, porque es tan excepcionalmente inteligente como virtuoso y piensa —como realmente sucede— que la crítica contra los nobles malos y estúpidos no tiene nada que ver con él. ¿Cuántas chanzas hizo la Estupidez a expensas de los obispos malos y mundanos? Y, entonces, ¿por qué no se da por ofendido el arzobispo de Canterbury? Porque, hombre modelo absoluto de todas las virtudes que es, considera que ninguna de esas bromas tiene que ver en particular con él⁴⁷⁹.

¿Para qué voy a seguir nombrándote a los más altos príncipes y a los demás obispos, abades, cardenales y sabios eminentes, ninguno de los cuales he sentido hasta ahora que se haya disgustado ni un pelo por culpa de la *Moría*? Y es que no se me puede hacer creer que haya ningún teólogo molesto con este libro, excepto tal vez unos pocos, incapaces de entenderlo o llenos de inquina o con una naturaleza tan crítica que no hay nada que encuentre su aprobación. Entre ellos, como es bien sabido, hay algunos individuos que parten de un talento y un juicio tan in-

significantes que no están capacitados para ninguna forma de estudio, y menos aún para la teología. Entonces, cuando ya se han aprendido unas cuantas reglas de gramática tomadas de Alexandre de Villedieu⁴⁸⁰ y se han hecho con un poquitín de la sofistería más tonta, y han pasado a memorizar, aun sin entenderlas, diez proposiciones tomadas de Aristóteles y se han aprendido otros tantos tópicos sacados de Escoto y Ockham —lo que queda esperan sacarlo del *Catolicón*, del *Mamotreto* y otros diccionarios del mismo estilo como si del cuerno de la abundancia se tratara⁴⁸¹—, es digno de verse cómo levantan las crestas. ¡No hay nada más atrevido que la ignorancia!

Éstas son las personas que desprecian a san Jerónimo como a un simple gramático, porque son incapaces de entenderle. Se mofan del griego y del hebreo —incluso del latín— y, aunque son más estúpidos que un cerdo cualquiera y carecen incluso del sentido común, se creen a sí mismos señores del baluarte de la sabiduría entera. Todos ellos censuran, condenan y dan sentencia; no dudan nada, no vacilan en ningún punto, no hay nada que no sepan. Y, sin embargo, estos dos o tres individuos crean con frecuencia dramas terribles, porque, ¿hay algo más desvergonzado u obstinado que la ignorancia?

Son ellos quienes se afanan en decididos conspirar contra las bellas letras⁴⁸², aspiran a ser algo en el senado de los teólogos y temen que si las bellas letras renacen y el mundo recupera el buen juicio, parezca que no sabían nada, aunque hasta el momento era comúnmente aceptado que lo sabían todo. Propias de ellos son la protesta y la oposición, suya la conjura contra los hombres que se consagran a una mejor ciencia. Es a ellos a quienes incomoda la *Moría*, porque no entienden ni el latín ni el griego. Si por casualidad se dice una palabra fuera de tono contra este tipo de los que no son teólogos sino farsantes de la teología, ¿qué tiene eso que ver con la distinguidísima comunidad de los teólogos de bien? Porque si lo que les hace estar molestos es su fervor religioso, ¿por qué va dirigida su ira especialmente contra la *Moría*? ¿Cuánta irreverencia, indecencia y podredum-

bre hay en los escritos de Poggio⁴⁸³? Sin embargo, en todas partes se le aprecia como autor cristiano y se le traduce a casi todas las lenguas. ¿Con qué insultos y pullas ataca Pontano al clero?⁴⁸⁴ Pero se le lee como autor elegante y divertido. ¿Cuánta obscenidad hay en Juvenal? Sin embargo, algunos piensan que también es provechoso en los sermones. ¿Con cuánta ofensa escribió Tácito contra los cristianos? ¿Con cuánta hostilidad lo hizo Suetonio?⁴⁸⁵ ¿Con qué irreverencia se ríen de la inmortalidad del alma Plinio y Luciano?⁴⁸⁶ Y, no obstante, todo el mundo los lee por su sabiduría y lo hacen con razón, por supuesto. Tan sólo no son capaces de soportar la *Moría*, porque se divirtió con agudezas no a expensas de los verdaderos teólogos que son dignos de este nombre, sino contra las disputas banales de los ignorantes y el grotesco título de Nuestro Maestro.

Y son dos o tres charlatanes, disfrazados con los atavíos propios de los teólogos, los que intentan instigar esta animadversión contra mí basándose en que supuestamente he injuriado y maltratado el cuerpo de teólogos. Por mi parte, tengo el saber teologal en tan alta estima que no suelo dar el nombre de ciencia a ningún otro. Admiro y reverencio a todo el grupo hasta tal punto que es el único en el que yo querría que se incluyese mi nombre, si bien la modestia no me permite arrogarme tan distinguido título. Bien conozco los niveles de erudición y vida que exige el nombre de teólogo. El que ejerce de teólogo, se dedica a un no sé qué superior a la condición humana. Es un honor que pertenece a los obispos, no a la gente como yo.

A mí me basta con haber aprendido aquella máxima socrática de que no sabemos nada en absoluto, y aplicar mis esfuerzos a ayudar a otros con sus estudios en la medida de mis posibilidades. Y de verdad que no sé dónde se esconden esos dos o tres teólogos cuasidivinos que tú dices que me tienen tan poca simpatía. He estado en varios lugares desde la publicación de la *Moría*⁴⁸⁷, he vivido en muchas universidades y en muchas grandes ciudades: jamás he encontrado ningún teólogo enfadado conmigo, aparte de uno o dos de esos que son enemigos de to-

dos los estudios liberales. Ni siquiera éstos han pronunciado jamás una palabra de protesta delante de mí. Lo que murmuren contra mí cuando no estoy presente no me preocupa mucho, cuando tengo a mi favor el sentir de tantos hombres de bien. Si no temiese, Dorp querido, que pareciese que digo esto con más petulancia que sinceridad, ¡cuántos teólogos podría citarte, reputados por la santidad de sus vidas, sobresalientes en su ciencia y con cargos importantísimos, algunos de ellos incluso obispos, que nunca me han demostrado mayor amistad que después de haberse publicado la *Moría*, y que se divierten con ese librito más que yo mismo! Podría mencionarlos a todos con sus nombres y títulos en este mismo momento si no tuviese miedo de que por culpa de la *Moría* tus tres teólogos extendiesen su malevolencia incluso a hombres tan eminentes como éstos.

Es más, creo que al menos uno de los responsables de este drama está ahora contigo —lo cierto es que más o menos lo sospecho—, y si yo me encargase de pintarlo con sus verdaderos colores, nadie se sorprendería de que la *Moría* le haya incomodado⁴⁸⁸. De hecho, si no les disgustase a ese tipo de personas, no me gustaría a mí. Por otro lado, a mí tampoco me gusta, pero ciertamente resulta menos desagradable precisamente por no agradar a mentes como las suyas⁴⁸⁹. Para mí tiene más peso la opinión de unos teólogos sabios y doctos, que están tan lejos de acusarme de exceso de severidad que incluso elogian mi comedimiento y franqueza por haber tratado sin descaro un tema de por sí descarado y haberme divertido sin malicia con un asunto chusco.

En efecto, para rendir cuentas tan sólo a los teólogos —que, según me dices, son los únicos que se sienten ofendidos—, ¿hay alguien que no sepa lo mucho que se dice por ahí contra las costumbres de los malos teólogos? La *Moría* no toca nada de eso. Se limita a reírse de sus tontas discusiones con las que malgastan el tiempo, aunque no sólo las desapruueba, sino que condena a los hombres que basan sólo en ellas —como suele decirse— la popa y proa de la teología, y que son tan dados a estas contiendas verbales, como las llamó san Pablo⁴⁹⁰, que no tienen un solo momento

libre para la lectura de los textos de los evangelistas, los profetas o los apóstoles.

¡Y ojalá, mi querido Dorp, hubiera menos culpables de esta acusación! Podría mostrarte a algunos que ya han pasado de los ochenta y han malgastado en sandeces como esta una parte tan grande de su vida y que ni siquiera han abierto jamás los Evangelios. Lo descubrí por mi cuenta y al final también ellos acabaron por admitirlo.

Ni siquiera bajo el personaje de la Estupidez me atreví a decir lo que, sin embargo, con frecuencia oigo que muchos lamentan, teólogos ellos mismos –pero teólogos de verdad, es decir, hombres honestos, serios y doctos que han bebido de la doctrina de Cristo en su mismísima fuente–. Siempre que se encuentran entre personas ante las que pueden dar libre expresión a sus pensamientos, deploran la nueva forma de teología que ha aparecido en el mundo y echan de menos la antigua. Porque, ¿hay algo más santo y sagrado y tan capaz de recordar y reflejar las divinas enseñanzas de Cristo? Pero, dejando aparte la vileza y monstruosidad de su lengua incomprensible y artificial, su absoluta ignorancia de todos los estudios liberales y su desconocimiento de lenguas⁴⁹¹, esta novedosa teología está tan adulterada por Aristóteles, por las insignificantes invenciones humanas e incluso por las leyes profanas, que no sé si conoce algo del Cristo auténtico y puro. Porque sucede que al fijar demasiado sus ojos en el saber heredado de los hombres, pierde de vista el arquetipo.

Como consecuencia, los teólogos más prudentes a menudo se ven forzados a hablar en público de forma diferente a lo que sienten en sus corazones o dicen a sus amigos íntimos, y hay veces en que no están seguros sobre qué respuesta dar a quienes les piden consejo, cuando comprenden que Cristo enseñó una cosa y la insignificante doctrina heredada de los hombres prescribe otra. ¿Qué tiene que ver, te pregunto, Cristo con Aristóteles, o la sutil sofistería con los misterios de la eterna sabiduría? ¿Qué propósito tiene ese laberinto de asuntos por debatir, de los cuales la mayoría son una pérdida de tiempo o un mal pernicioso, aunque sólo sea

por el mismo hecho de crear altercados y disensiones? Es preciso aclarar algunos puntos y tomar algunas decisiones, no lo niego, pero, por otro lado, hay muchísimas cuestiones que sería mejor ignorar que investigar. Y parte del conocimiento estriba en no saber algunas cosas y muchísimas en las que la incertidumbre es más beneficiosa que la aseveración.

Finalmente, si hay que tomar una decisión, me gustaría ver que se toma con reverencia, no con arrogancia, y de acuerdo con las Sagradas Escrituras, no con los falsos y ridículos razonamientos de los seres humanos. Hoy día no hay límite ni para las investigaciones insustanciales que son la raíz de toda la discordia entre camarillas y facciones, y no hay día en que una declaración no dé lugar a otra. En resumen, hemos llegado al punto en el que la base del asunto tratado no depende tanto de la doctrina de Cristo como de las definiciones de los escolásticos y del poder de los obispos cualesquiera que sean. Así las cosas, todo está tan embrollado que no queda siquiera la esperanza de hacer volver al mundo al verdadero cristianismo.

Todo esto y muchas otras cosas por el estilo las ven con claridad y las lamentan esos hombres eminentes por su santidad y erudición, y atribuyen la primera causa de todo ello a esta descarada e irreverente clase de los teólogos modernos. ¡Oh, si pudieses entrar en mi alma, querido Dorp, y leer mis pensamientos en silencio, entonces sí entenderías qué de cosas tengo el cuidado de dejar sin decir a este respecto! Pero de estas cuestiones, la *Moria* no llegó a tocar ninguna o sólo lo hizo muy por encima, para no ofender a nadie. Y me esmeré por ser igual de cuidadoso en todos los puntos, sin querer escribir nada deshonesto, dañino para la moral o provocativo, o que pudiese tomarse como un insulto contra ninguna colectividad.

Si algo se dice allí sobre la veneración de los santos, verás que siempre se hace alguna anotación que deje claro que lo que se critica es la superstición de los que veneran a los santos de forma equivocada. De manera similar, si se dice algo contra príncipes, obispos o monjes, siempre añado alguna aclaración de que no se

pretendía insultar al grupo entero, sino a sus miembros corruptos e indignos, de manera que pudiera censurar las tachas de los malos sin herir a ningún hombre de bien. Y, de nuevo, al no mencionar nombres, traté de conseguir, en la medida de mis posibilidades, que ni siquiera los malos se sintiesen ofendidos. Por último, al ser un personaje ficticio y cómico el que desarrolla toda la historia entre bromas y ocurrencias, se pretendió que incluso los serios y malhumorados lo tomaran por el lado bueno.

Entonces —me dices en tu carta—, se me censura no tanto por exceso en mi sátira como por impiedad. Porque, «¿cómo van a aceptar —me dices— unos oídos piadosos que llames la felicidad de la vida venidera a una especie de locura?». Dime, por favor, mi inestimable Dorp, ¿quién le ha enseñado a un carácter tan inocente como el tuyo este sutil método de tergiversar las cosas, o —cosa que me parece más probable— qué taimado ha abusado de tu ingenuidad para lanzar esta acusación malévola contra mí? El método adoptado por esos funestísimos pervertidores de la verdad consiste en escoger un par de palabras y sacarlas fuera de contexto, a veces incluso con algunos cambios y dejando de lado lo que pueda matizar y explicar una expresión que, de lo contrario, resultaría dura. Éste es un ardid que Quintiliano anota y enseña en sus *Instituciones*, cuando dice que presentemos nuestro caso con todas las ventajas mediante pruebas de apoyo y cualquier cosa que pueda suavizar o debilitar o, de otro modo, favorecer a la nuestra; y, en cambio, citar los argumentos de nuestros adversarios, desprovistos de todo esto y en los términos más odiosos que nos sea posible⁴⁹².

Este recurso no lo han aprendido éstos de las enseñanzas de Quintiliano, sino de su propia malevolencia y ésta es la razón de que a menudo las palabras que habría sido un placer oír, si se citasen como fueron escritas, resulten profundamente ofensivas cuando se las tergiversa. Te ruego que releas el pasaje y te fijas con cuidado en las etapas y el desarrollo del argumento que me llevan a concluir que esa felicidad es una especie de locura. Toma nota también de las palabras que empleo para explicar esto. Allí podrás ver algo que dará placer incluso a los oídos piadosos de

verdad. ¡Tan lejos queda la posibilidad de que haya algo que pueda molestarles! La pequeña ofensa no está en mi obrita, sino en la lectura que tú haces de ella.

Porque cuando la Estupidez argumentaba que su nombre podía extenderse hasta envolver al mundo entero y mostraba que el conjunto de toda la felicidad humana dependía de ella, pasó por cada tipo de persona, llegando hasta los reyes y sumos pontífices, y a continuación se llegó a los apóstoles mismos e incluso a Cristo, en quienes encontramos una especie de locura que les atribuyen las Sagradas Escrituras⁴⁹³. Por supuesto, no hay ningún peligro de que nadie pueda imaginarse en este caso que los apóstoles y Cristo estaban verdaderamente locos, sino que también en ellos había una cierta especie de debilidad debida a nuestras pasiones que, comparada con la pura sabiduría eterna, podría parecer poco sensata⁴⁹⁴. Ésta es la estupidez que triunfa sobre toda la sabiduría del mundo, del mismo modo que el profeta compara toda la justicia de los mortales con las sábanas sucias de la mujer que tiene la menstruación⁴⁹⁵, no porque la justicia de los hombres de bien esté manchada, sino porque lo que es más puro entre los seres humanos es un tanto impuro cuando se lo compara con la inefable pureza de Dios. E igual que presenté una estupidez sensata, también mostré una locura que es cuerda y una enajenación que conserva sus sentidos.

Y para suavizar lo que seguía sobre la felicidad de los santos, en primer término cito las tres formas de enajenación señaladas por Platón, de entre las cuales la más dichosa sería la de los amantes, que no es más que cierto éxtasis⁴⁹⁶. Pero en el caso de las personas piadosas, este éxtasis es tan sólo una degustación de la felicidad venidera, en la que quedaremos totalmente absorbidos en Dios para estar más en Él que en nosotros mismos. Pues bien, Platón considera que se da esta locura cuando alguien se sale de sí mismo y existe en el objeto de su amor, donde encuentra su dicha. ¿Es que no ves el cuidado que un poco más abajo tuve en distinguir entre tipos de estupidez y de locura, para que ningún lector mentecato pudiese malinterpretar mis palabras?

«Pero no es el asunto lo que te discuto —me dices—, son las palabras en sí las que asustan los oídos de los piadosos». Entonces, ¿por qué no se ofenden esos mismos oídos cuando oyen a san Pablo hablar de la «necedad de Dios» y la «necedad de la cruz»⁴⁹⁷? ¿Por qué no denuncian a santo Tomás, que del éxtasis de san Pedro escribe en los términos siguientes: «en su piadosa locura dio comienzo al sermón del tabernáculo»⁴⁹⁸? llama locura al arrebató santo y feliz de san Pedro... y, sin embargo, estas palabras se cantan en las iglesias. ¿Por qué no me abrieron un proceso hace tiempo por haber llamado a Cristo en una de mis oraciones «mago» y «hechicero»?

San Jerónimo llama a Cristo samaritano, aunque era judío⁴⁹⁹. San Pablo también le llama «pecado» —que sonaría más fuerte que «pecador»— e incluso «maldición»⁵⁰⁰. ¡Qué sacrilegio tan impío, si alguien deseara interpretar estas palabras con aviesa intención! ¡Qué piadoso cumplido si se toma con el espíritu con el que Pablo lo escribió! De modo semejante, si alguien llamase a Cristo ladrón, adúltero, borracho o hereje, ¿no se taparían los oídos todos los hombres de bien? Pero si lo expresa con los términos adecuados y, a medida que avanza su argumentación, coge suavemente al que escucha, por así decirlo, de la mano y lo lleva a comprender cómo al triunfar Cristo en la cruz le devolvió a su Padre el cuerpo que arrancó de los infiernos; cómo se ganó a la sinagoga de Moisés⁵⁰¹, como la mujer de Urías⁵⁰², para que de ella naciera aquel pueblo pacífico; de qué manera, ebrio del dulce vino de la caridad, se entregó voluntariamente a nosotros; cómo introdujo una nueva forma de doctrina, totalmente opuesta a los postulados de sabios e ignorantes por igual..., si hace todo eso, ¿cómo —pregunto— podrá alguien sentirse ofendido, máxime cuando con frecuencia encontramos en las Sagradas Escrituras cada una de todas estas palabras usadas en su buen sentido? Y a propósito de esto, recuerdo que en los *Adagios*⁵⁰³ llamé a los apóstoles «silenos» y, de hecho, llegué a decir que Cristo mismo fue una especie de sileno⁵⁰⁴. Si aparece un crítico malévolo que, lleno de prejuicios, despacha esto en

tres palabras, ¿hay algo más insufrible? En cambio, si el que lee lo que escribí es piadoso y ponderado, aprobará la alegoría.

Verdaderamente me sorprende que tus amigos no se hayan dado cuenta de la cautela con que me expreso y del cuidado que pongo en suavizar mis palabras. Esto es lo que yo planteo: «Pero una vez que me he puesto *la piel de león*⁵⁰⁵, venga, pasemos a explicar esto otro. La felicidad que los cristianos buscan con tanto esfuerzo no es más que un cierto tipo de locura y necedad. No miréis con malos ojos las palabras, considerad más bien la realidad». ¿Lo estás oyendo? Para empezar, cuando la Estupidez se dispone a hablar sobre algo tan misterioso, aligero el tono con el proverbio de haberse puesto la piel de león.

Y no me refiero simplemente a la necedad o a la locura, sino a «cierta clase de necedad y locura», para que se entienda que lo que quiero decir es una piadosa estupidez y una feliz locura, de acuerdo con la distinción que añado a continuación. No satisfecho con esto, añado la palabra «cierta», para que quede bien claro que estoy hablando figurativa, no literalmente. No satisfecho todavía, me guardo de cualquier ofensa que pueda producir el sonido de las palabras, pidiendo que se preste más atención a lo que digo que a cómo lo digo. Todo esto queda constatado de inmediato en las palabras iniciales de mi argumentación. Luego, cuando desarrollo el tema, ¿empleo en algún momento una palabra que no sea piadosa y comedida e incluso más respetuosa de lo que conviene al personaje de la Estupidez? Por el contrario, en este punto preferí olvidarme por un momento del decoro poético antes que no cumplir con la dignidad de la materia. Preferí ofender a la retórica antes que herir la piedad.

Y, al final, cuando mi exposición había acabado, para no molestar a nadie por haber hecho hablar sobre asunto tan sagrado a un personaje cómico como la Estupidez, pedí disculpas de la siguiente manera: «Pero ya hace tiempo que, olvidándome de quién soy, *me estoy pasando de la raya*⁵⁰⁶. Sin embargo, si algo de lo que he dicho parece demasiado descarado o lenguaraz, recordad que es la Estupidez y además una mujer la que ha hablado».

Ya ves que en ningún momento he dejado de evitar cualquier cosa que pudiese resultar ofensiva. Pero aquellos cuyos oídos no admiten más que proposiciones, conclusiones y corolarios, no aprecian eso. ¿Qué he conseguido con equipar mi librito de una introducción con la que intento evitar todo tipo de maledicencias? Y no tengo la menor duda de que satisfará a todos los de mente abierta, pero ¿qué se puede hacer con esos que o bien no quieren quedar satisfechos por su natural obstinación o son demasiado estúpidos como para entender lo que pueda satisfacerles? Porque, igual que Simónides dijo que los de Tesalia eran demasiado simplones como para poder engañarlos⁵⁰⁷, de igual forma puedes ver a algunos demasiado estúpidos como para poder calmarlos. Además, no resulta sorprendente que pueda encontrar materia para tergiversar quien no busca otra cosa que un motivo para la tergiversación. Si cualquiera lee las obras de san Jerónimo con un talante similar, se topará con cientos de lugares que se prestan a la tergiversación, y no faltarán en el doctor más cristiano de todos pasajes que estos críticos pueden calificar de heréticos, por no hablar por ahora de Cipriano, Lactancio y otros por el estilo⁵⁰⁸.

Y, para acabar, ¿quién ha oído jamás que un ensayo humorístico esté sujeto al escrutinio de un teólogo? Si ésta es la práctica consentida, ¿por qué no aplican esta regla del mismo modo a todos los escritos y ocurrencias de los poetas modernos? ¿Cuántas obscenidades han de encontrar en ellos? ¿Cuántas cosas con un tufillo al viejo paganismo? Pero, como no están catalogadas como obras serias, ningún teólogo piensa que sean de su incumbencia.

No querría, sin embargo, cobijarme tras un ejemplo como éste. Desearía no haber escrito nada, ni siquiera en broma, que pudiese ofender en ningún sentido la piedad cristiana. Tan sólo pido que alguien entienda lo que escribí, alguien sin prejuicios y honesto, que muestre un verdadero interés por comprender y no un obstinado propósito de tergiversar. Pero si uno tuviera que contar en primer lugar a los que no tienen ninguna capaci-

dad innata y aún menos juicio, y luego a los que jamás han llegado a estar en contacto con las bellas letras y están infectados más que educados en una doctrina contaminada y confusa, y en último lugar a los que son hostiles a cualquiera que sepa lo que ellos mismos no saben y que tienen como único propósito tergiversar todo cuanto llega a su conocimiento, es evidente que no podría escribir nada en absoluto quien quisiera verse libre de toda tergiversación.

¿Y qué decir de esos que se ven abocados a tergiversar por el deseo de ganar reputación? Ciertamente no hay nada tan fatuo como la ignorancia combinada con la convicción de que uno sabe mucho. Consecuentemente, como están sedientos de fama y no la pueden alcanzar con medios honestos, en vez de una vida en la sombra prefieren imitar a aquel joven de Éfeso que llamó la atención prendiendo fuego al faro más célebre del mundo entero. Y, como no son capaces de publicar nada que merezca la pena leer, se entregan en cuerpo y alma a criticar las obras de hombres destacados.

Me refiero a otros, no a mí, que no soy nada en absoluto, y ni siquiera a mí mismo me importa un comino el librito de la *Moría*: que nadie piense que este asunto me inquieta. ¿Qué tiene, pues, de sorprendente que el tipo de personas a las que acabo de referirme entresaque varias ideas de una obra extensa y las presente como escandalosas, irreverentes o malsonantes o como impías y con un regusto a herejía⁵⁰⁹, no porque encuentren estas lacras en ella, sino porque ellos mismos las traen consigo?

¿Cuánto más conciliador y más de acuerdo con la sinceridad cristiana sería apoyar y estimular la labor de hombres eruditos, y cuando, sin darse cuenta, caigan en el error, o bien pasarlo por alto o interpretarlo con benevolencia que andar buscando con ánimo hostil los puntos criticables y comportarse como un delator profesional en vez de como un teólogo? ¿Cuánto más feliz es enseñar o aprender combinando nuestros recursos, y —por emplear las palabras de san Jerónimo— lidiar en la palestra de las Sagradas Escrituras sin hacernos daño?⁵¹⁰.

Lo que sorprende de semejantes personas es que para ellos no haya ningún término medio. Leen algunos autores de tal forma que, por muy evidente que sea un error, lo defienden incluso con un pretexto superficial, mientras que contra otros tienen tantos prejuicios que no hay nada, por mucha cautela con que se diga, que no tergiversen de una forma u otra. ¿Cuánto mejor sería que, en lugar de comportarse de esta forma, destrozándose los unos a los otros, y malgastando su propio tiempo y el de todos los demás, aprendiesen griego o hebreo, o por lo menos latín? El conocimiento de estas lenguas es tan importante para entender las Sagradas Escrituras que me parece un descomunal descaro que alguien no instruido en ellas se adjudique el nombre de teólogo.

Así que, mi querido Martin, preocupándome por tu propio interés, seguiré rogándote —como ya he hecho anteriormente con bastante frecuencia— que añadas a tus estudios al menos el aprendizaje del griego. Tu talento es de una exuberancia poco usual y tu estilo literario, firme y vigoroso, fluido y de gran riqueza léxica, es indicio de una mente a la vez robusta y fecunda. Te sonrío una juventud no sólo intachable, sino también lozana y en su cenit, y ya has concluido tu carrera con éxito. Créeme, si a este comienzo tan distinguido le añadieras como toque final un conocimiento del griego, me atrevería a prometerme a mí mismo y a cualquier otro a esperar de ti lo que hasta ahora no ha alcanzado ningún teólogo de nuestro tiempo.

Pero si eres de la opinión de que ante el amor por la piedad verdadera todo saber humano es despreciable y crees que llegarás a tal sabiduría más rápidamente por la transformación en Cristo, y que todo lo demás que merece la pena conocer se comprende de forma más completa mediante la luz de la fe que con los libros de los hombres, con gusto compartiré tu opinión. Pero, si tal como está ahora el mundo estás convencido de poder tener una comprensión fehaciente de la teología sin un conocimiento de lenguas, especialmente de aquella en la que nos ha sido legada la mayor parte de las Escrituras, es evidente que te equivocas por completo⁵¹¹.

¡Ojalá pudiera convencerte de esto tanto como lo deseo, porque lo deseo tan ardientemente como te quiero a ti y apoyo tus estudios! Más aún: te quiero de todo corazón y te apoyo sin reservas. Pero si no puedo convencerte, te ruego que al menos asientas a las súplicas de un amigo y te arriesgues. Soportaré cualquier sufrimiento, con tal de que admitas que mi consejo era amistoso y desinteresado. Si en algo valoras este amor mío por ti, si tiene algún significado el compartir patria, si le das algún valor a lo que yo no me atrevería a llamar mi saber pero sí al menos mi laboriosa preparación en las bellas letras, o a mi edad —porque en lo que a años se refiere podría ser tu padre⁵¹²—, concédeme este deseo como un favor o por respeto, si es que mis argumentos no bastan.

Así, en definitiva, me creeré elocuente —elogio que tú sueles hacerme— si soy capaz de persuadirte en este punto. Si tengo éxito, quedaremos satisfechos ambos, yo por haber dado mi consejo y tú por haber obedecido, y aunque ya eres el amigo que más quiero, me serás aún más querido porque he hecho que te aprecies más a ti mismo. Si fracaso, tengo miedo de que cuando ya seas mayor y hayas aprendido de tu propia experiencia llegues a apreciar el consejo que te di y a condenar tu postura, y entonces, como por lo general sucede, te darás cuenta de tu error cuando sea tarde para enmendarlo. Podría referirte los nombres de muchísimos hombres que, ya con el pelo cano, volvieron a la infancia en esta lengua, porque finalmente comprendieron que toda erudición quedaba manca y ciega sin ella.

Pero ya he hablado demasiado sobre este tema. Volviendo a tu carta, dado que piensas que la única manera que tengo de poder calmar la hostilidad de los teólogos y recuperar su buena voluntad anterior es haciendo una especie de *retractación*⁵¹³ en un elogio de la Sabiduría enfrentado a mi elogio de la Estupidez, me animas con vehemencia y me ruegas que lo haga así. Mi querido Dorp, soy un hombre que no desprecia a nadie más que a sí mismo y que no desearía nada tanto como estar en paz con todos los seres humanos, y no me daría miedo embarcarme en

semejante empresa si no previese cuál sería el resultado, a saber, que si ha surgido alguna animadversión entre un puñado de gente llena de prejuicios y sin educación, no sólo no se eliminaría, sino que se recrudecería aún más. Creo, por tanto, que es mejor *no meneallo y no tocar esta Camarina*⁵¹⁴. Sería más sensato —a menos que me equivoque— dejar que esta alimaña se desvanezca con el tiempo.

Ahora paso a la segunda parte de tu carta. Admiras sobre manera el cuidado que pongo en reconstruir el texto de Jerónimo, y me animas a continuar con semejante trabajo. Lo cierto es que estás jaleando al que ya va a paso ligero, aunque no son ánimos lo que yo necesito tanto como ayuda: tan grande es la dificultad del trabajo. Pero jamás me creas en el futuro si ahora no estoy diciendo la verdad: a éstos tan ofendidos por la *Moría* tampoco les va a gustar mi edición de Jerónimo. Y no son mucho más ponderados con Basilio, Crisóstomo o Gregorio Nacianceno que conmigo, excepto por el hecho de que contra mí su cólera es más vehemente. Sin embargo, en sus momentos de mayor exasperación no vacilan en hablar de forma bochornosa incluso de esas lumbreras del saber. Les tienen miedo a las bellas letras y temen que su propia tiranía se venga abajo.

Y para que te des cuenta de que esto no lo digo a tontas y locas, cuando mi trabajo había comenzado y se habían extendido las noticias sobre ella, ciertos individuos que pasan por eruditos serios y se consideran teólogos eminentes, corrieron a suplicar al impresor, por todo lo más sagrado, que no permitiese que se introdujera ni una sola palabra griega o hebrea. Que en estas lenguas había un inmenso peligro y no ofrecían ventaja alguna, útiles tan sólo para satisfacer la curiosidad de los hombres. Ya anteriormente, estando yo en Inglaterra, tuve la oportunidad de comer con un franciscano, un seguidor de Escoto —el primero de los que tienen ese nombre—⁵¹⁵ que a juicio del pueblo parecía ser muy sabio y, en su propia opinión, no había nada que no supiera. Cuando le dije lo que estaba intentando hacer con el texto de Jerónimo, se mostró asombrado de que

pudiera haber algo en los libros de Jerónimo que los teólogos no entendieran; un hombre tan sumamente ignorante que yo sería el sorprendido si fuera capaz de entender con corrección tres líneas de todas las obras de Jerónimo. Esta amable persona me añadía que si tenía alguna duda en mi introducción a Jerónimo, Bretón ya lo había explicado todo con claridad⁵¹⁶.

Dime, por favor, querido Dorp, ¿qué se puede hacer con teólogos como éste? ¿O qué otra cosa se les puede desear sino, acaso, un médico de confianza que les cure la mollera? Y, sin embargo, son a menudo hombres de este costal los que más gritan en un congreso de teólogos y son ellos los que hacen proclamas sobre el cristianismo. Los atemoriza y espanta como algo peligroso y perjudicial lo que san Jerónimo y el propio Orígenes se esforzaron con gran empeño por alcanzar en su vejez, para ser teólogos de verdad⁵¹⁷. Incluso san Agustín, siendo ya obispo y de edad avanzada, lamenta en sus *Confesiones* no haber querido aprender en su juventud lo que le habría resultado de tanta utilidad para interpretar las Sagradas Escrituras⁵¹⁸. Si hay peligro, no tengo miedo de correr un riesgo buscado por hombres de tanta sabiduría. Si es curiosidad, no querría yo ser más santo que Jerónimo, y los que llaman simple curiosidad a lo que hizo, pueden juzgar por sí mismos lo bien que se portan con él.

Aún está en vigor un añejo decreto pontificio sobre el nombramiento de doctores para enseñar algunas lenguas en las universidades⁵¹⁹, aunque en ninguna parte se ha ordenado jamás nada sobre el aprendizaje de la sofística o la filosofía de Aristóteles, aparte de las dudas manifestadas en los decretos sobre si es legal aprenderlas o no. Y muchos grandes autores las rechazan como materia de estudio. Entonces, ¿por qué despreciamos lo que la autoridad pontificia ha ordenado y, en cambio, sólo aceptamos lo que ha suscitado dudas o, incluso, ha sido desautorizado?

A pesar de ello, a éstos les ha ocurrido lo mismo con Aristóteles que con las Sagradas Escrituras. En todas partes está presente aquella célebre Némesis, vengadora del desprecio por la lengua, y también por todas partes los teólogos fantasean, divagan, andan a

tientas, enredan y crean puras aberraciones. Es a estos ilustres teólogos a quienes debemos que de todos los escritores que Jerónimo enumera en su *Catálogo* sean tan pocos los que sobreviven⁵²⁰, porque escribían lo que nuestros maestros no eran capaces de entender. Es a ellos a quienes debemos el estado corrupto y defectuoso en el que actualmente tenemos a san Jerónimo, con el resultado de que otros tienen un trabajo mayor en restablecer sus palabras que el que él mismo tuvo en escribirlas.

Paso ahora a la tercera parte de tu carta, relativa al Nuevo Testamento. De verdad que me pregunto qué es lo que te ha pasado o hacia dónde diriges la agudísima perspicacia de tu ingenio. No quieres que haga ningún cambio, excepto allí donde el sentido puede ser más claro en el texto griego, y no admites que haya ninguna falta en la versión que generalmente usamos⁵²¹. Consideras sacrílego echar abajo algo que ha sido corroborado por el beneplácito de tantos siglos y tantos concilios de la Iglesia. Dime, doctísimo Dorp, si lo que escribes es cierto, ¿por qué las citas que hay en Jerónimo, Agustín y Ambrosio difieren con frecuencia de la lectura que nosotros tenemos? ¿Por qué Jerónimo critica y corrige palabra por palabra muchos pasajes que, sin embargo, aparecen en esta edición? ¿Qué harías tú a la vista de semejante consenso de pruebas —quiero decir cuando los textos griegos presentan una lectura diferente que Jerónimo cita como prueba, los textos latinos más antiguos tienen la misma lectura y el propio sentido encaja mucho mejor?

¿Es que vas a desdeñar todo esto y seguir tu propio texto, que puede estar corrupto por los errores del copista? Por supuesto, nadie está afirmando que en las Sagradas Escrituras haya ninguna mentira, puesto que eso es lo que tú aduces, y, además, toda esta disputa entre Agustín y Jerónimo no tiene nada que ver con el asunto. Pero los hechos nos dicen —cosa evidente, como suele decirse, hasta para un ciego— que a menudo el griego ha sido mal traducido debido a la inexperiencia o a la somnolencia del traductor, y con frecuencia sucede que una lectura genuina y verdadera ha sido viciada por copistas sin preparación —algo que vemos que

sucede todos los días— o a veces incluso modificada por escribas medio instruidos que prestan poca atención.

¿Quién de los dos está sosteniendo una mentira, el que corrige y reconstruye estos textos o el que preferiría admitir un error antes que eliminarlo? Sobre todo cuando es algo inherente a los textos corruptos que un error lleve a otro. Además, las correcciones que he hecho por lo general tienen más que ver con aspectos de matiz que con el significado real, aunque muy a menudo el matiz es parte principal del significado. Por otro lado, no es rara la vez que todo el pasaje se ha malogrado. Cuando sucede algo así, ¿qué otro recurso les queda a Agustín, Ambrosio, Hilario y Jerónimo sino las fuentes griegas? Y aunque esta práctica también ha sido sancionada por decretos eclesiásticos, todavía te sales por la tangente y pretendes refutar el argumento o más bien librarte de él con sutilezas.

Dices que en su época los códices griegos eran más fiables que los latinos, pero que hoy día la situación es la inversa y que no hay que confiar en los manuscritos de aquellos que discreparon de la doctrina de la Iglesia romana⁵²². Difícil me resulta creer que digas esto de corazón. ¿Qué dices? Entonces, ¿no hemos de leer las obras de los que se apartaron de la fe cristiana? ¿Por qué, pues, le otorgan tanta autoridad a Aristóteles, un pagano que jamás tuvo nada que ver con la fe? La raza judía al completo se apartó de las enseñanzas de Cristo; ¿y por eso no han de tener ningún valor para nosotros los textos de los Salmos y los profetas, que están escritos en su lengua?

Empieza a recordarme ahora mismo todos los puntos en que los griegos difieren de las creencias latinas ortodoxas. No encontrarás nada que tenga su origen en las palabras del Nuevo Testamento o haga referencia a ellas. La disputa entre ambos se basa solamente en la palabra «hipóstasis»⁵²³, en la procesión del Espíritu Santo, en las ceremonias de la consagración, la pobreza de los sacerdotes y el poder del pontífice romano. Ninguna de ellas la admiten apoyándose en textos viciados. ¿Qué vas a decir cuando encuentres la misma interpretación en Orígenes, Crisóstomo, Basilio y Jerónimo?

¿Acaso habría podido alguien adulterar los códices griegos también en esta época? ¿O es que hay alguien que haya encontrado alguna vez un solo pasaje en el que los textos griegos hayan sido falsificados? En última instancia, ¿por qué habrían de querer hacerlo cuando no los emplean para defender sus creencias? Además, que en todas las ramas del saber los códices griegos fueron más exactos que los nuestros lo reconoce el propio Cicerón, lleno de prejuicios —por otro lado— contra los griegos, porque la separación de las palabras, el uso de los acentos y la dificultad intrínseca de su escritura son el motivo de que sea más difícil que puedan surgir faltas y, en el caso de que haya surgido alguna, sea más fácil corregirla.

Además, al decir que no debería apartarme de la edición actual que ha ganado la aprobación de tantos concilios, te comportas como uno de esos teólogos populares que suelen dar autoridad eclesiástica a cualquier cosa que haya llegado a ser de uso común. Pero dime aunque sea una sola asamblea en la que se haya aprobado esta edición. Porque, ¿cómo se iba a aprobar cuando nadie conoce a su autor? Que no fue Jerónimo, lo atestiguan sus mismos prólogos. Pero, de acuerdo, aceptemos que algún concilio llegó a aprobarla, ¿acaso la aprobó de forma que no se pudiera introducir enmienda alguna de acuerdo con las fuentes griegas? ¿Acaso también dio su visto bueno a todos los errores que hayan podido colarse de distintas maneras? ¿Acaso formularon los Padres⁵²⁴ su decisión en los términos siguientes?:

No sabemos quién es el autor de esta edición, pero, no obstante, le damos nuestro beneplácito. Tampoco queremos que se la rebata aun cuando los textos griegos, por muy correctos que sean, tengan una lectura diferente, o Crisóstomo, Basilio, Atanasio o Jerónimo lean algo distinto que pueda ajustarse mejor al sentido de los Evangelios, pero, elogiamos por lo demás a estos mismos autores. Más aún, ratificamos cualquier error, corruptela, adición u omisión que en el futuro pueda surgir de cualquier manera, ya sea por ignorancia o temeridad de los escribas o debido a su incompetencia, embriaguez o som-

nolencia, y no concedemos a nadie permiso para cambiar el texto una vez aceptado.

Un decreto absurdo —dirás—. Pero algo parecido a esto ha debido de ser para que con la autoridad de un concilio en la mano me disuadas de esta tarea.

Por último, ¿qué debemos decir cuando vemos que ni siquiera las copias de esta edición coinciden? ¿Acaso ha aprobado una asamblea también estas contradicciones, previendo sin un atisbo de duda qué alteraciones había de cometer cada cual? ¡Ojalá, mi querido Dorp, los pontífices de Roma tuviesen tanto tiempo libre para emitir declaraciones beneficiosas sobre estos puntos, que estipulasen la restitución de las obras de los autores importantes así como la preparación y el restablecimiento de ediciones corregidas!

No querría yo ver, sin embargo, sentados en este consejo a esos supuestos «teólogos», indignos de tal nombre, cuyo único propósito es que sólo se valore lo que ellos y no otros han llegado a aprender. Pero ¿qué hay en su ciencia que no resulte totalmente disparatado y confuso a la vez? Si estos déspotas se salieran con la suya, el mundo se vería obligado a rechazar a los mejores autores antiguos y a considerar como de inspiración divina las necedades pueriles de estos otros, que andan tan faltas de verdadera ciencia que, mientras no adquieran una mejor instrucción, desde luego antes preferiría ser un artesano mediocre que ser el mejor en su gremio. Éstas son las personas que no quieren cambios en un texto, no vaya a ser que parezca que hay algo que no saben. Ellos son los que me echan en cara la falsa autoridad de los concilios, ellos los que exageran la gran crisis que hay en la fe cristiana y el peligro que corre la Iglesia —que, faltaría más, sustentan sobre sus propios hombros, aunque harían mejor en tirar de una carreta— y difunden este tipo de rumores entre el populacho ignorante y supersticioso, y, como éste los toma por auténticos teólogos, no están dispuestos a que su opinión caiga en saco roto. Temen que, cuando citan mal las Sagradas Escrituras —como con frecuencia hacen— les haga fren-

te la autoridad de la verdad en griego o hebreo, y entonces sea evidente que lo que ellos pretendían hacer pasar como «inspiración divina» no es más que una alucinación.

San Agustín, que fue un gran hombre y, además, obispo, no se avergüenza de aprender de un niño de un año⁵²⁵. Este tipo de gente prefiere ponerlo todo patas arriba antes que dejar mostrarse como ignorantes de nada que toque al conocimiento total, por más que yo no vea en esto nada que concierna sobremana a la pureza de la fe cristiana. Pero si lo hubiera en grado tan importante, tanto más habría que trabajar en ello.

Desde luego, tampoco hay peligro de que todo el mundo abandone inmediatamente a Cristo si por casualidad alguien llegase a oír que se ha encontrado un pasaje en las Sagradas Escrituras que ha sido alterado por un copista ignorante o amodorrado, o traducido con poca habilidad por no sé qué traductor. Existen otras razones para este peligro, que por prudencia no cuento aquí.

¿Cuánto más cristiano sería que, dejando a un lado las disputas, cada uno en la medida de sus posibilidades contribuyera de grado al interés común, y que esto se deseara con sinceridad, y, de una sola vez, aprender humildemente lo que no se sabe y enseñar sin animosidad lo que se sabe? Y si hay algunos demasiado iletrados como para enseñarles nada adecuadamente o demasiado orgullosos como para estar dispuestos a aprender nada, que les vaya bien —puesto que son sólo unos pocos— y preocupémonos mejor de las buenas cabezas o, en todo caso, de las que prometen algo. En cierta ocasión mostré mis anotaciones aún sin revisar y —como se dice— todavía calientes de la fragua a hombres sin tacha, a teólogos eminentes y doctísimos obispos. Reconocían ellos que incluso estos rudimentarios guiones les resultaron sumamente iluminadores para su comprensión de las Sagradas Escrituras.

Respecto a lo que seguidamente me dices, ya sabía que Lorenzo Valla había emprendido este trabajo antes que yo, porque yo fui el primero en procurar que se publicasen sus *Notas sobre el Nuevo Testamento*. También había visto los *Comentarios* de Jacques Lefèvre sobre las cartas de san Pablo⁵²⁶. ¡Ojalá que sus

fatigas hubiesen hecho innecesarios mis esfuerzos! Ciertamente, creo que Valla merece muchísimos elogios, más por su retórica que por su teología, que en su trabajo sobre las Sagradas Escrituras tuvo el cuidado de comparar los textos griegos con los latinos, aunque no son pocos los teólogos que jamás han leído de cabo a rabo y en orden el Testamento entero. Sin embargo, discrepo de él en varios aspectos, sobre todo en los que tocan asuntos de teología.

Por otro lado, Jacques Lefèvre ya estaba ocupado en escribir sus comentarios mientras yo preparaba este trabajo, y fue una pena que ni siquiera en nuestras conversaciones más íntimas a ninguno de los dos se nos ocurriese mencionar lo que cada uno estaba ideando. Y no supe qué había estado haciendo antes de que su trabajo apareciese publicado. Admiro fervientemente su empresa, aunque aquí vuelvo a discrepar de él en varios puntos, mal que me pese, puesto que me encantaría ser *de la misma opinión*⁵²⁷ que un amigo como él en todos los aspectos, de no tener que preocuparse uno más de la verdad que de la amistad, sobre todo en lo que a las Sagradas Escrituras se refiere.

Sin embargo, aún no tengo claro del todo por qué me contraponen estos dos autores. ¿Es acaso para disuadirme de un asunto que crees ha sido ya trabajado? Desde luego, habrá quedado claro que he acometido este trabajo no sin razón, aunque sea después de hombres tan valiosos. ¿O estás dando a entender que los teólogos también desaprueban sus tareas? Personalmente, no veo qué le ha podido aportar a Lorenzo un encono tan antiguo. Según tengo entendido, todo el mundo admira a Lefèvre.

¿Hace falta decir que el trabajo que yo estoy llevando a cabo no tiene absolutamente nada que ver? Lorenzo se limitó a anotar ciertos pasajes sólo —como parece evidente— de pasada y —como suele decirse— «con ligeras pinceladas». Lefèvre solamente ha publicado comentarios sobre las cartas de san Pablo y las tradujo a su manera, y, después, si había alguna controversia, añadió de pasada unas notas. Lo que yo he hecho es traducir todo el Nuevo Testamento a partir de los textos griegos, encarando estos textos

griegos a su traducción para que todo el mundo pueda cotejarlos en cualquier momento. He añadido unas notas por separado, en las que demuestro, en parte con ejemplos y en parte con la autoridad de los teólogos primitivos, que en lo que he corregido no se ha hecho ningún cambio sin la debida reflexión, con la esperanza de que mi trabajo de corrección inspire confianza y lo que se ha enmendado no pueda falsearse fácilmente. ¡Ojalá haya podido alcanzar lo que he intentado hacer con esmero! Porque, en lo que a la Iglesia se refiere, no vacilaré en ofrecer este humilde resultado de mis horas de insomnio a cualquier obispo o cardenal, o incluso a cualquier pontífice de Roma, con tal de que sea como el que tenemos ahora⁵²⁸.

Para acabar, no tengo la menor duda de que cuando salga el libro me felicitarás incluso tú, que ahora me disuades de publicarlo, sólo con que hayas saboreado un poquito este saber, sin el cual no podría emitirse un juicio razonable sobre estas cuestiones.

Advierte, mi querido Dorp, cómo te has ganado una doble gratitud por un solo servicio: la de los teólogos en cuyo nombre has llevado a cabo tan celosamente tu misión, y la mía propia por haberme dado prueba fehaciente de tu afecto con una reprensión tan amistosa. Tú, por tu parte, te tomarás a bien mi explicación igual de sincera y, si eres sensato, estarás más dispuesto a oír un consejo de mi parte, que sólo deseo tu interés, que de parte de esos que ansían conquistar para su partido un talento como el tuyo, nacido para cosas sublimes, con el único propósito de fortalecer sus tropas con la adhesión de tan distinguido adalid. Que sigan por mejores derroteros, si es que pueden; y si no pueden, tú, en cambio, sigue por el que más te conviene. Y si tú no puedes hacer de ellos hombres mejores—como me gustaría que intentaras hacer—por lo menos ten cuidado de que no te vuelvan peor a ti. En lo sucesivo, cerciórate de que defiendes mi causa ante ellos con la misma seguridad con la que has defendido la suya ante mí. Tranquilizarás a esos hombres, en la medida en que esto es posible, convenciéndolos de que lo que hago no lo hago con la intención de insultar a los que

no conocen este saber, sino por el interés general de todo el mundo, interés que estará a disposición de cualquiera que quiera emplearlo, sin obligar a nadie que prefiera desdeñarlo; y que, además, mi intención es que si aparece alguien que pueda o quiera mostrar mejor guía que yo, estoy dispuesto a ser el primero en hacer pedazos y desautorizar mi obra y en aprobar su parecer.

Da mis mejores saludos a Jean Desmarais y asegúrate de hacerle ver esta defensa de la *Moría*, a propósito del comentario sobre ella que le dedicó mi amigo Lijster⁵²⁹. Procura recordarme con afecto ante el doctísimo Nevio⁵³⁰ y ante mi cordial amigo don Nicolás de Beveren, preboste de san Pedro⁵³¹. Por el abad Ménard, a quien dedicas tan espléndidos elogios —y conociendo tu honradez como la conozco, no me cabe la menor duda de que son totalmente auténticos—, siento, aunque sea por mediación tuya, gran afecto y respeto, y no voy a dejar pasar la primera oportunidad que se me presenta para hacer una honorable mención suya en mis obras⁵²⁸.

Que te vaya bien, amigo Dorp, el más querido de los mortales.

En Amberes, año de 1515.

Notas al texto

¹ Siguiendo una tradición ya presente en la Antigüedad, Erasmo introduce su obra con una carta, dedicatoria a la vez que reflexión de su propia creación. En esta ocasión el destinatario es su amigo Thomas More, en cuya casa, si hemos de creer a Erasmo, pergeñó el texto. Thomas More o Tomás Moro (1478-1535), fue un estadista y escritor inglés. Educado en Oxford, donde estudió latín y griego, era hijo de un juez, lo que le llevó a estudiar derecho y a ejercer la profesión. En 1499 decidió ingresar como monje en la orden de los cartujos, de donde salió cuatro años más tarde para dedicarse a la vida política parlamentaria. Llegó a ser lord canceller y favorito de Enrique VIII, pero su oposición al divorcio de éste con Catalina de Aragón le llevó a distanciarse de él, hasta que en 1534 el rey se declaró jefe de la Iglesia anglicana y More se enfrentó a él abiertamente. Un año más tarde fue decapitado por orden real.

² El original dice ἀμούσοις, es decir, sin participación de las musas, que son personificación de las artes y, por ende, de la cultura.

³ *Moriae encomium* es simple transcripción latina del μωρίας ἐγκώμιον griego. Nos parece preferible traducir μωρία y su equivalente latino *stultitia* como ‘estupidez’ (también valdrían ‘tontería’, ‘bobería’, ‘necedad’, ‘insensatez’, etc., o, si se prefiere no traducir, el cultismo ‘estulticia’). Es evidente que el título en griego es traducción y, por ello, posterior al latino. Por otro lado, *stultitia* —de semántica más limitada que μωρία— no significa en latín ‘locura’, que habría podido aparecer como *insania*, *dementia*, *amentia*, *uecordia*... Sin entrar en

consideraciones psiquiátricas, ni todos los locos son unos tontos, ni todos los tontos están locos. Creemos que el término «estupidez» recoge en castellano todos los posibles matices que el personaje de *Stultitia* puede encerrar en sí.

⁴ La diosa Palas Atenea, la Minerva romana.

⁵ Erasmo, como acaba de prometerle a su amigo, comienza ya a enredar con un juego etimológico entre el apellido *More* (*Morus* en su forma latinizada) y el adjetivo griego μωρός, 'tonto', 'loco'.

⁶ Demócrito de Abdera (ca. 460-370 a.C.), filósofo iniciador de la teoría atómica, solía reírse de todo lo que acontecía a sus semejantes, tanto de las alegrías como de las desdichas. Cfr. Juvenal, *Sátiras*, 10, 33 s.: «Perpetuo risu pulmonem agitare solebat / Democritus» [«Con risa incesante solía Demócrito sacudir sus pulmones»].

⁷ μνημόσυον en el original. Por otro lado, el diminutivo 'discursito' hay que entenderlo como expresión de modestia —no exenta de cierta afectación— por parte de Erasmo, puesto que la declamación tiene una extensión considerable.

⁸ La Comedia Antigua, cuyo máximo y mejor representante es Aristófanes, es resultado de un ambiente político y social muy determinado, el de la democracia ateniense del siglo V a.C. El tema central de sus obras es la burla y la invectiva personal, que aparecen sin ambages de ningún tipo. Luciano de Samósata (ca. 120-180 d.C.), escritor griego muy estimado por Erasmo.

⁹ La retahíla de precedentes en el género —bien es cierto que unos más cercanos a esta obra que otros— no es mero alarde de erudición. Erasmo cumple con el lugar común de citar las *auctoritates* en las que se basa su creación.

¹⁰ Βατραχομυομαχίαν en el original. Es una obríta de 303 hexámetros, de carácter épico-paródico, atribuida erróneamente a Homero, realizada sobre un tema de carácter fabuloso.

¹¹ Ambas obras, incluidas en la *Appendix Vergiliana*, suelen atribuirse a Virgilio como obritas menores de juventud, por más que la crítica no se pone de acuerdo sobre su paternidad. *El mosquito* (*culex*) es un epilio, es decir, un poemita épico en hexámetros, y *El almodrote* (*moretum*) —una especie de salsa hecha con aceite, ajo, queso y hierbas, algo

así como un gazpacho— presenta a un campesino preparándose para sus faenas diarias de modo paralelo a como lo haría un héroe épico, de ahí su tono paródico.

¹² El *Nux* es un poema escrito en dísticos elegíacos, falsamente atribuido a Ovidio, en el que una nuez nos cuenta en primera persona su desdichada existencia. Su paralelismo con la presente obra de Erasmo estaría, aparte del tono jocoso, en el mencionado recurso formal de la autorreferencia.

¹³ Polícrates fue un orador ateniense que compuso un elogio a Busíride, legendario tirano egipcio que mató a Hércules. Isócrates (436-338 a.C.) emplea y revisa parte del material de ese texto en su discurso *Busiris*.

¹⁴ Glaucón es uno de los personajes que aparecen en el diálogo platónico *República*. Él es quien, sirviéndose de unos argumentos que Sócrates refuta, elogia —más bien defiende— la injusticia (véase especialmente el pasaje 358b1 ss.).

¹⁵ Favorino de Arelate (Arles), orador romano del s. II d.C., encarna al típico individuo dispuesto a defender lo indefendible con tal de poder mostrar su capacidad de persuasión y el brillo de sus argumentos. Uno de sus discípulos, Gelio, nos cuenta en sus *Noches áticas*, 17, 12, que se atrevió a alabar la fiebre cuartana (la que vuelve a brotar tras cuatro días) y a Tersites, personaje al que Homero describe en la *Ilíada*, 2, 216-220 como paradigma de fealdad.

¹⁶ Sinesio de Cirene (ss. IV-V d.C.), filósofo, poeta y obispo de Pentápolis, escribió entre otras exitosas obras el *Elogio de la calvicie*, inspirado, como él mismo nos cuenta en la introducción, en su propia alopecia.

¹⁷ Luciano de Samósata, más conocido por sus *Diálogos de los muertos*, *de los dioses*, *marinos* y *de las meretrices*, escribió el *Elogio de la mosca* y el diálogo *De parásito*. De los títulos puede presumir el lector su tono irónico y mordaz.

¹⁸ Ἀποθέωσις en el original. Se refiere a la sátira menipea compuesta por Séneca tras la muerte del emperador Claudio bajo el título de *Apolococytosis* [*La calabacización*], en la que relata en tono sarcástico y paródico el proceso de conversión en calabaza por parte del emperador.

¹⁹ Se refiere al diálogo compuesto por Plutarco titulado *Sobre si los animales utilizan la razón*, inspirado, a su vez, en el conocido episodio de la

Odisea, 10, 229 ss., en el que Circe convierte en cerdos a parte de los compañeros de Ulises. Plutarco emplea el material para argumentar que la condición de los brutos es más feliz que la de los humanos, tópico que vuelve a aparecer en el cap. 34 de la presente obra de Erasmo.

²⁰ Texto anónimo que parodia la literatura jurídica latina y que puede fecharse como *terminus ad quem* hacia el 350 d.C., fecha de nacimiento de san Jerónimo (véase nota siguiente).

²¹ San Jerónimo, *Commentarii in Isaiam*, 12, praef.: «Testamentum autem Grunnii Corocottae porcelli decantant in scholis puerorum agmina cachinnantium» [«El testamento del cerdito Gruñón Corocotta lo canturrean en las escuelas las filas de niños entre risitas»].

²² Como si fuese un caballo.

²³ Horacio, *Epístolas*, 1, 18, 15: «alter rixatur de lana saepe caprina» [«el otro porfia a menudo sobre la lana de cabra»], como equivalente de sostener discusiones bizantinas, sin ningún valor.

²⁴ En griego πρὸς τὰ ἄλφιστα, 'para las harinas', por sinécdoque, 'para comer'.

²⁵ Décimo Junio Juvenal, ca. 67-127 d.C., satírico romano nacido en Aquino, autor de dieciséis sátiras monotemáticas, en las que critica los —a sus ojos— vicios y miserias de la época en que le tocó vivir.

²⁶ El importantísimo decoro poético. Cfr. la definición que de él da F. Lázaro Carreter, *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, 1967, pp. 128 s.: «Correspondencia entre la condición o índole de un personaje y las acciones y modo de hablar que se le atribuyen en una obra literaria».

²⁷ De nuevo la paronomasia con el apellido de More.

²⁸ Es decir, el 9 de junio. El año que se esperaría es el 1509, año de su viaje desde Italia a Inglaterra, a la casa que Thomas More tenía en Chelsea. Es en ella donde, a lo largo de los meses de julio y agosto, Erasmo compuso el texto.

²⁹ El nepente (νηπενθές) era una planta que los dioses empleaban para mitigar los dolores —físicos o morales.

³⁰ Trofonio era el héroe local de Lebadea, en Beocia. Famoso como arquitecto, poseía un oráculo en el interior de una gruta, los que habían entrado a hacer una consulta salían demacrados y pálidos. Pausanias en su *Descripción de Grecia*, 9, 39, 8 nos cuenta que en esta

cueva se debía beber primero el agua del olvido (λήθης) y luego la del recuerdo (μνημοσύνης).

³¹ El favonio es el viento primaveral del oeste, que funde los hielos e insufla la vida en la naturaleza.

³² Hay que imaginarse al personaje de la Estupidez ataviado con los ropajes propios de sabios, doctores y eruditos; en definitiva, una ropa solemne y que choca con las palabras que espeta la persona que la viste. Esta oposición entre apariencia y fondo (o continente y contenido) es una clave recurrente a lo largo de todo el *Elogio*.

³³ El conocido rey Midas que convertía en oro todo cuanto tocaba. Las orejas de asno fueron el castigo que Apolo le propinó al atreverse a anteponer al canto de éste el del dios Pan.

³⁴ En un primer momento σοφιστής y σοφός eran sinónimos en griego. Ya en época de Sócrates y Platón el primer término («sofista») acabó por tener el sentido despectivo que posee hoy: engañoso, falaz.

³⁵ Cuando la Estupidez dice «esto», hay que imaginarse un gesto hecho con los dedos de la mano como indicando algo muy pequeño. Téngase en cuenta que el texto es una declamación ejecutada ante un auditorio.

³⁶ En el original αὐτὴ ἐαυτῆς ἀλλή.

³⁷ Claro está, un pudor hipócrita.

³⁸ En griego δις διὰ πασών, es expresión del lenguaje técnico musical y equivaldría a decir 'dos octavas enteras', esto es, 'una gran distancia'.

³⁹ Τὸν Αἰθίοπα λευκαίνει: el adjetivo 'etíope' en la Antigüedad designaba, por extensión, a cualquier individuo nacido en el continente africano. En el contexto en que lo emplea Erasmo, además de indicar un suceso imposible, hay un sentido simbólico añadido a las ideas de negro (etíope) y blanco: negativo y positivo.

⁴⁰ Ἐκ μυίας τὸν ἐλέφαντα ποιεῖ.

⁴¹ A saber, de tiempo nocturno consumido a la luz de una lámpara de aceite.

⁴² Luciano escribió la apología de Fálaris, tirano siciliano que asaba a sus víctimas.

⁴³ En griego ὅτι κεν ἐπ' ἀκαιρίμαν γλώτταν ἔλθῃ, literalmente 'lo que me viniera a la lengua fuera de tiempo', proverbio popular.

Evidentemente, según podremos comprobar a lo largo de toda la obra, esta afirmación es irónica.

⁴⁴ Que era la práctica usual de la filosofía dialéctica y escolástica medieval.

⁴⁵ *Largitrix* ἑάων es alusión al sintagma homérico (*Odisea*, 8, 325) δωτῆρες ἑάων, que califica a los dioses como ‘donadores de bienes’.

⁴⁶ La Minerva romana es la diosa análoga de la griega Palas Atenea. Entre sus atributos se cuentan la inteligencia y las artes.

⁴⁷ Καὶ ἐν τῇ πορφύρᾳ πίθηκοι, καὶ ἐν τῇ λεοντῇ ὄνοι, son dos proverbios griegos que vienen a significar lo mismo: los necios y cobardes se visten de ropas o títulos para aparentar ante los demás lo que no son.

⁴⁸ Μωρότατοι.

⁴⁹ Μωροσόφους, neologismo humorístico acuñado por Luciano, *Alejandro*, 40; literalmente ‘necios-sabios’, es decir, necios que se creen sabios o sabios que realmente son unos necios. Tales de Mileto (ca. 624-545 a.C.) fue uno de los siete sabios de Grecia, considerado el πρῶτος εὐρετής o fundador de la filosofía griega y, por ello, paradigma de sabiduría.

⁵⁰ Τὰ ὠτα κινῶσι, es decir, ‘un burro moviendo las orejas’, como si entendiese lo que le están diciendo, aunque sea incapaz de comprender nada. De nuevo hace alusión al comportamiento afectado de algunos.

⁵¹ Καὶ ταῦτα δὴ μὲν ταῦτα, es una perogrullada del lenguaje coloquial.

⁵² La alusión a la estirpe a la que se pertenece es un tópico de la literatura laudatoria. Por su parte, la invocación a las musas sirve para prevenir al lector de que el tema es de tono poético-ficticio, no verídico.

⁵³ El Orco es el equivalente latino del Τάρταρον, dios de las profundidades infernales. Saturno (Κρόνος en Grecia) era un titán, hijo de la Tierra y el Cielo. Jápeto era otro de los titanes.

⁵⁴ Πλούτος, en griego en el original. Es la ‘Riqueza’ y aparece como un dios en la comedia homónima de Aristófanes.

⁵⁵ πατήρ ἀνδρῶν τε θεῶν τε es una fórmula épica empleada frecuentemente por Homero y Hesíodo para referirse a Zeus (Júpiter).

⁵⁶ Los doce dioses principales.

⁵⁷ Palas Atenea, contra la que la Estupidez parece tener ciertas rencillas por ser diosas con atribuciones encontradas.

⁵⁸ Es una variante del verso homérico (*Il.*, 14, 113) πατρός δ' ἔξ ἀγαθοῦ καὶ ἐγὼ γένος εὐχομαι εἶναι: «también yo me jacto de descender de un padre noble».

⁵⁹ *Neotete* en el original, es un neologismo creado por Erasmo a partir del griego νεότης 'juventud'.

⁶⁰ Vulcano (el Hefesto griego) era el dios del fuego y de la forja. Hijo de Júpiter y Juno (de Juno sola, según algunas versiones del mito), fue arrojado fuera del Olimpo por su propia madre espantada ante su cojera o bien por Júpiter al enterarse de que se había puesto del lado de su madre para derrocarlo.

⁶¹ ἐν φιλότῃ μιχθεῖς, en el original. Nótese que el amor en este contexto se refiere siempre al extramatrimonial.

⁶² La isla de Delos, antes de que nacieran en ella Apolo y Ártemis, se desplazaba por el mar libremente.

⁶³ Donde nació Afrodita.

⁶⁴ ἐν σπέσσι γλαφυροῖσι es expresión homérica (*Odisea*, 1, 15) empleada para señalar el lugar usual de los encuentros amorosos de Zeus con sus amantes.

⁶⁵ Las Islas Afortunadas se situaban más allá de las columnas de Hércules y eran el paraíso terrenal. Se las ha identificado con las Canarias.

⁶⁶ ἄσπαρτα καὶ ἀνήροτα es lo mismo que decir 'sin ningún esfuerzo'.

⁶⁷ Las primeras son plantas de escaso valor, poco adecuadas para una mesa lujosa; las de la segunda serie, al contrario, son de gran valor. El asfódelo y la malva son plantas comestibles identificadas con gente humilde. El molí es la planta que Hermes da a Ulises para liberarlo del hechizo de Circe (Homero, *Odisea*, 10, 305). La panacea (gr. πανάκεια) era el supuesto remedio de todas las enfermedades. La ambrosía —palabra que en griego significa 'inmortal'— es el alimento de los dioses. El loto era el mítico alimento del legendario pueblo de los lotófagos; quien comiera de esta planta olvidaba inmediatamente su país de procedencia y deseaba irse a vivir con ellos (cfr. Homero, *Odisea*, 9, 82 ss.). Los jardines de Adonis eran tiestos en los que se sembraban pequeñas plantas en el festival que se le dedicaba en primavera.

⁶⁸ Τῷ ὑπάρτῳ Κρονίωνι, es remedo del tratamiento que da Homero a Zeus, hijo de Saturno (el Cronos griego).

⁶⁹ La cabra Amaltea que lo crió a escondidas en Creta.

⁷⁰ En señal de arrogancia.

⁷¹ Todos los nombres aparecen en griego en el original: φιλαυτία, κολακία, λήθη, μισοπονία, ἥδονή, ἄνοια, τρυφή, κῶμον y νήγρετον ὕπνον.

⁷² Plinio el Viejo, *Historia natural*, 2, 18.

⁷³ ἄλφα, la primera letra del alfabeto griego y, por ello, simbólicamente equivalente de 'origen'.

⁷⁴ ὀβριμοπάτρης, epíteto épico aplicado por Homero y Hesíodo a Palas Atenea.

⁷⁵ νεφεληγερέτου, otro epíteto épico aplicado, en este caso, a Zeus (Júpiter).

⁷⁶ παιδοποιεῖν, en el original.

⁷⁷ La escuela filosófica del estoicismo fue instaurada en Atenas en torno al 300 a.C. como término contrario del epicureísmo. Su fundador fue Zenón de Citio y uno de sus rasgos distintivos era la defensa de la ἀπάθεια o negación de toda pasión, tanto positiva (placer) como negativa (sufrimiento).

⁷⁸ Pitágoras de Samos (ca. 582-ca. 500 a.C.), filósofo y matemático griego seguidor de las enseñanzas de Tales, Anaxímenes y Anaximandro. Fundador del movimiento filosófico, religioso y político conocido como pitagorismo. Uno de sus postulados defendía que los números eran la esencia de las cosas: música, geometría, astronomía... Los cuatro primeros números constituían la base del cosmos.

⁷⁹ Ἀνοία.

⁸⁰ Λήθης.

⁸¹ Hace referencia a los versos iniciales del *Sobre la naturaleza de las cosas* de Lucrecio (1, 1-49), en donde el poeta invoca a Venus como único origen de todos los seres vivos.

⁸² En su *Ajax*, 554: ἐν τῷ φρονεῖν γὰρ μηδὲν ἥδιστος βίος: 'pues la existencia más dulce consiste en no pensar en nada'.

⁸³ τὸ χαλεπὸν γῆρας. La vejez en la Grecia clásica, al contrario de lo que pudiera creerse, no era una etapa muy estimada, al menos por los literatos.

⁸⁴ παλιμπαιδας, neologismo creado y empleado una sola vez por Luciano, *Saturnalia*, 9.

⁸⁵ *Lethes*, en el original. En las líneas siguientes hay una alusión al río Leteo y sus aguas que fluían por el Orco. Cuando alguien bebía de ellas olvidaba todo su pasado.

⁸⁶ Es decir, de vez en cuando se entrega al amor. Se refiere al pasaje del *Mercader* plautino, 303-306, en el que aparecen dialogando los viejos Lisímaco y Demífonte: «Hodie ire in ludum occepi litterarium, / Lysimache. ternas scio iam :: Quid ternas? :: Amo. / :: Tun capite cano amas, senex nequissime? / :: Si canum seu istuc rutilum siue atrumst, amo», es decir «Hoy he empezado a ir a la escuela primaria, Lisímaco. Ya sé las tres letras :: ¿Qué tres letras? :: Amo :: ¿Que tú con la cabeza llena de canas amas, viejo desvegonzado? :: Tanto si es cana como si es de un blanco refulgente o negra, amo».

⁸⁷ En la fuente original de esa referencia las que producen esa voz dulce y florida ('apacible' traducen otros) como los lirios son las cigarras del bosque; los viejos son el segundo término de la comparación. Merece la pena reproducir en su totalidad el bellísimo símil de Homero, *Ilíada*, 3, 150-3: «Los que por la vejez han dejado de combatir pero son valientes oradores y semejantes a unas cigarras que sentadas en un árbol en un bosque emiten una voz de lirios, de igual manera estaban sentados sobre la atalaya los dirigentes de los troyanos». Quede expresado, al margen, lo extraño que resulta leer semejante descripción del ruido, más bien desagradable, que emiten las cigarras.

⁸⁸ *Odisea*, 17, 218: ὡς αἰεὶ τὸν ὁμοῖον ἄγει θεὸς ὡς τὸν ὁμοῖον. En el texto homérico la palabra 'dios' se emplea en un sentido genérico, vale por cualquier dios o por los dioses en general. Erasmo, sin embargo, lo utiliza aquí seguramente con el sentido que adquiere en el monoteísmo cristiano.

⁸⁹ χοῖροι Ἀκαρνάνιοι, en el original. Cfr. *Adagia*, 2, 3, 59: «Porcello Acarnanio lenior» [«Más tierno que un lechón de Acarnania»].

⁹⁰ Región del centro de Bélgica, cuya principal ciudad, capital provincial y nacional a la vez, es Bruselas. Otras importantes ciudades son Lovaina y Halle. Sin duda Erasmo aprovecha la referencia geográfica para desquitarse de unas ciudades que él bien conocía y que eran a la sazón centros de sabiduría de la Europa septentrional.

⁹¹ El mote en realidad se refiere a un proverbio holandés que dice «Hoe jonger, hoe zotter; hoe ouder, hoe botter Hollander» [«Cuanto

más joven el holandés, más loco; cuanto más viejo, más tonto»]. Erasmo intenta ganarse la simpatía del lector al aceptar que él mismo pueda ser tenido por estúpido, aunque sólo sea por su nacionalidad. Cfr. de nuevo la autocrítica presente en el cap. 63.

⁹² Alusión a personajes femeninos míticos relacionados, de una forma u otra, con la eterna juventud: las dos primeras en su condición de hechiceras y las otras dos como divinidades identificadas con la regeneración de la vida y de la luz. La propia Estupidez lo explica en sus siguientes palabras.

⁹³ Memnón era un legendario rey etíope, hijo de Titono y Eo, la Aurora, y sobrino del rey troyano Príamo. Combatió contra los aqueos en Troya y fue muerto por Aquiles. Zeus, conmovido por las lágrimas de su madre la Aurora —que desde entonces se identificaron con el rocío matutino— le devolvió la vida y le hizo inmortal.

⁹⁴ Faón era un viejo barquero de Mitilene, ciudad de Lesbos, que en cierta ocasión ofreció sus servicios gratis a Venus, por lo que la diosa, en agradecimiento, le devolvió la juventud. Safo no es la conocida poetisa lesbiana, nacida en Éreso, sino otra de carácter legendario, bailarina y nacida en Mitilene, que se enamoró de Faón hasta el punto de arrojarle en su locura del monte Leucato.

⁹⁵ Μωρύχου Μωρότερος. Baco puede aparecer con otros nombres como Mórico, Dioniso, Bromio, Lico, entre los latinos, *Liber*, deidad con la que suele identificarse. Hijo de Zeus y de la ninfa Sémele, nació de un parto prematuro —al morir su madre fulminada por Zeus—, lo que hizo que su padre lo guardase en un muslo que hizo las veces de incubadora (cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 3, 310-312). Erasmo emplea el dato para contraponerlo implícitamente a Palas, que, como ya hemos visto, nació de la cabeza de su padre.

⁹⁶ El principal autor representante de la comedia griega antigua es Aristófanes.

⁹⁷ ἀγκυλόμητις, literalmente 'de mente retorcida', es un epíteto épico frecuente en Homero y Hesíodo, pero aplicado a Cronos o a Prometeo.

⁹⁸ καὶ αἰὲν ἐνορῶσα δριμύ. Hijas de Ceto y Forcis, las Gorgonas eran tres hermanas monstruosas —Esteno, Euríala y Medusa— con ca-

bellos erizados de serpientes, colmillos de jabalí, manos de bronce y alas de oro. Mirarlas petrificaba. El escudo con que se representaba a la Pallas Atenea guerrera llevaba grabada la cabeza de Medusa por ser Pallas la que ayudó a Perseo a matar a la Gorgona, cosa que logró viendo su terrorífica imagen reflejada en un escudo de bronce.

⁹⁹ καὶ μηδὲν ὕγιές, en el original.

¹⁰⁰ χρυσή Ἀφροδίτη, uno de los epítetos épicos aplicados a Afrodita, p. e., en *Iliada*, 22, 470. Recordemos que el padre de la Estupidez es Plutón, la riqueza, identificada con el oro.

¹⁰¹ A Afrodita se la suele representar sonriente. Entre los poetas también se la califica de φιλομειδής, es decir, 'amante de la sonrisa'.

¹⁰² Flora es una diosa romana autóctona, con poder sobre el campo y las plantas.

¹⁰³ Hija de Júpiter y Latona y hermana gemela de Apolo, la Diana romana, homóloga de la Ártemis griega, es la diosa de los manantiales, de los bosques, los animales salvajes e identificada con la luna, aparte de ser venerada por las mujeres como garantizadora de un parto fácil. Curiosamente, era una diosa virgen, representación de la castidad, como puede verse con detalle en el *Hipólito* de Eurípides. De acuerdo con la mayor parte de los testimonios, Endimión era un pastor que vivía en el monte Latmo de Caria. Selene, diosa de la luna y por ello equivalente de Diana, se enamoró perdidamente de él y le visitaba todas las noches mientras él dormía en una cueva. Para no tener que compartirlo con ninguna otra, le infundió el sueño eterno.

¹⁰⁴ Momo es una divinidad menor, hijo de la Noche (Hesíodo, *Teogonía*, 214 s.). Se caracterizaba por criticar irónicamente y con total sinceridad a los dioses. Ate es hija de Zeus y de Eris, la discordia. Fue arrojada fuera del Olimpo por engañar a Zeus para que hiciese un juramento irreflexivo. Representa la ceguera mental consecuencia del castigo divino.

¹⁰⁵ Κολακία. La idea de ocupar un puesto destacado (*primas tenere*) aparece varias veces a lo largo del *Elogio* (caps. 43 y 49).

¹⁰⁶ ῥῶον ἄγοντες.

¹⁰⁷ Hijo de Dioniso y Afrodita, Priapo es el dios de la fertilidad y protector de los huertos. Se le representaba como una talla en madera

(de higuera si hacemos caso a Horacio, *Sátiras*, 1, 8, 1 ss.) con un enorme pene erecto pintado de rojo y un palo en la cabeza. En Roma servía como espantapájaros para los huertos. Mercurio, el Hermes griego, es hijo de Júpiter y de la pléyade Maya; es el mensajero de los dioses y dios del comercio, así como protector de los viajeros y comerciantes (por lo que se le suele representar calzado con unas sandalias aladas y cubierto por un sombrero de ala ancha —el pétaso—); también se le conoce como guardián de los muertos en su camino al otro mundo (*Psychopompós*). La literatura antigua suele mostrarle como una deidad mentirosa y tramposa. Ejemplo bien conocido de ello es el Mercurio de la comedia *Anfitrión* de Plauto.

¹⁰⁸ γέλωποποιόν.

¹⁰⁹ Sileno era un viejo sátiro, gordo, velludo y con mirada bovina. Era preceptor y compañero de Baco. A pesar de su aspecto animalesco y burlón, era considerado un sabio que despreciaba los bienes materiales. Platón en el *Banquete* compara a Sócrates física e intelectualmente con él. Erasmo basa la idea fundamental del *Elogio* en lo que este personaje representa (véase apartado «Los *Sileni Alcibiadis*. Ideario de Erasmo» de nuestra Introducción). τὴν κόρδοκα: la córdax era una danza impúdica. τὴν θρεττανελό (*al son de la cítara*): es una palabra onomatopéyica, que intenta remedar el sonido producido por la cítara, creado por Polifemo para enamorar a Galatea. τὴν γυμνοποδίον: la gimnopedía era una danza practicada con los pies desnudos; no debe confundirse con la gimnopedía (γυμνοποιδία) que es la palestra donde se hacen ejercicios con el cuerpo desnudo, o bien una clase de danza espartana.

¹¹⁰ Los sátiros son deidades semianimales de bosques y montes. Forman parte del cortejo de Baco. Se les suele representar con cuernos y patas de cabra tocando la flauta o la siringe. Las farsas atelanas son composiciones teatrales latinas de carácter satírico-festivo, a veces obsceno, que se representaban con personal contratado —los *histriones*—. Sus personajes eran estereotipos burlescos: el viejo, el tonto, el chepu-do, el legañoso, el bocazas...

¹¹¹ Harpócrates es un dios vinculado al egipcio Horus, que solía representarse como un niño gordinflón con el dedo índice pegado a los labios como con ademán de pedir silencio.

¹¹² Coriceo es el gentilicio de Córico, nombre de una montaña de Panfilia, en Asia Menor.

¹¹³ La media onza es la vigesimocuarta parte de un as, que equivale como unidad de peso a una libra. La media onza vale 13,64 gramos y la libra, 327,45.

¹¹⁴ Los dos tiranos a los que acaba de aludir.

¹¹⁵ *laqueum remittere* o *in laqueum mittere/inducere* son expresiones latinas de desdén equivalentes a las castellanas ‘mandar a la porra’, ‘a paseo’ o ‘a hacer puñetas’. En su sentido primitivo, sin embargo, era ‘enviar a alguien a la horca’ (el *laqueus* es el ‘lazo’ del extremo de la cuerda).

¹¹⁶ Se refiere a Júpiter, quien, como hemos visto en el capítulo precedente, es el que distribuye las tres partes del alma en función de tres regiones corporales: la parte racional o inteligible en la cabeza, la irascible en el pecho y la concupiscible en todo el abdomen. Cfr. Platón, *República*, 440e8-441a3, en donde se establece una comparación entre esas tres partes y las tres clases sociales de una ciudad-Estado: los que gobiernan y cuidan del bien de todos (βουλευτικόν), los defensores (ἐπικουρητικόν) y los que trabajan de forma productiva (χρηματιστικόν).

¹¹⁷ Platón en *República*, 453e2 ss. expone que las aptitudes de ambos sexos son distintas por sus diferentes naturalezas y que por ello han de desempeñar tareas distintas en la *pólis*, siempre suponiendo una cierta inferioridad de la mujer respecto al hombre, idea que le ha granjeado la conocida fama de antifeminista. Sea como fuere, estas ideas no son producto exclusivo de Platón, que no hace sino reflejar la opinión generalizada de la sociedad en que le tocó vivir.

¹¹⁸ En castellano el equivalente perfecto sería «Aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda».

¹¹⁹ γελωτοποιόν.

¹²⁰ *Philotesis*: la práctica de pasar una copa entre los comensales para que todos brinden con ella y consolidar así los vínculos de amistad.

¹²¹ συμπεριφοράς. Se refiere a las disputas en las que los convidados establecen una rueda de intervenciones para ver quién dice el mejor chiste, la gracia más ingeniosa, más soez, etcétera.

¹²² Los famosos siete sabios griegos, que vivieron alrededor de los siglos VII-VI a.C., eran expertos en ciencia, política y filosofía. La nómina, que varía algo según las fuentes, incluye, por orden cronológico, a Biante de Priene, Quilón de Esparta, Cleobulo de Lindo, Periandro de Corinto, Pítaco de Mitilene, Solón de Atenas y Tales de Mileto.

¹²³ Alude a dos conocidos silogismos falaces, que Erasmo critica como paradigma de la lógica decadente de la filosofía y teología escolástico-medievales. Un ejemplo de sorites queda ilustrado en el dilema capcioso que plantea la pregunta «¿Has dejado de golpear a tu mujer?»; si la respuesta es sí —porque no la está golpeando—, entonces se entendería que antes ha estado golpeándola; pero si la respuesta es no —porque no la ha golpeado— entonces parecería que efectivamente sigue golpeándola.

¹²⁴ El texto latino dice *pingui Minerva*, expresión que hace referencia a los razonamientos hechos de forma tosca o vulgar, sin sutilezas. Recordemos que Minerva es la diosa de la inteligencia y el razonamiento.

¹²⁵ Se trata de la serpiente que simboliza a Asclepio (Esculapio para los romanos), dios griego de la medicina que tenía dedicado un templo en Epidauro. Aún hoy el símbolo de la medicina y la farmacopea es una serpiente enroscada en una copa. Por otra parte, la serpiente es un animal con una proverbial agudeza visual.

¹²⁶ Es un tópico literario la crítica de quienes ven más o mejor los defectos ajenos que los propios.

¹²⁷ Argos (cuyo nombre no debe confundirse con el de la nave Argo, en la que viajaban Jasón y los demás argonautas) es un dios caracterizado por tener ojos repartidos por todo su cuerpo (cfr. Apolodoro, *Biblioteca*, 2, 4 y Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 625 s.) o bien, según otras fuentes, cien sólo en la cabeza. Para dormir, alternaba la mitad de ellos abiertos con los restantes cerrados.

¹²⁸ εὐήθειαν. Erasmo identifica la urbanidad o su componente hipócrita con la necedad.

¹²⁹ τὰ μὴ καλὰ καλὰ πέφανται. A Cupido, el niño-dios del amor, se le suele representar con una venda en los ojos.

¹³⁰ La curruca es un ave paseriforme de la familia de los muscicápidos. De cualquier modo, el sentido no es claro y las traducciones al uso lo vierten como «ciervo», apoyándose en el contexto.

¹³¹ De nuevo hay una velada alusión a la hipocresía existente en el mundo y a la contraposición realidad/apariencia.

¹³² *Philautia* en el original latino, que también puede traducirse —de hecho, es lo que hacemos en otros pasajes del texto— por ‘amor propio’; la traducción que aquí ofrecemos intenta recoger el género femenino del original que se ajusta mejor al contexto. La *philautia* griega, que equivale en latín al *amor sui*, es ciega, no deja ver con claridad las cosas y por ello es considerada hermana de la propia Estupidez.

¹³³ La *actio* es una de las fases —tal vez la más importante por ser la más característica— de la creación oratoria. Corresponde a lo que hoy llamaríamos ‘puesta en escena’.

¹³⁴ Sobre Tersites véase nota 15; sobre Nireo, cfr. las palabras de Homero, *Iliada*, 2, 672-674: «Nireo, hijo de Aglaya y del rey Cáropo, que fue el hombre más bello en llegar a Troya de entre los demás dánaos tras el intachable Pelida». De Néstor, rey de Pilos y sabio consejero de Menelao amén de gran arengador entre los aqueos, era proverbial su vejez. Se dice que llegó a vivir más de doscientos años. Sobre Faón véase lo dicho en la nota 94.

¹³⁵ Oposiciones paradigmáticas basadas en la distancia geográfica norte-sur (irlandés-italiano), este-oeste (escita-Islas Afortunadas) o cultural (tracio-ateniense).

¹³⁶ Erasmo era un pacifista convencido. Para él la guerra era el peor de los males y debía ser evitada de cualquier modo. Sobre sus ideas en torno a las causas, efectos y posibles soluciones de la guerra, además de las ideas expuestas a lo largo de su amplia epistolografía, puede leerse el proverbio comentado en *Adagia*, 4, 1, 1: *Dulce bellum inexpertis*, introducido y traducido en *Adagios del poder y de la guerra y teoría del adagio*, edición, traducción y presentación de R. Puig, Valencia, 2000, pp. 165-210.

¹³⁷ ὡς περ Μεγαρέων οὐδεὶς λόγος. Los megarenses son los derrotados en la batalla de Megara.

¹³⁸ El orador ateniense (384-322 a.C.), famoso por haberse enfrentado a Filipo II de Macedonia en sus célebres Filípicas, que han pasado a la historia como paradigma perfecto de la oratoria. Según parece, en la batalla de Queronea (338 a.C.), en la que Filipo II derrotó a los griegos, salió huyendo.

¹³⁹ Poeta yambógrafo y elegíaco nacido en Paros (s. VII a.C.), del que se conservan algunos poemas de carácter festivo y hedonista.

¹⁴⁰ Así nos lo presenta paródicamente Aristófanes en *Nubes*. Para cada caso concreto cfr., respectivamente, los versos 225-234, 149-152 y 157 s.; en este último se pregunta si los mosquitos producen su característico zumbido con la boca o con el ano. Tras una explicación que pretende ser científica en torno al paso del aire a través del insecto como si fuera un instrumento musical, concluye que ese ruido se produce en el ano.

¹⁴¹ Teofrasto (ca. 372-287 a.C.), discípulo de Aristóteles y sucesor suyo en la dirección del Liceo, fue un filósofo y literato ateniense.

¹⁴² Quintiliano, *Institutio Oratoria*, 11, 1, 44: «rideaturque merito qui apud disceptatorem de re leuissima sedens dicturus utatur illa Ciceronis confessione, non modo se animo commoueri, sed etiam corpore ipso perhorrescere», esto es, «y con razón sería objeto de risa quien, sentado frente al juez para exponer un asunto sin ninguna importancia, se sirviese de esa confesión de Cicerón sobre que no sólo se alteraba para sus adentros, sino que incluso todo su cuerpo se estremecía».

¹⁴³ Platón, *República*, 473c11-d6.

¹⁴⁴ Marco Porcio Catón (234-149 a.C.) *el Viejo* y Catón *el Joven* (95-46 a.C.), tataranieta del primero, ejemplos ambos de integridad y austeridad.

¹⁴⁵ Cómodo, emperador de Roma del 180 al 192 d.C.

¹⁴⁶ Según el testimonio de Séneca el Viejo, *Suasoriae*, 7, 13: «M. Tullius, filius Ciceronis, homo qui nihil ex paterno ingenio habuit praeter urbanitatem», esto es, «Marco Tulio, hijo de Cicerón, hombre que no tuvo nada de la personalidad del padre excepto la cortesía».

¹⁴⁷ Sócrates tuvo tres hijos: Lamprocles, Sofronisco y Menéxeno. Son numerosos los autores antiguos que aluden al carácter difícil de la discípula Jantipa.

¹⁴⁸ ὄντοι πρὸς λύραν.

¹⁴⁹ Timón de Atenas fue un conocido personaje misántropo, descrito por Luciano en su diálogo satírico *Timón o el misántropo*. Fue retomado en *Le misanthrope* de Molière y en la comedia *Timon of Athens* de Shakespeare.

¹⁵⁰ Los hombres hechos de piedra y madera son, según la mitología griega, los primitivos seres humanos que habitaban la Arcadia antes de formar las ciudades y con ellas, la civilización. Erasmo trae a colación por primera vez en esta obra el clásico tema de la edad dorada, tan debatido a lo largo de los siglos, ya desde la Antigüedad. La Arcadia es una región montañosa del centro de la península del Peloponeso, en Grecia, donde los hombres vivían en un estado incivilizado y, por ello mismo, dichoso.

¹⁵¹ Ambos personajes míticos se identifican con la música, con la que son capaces de amansar a las fieras y conmover a las mismas rocas. Sobre la historia de amor entre Orfeo y Eurídice, que, entre otras obras, dio argumento a la ópera homónima de Gluck, cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 10, 1-77. Anfión, legendario fundador de la Acrópolis de Atenas, recibió el don del canto de parte de Hermes.

¹⁵² Según cuenta Tito Livio, 2, 32, 8-12, Menenio Agripa, con ocasión de una revuelta de la plebe contra las clases adineradas, calmó los ánimos del tumulto con un discurso en que justificaba las funciones sociales de cada clase sirviéndose del símil de la cooperación entre las diferentes partes corporales, todas necesarias, cada una en su lugar.

¹⁵³ Sertorio, el general lusitano, hizo creer a los iberos que recibía los mensajes de los dioses a través de una cierva blanca. En otra ocasión, Sertorio hizo ver a su pueblo que a los romanos sólo se les podía vencer debilitándolos poco a poco, como si se quitasen uno a uno los pelos de la cola de un caballo por muy joven y fuerte que éste sea. El laconio es Licurgo, legislador espartano que demostró a sus conciudadanos la importancia de la educación sirviéndose del símil de los dos perros, uno amaestrado y otro no.

¹⁵⁴ El mítico rey de Creta Minos hacía creer a los cretenses que Zeus le enviaba instrucciones cuando se retiraba a meditar a un monte cada nueve años. Numa Pompilio, segundo rey de la monarquía romana, fingía recibir la inspiración divina de parte de la ninfa Egeria.

¹⁵⁵ Los tres miembros de la familia de los Decios (ss. IV-III a.C.): Publio Decio, Marco Decio y Decio Magio, quienes no dudaron en sacrificarse a los dioses para salvar su patria.

¹⁵⁶ Erasmo confunde a Marco Curcio, también llamado Metio Curcio, con Quinto Curcio Rufo, escritor del siglo I d.C. El primero se arrojó a

una oquedad abierta en el foro en el año 362 a.C. y que, según un oráculo, se cerraría sólo si se lanzaba en ella el hombre más noble de Roma.

¹⁵⁷ La alusión a la estatua de bronce en medio del foro se encuentra en Horacio, *Sátiras*, 2, 3, 183. Respecto a los sobrenombres alude a la costumbre romana, ya vigente desde tiempos de la república, de que los hombres libres fuesen añadiendo al nombre de pila (*praenomen*) y nombre de familia o apellido (*nomen*) diferentes títulos (*cognomina, signa*) a medida que realizaban hazañas en la guerra o empresas similares (cfr. Publio Cornelio Escipión «el Africano»), precedente lejano de los títulos nobiliarios medievales y modernos.

¹⁵⁸ $\rho\epsilon\chi\theta\acute{\epsilon}\nu\ \delta\acute{\epsilon}\ \tau\epsilon\ \nu\eta\pi\iota\omicron\varsigma\ \epsilon\gamma\gamma\omega$, Homero, *Iliada*, 17, 32; 20, 198. El equivalente en el refranero castellano sería «El gato escaldado del agua fría huye».

¹⁵⁹ Vease el apartado «Los *Sileni Alcibiadis*. Ideario de Erasmo» de nuestra Introducción.

¹⁶⁰ El texto latino dice *Dama*, que es el nombre atribuido a un esclavo sirio en Horacio, *Sátiras*, 2, 5, 101 y 2, 7, 54.

¹⁶¹ Traducimos *choragus* como 'director', quizá el equivalente más cercano al término latino que, a su vez, es préstamo del griego χοραγός o χορηγός, que incluye en su acepción al jefe del coro (algo así como el director artístico) y al encargado de administrar los recursos económicos destinados a la función (que corrían de su parte). Referido a Dios aparece en los Setenta, 2 Macabeos, 1, 25: ὁ μόνος χορηγός, vertido en la Vulgata como *solus praestans*, 'el único dadivoso'.

¹⁶² $\eta\ \pi\acute{\iota}\theta\iota\ \eta\ \alpha\pi\iota\theta\iota$, en el original. Este proverbio griego es característico de los simposios y de las rondas de bebida.

¹⁶³ Las nueve musas, hijas de Zeus y Mnemósine, la diosa de la memoria, representantes de otras tantas actividades artísticas —en especial la poesía, tan ligada a la música— son Calíope (poesía épica), Clío (historia), Melpómene (tragedia), Euterpe (poesía lírica), Erato (poesía amorosa), Terpsícore (lírica coral y danza), Urania (astronomía), Talía (comedia) y Polimnía (poesía sagrada); según el mito, las musas vivían en el monte Helicón, en la región de Beocia.

¹⁶⁴ La invocación y petición de ayuda a las musas al comenzar una narración o, como en este caso, una argumentación, es un tópico pro-

pio de la literatura elevada. Evidentemente, en boca de la Estupidez estas palabras resultan irónicas.

¹⁶⁵ δημιουργεῖ. Alude irónicamente a la noción de demiurgo o sumo hacedor material que el platonismo (cfr. Platón, *Timeo*, 41a7 ss.) identificaba en parte con la idea de dios que varios siglos más tarde será aprovechada —aunque de forma adaptada— por el cristianismo. Por lo tanto, Séneca, en su atrevimiento, se creería un dios capacitado para hacer y deshacer a su antojo.

¹⁶⁶ Los jardines de Tántalo son paradigma de lugar ideal, utópico y, por ende, inexistente.

¹⁶⁷ El monte Marpeso está situado en la isla de Paros, famosa por la dureza y calidad de su mármol. La comparación, por tanto, se establece con el pedernal y el mármol.

¹⁶⁸ Linceo era uno de los argonautas, caracterizado por su extraordinaria vista, rasgo tal vez atribuido popularmente por asociación etimológica con la agudeza visual del lince.

¹⁶⁹ Paráfrasis del famoso verso de Terencio, *El atormentador de sí mismo*, 77: «homo sum: humani nil a me alienum puto» [«soy un hombre: nada de lo humano lo considero ajeno a mí»], que ha pasado a la posteridad como máxima empleada para indicar la empatía de uno con la humanidad, tanto para las virtudes como para los defectos.

¹⁷⁰ τὴν ἄμμον ἀναμειρεῖν, dicho a propósito de las cosas imposibles.

¹⁷¹ Según la tradición, en la ciudad griega de Mileto (en la costa occidental de la actual Turquía) había un lugar en el que se suicidaron ahorcándose unas doncellas que habían enloquecido sin causa aparente —el aire, en opinión de algunos, la voluntad de los dioses, según otros.

¹⁷² Diógenes el Cínico, Jenócrates, Catón de Útica, Casio, Bruto: referencia a personajes históricos griegos y romanos que se quitaron la vida. Quirón, hijo de Cronos y Filira, fue el centauro sabio y preceptor de Aquiles que, pudiendo conservar su inmortalidad divina, prefirió morir al ser herido por Hércules, gracias al intercambio de naturaleza que hizo ante Zeus con Prometeo, quien de mortal pasó a inmortal.

¹⁷³ Prometeo, uno de los Titanes, según el mito había hecho de barro al hombre.

¹⁷⁴ Las tres parcas (las moiras griegas), hijas de Zeus y Temis, son las que controlan la vida de los mortales simbolizada por un hilo que Átropo hila, Cloto teje y Láquesis reparte.

¹⁷⁵ ῥυπῶντας, κυφούς, ἀθλίους, ῥυσούς, μαδῶντας, νοδοὺς καὶ ψωλοὺς.

¹⁷⁶ νεανίζειν.

¹⁷⁷ φῶς ἀγαθόν, en el texto original. Es una expresión pronunciada por una vieja que, estando ya en el lecho de muerte, aún deseaba vivir.

¹⁷⁸ καπροῦν.

¹⁷⁹ Esto es, a algún hombre joven que se prostituya; véase nota 94.

¹⁸⁰ Intentamos remedar la expresividad del término latino original *logodaedali*, que es latinización de la voz griega λογοδαίδαλος, acuñada y empleada por Platón (*Fedro*, 266e4-5) para referirse al sofista Teodoro de Bizancio, paradigma de sutileza y enrevesamiento léxicos.

¹⁸¹ El dios-sabio egipcio Thoth (o Theuth), identificado por los griegos con Hermes, responsable de la invención de los números y las letras, según refiere Platón, *Filebo*, 18b6-18d2. El propio Platón, *Fedro*, 274c5-275b2 nos cuenta, por boca de Sócrates, la historia del rey de Egipto, Thamó, quien recibió de parte de Thoth el conocimiento de la aritmética, geometría, astronomía y escritura para divulgarlas entre los egipcios. Esta última invención, según Thamó, sería nefasta para su pueblo pues conllevaría, por comodidad, el progresivo olvido de las anteriores disciplinas, al ser confiadas no a la memoria individual sino a un soporte fijo, que tendría que soportar continuas interpretaciones (y las esperables tergiversaciones).

¹⁸² δαίμωνας, en el original. Erasmo resalta la paronomasia existente con la palabra griega δαίμων, 'divinidad, genio, demonio'.

¹⁸³ El mito de la Edad Dorada es uno de los tópicos literarios más importantes y recurrentes a lo largo de la historia occidental. En el Renacimiento esa época se identifica, en parte, con la vuelta a los patrones filosóficos, literarios y artísticos clásicos. Véanse, al respecto, los trabajos de K. Kubusch, *Aurea saecula: Mythos und Geschichte. Untersuchung eines Motivs in der antiken Literatur bis Ovid*, Fráncfort del Meno-Berna-Nueva York, 1986, esp. pp. 213-215, y M. González-Haba, *El mito de la Edad Dorada y su huella*, Madrid, 1989.

¹⁸⁴ El término 'astrólogo' en el mundo antiguo, que es el que forma la base referencial del *Elogio*, vale lo mismo que 'astrónomo'. Nada que ver con la idea que hoy día tenemos de la astrología como técnica adivinatoria paracientífica.

¹⁸⁵ ἰατρὸς ἀνὴρ πολλῶν ἀντάξιος ἀνδρῶν.

¹⁸⁶ El *scrinium* (en castellano 'escriño' o 'escriña') era una caja o cesta de forma cilíndrica confeccionada con varas o juncos tejidos con paja en donde se guardaban los libros en forma de *uolumina* o rollos. En este caso ha de entenderse que contienen textos filosóficos y sagrados.

¹⁸⁷ La felicidad de la que gozan las abejas es un *tópos* clásico que ya se encuentra en Virgilio, *Geórgicas*, 4, *passim* y en Plinio el Viejo, *Historia natural*, 11, 59. El término «filósofo» alude, como es evidente, a Platón.

¹⁸⁸ Véase nota 78. La alusión a Pitágoras como gallo se refiere a la figura que el sabio adopta en uno de los diálogos de Luciano (*El sueño o el gallo*) en donde confiesa que antes de ser gallo había tenido naturalezas numerosas e, incluso, enfrentadas.

¹⁸⁹ πολὺμητις Ὀδυσσεύς, es una fórmula frecuentísima en la *Ilíada* y en la *Odisea*.

¹⁹⁰ El texto latino dice *nugarum pater*, donde algunos traducen *nugarum* como 'fábulas, leyendas', tal vez intentando mitigar la impertinencia que espeta la Estupidez sobre el reverenciadísimo Homero. Esa insolencia —fruto a su vez de la ignorancia y de la arrogancia— es, sin embargo, la que mejor se ajusta al decoro poético que debe mostrar este personaje erasmiano.

¹⁹¹ δειλοὺς καὶ μοχθηροὺς.

¹⁹² δύστηνον, calificativo de Ulises frecuente en la *Odisea*, 5, 436; 7, 223; etcétera.

¹⁹³ Paris, Áyax y Aquiles son tres héroes legendarios de la Guerra de Troya. El primero, troyano, causa directa de la guerra al retener a Helena, esposa del rey espartano Menelao; los otros dos, griegos, acompañaron a su colega para recuperar a su mujer. De ellos y del ciclo épico troyano está repleta toda la literatura greco-romana en todos los géneros (drama, poesía épica, lírica...).

¹⁹⁴ Se refiere a los gigantes míticos (Porfirión, Alcioneo, Efialtes, Éurito y Polibotes, entre otros), hijos de Gea (la tierra) y Urano (el cielo), inca-

paces de morir a manos de los dioses pero sí por obra de algún mortal. Entablaron batalla con los dioses como venganza tras haber encerrado Zeus a sus hermanos los titanes en el Tártaro.

¹⁹⁵ El «entimema» es una forma de silogismo elíptico, típico de la retórica, en el que una de las dos premisas no aparece por estar sobreentendida dentro del razonamiento.

¹⁹⁶ Se refiere a los bufones palaciegos. Sobre su importancia política e histórica en la sociedad del Renacimiento véase el libro de A. Gazeau, *Los bufones*, trad. de C. Navarro, Valencia, 1992 y, para el caso particular de España, A. Navas Mormeneo, *Lenguaje de locura y tradición bufonesca en la España de los siglos XVI y XVII*, tesis doctoral, Barcelona, 1986.

¹⁹⁷ Platón, *Banquete*, 217e3 s.: «el vino era fuente de verdad tanto sin niños como con niños». Por otra parte, es de sobra conocido el proverbio latino *in uino ueritas*, que corresponde al griego ἐν οἴνῳ ἀλήθεια.

¹⁹⁸ μῶρα γὰρ μῶρος λέγει.

¹⁹⁹ En castellano tenemos el refrán que dice «Niños y gente loca, la verdad en la boca; cuerdos y sabios, la mentira en los labios».

²⁰⁰ Lugar mítico de felicidad en torno al Hades, al que iban a descansar, tras su muerte, los héroes y los hombres justos.

²⁰¹ οἱ ἐκ τῆς στοᾶς βιάτῃ. Se refiere a la escuela filosófica de los estoicos, fundada en Atenas por Zenón de Citio, cuyos primeros miembros tenían por costumbre reunirse en la *Stoà Poikile* o columnata existente al lado de la Acrópolis.

²⁰² En el *Banquete*, 180c1-181a6 se habla de las dos Venus: la Pandemia (o vulgar) y la Urania (o celestial). El pasaje de Platón suele interpretarse como revelador de los dos tipos de amor: el carnal, que busca la unión sexual, y el ideal, que pretende la unión divina de las almas, el llamado «amor platónico». Precisamente, fue el médico y humanista florentino Marsilio Ficino (1433-1499), traductor y comentador del *Banquete* de Platón, quien, en una carta, creó la expresión «amor platónico» para designar un afecto más elevado y moralmente más perfecto que el carnal.

²⁰³ Horacio, *Odas*, 3, 4, 5-8.

²⁰⁴ *Fedro*, 244a6-244b3.

²⁰⁵ Virgilio, *Eneida*, 6, 133-136. La sibila de Cumas le da a Eneas las instrucciones para ir al Averno a visitar a su padre Anquises muerto.

²⁰⁶ La historia del argivo está tomada —y citada textualmente en algunos versos— de Horacio, *Epístolas*, 2, 2, 128-140.

²⁰⁷ El eléboro es una planta de cuya raíz se extrae un jugo tóxico por los alcaloides que continene, que en la Antigüedad se creía curativa de enfermedades digestivas y mentales. Gelio, *Noches áticas*, 17, 15, 4-5, nos habla de los dos tipos de eléboro según el color de su raíz, blanca o negra, indicados para tratar diferentes dolencias y advierte del peligro mortal que puede suponer tomarlo.

²⁰⁸ Último rey de Lidia (ca. 560-546 a.C.), hijo de Aliates y paradigma clásico de inmensa riqueza.

²⁰⁹ Penélope es la esposa de Ulises, ejemplo de amor y fidelidad a su marido, al que aguardó pacientemente hasta su regreso a Ítaca después de finalizada la Guerra de Troya.

²¹⁰ El cinamomo es un árbol de la familia del laurel, de cuya corteza se extrae un polvo empleado como especia culinaria así como medicina, perfume y como sustancia para embalsamar. Tiene un olor dulzón y penetrante. Algunos lo identifican con la canela y otros con la mirra.

²¹¹ Verso tomado de Propertio, 2, 10, 6.

²¹² Cabo del sureste de Laconia, en la península del Peloponeso, famoso por sus tempestades.

²¹³ Por el supuesto inmenso tamaño de su imagen.

²¹⁴ La clepsidra es un reloj basado en el goteo regular del agua contenida en un depósito. Por supuesto, el cómputo del tiempo no estaba fundamentado en el actual sistema sexagesimal. La clepsidra era empleada en los juicios para medir con exactitud el tiempo del que disponían los oradores en una causa; tal vez esa connotación forense sea intencionada, hablando como habla la Estupidez del Purgatorio.

²¹⁵ La hidra de Lerna era un monstruo que vivía en el lago Lerna, en la Argólida, dotado de nueve cabezas, ocho inmortales y la del medio mortal, que se duplicaban cuando se las cortaba. Fue uno de los trabajos que tuvo que superar Hércules. Aquí es símbolo de la multiplicidad de lacras que uno va acumulando a lo largo de la vida.

²¹⁶ El demonio presumía ante san Bernardo de conocer siete versículos del texto de los Salmos que, si se recitaban a diario, otorgaban la salvación eterna. Al preguntarle el santo cuáles eran en concreto y no

querer aclarárselo, éste decidió leer a diario, a partir de ese momento, el salterio entero.

²¹⁷ Ligera adaptación de los versos de Virgilio, *Eneida*, 6, 625-627.

²¹⁸ Eneas es el héroe troyano, hijo de Anquises y de la diosa Venus, que reinó en el Lacio, donde más tarde se asentaría Roma. Bruto fue el primero en llegar a ser cónsul romano tras expulsar de Roma a los Tarquinios, últimos reyes etruscos y, con ello, instaurar la república (509 a.C.). El rey Arturo (s. VI), hijo del rey Uther Pendragon, fue el semilegendario rey de los britanos que se enfrentó a los invasores anglosajones. Su importancia literaria viene respaldada por la existencia del ciclo o leyenda artúrica, presente en varias naciones europeas. Por otro lado, también es posible que Erasmo esté pensando en el Arturo de la mitología griega, quien fue asesinado por pastores borrachos y catasterizado por Zeus en la constelación Bootes, «el Boyero».

²¹⁹ Matemático y geómetra griego (ca. 300 a.C.) autor de los *Elementos*, el primer tratado matemático griego conservado y de gran importancia a lo largo de la Antigüedad y Edad Media.

²²⁰ ὄνος πρὸς λύραν.

²²¹ Marco Tigelio Hermógenes fue un célebre cantante protegido por Augusto.

²²² La historia de Calvisio Sabino, hombre de pésima memoria, nos la relata Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, 27, 5-8.

²²³ La identificación de las sutilezas de la dialéctica con los escoceses hay que entenderla como tácita alusión a Duns Escoto (ca. 1266-1308), filósofo escolástico, nacido en Escocia. Los enmarañados análisis de que se servía en sus razonamientos le valieron el título de *doctor subtilis*. Erasmo vuelve a mencionarlo en el cap. 54 del *Elogio*, en esta ocasión explícitamente y para criticar burlescamente su filosofía.

²²⁴ κολακία, en el original.

²²⁵ Horacio, *Epístolas*, 1, 18, 6.

²²⁶ La Academia fue la escuela filosófica fundada por Platón (ca. 387 a.C.) en unos jardines públicos situados en las afueras de Atenas, levantados por el héroe Academo en honor de la diosa Palas Atenea. En ellos Platón se reunía con sus acólitos y simpatizantes para instruirlos en su doctrina de una manera informal.

²²⁷ Apeles (ca. 352-308 a.C.) es uno de los artistas plásticos más celebrados de la Antigüedad. Nacido en Colofón, fue educado en Sición bajo la tutela de Pánfilo de Anfípolis. De sus obras sólo nos han llegado referencias literarias. Suyos fueron los elogiados retratos de Filipo II de Macedonia y de su hijo Alejandro Magno. Zeuxis (s. V a.C.) nació en Heraclea y fue muy famoso por el realismo de sus bodegones. De él se decía que había pintado una racimo de uvas con tal naturalismo que los pájaros lo picoteaban.

²²⁸ Se refiere al celeberrimo mito platónico de la caverna (*República*, 514a1-516b7). En él se sustenta y resume la teoría platónica del conocimiento humano y aun todo el sistema filosófico de Platón, basado en el concepto de «idea». El mito, en su esencia, presenta a unos hombres encerrados en una cueva atados de cara a la pared del fondo. Por detrás de ellos pasan otros que portan unos objetos por delante de una hoguera, con lo que los atados sólo ven las sombras proyectadas en la pared, representaciones imperfectas y variables de las cosas en sí (ἰδέσθαι, 'ideas'), que son perfectas, eternas e inmutables. Como puede verse, Erasmo vuelve a sacar a colación el recurrente tema-dilema apariencia/realidad.

²²⁹ Micilo es un personaje pobre de solemnidad, que aparece en los diálogos *El cabotaje* y *El gallo* de Luciano.

²³⁰ Los caballos de este color eran proverbialmente más veloces que los de cualquier otro.

²³¹ El trípode estaba colocado sobre un agujero del que salían emanaciones de gases tóxicos. Sentada sobre él, para entrar en trance y así vaticinar, los aspiraba la Pitia, la pitonisa del oráculo del dios, situado en Delfos, en la Fócide.

²³² Júpiter, dios del cielo y los fenómenos meteorológicos.

²³³ Se refiere a los muertos en el mar, dominio de Neptuno.

²³⁴ Los Véjoves son espíritus infernales etruscos que los romanos integraron en sus creencias como espíritus maléficos.

²³⁵ Se refiere a los ritos sacrificiales frecuentes en las sociedades antiguas, en los que, entre otros actos, se mataba algún animal bien para atraerse el favor de los dioses, bien como acción de gracias hacia ellos; el animal era aprovechado y el sacrificio ritual solía ir seguido de una comida. El olor referido es el procedente de la carne asada mezclada con el

de las especias aromáticas empleadas. En Grecia eran famosas las hecatombes, en las que se sacrificaban toros o bueyes, además de carneros y cabras. En la *Iliada* aparece con gran frecuencia la escena del festín de carácter religioso, pintado con los olores que inundaban el aire. Entre los romanos se practicaban las *suovetauriliae*, en las que se mataba un cerdo, un carnero y un toro con motivo de las lustraciones del ejército.

²³⁶ Erasmo mezcla las bromas con las veras haciéndole decir a la Estupidez una bobada, que, aunque parezca un mal chiste, se adecua perfectamente al decoro poético del personaje, a la vez que critica sigilosamente la superchería de la religiosidad popular.

²³⁷ El original dice *Deum immortalem*. De nuevo la Estupidez, en su irreverencia, parece estar mezclando churras con merinas cuando, en medio de alusiones a los dioses del Olimpo, habla de un dios en singular, con una expresión que se acerca más a la idea del Dios cristiano que a la indeterminación generalista de un dios pagano cualquiera.

²³⁸ Véase nota 127.

²³⁹ Alude al personaje protagonista del diálogo lucianesco *Icaromenipo* o *el que está por encima de las nubes*, en el que el cínico Menipo observa desde el cielo y critica la conducta de los hombres.

²⁴⁰ Del laurel, símbolo del triunfo y del prestigio.

²⁴¹ Por *grammaticus* Erasmo (y sus contemporáneos) entendía el profesor de gramática más que el erudito o investigador de esos temas. En todo el capítulo puede apreciarse el escaso aprecio que sentía Erasmo por los profesores y el mundo escolar en general, fruto de su propia experiencia vital; además, el holandés no compartía la práctica obsesiva de los contemporáneos suyos que se empeñaban en minucias gramaticales que ofrecían los textos clásicos, mientras descuidaban o despreciaban su contenido moral y humano.

²⁴² πέντε κατάραις.

²⁴³ φροντιστήριος; Φροντιστήριον es un neologismo cómico empleado por Aristófanes (*Nubes*, 94, 128, etc.) con un sentido claramente satírico y despectivo para referirse a la escuela creada por Sócrates.

²⁴⁴ El asno de Cumas se refiere a la fábula CXCIX de Esopo titulada «El asno y la piel de león», en la que un burro se viste con una piel de león para espantar a todos sus congéneres irracionales.

²⁴⁵ Dionisio fue un célebre tirano de Siracusa, Sicilia.

²⁴⁶ Quinto Remmio Palemón (s. I d.C.) es el primer gramático conocido que escribió una gramática latina completa (de la que hoy sólo se conservan fragmentos). Eran célebres su arrogancia y severidad moral. Donato (s. IV d.C.) fue maestro de san Jerónimo y escribió una gramática latina que sirvió de libro de texto escolar a lo largo de toda la Edad Media.

²⁴⁷ *Bubsequam, bouinatorum, manticulatorum.*

²⁴⁸ Virgilio.

²⁴⁹ Ἡράκλεις.

²⁵⁰ πολυτεχνότατον.

²⁵¹ καὶ ταῦτα βασιλικόν.

²⁵² Aldo Manuzio (1450-1515), famoso humanista e impresor veneciano, creador de los textos clásicos *in octavo*, más económicos y asequibles. Su editorial publicó obras griegas de Eurípides, Platón, Plutarco..., en las que empleó caracteres griegos que imitaban la escritura de los manuscritos de los ss. XIV y XV. Fue el primero (desde 1500) en utilizar para los textos impresos la escritura conocida como «humanística cursiva» o «itálica». Ese mismo año fundó en Venecia la «Academia de Expertos en Literatura Griega». Entre sus miembros se encontraba Erasmo.

²⁵³ φιλαυτία καὶ κολακία.

²⁵⁴ La *Rhetorica ad Herennium* es una obra del s. I a.C., atribuida erróneamente a Cicerón, cuyo autor pudiera ser Gayo Cornificio, aunque la certeza en este punto no es absoluta. Intenta ser un tratado global y completo del arte oratoria.

²⁵⁵ Referencia al pasaje de Cicerón, *Sobre el orador*, 2, 25, en donde aparecen estos dos personajes que representan, respectivamente, al hombre muy instruido y al menos educado.

²⁵⁶ οὗτός ἐστιν ὁ δεινὸς ἐκεῖνος.

²⁵⁷ Alusión a los *tria nomina* que llevaban los ciudadanos romanos en la antigua Roma (*praenomen*, *nomen* y *cognomen*). Simbólicamente representan nobleza, excelencia.

²⁵⁸ Nombres todos ellos griegos. Telémaco era el hijo de Ulises y nieto de Laertes. Esténelo fue un tragediógrafo del s. V a.C. Polícrates fue

un orador y sofista ateniense, mientras que Trasímaco fue un retórico calcedonio del s. V a.C.

²⁵⁹ Verso tomado de la *Eneida*, 2, 39: «scinditur incertum studia in contraria uulgi», literalmente, «el populacho veleidoso se divide en querencias enfrentadas».

²⁶⁰ Sísifo, hijo de Eolo, fue un mítico rey de Corinto. Tras delatar a Zeus ante su padre por haber raptado a la joven Egina, el dios de dioses le condenó al Tártaro, en donde debía subir hasta lo alto de una montaña una enorme roca que, al llegar a la cima, se le caía rodando hasta la falda, por lo que tenía que empezar de nuevo y repetir el trayecto una y otra vez.

²⁶¹ El santuario de Dodona es el más antiguo de los griegos. Situado en el Epiro, estaba dedicado a Zeus. Los sacerdotes interpretaban como oráculos del dios los movimientos de un haya (o roble) de la que colgaban cuencos de bronce que resonaban con el viento.

²⁶² Véase nota 23.

²⁶³ Esténtor es el héroe griego que en la Guerra de Troya sirvió como heraldo por su poderosa voz.

²⁶⁴ Todos estos términos técnicos pertenecen a la verborrea escolástica que tanto despreciaba y combatía Erasmo. Los dos últimos sirven bien como ejemplo de las creaciones monstruosas que había parido el latín escolástico; la 'esencia' en el original es *quidditas*, es decir, la naturaleza propia de las cosas tanto si existen como si no (el término está formado sobre el interrogativo *quid*, que es lo que se preguntaría para saber *qué* es algo). La 'presencia' o 'apariencia' es la *ecceitas*, esto es, la naturaleza individual, formalmente distinta de la universal o común.

²⁶⁵ La ciénaga de Camarina era un pantano cercano a la homónima ciudad siciliana. Apolo había prohibido a sus habitantes desecarla sin su permiso. Cuando éstos desobedecieron sus órdenes, Apolo dejó de prestarles su favor y los enemigos entraron a saco en la ciudad.

²⁶⁶ κρησφυγέτοις.

²⁶⁷ Vulcano, el dios artesano, especialista en la fragua y objetos bélicos, ideó una red de trama muy fina con la que atrapar a su infiel esposa Venus y al amante de ésta, Marte, como nos cuenta Homero, *Odisea*, 8, 270 ss.

²⁶⁸ El hacha de Ténedos era el símbolo del castigo que recibiría quien acusase a alguien ante un tribunal dolosamente o con ambigüedades.

²⁶⁹ λεπτολεσχίαι es un compuesto griego acuñado por el propio Erasmo. Su significado literal vendría a ser 'charlas inaprensibles o triviales'.

²⁷⁰ γνώμας.

²⁷¹ παραδόξους.

²⁷² Cfr. la obra de Cicerón, *Paradoxa Stoicorum*, en la que el autor intenta demostrar cómo las afirmaciones que van contra el sentir general de la gente pueden defenderse por medio de la retórica. Estas afirmaciones, por lo general, son de una gran finura conceptual.

²⁷³ Todas ellas son escuelas de raigambre escolástica. Los realistas consideraban que lo universal se manifestaba realizado hasta cierto punto en los individuos, mientras que los nominalistas creían que los universales eran simples categorías lógicas. Los tomistas son los seguidores de Tomás de Aquino, quien practicó el aristotelismo a ultranza para explicar la existencia de Dios. Los albertistas, seguidores de Alberto Magno, que fue maestro de Tomás de Aquino, tenían ideas neoaristotélicas. Los ocamistas y escotistas, acólitos respectivamente de Guillermo de Ockham y Duns Escoto, mantuvieron una postura enfrentada a la de los tomistas en lo que a la transcendencia divina y la arbitrariedad de su ley y su revelación se refiere.

²⁷⁴ Heb 11, 1.

²⁷⁵ Cfr. Jn 4, 24.

²⁷⁶ Las tres notas o señales se refieren a las tres letras griegas mayúsculas que suelen acompañar a la figura de Cristo en los iconos: IHC (abreviatura de IHCOYC, 'Jesús'), o bien XPC (de XPICTOC 'Cristo').

²⁷⁷ λογομαχίας, en 1 Ti 6, 4. De ellas nos dice el apóstol que surgen la envidia, la discordia, la maledicencia y la desconfianza.

²⁷⁸ Crisipo de Cilicia (ca. 281-208 a.C.), sucesor de Cleantes en la dirección de la Estoa, fue muy renombrado por sus ingeniosas agudezas.

²⁷⁹ Estas cuestiones eran ejercicios públicos de teología, filosofía y retórica a la vez. Se crearon como actividades extraescolares practicadas dos veces al año. Su título era *Quaestio de quodlibet*, esto es, 'discusión sobre cualquier asunto' y terminaron siendo tratados teológicos publicados con el fin de emplearlos en una de estas sesiones públicas.

²⁸⁰ Penélope había puesto como límite para esperar el regreso de su marido y, si éste no volvía, casarse con otro hombre, el término de la tela que bordaba. Como mujer fiel que era a su marido, lo que tejía durante el día lo deshacía por la noche para volver a tejerlo a la mañana siguiente y así hacer tiempo.

²⁸¹ Solón (638-559 a.C.) fue un célebre poeta, político y legislador ateniense, considerado el fundador de la democracia de Atenas y uno de los siete sabios de Grecia. Las leyes que dictó son un ejemplo de moderación y justicia social.

²⁸² ἀριστοτελικώτατος. El que el adjetivo aparezca en griego comporta un tono fuertemente irónico por parte de Erasmo, siendo que santo Tomás de Aquino sólo conocía a Aristóteles por traducciones latinas.

²⁸³ Sobre el sentido de cada una de estas frases se ha discutido mucho y mucho es lo conjeturado. Podría decirse, en términos generales y sin precisar gran cosa, que ambas aluden al mal uso que del latín hacían los escolásticos y a su gusto por los juegos de palabras sin transcendencia.

²⁸⁴ Los cielos eran tradicionalmente (también entre los judíos y los musulmanes) siete. Los filósofos griegos les añadieron tres más, de los que el último, el Empíreo, estaba destinado a los bienaventurados.

²⁸⁵ En latín 'nuestro maestro', apelativo que dirigen los Padres de la Iglesia a Cristo y a los apóstoles.

²⁸⁶ El *tetragrammaton* (palabra que en griego significa 'nombre formado por cuatro letras') es la secuencia de las cuatro letras con las que se escribe en hebreo el nombre de Dios: *IHWH*, esto es, *Yahweh*.

²⁸⁷ La segunda objeción se entiende mejor sabiendo que la palabra 'monje' (y la latina *monachus*) procede del griego μοναχός que propiamente significa 'solitario', 'que anda solo'. Aquí Erasmo critica la imparable secularización a la que había llegado el clero regular.

²⁸⁸ El término *numeratos* (*psalmos*) es vertido por algunos traductores como 'con ritmo, con cadencia', pero, en primer lugar, los Salmos bíblicos —al menos en las versiones latina y griega— no tienen nada que se parezca al ritmo ni cuantitativo ni acentual y, por otro lado, el verbo latino *numerare* no presenta en época clásica este valor (que es el que, en teoría, deberíamos suponerle al texto de Erasmo).

²⁸⁹ La capucha del hábito.

²⁹⁰ La ropa cilicina es la hecha con la materia más famosa de la región de Cilicia, en la actual Turquía. El *cilicium* 'cilicio' es una tela hecha con pelo de cabra. Por su proverbial aspereza ha pasado a emplearse como sinónimo de sufrimiento y penitencia. La ropa milesia (de Mileto, en la costa occidental de Turquía) era famosa por su finura y delicadeza.

²⁹¹ Los franciscanos.

²⁹² Los seguidores de la corriente gnóstica que defendía la existencia de 365 manifestaciones atribuidas a Dios (u otros tantos cielos o esferas) representaban simbólicamente este número en la palabra ABRAXAS (aunque en griego aparece la variante ABPAΣΑΞ 'abrasax'), inventada por el heresiarca, contemporáneo del emperador Adriano, Basilides. Las letras que la componen tienen el siguiente valor alfanumérico: A=1, B=2, R=100, A=1, X=60, A=1 y S=200, lo que suma el total de 365.

²⁹³ Los *clerici mendicantes* eran los religiosos pertenecientes a órdenes que no se encontraban recluidas en los monasterios y pedían limosna para ganarse el sustento.

²⁹⁴ *Sátiras*, 2, 7, 21.

²⁹⁵ θεολογώτατος.

²⁹⁶ Téngase en cuenta que las palabras originales van referidas al antropónimo *Iesus*, en latín, que cuenta sólo con tres terminaciones en su declinación: el nominativo *Iesus*, el acusativo *Iesum*, y el resto de los casos como *Iesu*.

²⁹⁷ ἄρρητον.

²⁹⁸ En realidad, la letra hebrea (o semítica, para ser más correctos) de la que proceden la Σ griega y la S latina es la llamada *šīn* (שׁ), que tiene un sonido más parecido a la *ch* francesa o la *sh* inglesa (o a la *x* gallega) que a la *s* medial de «Jesús». Por otro lado, la palabra *syn/sin* significa 'pecado', sí, pero no en escocés, sino en inglés. Dados los notables conocimientos lingüísticos y geográficos de Erasmo, uno está tentado a ver aquí una velada alusión —por lo demás, muy acorde con el contexto general de la obra— a Escoto, uno de los escolásticos que tanto incomodaban al roterodamense. En ese caso, *Scotorum lingua* no sería tanto 'en la lengua de los escoceses' cuanto 'en la lengua o jerga de los escotistas'.

²⁹⁹ Es decir, convertirse en piedra. Cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 6, 146 ss.

³⁰⁰ Para Príapo véase nota 107.

³⁰¹ Alude a la escena de brujas que aparece en Horacio, *Sátiras*, 1, 8.

³⁰² ἔφοδον.

³⁰³ οὔτε γῆς οὔτε οὐρανοῦ ἀπτομένην, frase sacada del *Alejandro*, 54, de Luciano que el propio Erasmo había traducido.

³⁰⁴ Mezcla de arrogancia y severidad.

³⁰⁵ Los escolásticos más ilustres disfrutaron de distinguidos títulos con un cierto aire rimbombante. Escoto era el *doctor subtilis*, Bonaventura el *pater seraphicus*, y Alejandro de Hales el *doctor irrefragabilis*.

³⁰⁶ Obra histórica de carácter enciclopédico escrita en el s. XIII por el dominico Vicente de Beauvais y publicada en 1473, fuente de numerosos *exempla* y curiosidades.

³⁰⁷ Manual de historia universal escrito en la Inglaterra del s. XIII.

³⁰⁸ En la Edad Media los textos sagrados podían comentarse de cuatro formas distintas: atendiendo a su sentido literal (que es el que Erasmo no cita por no serle de utilidad), al alegórico o figurativo (que entraña una lección religiosa), al tropológico (moral) y al anagógico o escatológico (de carácter místico). De esta forma, cada texto tenía cuatro posibles interpretaciones.

³⁰⁹ Se refiere a las primeras palabras del verso inicial de la *Epístola a los Pisones* o *Arte poética* de Horacio («Humano capiti ceruicem pictor equinam / iungere si uelit...»), en donde el poeta recrimina la aparición artificiosa de elementos incoherentes en una obra literaria.

³¹⁰ ὦ φίλη Ἀφροδίτη.

³¹¹ ὄνον πρὸς τὴν λύραν.

³¹² παρρησιάζεσθαι.

³¹³ El texto latino dice *actio*, que es la parte final que, junto con la *pronuntiatio*, establece la retórica clásica en la creación oratoria. Corresponde a la puesta en escena o ejecución material (*performance*) del material acumulado.

³¹⁴ Ambos eremitas del s. IV, precursores del monaquismo medieval.

³¹⁵ Los feacios eran célebres por su vida apacible y llena de lujos. En cuanto a los pretendientes de Penélope, la sufrida esposa de Ulises, véase nota 280. Horacio, *Epístolas*, 1, 2, 28-31, nos habla de la condición indolente y blanda de los que esperaban a casarse con ella.

³¹⁶ Eco es una ninfa de los bosques, enamorada del dios Pan o, según la bellísima versión recogida por Ovidio, *Metamorfosis*, 3, 359-401, de Narciso.

³¹⁷ Es decir, además de pasar toda su vida sin hacer nada, la inactividad de los nobles perdura de generación en generación y se extiende a lo largo de la historia.

³¹⁸ μεγαλοῤῥοῦντας. Neologismo creado por Erasmo.

³¹⁹ En los *fratres*, es decir, en los frailes.

³²⁰ 'Obispo' (y el it. *vescovo*, fr. *évêque*, ing. *bishop*, al. *Bischoff*, etc.) procede del lat. *episcopus* que es un préstamo del griego ἐπίσκοπος, que, etimológicamente, viene a ser 'el que mira desde lo alto, vigilante, guardián'.

³²¹ Juego de palabras con el significado primitivo de «obispo». Cfr. nota anterior.

³²² En Mt 5, 13: «uos estis sal terrae» [«vosotros sois la sal de la tierra»].

³²³ Ro 16, 18: «et per dulces sermones et benedictiones seducunt corda innocentium» [«y con dulces palabras y bendiciones engañan los corazones de los crédulos»].

³²⁴ Los interdictos, suspensiones, excomuniones y anatemas son penas incluidas en el derecho canónico. Las pinturas vergonzantes o de castigo exponían, de forma muy gráfica y fácil de entender por todos, el destino que les aguardaba a los condenados. El rayo terrorífico puede referirse a la excomunión o algún tipo de imprecación solemne.

³²⁵ Mt 19, 27.

³²⁶ Se refiere a las dispensas y exenciones papales, uno de los motivos que llevaron al cisma protestante.

³²⁷ En el momento de la composición del *Elogio* gobernaba en Roma el papa Julio II, bien conocido por su belicosidad. A él pueden referirse las palabras «viejos decrepitos», puesto que ya tenía sesenta años cuando accedió al papado, y todo lo relativo a las guerras y alianzas entre Roma y otros estados en la época. El diálogo de tono lucianesco *Julius exclusus* (1513), en el que se muestra al papa intentando entrar en el cielo sin éxito, tiene una casi segura atribución erasmiana.

³²⁸ Los «sátrapas» eran los gobernadores provinciales de los territorios llamados satrapías en la antigua Persia. De su poder y riqueza ha deri-

vado el uso figurado del sustantivo como sinónimo de hombre opulento y dado a los placeres.

³²⁹ Recordemos que el término latino *ecclesia* (del griego ἐκκλησία) designa a la asamblea o congregación de todos los fieles, no sólo a la jerarquía eclesiástica.

³³⁰ «Ramnusia» es el epíteto aplicado a Némesis, la diosa griega personificación de la justicia vengadora. El nombre procede del pueblo de la región Ática llamado Ramnunte, en el que se veneraba a la diosa con especial fervor.

³³¹ General y político ateniense del s. IV a.C. Fue castigado por negar que las victorias militares que había alcanzado se las debía a la diosa Fortuna. Su nombre en griego (Τιμόθεος) significa 'favorecido por los dioses'.

³³² ἡ εὐδοντος κύρτος αἶρεϊ. Se emplea para señalar que algo le sucede a alguien inmerecidamente, sin que lo haya buscado o se haya esforzado en ello. En este caso se relaciona con la suerte que tenía el general Timoteo.

³³³ γλαυξ ἵπταται. La lechuza entre los atenienses simbolizaba la victoria militar por ser ésta un ave característica de Palas Atenea.

³³⁴ ἐν τετράδι γεννηθέντες. Hércules nació al cuarto mes de embarazo de su madre. El refrán se dice de aquellos que, como el héroe, llevan una vida problemática y llena de dificultades.

³³⁵ Gneo Seyo tuvo un caballo que traía mala suerte a sus sucesivos propietarios.

³³⁶ Cuenta Gelio, *Noches áticas*, 3, 9, 7, que, tras tomar el cónsul Quinto Cepión la ciudad gala de Tolosa, en la que había templos llenos de oro, cualquiera que tocara algún objeto hecho de este metal sufría una muerte horrible.

³³⁷ παροιμιάζεσθαι.

³³⁸ Se refiere, naturalmente, a los *Adagia*.

³³⁹ πᾶς ἐρρίφθω κύβος.

³⁴⁰ En estas últimas palabras de la Estupidez hay una clara alusión irónica a las celeberrimas palabras de Cristo recogidas en Lc 18, 25: «facilius est enim camelum per foramen acus transire quam divitem intrare in regnum Dei» [«pues es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de Dios»].

³⁴¹ οὐδὲν πρὸς ἔπος. A propósito de los que dicen o hacen cosas que no tienen nada que ver con el asunto tratado.

³⁴² «Vbi res abest, ibi simulationem esse optimam», literalmente, «Donde falta una cosa, lo mejor es fingirla». Lo hemos traducido por el equivalente castellano más usual.

³⁴³ Horacio, *Odas*, 4, 12, 27.

³⁴⁴ Horacio, *ibid.*, 28.

³⁴⁵ Horacio, *Epístolas*, 2, 12, 126-128.

³⁴⁶ νήπιος. Sobre Telémaco véase nota 258. El calificativo aparece con frecuencia en la *Odisea*, a veces empleado por el propio Telémaco, que opone su infancia (νήπιος significa originalmente 'que no sabe hablar') a su adolescencia.

³⁴⁷ Alude al famoso comienzo de la *Iliada*. El enfado de dioses y hombres es un motivo recurrente en la *Iliada*.

³⁴⁸ Cicerón, *Epístolas a sus familiares*, 9, 22, 4.

³⁴⁹ La Sorbona era la sede de la facultad de teología en París.

³⁵⁰ ἐς κόρακας, literalmente 'a los cuervos', expresión de desdén.

³⁵¹ Ec 1, 15.

³⁵² Jer 10, 14.

³⁵³ Jer 9, 23.

³⁵⁴ Ec 1, 2.

³⁵⁵ Eclo 27, 12.

³⁵⁶ Mt 19, 17; «unus est bonus Deus» [«el único bueno es Dios»].

³⁵⁷ Nótese cómo la Estupidez se sirve deliberadamente de un silogismo de los que tanto gustaba la escolástica para demostrar la validez de su argumentación.

³⁵⁸ Pr 15, 21.

³⁵⁹ Ec 1, 18.

³⁶⁰ Ec 7, 5.

³⁶¹ Ec 1, 17.

³⁶² Mt 19, 30.

³⁶³ La referencia, tal como aparece en los textos impresos que conservamos del *Elogio*, no es exacta. El lugar más cercano en posición y sentido (aunque algo paradójico) es el cap. 41, 18.

³⁶⁴ εἰσαγωγήν.

³⁶⁵ τὴν ἐπὶ θύραις ὑδρίαν.

³⁶⁶ Nótese cómo Erasmo (por boca de la Estupidez) emplea aquí un silogismo capcioso como los que él mismo tanto critica en la sofistería escolástica.

³⁶⁷ Ec 10, 3.

³⁶⁸ Pr 30, 2.

³⁶⁹ 2 Co 11, 23.

³⁷⁰ El sentido es claro: alguien capaz de derrotar a otra persona en su propio terreno.

³⁷¹ La imprecación griega es $\nu\eta\ \tau\acute{o}\nu\ \Delta\acute{\iota}\alpha$. Los eruditos trilingües eran los humanistas instruidos en las tres lenguas bíblicas (hebreo, griego y latín), consideradas indispensables para emprender unos estudios de teología basados en las fuentes originales de la doctrina cristiana. La fundación de Colegios Trilingües en Colonia, Lovaina, Alcalá de Henares y Oxford son prueba de la inmensa importancia que llegó a tener la investigación y la práctica filológicas en el ámbito de las Sagradas Escrituras.

³⁷² En el texto latino hay un juego paronomásico entre *Graeculos* y *graculos* imposible de reproducir en castellano.

³⁷³ ὄνος λύρας. Bajo el proverbio se esconde una velada alusión al teólogo Nicolás de Lira (†1349). Fue el autor de las *Postillae Litterales* sobre ambos Testamentos, en las que distinguía el sentido literal del texto de su sentido místico-religioso. Su obra tuvo una enorme influencia en los acontecimientos ideológicos del siglo XVI, hasta el punto de crearse y difundirse rápidamente el dicho de «Si Lyra non lyrasset, Luther non saltasset», esto es, «Si Lira no hubiese tocado la lira, Lutero no habría bailado». La opinión encarecida de la Estupidez sobre este personaje es, por supuesto, irónica.

³⁷⁴ πενταγλώττω. San Jerónimo dominaba cinco lenguas: latina, griega, hebrea, dálmata y caldea.

³⁷⁵ El suceso de la inscripción ateniense aparece relatado en Hch 17, 23. Evidentemente, san Jerónimo no achaca el cambio en la lectura del epígrafe a la mala fe de Pablo, sino al hecho de que para él no hubiese más que un Dios verdadero, que tiene que adaptar a partir del contenido politeísta de la inscripción pagana.

³⁷⁶ οἱ τῶν θεολόγων παῖδες.

³⁷⁷ La persona cuyo nombre está a punto de decir es, de nuevo, el teólogo Nicolás de Lira.

³⁷⁸ συμμαχεῖν.

³⁷⁹ El texto que cita la Estupidez y que comenta en las líneas inmediatamente anteriores se encuentra en Lc 22, 35 s.

³⁸⁰ βασιλικῶς. El equivalente castellano más cercano sería 'como un rey' o 'a lo grande'.

³⁸¹ Se refiere a las célebres «bienaventuranzas» de Mt 5, 10 s.

³⁸² Lc 12, 6; 12, 27.

³⁸³ Se refiere a la escena de Pedro y el criado del sacerdote al que amputa una oreja, según nos cuenta Mt 26, 47-52.

³⁸⁴ Tal vez se refiera a Jordanes de Quedlinburg o de Sajonia, escritor y eremita agustino muerto *ca.* 1380.

³⁸⁵ Hab 3, 7. Las «pieles» se refieren, metonímicamente, a las tiendas fabricadas de ese material. Erasmo aprovecha para criticar, implícitamente, los escasos conocimientos en lengua latina de este teólogo, que parece no saber que en buen latín *pellis* se refiere sólo a la piel de los animales, siendo *cutis* la voz empleada para designar la piel humana.

³⁸⁶ Tito, 3, 10.

³⁸⁷ El texto latino ofrece un intraducible retruécano entre *deuita* 'evita' y *de uita* '(privar) de la vida'. El equívoco se produce cuando el teólogo entiende mal las palabras del santo y las tergiversa para acomodarlas a su propio interés; de ahí las risas del auditorio.

³⁸⁸ Τενέδτος. Hace alusión a quienes tienen un aspecto temible.

³⁸⁹ συνήγορος.

³⁹⁰ El texto latino dice «in eam sententiam itum est pedibus», es decir, «se fueron con sus pies a esta decisión». En la antigua Roma los senadores favorables a una propuesta se levantaban y se agrupaban con el resto de los partidarios de dicha moción. Cfr. Tito Livio, 22, 56, 1 y 23, 10, 4. Un ejemplo más actual lo tenemos en el proceder de los miembros de la cámara de los comunes cuando ejercen su voto.

³⁹¹ En el original, escrito en el alfabeto hebreo: מַכְשִׁיִּים 'malvados'.

³⁹² Crisipo de Cilicia (*ca.* 281-208 a.C.), discípulo y sucesor de Cleantes en la dirección de la escuela estoica. Escritor prolífico por

antonomasia, se dice que llegó a componer más de setecientas obras. Dídimo de Alejandría fue contemporáneo de Augusto. Llegó a escribir más de tres mil obras, de las que no se nos ha conservado ninguna.

³⁹³ συκίνη θεολόγῳ. Literalmente 'teóloga de madera de higuera'. La madera de este árbol es proverbialmente poco útil por su debilidad.

³⁹⁴ 2 Co 11, 19.

³⁹⁵ *Ibid.*, 11, 16.

³⁹⁶ *Ibid.*, 11, 17.

³⁹⁷ 1 Co 3, 32.

³⁹⁸ *Ibid.*, 3, 18.

³⁹⁹ Lc 24, 25. Se refiere a los dos hombres a los que se aparece Jesús resucitado en el camino a Emaús.

⁴⁰⁰ 1 Co 1, 25.

⁴⁰¹ Orígenes de Alejandría (ca. 185-254), teólogo de tendencias neoplatónicas y estoicas, muy interesado en la exégesis de la Biblia, fue un prolífico autor de sermones y comentarios a los diferentes libros bíblicos.

⁴⁰² 1 Co 1, 18.

⁴⁰³ Sal 68, 6.

⁴⁰⁴ César tenía miedo de Bruto y Casio (precisamente, los cabecillas que dirigieron la conjura que acabó con su vida) por su delgadez y palidez (señal de que pensaban demasiado), mientras que Antonio no le infundía ningún temor por su aspecto orondo. Por otro lado, sabemos que Nerón llegó a desconfiar del que había sido su instructor, Séneca, según nos cuenta Tácito, *Anales*, 14, 52. El tirano Dionisio de Siracusa, que previamente había acogido al filósofo, llegó a expulsarlo de la ciudad y relegarlo a vivir entre los mercenarios.

⁴⁰⁵ σοφύς.

⁴⁰⁶ 1 Co 1, 27.

⁴⁰⁷ *Ibid.*, 1, 21.

⁴⁰⁸ *Ibid.*, 1, 19. El texto que cita san Pablo, a su vez, está tomado de Is 29, 14.

⁴⁰⁹ νηπίοις. Literalmente 'que no son capaces de hablar', aplicado generalmente a la infancia (*infantes* en latín significa etimológicamente lo mismo).

⁴¹⁰ σοφοῖς.

⁴¹¹ Mt 23, 15 y 27.

⁴¹² La parábola del buen pastor puede leerse en Jn 10, 26-28.

⁴¹³ προβάτειον ἡθος, proverbio de sentido diáfano, tomado de Aristóteles, *Descripción de los animales*, 610b22-28.

⁴¹⁴ Jn 1, 29 y 36.

⁴¹⁵ Ap 5, 12; 6, 1; 7, 17; 14, 1, etc.

⁴¹⁶ 2 Co 5, 21.

⁴¹⁷ 1 Co 1, 18.

⁴¹⁸ Las referencias a estos cuatro elementos son, respectivamente, Mt 18, 3; *ibid.*, 6, 28; *ibid.*, 13, 31; *ibid.*, 10, 29.

⁴¹⁹ Los pasajes de los gobernadores y el paso del tiempo son Mt 10, 18 y Hch 1, 7.

⁴²⁰ Gn 2, 17 y 3, 3. Los que tienen prohibido comer de dicho árbol son, evidentemente, Adán y Eva.

⁴²¹ 1 Co 7, 1.

⁴²² Bernardo, *Sermones en la ascensión del Señor*, 4, 4: «Pessimus mons inflans scientia» [«la ciencia vanidosa es una pésima montaña»].

⁴²³ Nm 12, 11. Las palabras originales las dirige Aarón a su hermano Moisés.

⁴²⁴ 1 R 26, 21.

⁴²⁵ 2 R 24, 10.

⁴²⁶ Lc 23, 34.

⁴²⁷ 1 Ti 1, 13.

⁴²⁸ Sal 24, 7.

⁴²⁹ Todavía en algunos pueblos pequeños, donde las tradiciones están más arraigadas, podemos observar cómo, efectivamente, los niños y las mujeres ocupan las filas más cercanas al altar de la iglesia, mientras que los varones suelen sentarse en la parte trasera del templo.

⁴³⁰ Que es, precisamente, la característica fundamental de lo que se conoce como «éxtasis místico». Desde un punto de vista puramente técnico ese éxtasis es una enajenación mental en toda regla. En el caso que nos comenta la Estupidez parece tratarse de un éxtasis continuo. Nótese cómo Erasmo parece fustigar por igual a los religiosos descarriados (caps. 59 y 60) y a los más exaltados defensores del ascetismo, con la cautela de que en este último caso la crítica hay que entenderla bajo la lente deformadora de la ironía.

⁴³¹ Hch 2, 13.

⁴³² *Ibid.*, 26, 24: «insanis, Paule; multae te litterae ad insaniam conuertunt» [«deliras, Pablo; las muchas letras te están volviendo loco»].

⁴³³ τὴν λεοντήν.

⁴³⁴ El neoplatonismo renacentista le sirve a Erasmo para, por boca de la Estupidez, explicar el mensaje de Cristo y justificar así la proposición con la que se abría este mismo capítulo. Las ideas platónicas —en un primer momento por mediación del filósofo neoplatónico griego Plotino (s. III d.C.) y luego tomadas directamente de los textos de Platón— se compadecían a la perfección —o, al menos, mejor que el aristotelismo escolástico medieval— con la esencia del cristianismo primitivo, que, en definitiva, es el estado que Erasmo anhelaba para la Iglesia de su tiempo.

⁴³⁵ Platón, *Fedón*, 63e9-64a6.

⁴³⁶ La Estupidez pasa ahora a describir la locura que caracteriza a los profetas y adivinos, uno de los cuatro tipos de locura explicados por Platón en *Fedro*, 265a9-265b5.

⁴³⁷ Guillermo de san Teodorico (1085-1148), contemporáneo de san Bernardo, escribió una vida del santo (*Vita Bernardi Claraevallensis*) en la que nos relata la anécdota de que, durante muchos días, el santo estuvo comiendo, como si fuese manteca, sangre fresca que le habían presentado, y que llegó a beber aceite por agua. La confusión del agua por el vino, que es la sustancia a la que se refiere la Estupidez, puede ser un simple lapsus de Erasmo, debido a los numerosos pasajes bíblicos en los que se hace mención conjunta del vino y el aceite.

⁴³⁸ Platón, *Fedro*, 265b5: ἐρωτικὴν μανίαν ἐφήσαμέν τε ὀρίστην εἶναι: «hemos dicho que la locura amorosa es la mejor».

⁴³⁹ 1 Co 2, 9. A su vez, las palabras del apóstol se inspiran en Is 64, 4.

⁴⁴⁰ Todo el pasaje es reminiscencia de 2 Co 12, 2-4.

⁴⁴¹ ὑπὲρ τὰ ἐσκαμμένα πηδῶ. Es una adaptación del texto que aparece en Luciano, *El gallo*, 6, que significa, literalmente, ‘salto sobre agujeros o zanjas’.

⁴⁴² πολλάκι τοι καὶ μωρὸς ἀνὴρ κατακαίριον εἶπεν.

⁴⁴³ Μισῶ μνάμονα συμπόταν. El sentido es claro: no es prudente decir cosas delicadas o trascendentes cuando se está bebiendo entre amigos, porque se corre el riesgo de que lo secreto se haga público.

⁴⁴⁴ Μισῶ μνόμενα ἄκροατήν. Con esta creación propia la Estupidez alude, por litotes, al amor que siente por los que escuchan pero no entienden (o no recuerdan) lo que se les dice.

⁴⁴⁵ El final de la declamación recuerda al de las comedias latinas de Plauto y Terencio, en las que un personaje concreto o el grupo teatral en su conjunto (*caterua, grex*) se dirigía al público para despedirse de él (*ualete*) y pedirle un aplauso (*plaudite, plausum date*). Por otro lado, la exhortación a vivir y beber (en latín *uiuete, bibite*) explota la paronomasia existente entre ambos términos por semejanza fonética, mayor si cabe para Erasmo, quien pronunciaba la *u* consonántica latina como plenamente fricativa labiodental (igual que la *v* inglesa o francesa). Respecto a la unión simbólica del vivir y del beber, la tradición más cercana que tenía Erasmo a sus espaldas era la goliárdica medieval, que exaltaba los placeres carnales, entre ellos la bebida (de vino). Sin embargo, si retrocedemos en el tiempo, podemos llegar a los textos sagrados, en los que la acción de beber suele aparecer vinculada, de una forma simbólica reforzada por la cercanía fonética, a la vida por medio del agua de la vida eterna —que es la gracia del Espíritu Santo— (cfr. Jn 4, 10-14; también en numerosos pasajes de san Agustín se recoge la paronomasia con expresiones del tipo «bibe et uiue, bibitur ut uiuatur, simul bibimus quia simul uiuimus, bibitis... uiuitis», etc.).

⁴⁴⁶ Τέλος. El sello que cierra la intervención de la Estupidez no es más que un recurso retórico-editorial tan en boga en la época de Erasmo (y posteriormente), reminiscencia del *explicit* medieval. Su función original en la época de los textos impresos consistía en advertir al impresor de cuál era el final de la obra —que solía presentar una disposición tipográfica especialmente florida—. En muchos casos aparece la variante latina *FINIS*.

⁴⁴⁷ Martin Dorp (1485-1525), teólogo y humanista de Lovaina, de cuya universidad llegó a ser rector. En septiembre de 1514 escribió una carta a Erasmo en la que le reprochaba el revuelo que había suscitado el *Elogio*, sobre todo dentro del mundillo teológico (recordemos que su *editio princeps* salió a la luz en París en 1511). Es curioso que Dorp, a pesar de ser una generación más joven que Erasmo, se muestre más conservador y cauteloso —y, a la vez, más intransigente— que el propio roterodamense. La

presente carta (escrita en mayo de 1515 y publicada por primera vez en Basilea en agosto del mismo año como un apéndice al *Elogio*) da respuesta cabal a cada uno de los tres puntos que Dorp había enumerado en su misiva y, consecuentemente, está estructurada en tres partes: la relativa a lo poco afortunado de la publicación del *Elogio*, el acicate a la publicación de las obras de san Jerónimo, y el rechazo de la nueva edición y traducción del Nuevo Testamento. De ellas, la más extensa y detallada es la primera. Más que ante una *retractatio* completa estamos ante una *excusatio* parcial. En sus líneas se aprecia que Erasmo está preocupado por la acogida que ha tenido esta obra por parte de un sector importante de la intelectualidad europea de comienzos del Cinquecento. El argumento que usa para justificarse suena, por lo demás, un tanto afectado: según él, pergeñó el texto cuando pasaba por una enfermedad, en casa ajena, sin nada mejor que hacer y como puro divertimento, poco menos que como un mero ejercicio de improvisación. Además, recuerda con cierta insistencia que el personaje que habla en el *Elogio* es nada menos que la propia Estupidez personificada, la reina de los bufones, los payasos y los imbéciles. En un gesto que se nos antoja poco decoroso por su parte, parece querer esconderse tras su propia criatura, olvidándose de que el mayor acierto del *Elogio* es, precisamente, hacer reconocer a la propia Estupidez cuáles son y cuánto abarcan sus poderes sobre dioses y mortales. Como el lector avisado ya habrá tenido ocasión de ver, en esta obra no hay nada gratuito o casual. Su supuesto carácter improvisado y trivial no es más que un tópico literario —al igual que el estado achacoso del autor—. El texto editado en 1511, conociendo el talante aplicado y meticuloso de Erasmo, no pudo ser el mismo que dos años atrás había sido escrito en unos pocos días en casa de Thomas More. Las adiciones, correcciones y retoques sobre el original debieron de ser abundantes a lo largo del lapso que medió entre redacción y publicación.

⁴⁴⁸ 1 Co 13, 4-8.

⁴⁴⁹ Trasón es el soldado fanfarrón del *Eunuco* de Terencio, que pretende ganarse los favores de una chica alardeando de habilidades. Otro ejemplo arquetípico de militar bravucón es Pírgopolinices, protagonista de la comedia plautina *El soldado fanfarrón*.

⁴⁵⁰ Sobre Tersites véase nota 15.

⁴⁵¹ No hay constancia documental de que esto sea verdad; se trata, más bien, de una simple leyenda maledicente.

⁴⁵² Esquines fue un famoso orador del s. IV a.C., contemporáneo de Demóstenes, que le acusó de aceptar sobornos. Es él el objeto de ataque en el celeberrimo discurso *De corona* y en *De falsa legatione*. En el 55 a.C. Cicerón acusó a Lucio Calpurnio Pisón de malversación en el discurso judicial *Contra Pisón*. El enfrentamiento con Vatínio, recogido en *Contra Vatínio*, fue de tipo político y terminó con la reconciliación de ambos. Salustio, el famoso historiador, enemigo personal de Cicerón, se opuso a éste en la causa de Milón (año 52 a.C.). Antonio es Marco Antonio, contra quien escribió sus conocidas *Filípicas*, 14 vehementes discursos de duro ataque político y personal que le costaron la muerte al arpinate. En lo que se refiere a Séneca, baste recordar, como muestra, la *Apocolocyntosis* (véase nota 18).

⁴⁵³ Son famosas las invectivas epistolares y las controversias mantenidas por los humanistas del s. XV, en parte reales y en parte facticias, meros ejercicios con el fin de rivalizar en el dominio de la elocuencia. Aquí Erasmo cita a Petrarca, quien escribió una invectiva titulada *Contra un médico* para defenderse de sus ataques. Lorenzo Valla mantuvo una continuada contienda intelectual con su colega el también humanista Poggio Bracciolini, como lo reflejan las dos *Antidota* y el *Apologus* escritos contra él. Una discusión sobre el buen uso del latín enfrentó a Poliziano con el canciller florentino Bartolomeo Scala a finales de ese mismo siglo.

⁴⁵⁴ Vigilancio (s. IV d.C.) atacó el culto de las reliquias y los milagros de los mártires, cosa que hoy día sólo sabemos gracias a la crítica que de él hizo san Jerónimo en su obra *Contra Vigilantium*. En *Aduersus Iovinianum* criticó duramente a Joviniano por atreverse a negar el valor del celibato, y en su *Apologia aduersus libros Rufini* a Rufino por haber defendido a Orígenes cuando el propio Jerónimo ya le había considerado un hereje. De nuevo Erasmo nos recuerda que en ningún momento se ha servido de la invectiva individual y personalizada, al contrario que su amigo Dorp, quien sí imprecó a Erasmo por su nombre.

⁴⁵⁵ En el *Banquete*, 176a1 ss., Platón presenta a los invitados discutiendo sobre las virtudes del vino cuando se bebe con moderación y sus peligros cuando se llega a un estado de embriaguez.

⁴⁵⁶ Horacio, *Sátiras*, 1, 1, 24 s. El carácter del σπουδογέλοιον, de mezclar bromas y veras, es propio de personajes que, bajo una apariencia ridícula, dicen cosas sensatas y de mucho meollo, como, p. e., el cínico Menipo.

⁴⁵⁷ Véase Lucrecio, *Sobre la naturaleza de las cosas*, 1, 936-942: «al contrario, igual que cuando los médicos intentan dar a los niños el desagradable ajeno, antes untan el borde de la copa con el dulce y rubio licor de la miel, para burlar a la incauta infancia justo hasta los labios y para que apuren hasta el fondo el amargo líquido y no mueran engañados, sino que antes bien se pongan buenos gracias a esa treta...».

⁴⁵⁸ Se refiere al elenco de precedentes literarios citados en la carta-introducción dirigida a Thomas More.

⁴⁵⁹ Erasmo echaba la culpa de este ataque nefrítico al vino que tuvo que beber durante su estancia en Venecia los años 1507-1508, hospedado por Aldo Manuzio. Recuértese, sin embargo, que las quejas sobre su mala salud, por muy veraces que fuesen, no dejan de constituir un tópico literario muy del gusto de algunos autores. Todo el párrafo huele a falsa modestia mezclada con un intento desesperado de justificarse.

⁴⁶⁰ Los areopagitas eran los miembros del Areópago, consejo político ateniense a la vez que tribunal célebre por su severidad.

⁴⁶¹ La locución *pro focis et aris* (o *pro aris focisque*) es una expresión latina hecha. Se emplea en sentido figurado cuando se quiere encarecer la defensa de algo de suma importancia como son el hogar y la religión.

⁴⁶² Véase nota 110.

⁴⁶³ Hace referencia al comienzo del *Fedro* (227a1 ss.) de Platón.

⁴⁶⁴ Cfr. los caps. 61 y 63 del *Elogio*.

⁴⁶⁵ Léanse las siguientes palabras de san Jerónimo, *Epístolas*, 52, 17: «no he zaherido a nadie, nadie ha sido explícitamente señalado, mis palabras no han fustigado a nadie en concreto: la discusión versa sobre los defectos en general»; y, mucho más claras aún, *Epístolas*, 125, 5: «sé que voy a ofender a muchísimos, que se toman como una afrenta personal una discusión de carácter general sobre los defectos y que, al enfadarse conmigo, revelan su mala conciencia y tienen peor opinión de sí mismos que de mí».

⁴⁶⁶ Véase nota 265.

⁴⁶⁷ Persio, *Sátiras*, 1, 107.

⁴⁶⁸ La ἱερὸν πικρὸν, es una droga (un antídoto) de efectos sorprendentes y sabor muy amargo.

⁴⁶⁹ Cfr. 2 Ti 4, 2.

⁴⁷⁰ Cfr. Plutarco, *Frases célebres de reyes y generales*, 184D3-8 (*Pirro*): «Como había llegado a sus oídos la noticia de que unos muchachos le habían endosado muchos insultos mientras se emborrachaban, ordenó que todos ellos fueran traídos ante su presencia al día siguiente; hecho así, preguntó al primero si habían dicho eso sobre él, y el muchacho respondió: “Así es, rey. Y habríamos dicho aún más cosas si hubiésemos tenido más vino”».

⁴⁷¹ Cicerón, en el libro segundo del *Sobre el orador*, habla sobre los términos *iocus, facetiae, salse dicere* como recursos oratorios muy útiles para ganarse al auditorio.

⁴⁷² Son bien conocidas la empatía que sentía César por los vencidos y su predisposición natural a perdonar.

⁴⁷³ Como todavía hoy puede verse en un busto conservado del emperador. El testimonio literario más explícito nos lo ofrece Suetonio, *Vidas de los Césares. Vespasiano*, 20: «Fue de complexión cuadrada, con unos miembros macizos y robustos y con una expresión como de esfuerzo en el rostro. A propósito de ello, uno de los bufones, puesto que le pedía que dijese también algo contra él, con mucha gracia le respondió: “Te lo diré cuando hayas dejado de aliviar tu vientre”».

⁴⁷⁴ Davo es el esclavo que aparece en Horacio, *Sátiras*, 2, 7, a quien, con ocasión de las Saturnales, el propio Horacio permite hablar con franqueza sobre él. Con ese nombre aparece también un esclavo protagonista en la *Andria* de Terencio.

⁴⁷⁵ Julia Eustoquio tomó el voto de virginidad a los dieciocho años de edad, en el 383 de nuestra era. El libro en realidad no es sino una carta incluida entre la correspondencia del santo con el número 22.

⁴⁷⁶ Véase nota 227.

⁴⁷⁷ Nepociano fue un oficial de la guardia imperial que ingresó en una orden monástica. Murió de unas fiebres a edad temprana y san Jerónimo escribió una carta consolatoria a su tío. Rústico fue un monje que mantuvo contacto epistolar desde la Galia con Jerónimo.

⁴⁷⁸ William Blount, lord Mountjoy, era un joven aristócrata inglés, discípulo de Erasmo en París y amigo y protector suyo, a quien Erasmo debe sus viajes y estancias en Inglaterra.

⁴⁷⁹ Tras poner ejemplos de sensatez y buen juicio extraídos de obras de san Jerónimo, Erasmo habla de personajes contemporáneos que le sirven de argumento para defender su tesis de que ante la lectura del *Elogio* sólo se sienten molestos aquellos que se dan por aludidos al verse retratados en las caricaturas que el personaje de la Estupidez va desplegando a lo largo de la obra.

⁴⁸⁰ Autor del *Doctrinale*, gramática latina del s. XIII escrita en hexámetros rimados. Su popularidad como texto escolar la ponen de manifiesto las cien veces que llegó a imprimirse antes de 1500.

⁴⁸¹ El *Catholicon* o, para ser exactos, la *Summa grammaticalis ualde notabilis, quae Catholicon nominatur* es una enciclopedia bíblica, obra del dominico genovés Giovanni Balbi (s. XIII). El *Mammetrectus* es un glosario sobre la Biblia, vidas de los santos y otros asuntos piadosos. Aunque su fecha de composición no es segura, se imprimió por primera vez en 1470.

⁴⁸² Las *bonae litterae* son, en su sentido estricto, las obras que los antiguos dejaron escritas en un correcto latín y en griego. La pulcritud lingüística iba de la mano de la corrección y exactitud científicas. Su recuperación en el Renacimiento se identifica con el resurgimiento del ideal de la *humanitas* como valor que había de impregnarlo todo en la vida y muy especialmente en la educación y en cualquier estudio científico que aspirase a ser riguroso.

⁴⁸³ Gian Francesco Poggio Bracciolini (1380-1459) trabajó como lego en la curia vaticana. Descubrió numerosos manuscritos de grandes autores antiguos (Cicerón, Lucrecio, Quintiliano, Petronio...) y se le considera creador de la escritura humanística. Fue autor de las *Facetiae*, obra satírica dirigida contra sacerdotes y monjes.

⁴⁸⁴ Giovanni Pontano (1429-1503), latinista autor de una vasta obra entre la que hallamos diálogos de carácter lucianesco.

⁴⁸⁵ Tácito en sus *Anales*, 15, 44 tacha el cristianismo de «mal» y «superchería perniciosa». Por su parte, Suetonio, *Vidas de los Césares. Nerón*, 16, 2, dice de los cristianos que son «un grupo de personas caracterizadas por una extraña y nociva superstición». Por supuesto, la visión del

cristianismo por parte de los antiguos no tiene la profundidad histórica que tiene en el caso de Erasmo.

⁴⁸⁶ Plinio mantenía una concepción materialista de la existencia. Luciano trata de forma irrespetuosa a los dioses y las creencias religiosas.

⁴⁸⁷ Recordemos que ya habían pasado cuatro años.

⁴⁸⁸ La persona aludida puede ser John Briard, cabeza de la facción conservadora de los teólogos en Lovaina.

⁴⁸⁹ El aparente galimatías semántico, tan del gusto de los escolásticos, aunque perfectamente claro y comprensible, le sirve a Erasmo para caricaturizar al misterioso personaje recién citado, seguramente haciendo mofa de algún rasgo expresivo característico de este individuo.

⁴⁹⁰ Cfr. 1 Ti 6, 4. Véase nota 277.

⁴⁹¹ El latín y el griego, principalmente.

⁴⁹² Quintiliano, *Institutio Oratoria*, 5, 7, 15 ss.

⁴⁹³ Por ejemplo, en Jn 10, 20: «dicebant autem multi ex ipsis: daemonium habet et insanit. quid eum auditis?» [«Y muchos de ellos decían: lo ha poseído un demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis?»].

⁴⁹⁴ La disputa sobre si Cristo experimentó o no pasiones humanas es bien antigua y se agravó especialmente en el s. v. El propio Erasmo había mantenido, enfrentándose por ello a Colet, que Cristo había sentido miedo en lo que tocaba a su naturaleza humana.

⁴⁹⁵ Is 64, 6: «et facti sumus ut imundus omnes nos, quasi pannus menstruatae uniuersae iustitiae nostrae» [«y todos hemos quedado sucios, toda nuestra justicia es como la sábana de una mujer que ha menstruado»].

⁴⁹⁶ *Fedro*, 265b5. Véase también nota 438.

⁴⁹⁷ Véase nota 498.

⁴⁹⁸ En su *Comentario a Mt 17, 5*.

⁴⁹⁹ En *Epístolas*, 121, 5.

⁵⁰⁰ En 2 Co 5, 21 y en Gl 3, 13.

⁵⁰¹ La admiración que despertaba la sabiduría de Jesús cuando hablaba en las sinagogas judías es punto de coincidencia en el relato de los cuatro evangelistas (Mt 13, 54; Mc 6, 2; Lc 4, 23; Jn 7, 15).

⁵⁰² El jeteo (hetita) con cuya esposa Betsabé el rey David cometió adulterio, como se nos refiere en 2 S 11.

⁵⁰³ Literalmente dice en *Chiliades*, que es abreviación de *Adagiorum Chiliades* [Millares de Proverbios] la colección de proverbios que tan útil le resultó en la composición del *Elogio*. Ése fue su título desde la edición Aldina de 1508 hasta la de Froben de 1523. Antes de 1508 se la conocía como *Adagiorum Collectanea*.

⁵⁰⁴ Sobre la similitud entre los silenos por un lado y los apóstoles y Cristo por otro, véase la traducción de R. Puig en Erasmo de Rotterdam, *Adagios del poder y de la guerra y teoría del adagio*, Valencia, 2000, pp. 103-105. Cfr. también el apartado «Los *Sileni Alcibiadis*. Ideario de Erasmo» de nuestra Introducción.

⁵⁰⁵ τὴν λεοντήν.

⁵⁰⁶ ὑπὲρ τὰ ἑσκαμμένα πηδῶ.

⁵⁰⁷ Simónides de Ceos, poeta lírico y elegíaco del s. VI a.C. Los adversarios políticos del sur de Grecia consideraban a sus vecinos tesalios del norte cortos de mollera.

⁵⁰⁸ Tanto Cipriano como Lactancio fueron primitivos defensores de la ortodoxia cristiana.

⁵⁰⁹ La expresión *haeresim sapiens* es una atenuada fórmula técnica de condena por parte de la Iglesia.

⁵¹⁰ Tal como dice Jerónimo en *Epístolas*, 115: «in scripturarum, si placet, campo sine nostro inuicem dolore ludamus» [«debatamos, si os parece bien, en la palestra de las Sagradas Escrituras sin herirnos mutuamente»]. Se refiere, por supuesto, al griego, lengua en que estaba escrito todo el Nuevo Testamento (excepto el Evangelio según san Mateo, escrito originalmente en arameo pero conservado sólo en griego) y partes del Antiguo Testamento (Daniel, Esdras, Ester, Eclesiástico, Macabeos I y II, Tobías, Judit, Sabiduría). Por supuesto, la literatura bíblica fundamental para un cristiano es la neotestamentaria.

⁵¹¹ Se refiere, por supuesto, al griego, lengua en que estaba escrito todo el Nuevo Testamento (excepto el Evangelio según san Mateo, escrito originalmente en arameo pero conservado sólo en griego) y partes del Antiguo Testamento (Daniel, Esdras, Ester, Eclesiástico, Macabeos I y II, Tobías, Judit, Sabiduría). Por supuesto, la literatura bíblica fundamental para un cristiano es la neotestamentaria.

⁵¹² En 1515 Dorp tenía treinta años y Erasmo frisaba la cincuentena.

⁵¹³ καλινωδῶν en el original.

⁵¹⁴ μὴ κινεῖν το εὖ κείμενον κακὸν καὶ ταύτης Καμαρίνας μὴ ὀπτεσθαι. Dicho sobre los que se disponen a hacer algo perjudicial contra sí mismos. Cfr. nota 265.

⁵¹⁵ Se refiere a Iohannes Scotus Eriugena, filósofo neoplatónico (ca. 815-ca. 877) de ideas monistas. El «segundo Escoto» sería Duns Escoto.

⁵¹⁶ Bretón fue un erudito teólogo dominico del s. XIII.

⁵¹⁷ Uno y otro reconocen en repetidas ocasiones lo importante que resulta el conocimiento de las lenguas originales en que están compuestas las Escrituras.

⁵¹⁸ En *Confesiones*, 1, 13-14.

⁵¹⁹ Tras el Concilio de Viena (1311-1312) el papa Clemente V promulgó un decreto por el que se ordenaba la provisión de dos profesores de hebreo, árabe y caldeo para las universidades de París, Oxford, Bolonia y Salamanca.

⁵²⁰ El catálogo al que se refiere Erasmo es un tratado con el título *Sobre hombres ilustres*. En él, Jerónimo, siguiendo —como él mismo dice— el ejemplo de Suetonio, repasa las vidas de los hombres que dejaron algo escrito sobre las Sagradas Escrituras desde la muerte de Cristo hasta el decimocuarto año del mandato del emperador Teodosio (393).

⁵²¹ Es decir, la Vulgata, traducción latina de la Biblia hecha por san Jerónimo a partir de los textos hebreos y griegos.

⁵²² Hace referencia al cisma o escisión de la Iglesia oriental ortodoxa, que se separó de la occidental o romana en 1054 por diferentes motivos de orden teológico, algunos de los cuales aparecen explicitados en el párrafo siguiente. Además de las cuestiones de carácter doctrinal, la Iglesia de Constantinopla no admitía el cesaropapismo (la Iglesia subordinada a un gobierno secular).

⁵²³ La *hipóstasis* griega está en relación con el concepto de naturaleza aplicado a Cristo y a la Trinidad. Se tradujo al latín como *persona* (aunque una traducción más literal es *substantia*, es decir, 'sustancia, esencia'). El Concilio de Calcedonia (año 451) obligó a hablar de una sola naturaleza y tres personas en Dios, y una persona y dos naturalezas en Cristo.

⁵²⁴ El nombre de «Padres» o «Padres de la Iglesia» es la denominación oficial católica dada al grupo de autores y teólogos anteriores al s. VIII

que dejaron sentada la doctrina cristiana. Entre otros, pueden citarse san Ambrosio, san Agustín, san Gregorio y san Jerónimo. El conjunto de sus obras recibe el nombre de literatura patrística.

⁵²⁵ Tal vez se refiera al pasaje en que san Agustín elogia el buen juicio aún irracional de los niños lactantes, en *De quantitate animae*, 28, 54.

⁵²⁶ Jacques Lefèvre d'Étaples, humanista francés, traductor de Aristóteles y comentarista de las *Cartas* de san Pablo. Erasmo no estaba del todo satisfecho con su labor sobre los textos sagrados.

⁵²⁷ ὁμόψηφοι, literalmente, 'que tienen igual voto'.

⁵²⁸ El papa León X (1475-1521, papa 1513-1521). Su verdadero nombre era Giovanni di Medici. Hijo de Lorenzo di Medici, tenía un talante abierto y un gusto por la erudición y las artes, lo que le llevó a actuar de mecenas de numerosos artistas. Fue a él a quien Erasmo dedicó su *Nouum Instrumentum* y, según parece, disfrutaba con la lectura del *Elogio*.

⁵²⁹ Jean Desmarais (en el texto original aparece su apellido latinizado como *Paludanus*, es decir, 'de los pantanos', que es precisamente lo que quiere decir en francés *Desmarais*), fue rector de la Universidad de Lovaina y profesor de Gerard Lijster, quien estudió medicina en Basilea y, buen conocedor del latín, griego y hebreo, compuso las notas que, a guisa de comentario, acompañaron al *Elogio* en la edición de Froben de 1515.

⁵³⁰ Nevio era el director del Collège du Lis de Lovaina.

⁵³¹ Nicolás de Beveren (o de Borgoña) era el hijo ilegítimo de Antonio de Borgoña (1421-1504) y miembro de la influyente familia Veere, que alguna vez había recomendado a Erasmo ante algunos protectores.

⁵³² El abad Ménard d'Egmond era un entendido coleccionista de antigüedades. Había facilitado una prebenda eclesiástica a Dorp, de ahí la estima que tanto éste como Erasmo parecen sentir por él. Por otra parte, la retahíla de agradecimientos y buenos deseos dirigidos a mecenas y protectores, tanto efectivos como potenciales, es perfectamente comprensible en un ambiente en el que una gran parte de la subsistencia económica dependía del comercio de favores y prebendas de ida y vuelta.

Glosario onomástico

El siguiente glosario recoge, en orden alfabético, las referencias a los antropónimos y topónimos más significativos —por lo que de ninguna manera pretende ser exhaustivo— que aparecen en los tres textos traducidos en este volumen. Téngase en cuenta, además, que en algunos lemas su texto reproduce fielmente el de las notas (si bien en otros el comentario es más extenso).

Afortunadas, Islas Las Islas Afortunadas son el escenario en que tienen lugar algunas leyendas de la Antigüedad, siempre relacionadas con su ambiente paradisíaco. Situadas más allá del estrecho de Gibraltar o columnas de Hércules, a menudo se las ha identificado con las islas Canarias.

Aldo Manuzio (1450-1515) Famoso humanista e impresor veneciano, creador de los textos clásicos *in octavo*, más económicos y asequibles. Su editorial publicó obras griegas de Eurípides, Platón, Plutarco..., en las que empleó caracteres griegos que imitaban la escritura de los manuscritos de los ss. XIV y XV. Fue el primero (desde 1500) en utilizar para los textos impresos la escritura conocida como humanística cursiva o itálica. Ese mismo año fundó en Venecia la Academia de Expertos en Literatura Griega. Entre sus miembros se encontraba Erasmo.

Alejandro de Hales (ca. 1185-1245) El llamado *doctor irrefragabilis* fue un franciscano y teólogo inglés. Profesor de filo-

sofía en París, se le atribuye la *Summa Theologica*, en la que introduce el aristotelismo en la discusión teológica cristiana, como claro precedente de la obra de Tomás de Aquino.

Alexandre de Villedieu Autor del *Doctrinale*, gramática latina del s. XIII escrita en hexámetros rimados. Su popularidad como texto escolar la ponen de manifiesto las cien veces que llegó a imprimirse antes de 1500.

Anquises Hijo de Capis y Temiste y padre de Eneas, a quien engendró tras mantener un amorío con Venus.

Apeles (ca. 352-308 a.C.) Uno de los artistas plásticos más celebrados de la Antigüedad. Nacido en Colofón, fue educado en Sición bajo la tutela de Pánfilo de Anfípolis. De sus obras sólo nos han llegado referencias literarias. Suyos fueron los elogiados retratos de Filipo II de Macedonia y de su hijo Alejandro Magno. Se cuenta como anécdota suya que en cierta ocasión un zapatero que contemplaba uno de sus cuadros criticó la hechura de un pie; tras corregirlo el propio Apeles, el remendón siguió opinando sobre las piernas de la figura pintada, a lo que el pintor replicó diciendo «ne supra crepidam sutor iudicaret», esto es, «que un remendón no juzgase por encima de la sandalia».

Apolo Apolo o Febo, identificado con el Sol, era hijo de Júpiter y Latona y hermano gemelo de Diana. Es el dios de la medicina, la poesía, la música y los oráculos.

Aquiles Hijo de Peleo y de la diosa marina Tetis, es el protagonista absoluto de la *Ilíada* y el guerrero más famoso del bando griego en la Guerra de Troya.

Areópago Antiguo tribunal ateniense, situado, como su propio nombre indica, a los pies de la colina de Ares, al oeste de la Acrópolis. Estaba constituido por un consejo de nobles (los llamados «areopagitas») y sus decisiones eran inapelables. Es el punto desde el que san Pablo predicó a los atenienses.

Argos Argos (cuyo nombre no debe confundirse con el de la nave Argo, en la que viajaban Jasón y los demás argonautas) es un dios caracterizado por tener ojos repartidos por todo su cuerpo (cfr. Apolodoro, *Biblioteca*, 2, 4 y Ovidio, *Metamor-*

fosis, 1, 625 s.) o bien, según otras fuentes, 100 sólo en la cabeza. Para dormir, alternaba la mitad de ellos abiertos con los restantes cerrados.

Arquíloco Poeta yambógrafo y elegíaco griego (ca. 714-676 a.C.) nacido en Paros, del que se conservan algunos poemas de carácter festivo y hedonista.

Arturo El rey Arturo (s. VI), hijo del rey Uther Pendragon, fue el semilegendario rey de los britanos que se enfrentó a los invasores anglosajones. Su leyenda, de raíces celtas, aparece por primera vez desarrollada ampliamente en la *Historia Regum Britanniae* del inglés Geoffrey de Monmouth (ca. 1139). Su importancia literaria viene respaldada por la existencia del ciclo o leyenda artúrica, presente en varias naciones europeas.

Ate Es hija de Zeus y de Eris, la discordia. Fue arrojada fuera del Olimpo por engañar a Zeus para que hiciese un juramento irreflexivo. Representa la ceguera mental consecuencia del castigo divino. Aparece con gran frecuencia en la *Iliada*, sobre todo en los momentos de venganza de los dioses contra los mortales.

Ayax Guerrero griego en la Guerra de Troya, de célebres fuerza y corpulencia.

Baco Hijo de Zeus y de la ninfa Sêmele, nació de un parto prematuro, lo que hizo que su padre lo guardase en un muslo que hizo las veces de incubadora (cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 3, 310-312). Puede aparecer con otros nombres como Mórico, Dioniso, Bromio, Lico o, entre los latinos, *Liber*, deidad con la que suele identificarse.

Basíledes Heresiarca contemporáneo del emperador Adriano, defendía la existencia de 365 manifestaciones atribuidas a Dios (u otros tantos cielos o esferas). Representaba simbólicamente este número en la palabra ABRAXAS (aunque en griego aparece la variante ABPAΣAΞ, 'abrasax'). Las letras que la componen tienen el siguiente valor alfanumérico: A=1, B=2, R=100, A=1, X=60, A=1 y S=200, lo que suma el total de 365.

Bretón Erudito teólogo dominico del s. XIII.

Bruto Marco Junio Bruto (85-42 a.C.), político romano, se unió a Pompeyo en la guerra contra César y participó en la conspiración que le dio muerte. Se suicidó tras la derrota sufrida por sus tropas en Filipos a manos de Octavio. Existe otro personaje homónimo romano llamado Bruto, que fue el primero en llegar a ser cónsul tras expulsar de Roma a los Tarquinios, últimos reyes etruscos y, con ello, instaurar la república (509 a.C.).

Cadmo Hijo de Agenor y Telefasa, fue el legendario fundador de la ciudad de Tebas. Fue metamorfoseado en serpiente (Ovidio, *Metamorfosis*, 4, 563 ss.).

Caos Según Hesíodo (*Teogonía*, 116), del Caos habían nacido la Oscuridad y la Noche. Ovidio (*Metamorfosis*, 1, 5-7), presenta al dios como origen primordial de todas las cosas.

Casio Gayo Casio Longino († 42 a.C.). Cuestor y tribuno, se adhirió al bando de Pompeyo. Después de la batalla de Farsalia, fue apresado por Julio César y amnistiado. A pesar de ello, conspiró contra éste y tomó parte en su asesinato. Perseguido por los que eran favorables al recuerdo de César, tuvo que huir junto con Bruto y se suicidó tras la derrota de Filipos.

Catón En esta familia romana fueron más célebres Marco Porcio Catón el Viejo (234-149 a.C.), también conocido por el Censor, que mandó tropas en la Segunda Guerra Púnica y dirigió una severa represión en Hispania. Defendió la austeridad de costumbres y gastos y advirtió insistentemente a los romanos contra el peligro cartaginés. Su tataranieto Marco Porcio Catón *el Joven* o Catón de Útica (95-46 a.C.) se enfrentó a César al luchar del lado de Pompeyo en la batalla de Farsalia. Tras la derrota escapó a Útica donde se suicidó.

Ceix Hijo de Eósforo y marido de Alcíone, fue metamorfoseado en ave (Ovidio, *Metamorfosis*, 11, 410).

Cicerón Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.), celeberrimo político, orador y literato romano. Nacido en *Arpinum*, de familia ilustre, estudió en Grecia y Asia Menor. Recorrió el *cursus honorum* llegando a ser cuestor, pretor y, por fin, cón-

sul. En el año 63 descubrió y desmanteló la conspiración de Catilina. Se adhirió a Pompeyo contra César. Después del asesinato de éste, se enfrentó a Marco Antonio, Octavio y Lépido, los triunviros, lo que le supuso la muerte.

Circe Hija del Sol y de Perseide, y hermana de Eetes rey de la Cólquide y de Pasífae. Famosa maga, habitaba en la isla de Ea, en donde hechizaba a los visitantes que llegaban convirtiéndolos en animales (Homero, *Odisea*, 10, 136 ss.).

Cómodo Lucio Aurelio Cómodo, emperador romano (180-192), era hijo de Marco Aurelio, el emperador filósofo. Recibió una escrupulosa educación, pero se mostró propenso a la violencia y desenfreno. Su concubina Marcia ordenó a un atleta llamado Narciso que lo estrangulase, con lo que con él desapareció la dinastía de los Antoninos.

Creso Último rey de Lidia (ca. 560-ca. 546 a.C.), hijo de Aliates y paradigma clásico de inmensa riqueza. (Heródoto, *Historias*, 1 *passim*).

Crisipo Crisipo de Cilicia (ca. 281-208 a.C.), sucesor de Cleanthes en la dirección de la Estoa, fue muy renombrado por sus ingeniosas agudezas. Compuso centenares de tratados.

Cronos El Saturno latino era hijo de Urano, el cielo, y Gea, la tierra. Se casó con su hermana Rea. Prevenido de que uno de sus hijos lo destronaría, fue devorándolos a medida que nacían. Cuando nació su hijo Zeus, su madre lo escondió y gracias a ello pudo luchar contra su padre y destronarlo.

Cupido El Eros griego. Niño dios del amor, hijo de Venus.

Dafne La ninfa Dafne fue objeto del amor de Apolo. Como éste la perseguía para saciar su pasión y ella no quería complacerle, suplicó a su padre, el río tesalio Peneo, que la metamorfosease en árbol (laurel), según refiere Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 452-567.

Davo Nombre del esclavo que aparece en Horacio, *Sátiras*, 2, 7, a quien, con ocasión de las Saturnales, el propio Horacio permite hablar con franqueza sobre él. Es también el nombre de uno de los personajes protagonistas de la *Andria* de Terencio.

Decios Los tres miembros de la familia de los Decios (ss. IV-III a.C.): Publio Decio, Marco Decio y Decio Magio, quienes no dudaron en sacrificarse a los dioses para salvar su patria. (Tito Livio, 10, 28; 22, 60; 23, 7; Cicerón, *Tusculanae disputationes*, 2, 59).

Delfos Ciudad de Fócide en la que estaba situado el templo de Apolo desde el que la Pitia emitía el famoso oráculo en forma de versos hexámetros. La pitonisa se sentaba en un trípode colocado sobre una grieta de la que brotaban emanaciones de gases tóxicos gracias a los cuales entraba en el trance necesario para vaticinar.

Delos La isla de Delos, una de las Cícladas, antes de que nacieran en ella Apolo y Ártemis, se desplazaba por el mar libremente. Fue Zeus quien, como recompensa por aceptar que Leto pariese a los dos gemelos en ella, la fijó al fondo del mar con cuatro columnas (Apolodoro, *Biblioteca*, 1, 21 y Ovidio, *Metamorfosis*, 6, 333 s.).

Demócrito Demócrito de Abdera (ca. 460-370 a.C.), filósofo iniciador de la teoría atómica, solía reírse de todo lo que acontecía a sus semejantes, tanto de las alegrías como de las desdichas (Juvenal, *Saturae*, 10, 33 s.).

Demóstenes (384-322 a.C.) Orador ateniense famoso por haberse enfrentado a Filipo II de Macedonia en sus célebres *Filípicas*, que han pasado a la historia como paradigma perfecto de la oratoria.

Diana Hija de Júpiter y Latona y hermana gemela de Apolo, era una divinidad itálica identificada más tarde con la Ártemis griega. Era la diosa de los bosques, las fieras y la caza, y se mantuvo siempre virgen, repudiando todo contacto con hombres y dioses (cfr. *Hipólito* de Eurípides). En otros relatos se la considera también diosa de la Luna y los hechizos.

Dídimo Dídimo de Alejandría, gramático y retórico contemporáneo de Augusto. Llegó a escribir más de tres mil obras, de las que no se nos ha conservado ninguna.

Dodona Nombre del santuario griego más antiguo conocido. Situado en el Epiro a unos ochenta kilómetros al este de Corfú,

estaba dedicado a Zeus. Los sacerdotes interpretaban como oráculos del dios los movimientos de un haya (o roble) de la que colgaban cuencos de bronce que resonaban con el viento.

Duns Escoto (ca. 1266-1308) Teólogo y filósofo escocés. Creador de la escuela escolástica del escotismo, intentó demostrar la existencia de Dios mediante el análisis de los conceptos de causalidad y posibilidad. Su intrincada técnica expositiva le dio el sobrenombre de *doctor subtilis*.

Empíreo Los cielos eran tradicionalmente (también entre los judíos y los musulmanes) siete. Los filósofos griegos les añadieron tres más, de los que el último, el Empíreo, estaba destinado a los bienaventurados.

Escoto Eriúgena Juan Escoto Eriúgena (ca. 815-ca. 877), de origen irlandés, estuvo en la corte del rey Carlos I de Francia, donde tradujo del griego al latín la obra del neoplatónico Dionisio el Areopagita. De tendencias monistas, es uno de los fundadores del escolasticismo.

Esculapio Nombre latino del héroe y dios griego Asclepio, hijo de Apolo y divinidad de la medicina. Tenía un templo en Epidauro, en donde se veneraban unas famosas serpientes que siguen presentes en los emblemas de la medicina y la farmacia.

Esquilo (525-456 a.C.) Dramaturgo nacido en Eleusis. El primer gran trágico ateniense, del que se nos han conservado seis obras (sin contar la espuria *Prometeo encadenado*).

Esténtor Es el héroe griego que en la Guerra de Troya sirvió como heraldo por su poderosa voz (Homero, *Iliada*, 5, 785 s.). En castellano existe el adjetivo «estentóreo» que significa «ruidoso, altisonante, que retumba».

Euclides Matemático y geómetra griego (ca. 300 a.C.) que enseñó en Alejandría, autor de los *Elementos*, el primer tratado matemático griego conservado y de gran importancia a lo largo de la Antigüedad y la Edad Media.

Eurípides (485-406 a.C.) Dramaturgo griego. Escribió alrededor de noventa dramas, de los que se han conservado com-

pletos 19 (si incluimos el *Reso*, de autoría dudosa). Es el tercer y último gran dramaturgo de la Atenas clásica (tras Esquilo y Sófocles).

Faón Fue un feo y viejo barquero de Mitilene que transportó a Venus sin querer cobrarle nada, por lo que recibió de ésta el obsequio de ser devuelto a la belleza y lozanía de la juventud mediante un bálsamo que se untaba todos los días.

Furias Son tres divinidades infernales (Alecto, Tisífona y Megeira) autóctonas de Roma, que se asimilaron muy pronto a las Erinias griegas. Éstas nacieron de las gotas de sangre que cayeron sobre la tierra cuando Urano fue mutilado. Son espíritus maléficos que acosan a sus víctimas hasta enloquecerlas.

Gesta romanorum Manual de historia universal escrito en la Inglaterra del s. XIII.

Gorgonas Hijas de Ceto y Forcis, las Gorgonas eran tres hermanas monstruosas —Esteno, Euríala y Medusa— con cabellos erizados de serpientes, colmillos de jabalí, manos de bronce y alas de oro. Mirarlas petrificaba. De ellas sólo las dos primeras eran inmortales. La última fue aniquilada por Perseo con la ayuda de Palas Atenea.

Harpócrates Dios griego vinculado al egipcio Horus, que solía estar representado con el ademán de pedir silencio. Cfr. Catulo, 102.

Hércules El héroe y semidios griego (Heracles) es hijo de Zeus (o del mortal Anfitrión) y Alcmena. Se le llama también Alcides y es la representación de la fuerza y el valor.

Hermógenes Marco Tigelio Hermógenes fue un célebre cantante protegido por Augusto. Horacio lo describe en sus *Sátiras*, I, 3, 129 s.

Hesíodo Poeta griego, del s. VII a.C., autor de los poemas épicos *Teogonía* y *Los trabajos y los días*, en los que habla de la genealogía de los dioses griegos y de los momentos adecuados a lo largo del año para hacer las faenas del campo.

Isócrates (436-338 a.C.) Orador y escritor ateniense, uno de los más célebres de la Antigüedad. Se enfrentó al imperia-

lismo de Filipo de Macedonia, defendiendo la existencia de una idea panhelénica (cfr. su *Panegírico*). Compuso también algunos tratados didácticos sobre la enseñanza de la oratoria.

Jacques Lefèvre Jacques Lefèvre d'Étaples, humanista francés, traductor de Aristóteles y de las *Cartas* de san Pablo. A pesar de ser un gran estudioso de las Escrituras, Erasmo no estaba del todo satisfecho con su labor sobre los textos sagrados.

Jápeto Era uno de los titanes, hijo de la Tierra y el Cielo. Enfrentado a Zeus en la lucha de éste por dominar el mundo, fue arrojado al Tártaro junto con los demás titanes.

Jean Desmarais Jean Desmarais (en el texto original aparece su apellido latinizado como *Paludanus*, es decir, 'de los pantanos', que es precisamente lo que quiere decir en francés *Desmarais*), fue profesor y rector de la Universidad de Lovaina.

Jerónimo, san (ca. 347-420) Padre de la Iglesia, nacido en Estridón, entre Dalmacia y Panonia. En Roma estudió retórica y filosofía y viajó por el Próximo Oriente. Volvió a Roma durante tres años para regresar a tierra santa y asentarse en Belén (386), donde preparó su versión (o corrección) al latín de los textos sagrados (la Vulgata).

Julia Eustoquio Julia Eustoquio tomó el voto de virginidad a los dieciocho años de edad (383 de nuestra era). San Jerónimo le dedicó un *Tratado sobre la virginidad* que, en realidad, no es sino una carta incluida entre la correspondencia del santo.

Julio II (1445-1513) Papa entre 1503 y 1513, es reconocido por su belicosidad y por haber sido mecenas de Miguel Ángel, a quien ordenó realizar los frescos de la Capilla Sixtina, en la basílica de San Pedro. Mantuvo una guerra para defenderse de los franceses con la ayuda de Venecia y luego se alió con los primeros para atacar a ésta. Erasmo, enemigo acérrimo de cualquier manifestación bélica, satirizó su belicismo con la obra anónima *Julius exclusus*, en la que san Pedro le niega la entrada al cielo.

Juno La Hera de los griegos, es hija de Saturno (o Cronos) y Cibeles (o Rea), a la vez hermana y esposa de Júpiter; es la patrona de los matrimonios y de las parturientas (*Iuno lucina*).

Júpiter Hijo también de Saturno (Cronos) y de Cibeles (Rea), es el dios de dioses, de la luz del día y de los fenómenos meteorológicos (por lo que se le suele representar empuñando un rayo). Se salvó de ser devorado por su padre gracias a una treta de su madre. Más tarde expulsó a su procreador del Olimpo, erigiéndose como divinidad absoluta entre los dioses.

Latona La Leto griega, amante de Júpiter, con quien tuvo a Apolo y Diana. Por temor a Juno, esposa del dios, ningún lugar de la Tierra la acogía para que pudiese parir. Sólo la acogió la isla de Delos, hasta entonces flotante y errática (véase Delos).

León X (1475-1521, papa 1513-1521) Su verdadero nombre era Giovanni di Medici. Hijo de Lorenzo di Medici, tenía un talante abierto y un gusto por la erudición y las artes, lo que le llevó a actuar de mecenas de numerosos artistas. Fue a él a quien Erasmo dedicó su *Nouum Instrumentum* y, según parece, disfrutaba con la lectura del *Elogio*.

Leteo Río de los infiernos. Beber de sus aguas producía el olvido.

Licurgo (ca. s. x a.C.) Legendario legislador espartano que demostró a sus conciudadanos la importancia de la educación sirviéndose del símil de los dos perros, uno amaestrado y otro no (cfr. Plutarco, *Vidas paralelas*, *Licurgo*, 15, 8-9 y Horacio, *Epístolas*, 1, 2, 65). A él se le atribuye la creación del código de costumbres proverbialmente rigurosas y austeras de Esparta.

Lijster Gerard Lijster, que estudió medicina en Basilea, era buen conocedor del latín, griego y hebreo, y compuso las notas que, a guisa de comentario, acompañaron al *Elogio* en la edición de Froben de 1515.

Linceo Era uno de los argonautas, caracterizado por su extraordinaria vista, rasgo tal vez atribuido popularmente por asociación etimológica con la agudeza visual del lince.

Luciano (ca. 120-180 d.C.) Satírico griego nacido en Samósata, en Siria. Se estableció en Atenas y se consagró al género literario del diálogo humorístico, en el que compuso su célebre

Diálogos marinos, de los dioses, de los muertos y de las cortesanas. Es autor queridísimo por Erasmo, como lo demuestra el gran número de veces que lo cita implícita o explícitamente en el *Elogio*.

Malea Cabo del sureste de Laconia, en la península del Peloponeso (actualmente el cabo de Matapán), famoso por sus tempestades, de lo que se creó el refrán griego que decía «Cuando hayas doblado el cabo Malea olvídate de volver a casa».

Marco Curcio El caballero romano Marco Curcio, también llamado Meto o Metio Curcio, se arrojó a una oquedad abierta en el foro en el año 362 a.C. y que, según un oráculo, se cerraría sólo si se lanzaba en ella el hombre más noble de Roma.

Memnón Era un legendario rey etíope, hijo de Titono y Eo, la Aurora, y sobrino del rey troyano Príamo. Combatió contra los aqueos en Troya y fue muerto por Aquiles. Zeus, conmovido por las lágrimas de su madre la Aurora —que desde entonces se identificaron con el rocío matutino— le devolvió la vida y le hizo inmortal. Para el episodio véase Hesíodo, *Teogonía*, 984 s. y Ovidio, *Metamorfosis*, 13, 576-622.

Menenio Agripa Cónsul romano en el año 503 a.C. Según cuenta Tito Livio, 2, 32, 8-12, Menenio Agripa, con ocasión de una revuelta de la plebe contra las clases adineradas en el año 494, calmó los ánimos del tumulto con un discurso en que justificaba las funciones sociales de cada clase sirviéndose del símil de la cooperación entre las diferentes partes corporales, todas necesarias, cada una en su lugar.

Mercurio El Hermes griego, es hijo de Júpiter y de la pléyade Maya; es el mensajero de los dioses y dios del comercio, así como protector de los viajeros y comerciantes (por lo que se le suele representar calzado con unas sandalias aladas y cubierto por un sombrero de ala ancha —el pétaso—); también se le conoce como guardián de los muertos en su camino al otro mundo (*Psychopompós*). La literatura antigua suele mostrarle como una deidad mentirosa y tramposa (Horacio,

Odas, 1, 10, 7 s.). Ejemplo bien conocido de ello es el Mercurio de la comedia *Anfitrión* de Plauto.

Midas El conocido rey Midas fue un rey de Frigia (s. VII a.C.) que supuestamente convertía en oro todo cuanto tocaba. Las orejas de asno fueron el castigo que Apolo le propinó al atreverse a anteponer al canto de éste el del dios Pan. Léase el episodio en Ovidio, *Metamorfosis*, 11, 146-193.

Mileto Ciudad jónica de la costa occidental de Asia Menor. Su esplendor cultural está encabezado por el sabio Tales de Mileto, cabeza de la escuela filosófica que surgió y se desarrolló en esta ciudad en el s. VI a.C. Según la tradición, en ella había un lugar en el que se suicidaron ahorcándose unas doncellas que habían enloquecido sin causa aparente: el aire, en opinión de algunos, la voluntad de los dioses, según otros; cfr. Aulo Gelio, *Noches áticas*, 15, 10 quien toma la historia (aunque se equivoca en la referencia) de Plutarco, *Las virtudes de las mujeres*, 249B4-249C11.

Minos Hijo de Zeus y de la ninfa Europa, fue rey de la isla de Creta y en ella mandó a Dédalo construir el famoso laberinto, en el que encerró al Minotauro. Según dice la leyenda, Minos hacía creer a los cretenses que Zeus le enviaba instrucciones cuando se retiraba a meditar a un monte cada nueve años.

Momo Es una divinidad menor, hijo de la Noche (Hesíodo, *Teogonía*, 214 s.). Se caracterizaba por criticar irónicamente y con total sinceridad a los dioses.

Némesis Diosa griega personificación de la justicia vengadora de los dioses contra la soberbia y la ambición humanas. «Ramnusia» es un epíteto que a veces se le aplica por ser objeto de especial veneración en el pueblo de la región ática Ramnunte.

Neptuno El Poseidón de la mitología griega, es hijo de Saturno (o Cronos) y Cibeles (o Rea) y sus poderes se extienden sobre los mares y las aguas.

Néstor Rey de Pilos y sabio consejero de Menelao. Era tenido por un gran arengador entre los aqueos. Su longevidad es proverbial. Se dice que llegó a vivir más de doscientos años.

Nicolás de Lira El teólogo Nicolás de Lira (†1349) fue el autor de las *Postillae Litterales* sobre ambos Testamentos, en las que distinguía el sentido literal del texto de su sentido místico-religioso. Su obra tuvo una enorme influencia en los acontecimientos ideológicos del s. XVI, hasta el punto de crearse y difundirse rápidamente el dicho de «Si Lyra non lyrasset, Luther non saltasset», esto es, «Si Lira no hubiese tocado la lira, Lutero no habría bailado».

Nireo Tras el propio Aquiles, era el personaje más bello de cuantos tomaron parte en la Guerra de Troya (cfr. Homero, *Ilíada*, 2, 672-674 y *Suda*, N, 420).

Numa Pompilio (715-672 a.C.) Fue el segundo rey de la monarquía romana, sabio organizador de las costumbres religiosas y creador del calendario, fingía recibir la inspiración divina de parte de la ninfa Egeria (Tito Livio, 1, 19, 5).

Ockham Guillermo de Ockham (ca. 1285-ca. 1349), filósofo y teólogo inglés y máximo representante de la escuela escolástica nominalista, rival de tomistas y escotistas. Pretendía que algunas creencias cristianas no se podían explicar aplicando la razón formal o natural, sino sólo a través de la revelación divina. Recibió el sobrenombre de *doctor inuincibilis*.

Orco Divinidad popular latina asimilada al Tártaro griego que representa el infierno como morada de los muertos. En algunas pinturas etruscas se le simboliza como un gigante barbudo. En la iconografía posterior se le pinta con alas negras y una guadaña en las manos.

Orfeo Hijo de Eagro y de la musa Calíope o Polimnia, su leyenda es muy antigua y constituye el ciclo mítico más misterioso e influyente de la mitología griega. Se le relacionaba con la poesía, el canto y la música hasta el punto de ser considerado el inventor de la cítara. Participó en la expedición de los Argonautas como marcador del ritmo a los remeros. El episodio principal que de él se cuenta es su descenso a los infiernos para recuperar a su amada Eurídice. En su viaje y al son de la lira, conmovió a todos los seres que le salían al paso:

rocas, plantas y animales; cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 10, 1-77 y Apolodoro, *Biblioteca*, 1, 14.

Orígenes de Alejandría (ca. 185-254) Teólogo de tendencias neoplatónicas y estoicas, muy interesado en la exégesis de la Biblia, fue un prolífico autor de sermones y comentarios a los diferentes libros bíblicos.

Palas Atenea La Minerva romana, era hija de Zeus —de cuya cabeza nació— y Metis. Es la diosa de la inteligencia, las artes y las letras.

Pan Dios de los pastores y de los rebaños, originario de la Arcadia. Hijo de Hermes y de la hija de Dríope. Se le caracteriza como un ser medio humano, medio animal. De su cabeza salen dos cuernos, su cara está cubierta de barba y sus miembros inferiores son los de un macho cabrío. Se le suele representar como una criatura lasciva y vivaracha.

Paris Héroe troyano, hijo del rey Príamo y de Hécuba. Raptó a Elena, esposa del rey espartano Menelao, suceso que desató la Guerra de Troya. La diosa Afrodita le había prometido poder conquistar a Elena a cambio de que Paris la eligiera a ella como la diosa más bella, en un juicio en el que compitió con Hera y Atenea. De ahí que Afrodita protegiese a los troyanos y Hera y Atenea, a los griegos.

Penélope Hija de Icario y Peribea y esposa de Ulises, esperó largos años a que su marido regresase de Troya. Cuando su casa se llenó de pretendientes, puso como límite de su espera para casarse con otro hombre la terminación del tapiz que tejía de día y destejía de noche para alargar la espera.

Petrarca Francesco Petrarca (1304-1374), poeta y humanista italiano. Fue uno de los primeros en interesarse por las obras de los autores clásicos con el fin de fundir los valores morales más sobresalientes del paganismo y del cristianismo. Escribió obras en latín y en italiano, dándole al último categoría de lengua literaria.

Pirgopolinices Nombre del soldado fanfarrón y bocazas protagonista de la comedia plautina homónima (*Miles gloriosus*).

Es un nombre parlante que en griego quiere decir 'vencedor de muchas fortalezas' o 'vencedor de ciudades y fortalezas'.

Pirro (ca. 318-272 a.C.) Fue rey del Epiro (región del noroeste de Grecia). En el año 280 a.C. derrotó a los romanos en Heraclea y al año siguiente en la batalla de Ausculum. Ambas victorias, sin embargo, supusieron gran menoscabo para sus tropas, de donde surgió la expresión de «victoria pírrica».

Platón (428/427-348/347 a.C.) Filósofo ateniense, discípulo de Sócrates y fundador de la Academia. Es una de las máximas figuras de la filosofía universal. Sus ideas filosóficas quedaron registradas en sus famosos *Diálogos*.

Pluto Hijo de Deméter y Yasión, es el dios de la riqueza. Aristófanes lo caricaturizó en la comedia homónima presentándolo como un pobre ciego medio tonto que no distingue entre buenos y malos a la hora de repartir sus bienes.

Poggio Gian Francesco Poggio Bracciolini (1380-1459), humanista italiano que trabajó en Florencia y en Roma como secretario de la curia papal. Descubrió numerosos manuscritos y como calígrafo creó la llamada minúscula humanística o romana, que con ayuda de la imprenta se extendió rápidamente por todo Occidente. Fue autor de las *Facetiae*, obra satírica dirigida contra sacerdotes y monjes.

Polícrates El Polícrates que aparece en el *Elogio* fue un orador ateniense que compuso un elogio a Busíride, legendario tirano egipcio que mató a Hércules.

Pontano Giovanni Pontano (1429-1503), latinista autor de una vasta obra entre la que hallamos diálogos de carácter lucianesco.

Príapo Divinidad originaria de Oriente, hijo de Dioniso y Afrodita, Príapo es el dios de la fertilidad y protector de los huertos. Se le representaba como una talla en madera con un enorme pene erecto pintado de rojo y un palo en la cabeza. En Roma servía como espantapájaros para los huertos.

Prometeo Titán hijo de Jápeto, que se rebeló contra los dioses, robándoles el fuego del Olimpo para entregárselo a los hom-

bres. Su osadía mereció el castigo de Júpiter, quien lo encadenó en un monte del Cáucaso en donde un águila le devoraba el hígado, que se regeneraba sin cesar.

Quintiliano Nacido en Calahorra, Marco Fabio Quintiliano (ca. 35-100 d.C.) fue jurista y retórico y contó con Plinio *el Joven* entre sus discípulos. Su obra *Institutio oratoria* es un tratado de retórica que expone, a lo largo de 12 libros, los fundamentos de la práctica oratoria.

Quirón Hijo de Cronos y Fílira, fue el centauro sabio y preceptor de Aquiles que, pudiendo conservar su inmortalidad divina, prefirió morir al ser herido por Hércules, gracias al intercambio de naturaleza que hizo ante Zeus con Prometeo, quien de mortal pasó a inmortal. Véase al respecto Apolodoro, *Biblioteca*, 2, 85 y Luciano, *Diálogos de los muertos*, 8, en donde dialogan, una vez muertos, Menipo y el propio Quirón.

Rea Es una de las Titánides, hija de Gea (la Tierra) y Urano (el Cielo). Conocida también por Cibeles, es una divinidad relacionada con la idea de la diosa Gran Madre oriental. Fue la esposa de Saturno o Cronos y madre de Zeus y de los demás grandes dioses: Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón.

Safo La Safo que aparece en el *Elogio* no es, al contrario de lo que algunos creen, la conocida poetisa lesbia, nacida en Éreso, sino otra de carácter legendario, bailarina y nacida en Mitilene, que se enamoró de Faón hasta el punto de arrojar-se en su locura del monte Leucato. Véase al respecto Ovidio, *Heroidas*, 15.

Sertorio Quinto Sertorio (123-72 a.C.), general lusitano y pretor en Hispania, capitaneó una rebelión de los hispanos contra el régimen de Sila. Según Plutarco, *Vidas paralelas. Sertorio*, 11, 1-8, hizo creer a los iberos que recibía los mensajes de los dioses a través de una cierva blanca. En otra ocasión, Sertorio hizo ver a su pueblo que a los romanos sólo se los podía vencer debilitándolos poco a poco, como si se quitasen uno a uno los pelos de la cola de un caballo por muy joven y fuerte que éste sea (Plutarco, *ibid.*, 16, 5-11; Valerio Máximo, 7, 3, 6).

Sileno Era un viejo sátiro, gordo, velludo y con mirada bovina. Era preceptor y compañero de Baco. A pesar de su aspecto animalesco y burlón, era considerado un sabio que despreciaba los bienes materiales. Platón en el *Banquete* compara a Sócrates física e intelectualmente con él. Erasmo basa la idea fundamental del *Elogio* en lo que este personaje representa.

Solón (ca. 638-559 a.C.) fue un célebre poeta, político y legislador ateniense, considerado el fundador de la democracia de Atenas y uno de los siete sabios de Grecia. Las leyes que dictó son un ejemplo de moderación y justicia social. De sus obras sólo se han conservado algunos fragmentos elegíacos.

Speculum historiale Obra histórica de carácter enciclopédico escrita en el s. XIII por el dominico Vicente de Beauvais y publicada en 1473, fuente de numerosos *exempla* y curiosidades.

Suda También conocida como *Suidas* ('el tesoro'), es una enorme obra enciclopédica del s. X creación de varios autores, constituye una recopilación alfabética de los nombres de personajes y lugares históricos, legendarios, reales o ficticios. Supone también una importante fuente de anécdotas y refranes griegos.

Tales Tales de Mileto (ca. 624-545 a.C.), uno de los siete sabios de Grecia, es considerado el *primus inuentor* o fundador de la filosofía griega. Pasó una temporada en Egipto, donde aprendió astronomía, matemáticas y topografía. Creía que el agua era el componente originario del universo.

Tántalo Hijo de Zeus y de la diosa Pluto, fue rey del monte Sípilo en Frigia o Lidia (Asia Menor). Los dioses le invitaron a comer a su mesa, y él reveló a los mortales los secretos que allí había oído. Por ello recibió el castigo consistente en sufrir hambre y sed, a pesar de hallarse rodeado de frutos y agua abundantes que se alejaban cuando él intentaba tomarlos.

Temístocles (ca. 523-458 a.C.) General y estadista ateniense, dirigió las tropas de su ciudad contra los persas en la Segunda Guerra Médica y obtuvo la victoria de Salamina sobre el rey Jerjes, en el 480. Según Plutarco, *Vidas paralelas*. *Temístocles*, 12,

convenció a sus conciudadanos de no rechazar el pago de impuestos con el símil de la zorra y el erizo.

Ténedos El hacha de dos hojas es un icono muy abundante en la cultura de la Grecia antigua. En la isla de Ténedos un guardia sostenía un hacha semejante como símbolo del castigo que recibiría quien acusase a alguien ante un tribunal dolosamente o con ambigüedades.

Teócrito Poeta bucólico de Siracusa (s. III a.C.). Su obra más conocida es *Idilios*, pequeñas composiciones poéticas de carácter pastoril, en las que los personajes hablan de sus sentimientos amorosos en medio de un paisaje silvestre apacible.

Teofrasto (ca. 372-287 a.C.) Discípulo de Aristóteles y sucesor suyo en la dirección del Liceo, fue un filósofo y literato ateniense, autor de obras científicas y filosóficas así como de los célebres *Caracteres*.

Tersites Personaje de la *Iliada*, paradigma de fealdad y vileza (cfr. *Iliada*, 2, 216-220).

Thomas More o Tomás Moro (1478-1535) Fue un estadista y escritor inglés. Educado en Oxford, donde estudió latín y griego, era hijo de un juez, lo que le llevó a estudiar derecho y a ejercer la profesión. En 1499 decidió ingresar como monje en la orden de los cartujos, de donde salió cuatro años más tarde para dedicarse a la vida política parlamentaria. Llegó a ser lord canciller y favorito de Enrique VIII, pero su oposición al divorcio de éste con Catalina de Aragón le llevó a distanciarse de él, hasta que en 1534 el rey se declaró jefe de la Iglesia anglicana y More se enfrentó a él abiertamente. Un año más tarde fue decapitado por orden real. Su obra más célebre es *Utopía*.

Thoth El dios-sabio egipcio Thoth (o Theuth), identificado por los griegos con Hermes, responsable de la invención de los números y las letras, según refiere Platón, *Filebo*, 18b6-18d2. El propio Platón, *Fedro*, 274c5-275b2 nos cuenta, por boca de Sócrates, la historia del rey de Egipto Thamó, quien recibió de parte de Thoth el conocimiento de la aritmética,

geometría, astronomía y escritura para divulgarlas entre los egipcios. Esta última invención, según Thamó, sería nefasta para su pueblo pues conllevaría, por comodidad, el progresivo olvido de las anteriores disciplinas, al ser confiadas no a la memoria individual sino a un soporte fijo, que tendría que soportar continuas interpretaciones (y las esperables tergiversaciones).

Timón Timón de Atenas fue un conocido personaje misántropo, descrito por Luciano en su diálogo satírico *Timón o el misántropo*. Fue retomado en *Le misanthrope* de Molière y en la comedia *Timon of Athens* de Shakespeare.

Timoteo General y político ateniense del s. IV a.C. de proverbial buena suerte. Hijo de Conón y discípulo de Isócrates, fue castigado por negar que las victorias militares que había alcanzado se las debía a la diosa Fortuna. Su nombre en griego significa 'favorecido por los dioses'.

Titono Hijo de Laomedonte y Estrimo (de Eos y Céfalo, según otra tradición) y hermano del rey troyano Príamo. La Aurora se enamoró perdidamente de él y le pidió a Zeus que le concediera la inmortalidad, pero se le olvidó pedirle también la eterna juventud, por lo que terminó siendo increíblemente viejo y decrepito. Fue transformado en cigarra según refieren Servio, *In Vergilii Georgicon libros commentarius*, 3, 328 y Helánico, según el testimonio de *Scholia in Iliadem (scholia uetera)*, 3, 151.

Tomás de Aquino (1225-1274) Filósofo y teólogo dominico italiano llamado *doctor angelicus* y considerado como la máxima figura de la escolástica. Su principal preocupación fue compaginar la lógica aristotélica con la doctrina cristiana para explicar, entre otras cosas, la existencia de Dios. Ése es el espíritu que impregna su magna obra *Summa Theologiae*.

Trasón Es el soldado fanfarrón del *Eunuco* de Terencio, que pretende ganarse los favores de una chica alardeando de habilidades. Es otro nombre parlante que en griego viene a querer decir 'atrevido, osado'.

Trofonio Era el héroe local de Lebadea, en Beocia. Famoso como arquitecto, poseía un oráculo en el interior de una gruta, los que habían entrado a hacer una consulta salían demacrados y pálidos. Pausanias en su *Descripción de Grecia*, 9, 39, 8 nos cuenta que en esta cueva se debía beber primero el agua del olvido y luego la del recuerdo.

Ulises Héroe aqueo en la Guerra de Troya. El Odiseo griego, era hijo de Laertes y Anticlea y rey de Ítaca. Esposo de Penélope y padre de Telémaco, es el protagonista absoluto de la *Odisea*. Tanto en esta obra como en la *Ilíada* se le caracteriza como hombre astuto y dotado de recursos para salir airoso de situaciones comprometidas.

Valla Lorenzo Valla (1407-1457), humanista italiano y profesor de retórica en la Universidad de Pavía durante dos años, es el autor de las célebres *Elegantiae linguae latinae*, manual del buen uso del latín y de la *Declamatio* que le valió ser procesado por la Inquisición. Como otros humanistas de su época, su preocupación se centraba en el estudio filológico de los textos (fijación textual y comprensión cabal de su contenido).

Véjoves Son espíritus infernales etruscos que los romanos integraron en sus creencias como espíritus maléficos. De ellos nos habla Ovidio, *Fastos*, 3, 430 ss. También se conoce a un Veovis, deidad romana antiquísima, identificada con Apolo, relacionado con los infiernos, los pantanos y los volcanes.

Venus La Afrodita griega, se asimiló a la diosa romana de la fecundidad y protectora de los huertos. Pasó entonces a ser, como su homóloga griega, diosa del amor y de la belleza.

Vulcano El Hefesto griego, era hijo de Júpiter y Juno (de Juno sola, según algunas versiones del mito), y estaba casado con Venus. Era el dios del hierro y del fuego, y tenía su fragua situada bajo el Etna, en donde fabricaba las armas de los dioses con la ayuda de los Cíclopes (Virgilio, *Geórgicas*, 4, 170 ss.). Andaba cojo por haber sido lanzado desde lo alto del Olimpo por su madre, espantada ante su cojera, o bien por Júpiter, al enterarse de que se había puesto del lado de su

madre para derrocarlo. Era el dios bufón del que se reían los otros dioses.

William de Mountjoy William Blount, lord Mountjoy, era un joven aristócrata inglés, discípulo de Erasmo en París y amigo y protector suyo, a quien Erasmo debe sus viajes y estancias en Inglaterra

Zeus (véase *Júpiter*).

Zeuxis Pintor nacido en Heraclea (s. V a.C.), muy famoso por el realismo de sus bodegones. De él se decía que había pintado un racimo de uvas con tal naturalismo que los pájaros lo picoteaban.

Índice

Introducción	7
Erasmus de Rotterdam: esbozo biográfico.....	7
Producción literaria de Erasmo.....	25
La <i>stultitiae lavs</i> . Modelos, significado, estructura	33
Influencia en la literatura española	51
Ediciones y traducciones. Nuestra traducción.....	56
Bibliografía.....	63
Cuadro cronológico.....	69
<i>Elogio de la Estupidez</i>	79
I. La Estupidez con su sola presencia ha disipado las cuitas del auditorio.....	84
II. Argumento de la declamación	85
III. Por qué se alaba a sí misma.....	85
IV. Por qué improvisa unas palabras.....	86
V. La Estupidez se presenta a sí misma de inmediato.....	87
VI. Imitación de los rétores	88
VII. Linaje, patria y nodrizas de la Estupidez	88
VIII. Ídem	89
IX. Comparsa de la Estupidez	90
X. A la Estupidez se le deben toda la vida y todas sus bondades.....	90
XI. Ídem	91
XII. Ídem	92
XIII. Parentesco de la Estupidez con la Niñez y la Vejez ...	93
XIV. La Estupidez o alarga la juventud o retrasa la vejez ...	95
XV. A la estupidez se entregan sobre todo los dioses	96
XVI. En ninguna parte falta la salsa de la Estupidez.....	98

XVII.	Las mujeres gustan a los hombres por su estupidez.....	99
XVIII.	El mejor aderezo de los banquetes es la Estupidez	101
XIX.	También es trabazón de la amistad.....	101
XX.	Es mediadora del matrimonio	103
XXI.	Es unión de toda sociedad humana	104
XXII.	Qué papel desempeña el Amor Propio como hermano genuino de la Estupidez	104
XXIII.	La Estupidez es la causa de los asuntos de guerra...	106
XXIV.	Inconvenientes de la sabiduría.....	106
XXV.	Ídem.....	108
XXVI.	El poder de las sandeces en el pueblo	109
XXVII.	La vida del hombre no es nada más que cierto juego de la Estupidez	109
XXVIII.	Las artes se deben a la vana sed de gloria	110
XXIX.	Reclama para sí la gloria de la prudencia	110
XXX.	La Estupidez es una guía hacia la sabiduría.....	113
XXXI.	Es la razón de que la vida sea tolerable	115
XXXII.	Las ciencias, inventadas para la ruina del género humano, respaldadas por la Estupidez son de gran valor.....	117
XXXIII.	Ídem.....	119
XXXIV.	El más dichoso es el género de los animales, a los que el arte no ha ensuciado	120
XXXV.	Los estúpidos, tontos, idiotas y payasos son mucho más dichosos que los sabios	121
XXXVI.	Ídem.....	122
XXXVII.	Ídem.....	124
XXXVIII.	La locura es algo deseable.....	124
XXXIX.	Semejante locura es la que domina a maridos, cazadores, arquitectos y jugadores	126
XL.	Los supersticiosos.....	128
XLI.	Ídem.....	130
XLII.	Los locos que se halagan con títulos nobiliarios.....	132
XLIII.	La egolatría es inherente a los individuos, a los pueblos y casi a las ciudades	133

XLIV. Ventajas del Amor Propio y de su hermana la Adulación.....	134
XLV. La felicidad depende de la opinión de la gente	135
XLVI. Para todos los mortales están dispuestos los beneficios de la estupidez.....	137
XLVII. Benevolencia de la Estupidez.....	138
XLVIII. Diversas clases y formas de estupidez.....	139
XLIX. Los gramáticos	142
L. Los poetas	144
LI. Los juriconsultos.....	147
LII. Los filósofos.....	147
LIII. Los teólogos.....	148
LIV. Los religiosos y los monjes	155
LV. Los reyes y la nobleza cortesana.....	161
LVI. Ídem.....	163
LVII. Los obispos	164
LVIII. Los cardenales.....	165
LIX. Los sumos pontífices	166
LX. Los obispos alemanes	168
LXI. La Fortuna favorece a los estúpidos	170
LXII. Testimonios de la Antigüedad	172
LXIII. Testimonios sacados de las Sagradas Escrituras	172
LXIV. Los malos exegetas de las palabras de las Sagradas Escrituras.....	177
LXV. Ídem.....	180
LXVI. Parece que la religión cristiana guarda algún parentesco con la estupidez	183
LXVII. La mejor recompensa para los hombres es una cierta locura	187
LXVIII. Epílogo	189
Apéndice. <i>Carta de Erasmo de Rotterdam a Martin Dorp</i>	191
Notas al texto	229
Glosario onomástico.....	279